



JOHN
CONNOLLY
NOCTURNOS

Lectulandia

El autor de la célebre serie de novelas policiacas protagonizadas por Charlie Parker despliega su reconocido talento para lo sobrenatural en los diecinueve inquietantes relatos de terror que componen *Nocturnos*. En la estela de maestros del género, desde Ray Bradbury hasta Stephen King, Connolly ahonda en los miedos más profundos y arraigados: niños perdidos, forasteros amenazadores, criaturas del submundo y demonios depredadores que surgen en las situaciones más cotidianas, en realidades engañosamente idílicas... o en los aterradores parajes que rodean casas malditas, rectorías solitarias o pantanos de aguas densas. Entre guiños a obras maestras del género y vueltas de tuerca a figuras prototípicas como los vampiros, los cuentos se internan en ese terreno en el que el hombre está inerme ante fuerzas todopoderosas. Aunque muchos de sus protagonistas sean víctimas de sus desmedidas ansias de éxito o de sentimientos espurios, no siempre es así: a veces el Mal se ceba en los más inocentes.

Lectulandia

John Connolly

Nocturnos

ePub r1.0

epubdroid 09.06.15

Título original: *Nocturnes*
John Connolly, 2004
Traducción: Carlos Milla Soler
Retoque de cubierta: Redna G.

Editor digital: epubdroid
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Adèle, a quien siempre echaremos de menos

Nocturnos

El vaquero del cáncer cabalga

El camino tenía tantos baches que los amortiguadores del vehículo de Jerry Schneider no daban abasto. Notaba el duro impacto de cada hoyo y cada rodera en la base de la columna y la posterior sacudida hasta lo alto del cráneo, así que cuando alcanzó a ver la granja, ya percibía los amagos de una atroz jaqueca. Las migrañas eran el mal que lo aquejaba, y confió en que ése no fuera el principio de una de ellas. Tenía trabajo pendiente y aquellos condenados dolores lo dejaban postrado en cama, al borde del vómito, sin más deseo que morir.

Dar ese rodeo hasta la granja de los Benson no le gustaba ni en las mejores circunstancias. Todos ellos, del primero al último de los siete miembros de la familia, eran fanáticos religiosos. Vivían prácticamente al margen del mundo, aislados casi siempre excepto cuando iban al pueblo a comprar provisiones, o cuando Jerry los visitaba, dos veces por semana, para recoger huevos de gallina campera y una selección de sus quesos caseros. En opinión de Jerry, aquellos quesos apestaban, y él, personalmente, comía los huevos siempre revueltos y con tanta sal que habría vaciado el mar Muerto, pero los nuevos ricos que acudían en tropel al estado tanto en verano como en invierno se pirraban por el sabor de esos quesos y de los huevos, y estaban dispuestos a pagarlos a precio de oro en el establecimiento de Vern Smolley. Vern era listo, Jerry tenía que reconocerlo: había detectado enseguida esa tendencia del mercado, y había transformado la parte de atrás de su tienda de alimentación en una especie de paraíso del *gourmet*. A veces, Jerry se las veía y se las deseaba para encontrar un hueco donde dejar el coche en el aparcamiento de Vern, de tan lleno como estaba de Lexus, Mercedes descapotables aún con el lustre del concesionario y, en invierno, esos lujosos 4 x 4 que sólo tenía la gente adinerada, con salpicaduras de barro de diseño para darles un aire rural más auténtico.

Los Benson no querían tratos con esa clase de individuos. Su viejo Ford se mantenía entero gracias a la fe y a alguna que otra cuerda, y vestían ropa de baratillo, eso cuando no la confeccionaba a mano la señora Benson o alguna de las hijas. A decir verdad, Jerry a veces no se explicaba cómo accedían a vender los productos de su granja a personas que, según opinaban ellos, se habían embarcado en un viaje sin retorno al infierno. Así y todo, no sería él quien se lo preguntara a Bruce Benson. Jerry procuraba reducir al mínimo toda conversación con Bruce, pues el viejo solía aprovechar la menor oportunidad para hacer proselitismo de su particular forma de beatería. Bruce, por alguna razón, consideraba que Jerry Schneider aún podía salvarse. Jerry no compartía la fe de Bruce. Le gustaban la bebida, el tabaco y la

jodienda, y, por lo que sabía, ninguna de esas actividades entraban en el plan para la salvación de los Benson. Así que dos veces por semana, al volante de su furgoneta, Jerry ascendía por aquel camino, un verdadero campo de minas para su migraña, recogía los huevos y el queso con el mínimo de ruido y charla posibles, y volvía camino abajo, ahora un poco más despacio, ya que Vern descontaba de su retribución las roturas superiores al diez por ciento.

Jerry Schneider nunca había vuelto a sentirse del todo a gusto en Colorado, no desde que regresó de la Costa Este para cuidar de su madre. Ésa era la cruz de ser hijo único: no tenía a nadie con quien compartir la carga, nadie que asumiese parte de la tensión. La anciana empezaba a perder la memoria y había sufrido alguna caída grave, por lo que Jerry, obrando como debía, volvió al hogar de su infancia. Ahora daba la impresión de que la pobre mujer padecía una fatalidad nueva cada semana: torceduras de tobillo, magulladuras en las costillas, desgarros musculares. Lesiones como éstas iban a minar el aguante del propio Jerry, y eso que él tenía casi treinta años menos que su madre. Tratándose de una persona de setenta y cinco, con osteoporosis en las piernas y artritis en los codos, era un milagro que aún se tuviera en pie.

Aunque allá en el este, la verdad sea dicha, las cosas no andaban muy boyantes desde el 11-S, y Jerry estaba trabajando a jornada reducida cuando tomó la decisión de regresar a casa. Si no hubiese vuelto, tarde o temprano habría acabado, seguramente, con un segundo empleo en un bar para llegar a fin de mes, y ya arrastraba cansancio más que suficiente para plantearse encima semanas laborales de setenta y cuatro horas sin más objetivo que ganarse el pan. Además, no tenía verdaderos vínculos en la ciudad. Había una chica, pero por entonces la relación iba ya de capa caída. Jerry supuso que ella no se llevaría un gran disgusto cuando le anunciase su marcha, y no se equivocó. De hecho, tuvo la sensación de que para ella fue un alivio.

Pero al volver a su lugar de origen recordó muchas de las razones por las que en su día se marchó de allí. Ascension era un pueblo pequeño, cuya prosperidad dependía de los forasteros, y la población renegaba de esa dependencia a la vez que disimulaba sus verdaderos sentimientos con sonrisas y apretones de manos. Aquello no se parecía en nada a Boulder, la ciudad más próxima, que a Jerry sí le gustaba porque era un reducto de progresismo. Muchas veces daba la impresión de que en Boulder los habitantes estaban a un paso de enarbolar su propia bandera y declarar la independencia. En Ascension, por el contrario, la gente se enorgullecía de vivir en un estado con suficiente material radiactivo bajo tierra para refulgir por la noche. Jerry se imaginaba que ciertas partes de Colorado, al igual que la Gran Muralla china, se veían desde el espacio exterior; como las montañas Rocosas, que aparecían envueltas en una tenue luminiscencia en la oscuridad. Sospechaba que en Ascension los vecinos se enorgullecían de que su estado actuase como una especie de baliza radiactiva para Dios o los extraterrestres o para L. Ron Hubbard. Más al sur, en sitios como Colorado Springs, cerca de la Academia de las Fuerzas Aéreas, las cosas estaban todavía peor;

aun así, Ascension era todo un bastión de patriotismo incondicional.

Jerry se preguntaba también si la gente era más rara conforme se acercaba a Utah, como si los mormones pusieran algo en el agua o el aire. Eso explicaría el caso de los Benson y de otros elementos religiosos como ellos que parecían sentirse atraídos por esa zona. Tal vez se perdieron de camino a Salt Lake City, o se les acabó allí la gasolina, o acaso creyeron que ya estaban en Utah y que el Estado les tomaba el pelo haciéndoles pagar impuestos a Colorado.

Jerry no acababa de entender a los Benson, y habría deseado que, en lugar de tanto rezar, destinaran parte de ese tiempo a reparar el camino de acceso a la granja. Esa semana le costaba más avanzar a consecuencia del frío que había empezado a arreciar en el estado. Pronto llegarían las primeras nieves, y entonces Bruce Benson tendría que despejar el paso hasta su casa si pretendía seguir ganando dinero con el queso y los huevos. Todos los demás proveedores de Vern se ocupaban ellos mismos de la entrega de sus productos, pero no así Bruce Benson. Éste parecía no hacer distinción alguna entre su aborrecimiento por el pecado y su aborrecimiento por la localidad de Ascension, y generalmente prefería reducir al mínimo su contacto con la población. Su mujer era igual que él. Jerry Schneider no recordaba haber conocido a una tipa tan consumida y ceñuda como aquélla, y eso que él había rondado lo suyo. Así y todo, Bruce debía de haber hecho acopio de valor para trajinársela al menos cuatro veces (aunque Jerry se jugaba lo que fuera, incluso dinero, a que había apagado las luces y cerrado bien los postigos de las ventanas para hacerlo), ya que tenían cuatro hijos, tres chicas y un niño. Sin embargo, los hijos eran todos agraciados, quizá con cierto aire a Bruce, pero no tanto como para ofender a la vista de nadie, así que tal vez Bruce había puesto su semilla en otra mujer con mejor presencia que la suya. Probablemente la vieja bruja le había dado su bendición antes de dejarlo ir, agradeciendo no tener que hacer algo con lo que a lo mejor disfrutaba.

El niño, Zeke, era el menor. Tenía tres hermanas, y la mayor, Ronnie, poseía una belleza notable, tanto que a Jerry no le importaba escuchar los desvaríos de Benson durante un rato si casualmente ella se encontraba en la era ocupada en sus quehaceres. A veces el sol la iluminaba desde un ángulo perfecto, y Jerry veía sus contornos a través de la falda larga, las piernas un poco separadas, como una tienda de campaña invitándolo a entrar, los músculos de las pantorrillas y los muslos dorados por los rayos solares. Jerry sospechaba que Bruce sabía qué le rondaba por la cabeza en esos momentos, pero lo pasaba por alto con la esperanza de que Jerry llegara a ver la luz. Jerry, en cambio, esperaba ver algo muy distinto, y se preguntaba si Ronnie estaría dispuesta a enseñárselo en caso de que se encontraran a solas y lejos de la influencia de su padre por un rato. De vez en cuando le sonreía, y en su expresión se adivinaba que padecía las inevitables frustraciones de una joven atractiva como ella, privada de toda válvula de escape a sus apetitos. A los hijos los educaban los propios padres en casa, y Jerry intuía que el componente sexual de su formación se reducía básicamente a «no lo hagas, y menos con Jerry Schneider».

Educados en casa, atendidas mal que bien sus enfermedades también en casa —Jerry confiaba en que nada grave le ocurriera a ninguno de ellos, porque los Benson rechazaban a los médicos y toda forma de intervención clínica—, y girando toda su existencia en torno a los miembros de la familia y un Dios remoto y deprimente..., desde luego no iba a ser fácil que las cadenas de televisión se decidieran a basar una comedia en la familia Benson.

También vivía con ellos un hermano de Bruce Benson. Se llamaba Royston, y Jerry había llegado a la conclusión de que era un tanto retrasado. Apenas hablaba, y movía la cabeza en un continuo gesto de asentimiento, como esos perritos que algunos llevan en el salpicadero del coche; en todo caso, parecía más bien inofensivo. Corría el rumor de que una vez, hacía un par de años, intentó meterle mano a la madre de Vern en la tienda, pero Jerry nunca se había atrevido a preguntarle a Vern —o a su madre— si aquello era verdad. Quizá fuera una de las razones por las que Bruce Benson nunca iba a la tienda. Nada agría tanto las relaciones entre la gente como que el hermano tonto de una de las partes aborde en plan italiano a la íntegra madre baptista de la otra parte.

Al cruzar la verja de la granja de los Benson, Jerry bajó instintivamente el volumen de la radio, ya que Bruce no tenía en gran estima la música, y menos aún, sin duda, la que en ese momento sonaba por los altavoces de la furgoneta de Jerry: la sensual voz de Gloria Scott secundada por el talento para la producción del gran Barry White, ya difunto. A Jerry le gustaba el toque del viejo Walrus. Tal vez no estuviera tan en la realidad como Isaac, y podía acusárselo legítimamente de haber establecido el tono lánguido e insípido del Rhythm & Blues moderno, pero en aquella concentración de cuerdas había algo que despertaba en Jerry el deseo de encontrar a una muchachita complaciente y ensuciar las sábanas de aceite para bebé y champán barato. Se preguntó si Ronnie Benson había oído alguna vez a Barry White. Por lo que Jerry sabía, los Benson ni siquiera escuchaban a esos predicadores chiflados del extremo del dial, esos que daban fe del amor de Dios y sin embargo parecían odiar a casi todo el mundo, o al menos a mucha gente como la que Jerry conocía y apreciaba. Si exponía a la prole de los Benson a la música de Barry White, posiblemente el viejo se quedaría tieso en el sitio y las hijas sucumbirían a algún tipo de delirio.

De forma discreta, Jerry volvió a subir un poco el volumen.

En cuanto llegaba el invierno, los Benson trasladaban a sus gallinas a un gran establo. De hecho, Bruce le había anunciado a Jerry que para su siguiente visita ya estarían allí, pero cuando se aproximó a los corrales situados a la derecha, Jerry vio pequeños bultos blancos esparcidos por la tierra. Estaban inmóviles. Como el viento les agitaba levemente las plumas, parecían temblar allí en el suelo, pero era sólo una falsa impresión de vida.

Al ver aquello, Jerry paró en seco. Dejando el motor al ralentí, se apeó de la furgoneta y se acercó a la alambrada. Cerca yacía, muerta, una de las gallinas de los Benson. Jerry se agachó para tocarla y apretó suavemente su carne con las yemas de

los dedos. De inmediato rezumó de su pico y de sus ojos un líquido negro, y Jerry se apresuró a retirar los dedos y restregárselos en la costura del pantalón para limpiárselos de cualquier posible contagio.

Todas las gallinas estaban muertas, pero aquello no era obra de ningún animal. Jerry no veía sangre en las plumas, ni destrozo alguno. En el ángulo opuesto del corral, Jerry advirtió la presencia del gallo de los Benson, paseándose entre sus concubinas muertas, su cresta roja claramente visible mientras picoteaba el suelo en busca de los últimos granos para distraer el hambre. Por alguna razón había sobrevivido a la matanza.

Jerry regresó a la furgoneta e, inclinándose hacia el interior de la cabina, apagó el motor. Allí ocurría algo raro. Se respiraba desolación. Atravesó la era. La puerta de la casa de los Benson estaba abierta de par en par, sostenida por una cuña de madera encajada en la base. Deteniéndose al pie de la escalera del porche, llamó a Bruce Benson.

—¡Hola! —dijo—. ¿Hay alguien?

No contestaron. La puerta daba directamente a la cocina. Había comida en la mesa, pero Jerry, incluso desde fuera, notó que estaba podrida.

«Debería avisar a la policía. Debería avisar ya, y esperar a que lleguen», pensó.

Pero Jerry sabía que no tendría paciencia para eso. Optó por volver a la furgoneta, abrió la guantera y, de debajo de la acumulación de mapas, menús de restaurante y multas de aparcamiento impagadas, extrajo la Ruger envuelta en un paño. El arma no cambiaría las cosas, ya no, pero con ella en la mano se sintió mejor.

La cocina olía mal. La cena, pollo y panecillos, parecía llevar allí un par de días. Jerry se acordó de la gallina muerta en el corral, de la sustancia negra que había rezumado de su pico al tocarla. Dios santo, si las gallinas se habían contaminado de algún modo, y esa contaminación se había propagado a la familia... Pensó de pronto en los huevos que recogía y entregaba en el pueblo desde hacía seis meses, y en el pollo que Benson le había dado como obsequio de Acción de Gracias no hacía ni una semana. Jerry casi vomitó allí mismo, pero recobró la calma. No sabía de nadie que hubiera muerto por una enfermedad aviar, excepto, quizá, por aquella gripe aparecida en Asia, y lo que había matado a las gallinas de los Benson no se parecía en nada a las gripes que Jerry conocía.

Miró en el salón —no había televisor, sólo un par de sillones, un sofá con demasiado relleno y unos cuantos cuadros religiosos en las paredes— y en el cuarto de baño de la planta baja. No encontró a nadie. Al pie de la escalera, Jerry dio una voz más antes de subir a los dormitorios. Allí el hedor era más intenso. Jerry sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo apretó contra la nariz y la boca. Ya sabía qué le esperaba. De joven había trabajado en un matadero de Chicago, uno no muy escrupuloso con la calidad de la carne. Jerry no había vuelto a probar una hamburguesa desde entonces.

Bruce Benson y su mujer estaban en la primera habitación, tendidos bajo un gran

edredón blanco. Él llevaba pijama; y su mujer, un camisón blanco de algodón. Un líquido negro manchaba su ropa y la cama, y restos reseco cubrían también la parte inferior de sus rostros. Bruce Benson tenía los ojos entreabiertos y unas lágrimas negras veteaban sus mejillas. Por la expresión de sus caras, Jerry dedujo que no habían tenido un final plácido. Aun en la muerte, el dolor permanecía grabado en ellas, como si fueran máscaras meticulosamente esculpidas por un artista trastornado.

Las hijas se hallaban en el siguiente dormitorio. Pese a que había una litera en un rincón, las tres compartían la cama grande en el centro de la habitación. Jerry imaginó que ésa era la cama de Ronnie. Ésta estrechaba a sus hermanas menores con los brazos, una a cada lado. Allí se veía más sangre negra, y Ronnie ya no era hermosa.

Jerry desvió la mirada.

El benjamín de la familia, Zeke, estaba en una habitación minúscula al final del pasillo. Lo habían tapado con una sábana. El primero en irse, pensó Jerry, cuando alguien conservaba aún fuerzas suficientes para amortajarlo después de morir. Pero si le quedaban fuerzas para eso, ¿por qué no para pedir ayuda? Los Benson tenían teléfono, y, a pesar de sus peculiares creencias, debían de haberse dado cuenta de que allí ocurría algo muy grave. Una familia entera no moría así, no en Colorado, ni en ningún lugar civilizado. Aquello parecía la peste.

Jerry se volvió para salir de la habitación del niño y una mano le tocó el hombro. Giró sobre los talones, con la pistola en alto, y dejó escapar una especie de grito atormentado. Más tarde lo describiría como un chillido femenino, un sonido que nunca había imaginado que pudiera salir de él, pero no se avergonzaba. Como declaró a la policía, cualquiera habría reaccionado igual si hubiese visto lo que él vio.

Ante él estaba Royston Benson: Roy, el pobre retrasado, que amaba a Dios porque su hermano le decía que Dios era misericordioso, que Dios velaría por él si le rezaba con fervor y llevaba una vida decente y no andaba por ahí metiéndole mano a las madres ajenas en las tiendas de alimentación.

Sólo que Dios no había velado por Roy Benson, ni siquiera rezándole y manteniendo las manos quietas. Éstas se le habían hinchado y los dedos se le habían ennegrecido, y unos tumores oscuros cubrían su cara, rojos alrededor y negruzcos en el centro. Uno abarcaba la mitad izquierda de la cara, reduciendo su ojo a una ranura y desfigurándole los labios de modo tal que la comisura le quedaba en alto, como si sonriera. Jerry se fijó en los dientes que le quedaban, sostenidos apenas por las encías putrefactas, y en la lengua deformada que asomaba de la caverna de su boca. Un líquido negro le manaba de las fosas nasales, de las orejas y de las comisuras de los labios, acumulándose en el mentón para después caer al suelo gota a gota. Dijo algo, pero Jerry no lo entendió. Lo único que sabía era que Roy Benson estaba descomponiéndose ante sus ojos, y que lloraba porque no se explicaba cómo era posible que le ocurriera eso a él. Tendió la mano hacia Jerry, pero éste retrocedió. Por nada del mundo se dejaría tocar por Roy otra vez.

—Cálmate, Roy —dijo—. Tranquilo. Voy a pedir ayuda. Todo irá bien.

Pero Roy movió bruscamente la cabeza en un gesto de negación, y con su sacudida salpicó de mocos, lágrimas y sangre negra la cara y la camisa de Jerry. Intentó formar palabras de nuevo, pero no le salieron, y de pronto empezó a agitarse con espasmos y convulsiones, como si algo fuera a escapar de dentro de él con un reventón. Se desplomó y se dio tal cabezazo contra las tablas del suelo que los juguetes de su sobrino muerto saltaron de los estantes. Arañó la madera y las uñas de los dedos se le desprendieron. Al cabo de un momento, ante la mirada de Jerry, los tumores de su cara comenzaron a expandirse y colonizar las últimas porciones de piel ilesas, apresurándose a converger antes de que su huésped muriese.

Y mientras el último rastro de color blanco desaparecía de su cara, Roy Benson dejó de debatirse y se quedó inmóvil.

Jerry se alejó a trompicones del cadáver. Tambaleándose, cruzó la puerta, buscó el cuarto de baño y vomitó en el lavabo. Siguió con arcadas hasta que sólo salió de él saliva y aire pestilente; luego se miró en el espejo, esperando ver, en parte, cómo aquella horrible negrura se extendía por su cara y borraba sus facciones, tal como le había ocurrido a Roy Benson.

Pero no fue eso lo que vio. Giró la cabeza y se fijó en el cigarrillo que había en un cenicero junto al inodoro. El cenicero estaba lleno de colillas, pero ésa en particular aún humeaba, y la última voluta de nicotina se disipó ante Jerry mientras la observaba.

En aquella casa nadie fumaba. Nadie fumaba, ni bebía, ni decía palabras malsonantes. Nadie hacía nada aparte de trabajar y rezar y, en los últimos días, pudrirse como carne pasada.

Y supo entonces por qué los Benson no habían pedido ayuda por teléfono.

Comprendió que allí había alguien.

Allí había alguien para verlos morir.

Al cabo de diez días, y tres mil kilómetros al este, Lloyd Hopkins dijo las palabras que nadie quería pronunciar.

—Vamos a tener que sustituir esta quitanieves.

Hopkins llevaba los pantalones nuevos del uniforme, que, a su juicio, le quedaban un poco más ajustados de lo que convenía. Llevaba los pantalones nuevos porque había echado unos a lavar y los otros se le habían quedado hechos jirones durante la reciente búsqueda de dos excursionistas. La desaparición de dichos excursionistas la notificó Jed Wheaton, dueño del único motel de Easton, dos días antes al ver que no volvían de una visita a Broad Mountain. Como luego se supo, la pareja — neoyorquina, como no podía ser de otro modo— había sucumbido a la lujuria en el camino y tomado una habitación en un hotel bajo nombres falsos, con la idea de que así la experiencia sería más excitante. No se molestaron en comunicárselo a Jed Wheaton, y éste, viendo que no regresaban a su habitación esa noche, avisó a la comisaría, con lo que Lopez, el jefe de policía, reunió al equipo de rescate, que incluía a Lloyd Hopkins, su único agente a jornada completa, para iniciar la batida a primera hora del día siguiente. Estaban aún en la montaña cuando la pareja, con sus apetitos ya bajo control, se presentó en el motel para pagar la cuenta y recoger sus cosas. A instancias del jefe de policía, Jed se negó a dejarlos marchar hasta que Lopez volvió al pueblo y les echó un rapapolvo monumental, faltando poco para que los apalease y colgase del cartel de BIENVENIDOS, a la entrada del pueblo, a fin de dar ejemplo.

Hopkins, Lopez y Errol Crisp, el nuevo alcalde de Easton, contemplaban ahora, en la cochera del ayuntamiento, la vieja máquina quitanieves, la única que tenía el pueblo.

—A lo mejor encontramos a alguien que le haga un apaño —comentó Errol—. Otras veces nos ha dado resultado.

Lopez dejó escapar un resoplido.

—Ayer soltaba aceite como si le hubieran clavado una lanza. Hoy ni siquiera conseguimos que arranque. Si fuera un caballo, le pegaría un tiro.

Errol soltó uno de sus largos suspiros, de esos a los que recurría siempre que se hablaba de gastar dinero. Era el primer alcalde negro elegido en Easton y procuraba andarse con pies de plomo en su primer mes en el cargo. No deseaba en absoluto que los vecinos se quejaran de que derrochaba el dinero como un liberto. Con sesenta años cumplidos, Errol era el mayor de los tres hombres reunidos en la cochera.

Lopez, que para nada aparentaba la dieciseisava parte de sangre hispana que afirmaba tener, contaba doce años menos. Lloyd Hopkins, por su parte, parecía un adolescente. Un adolescente regordete, quizá, pero un adolescente al fin y al cabo. Errol ni siquiera estaba muy seguro de que el chico superase la edad legal para el consumo de alcohol.

—Al consistorio no va a gustarle —dijo Errol.

—Al consistorio le gustará mucho menos no ver el pueblo a causa de la nieve —repuso Lopez—. Al consistorio no le gustará oír las quejas de los comercios cuando nadie pueda aparcar en las calles, o cuando la gente se caiga del bordillo y se rompa las piernas porque no ve dónde acaba la acera y dónde empieza la calzada. Por amor de Dios, esta carraca ya lo ha dado todo. Tiene más años que Lloyd.

Lloyd movió los muslos en un intento de crear cierto espacio entre el tejido del pantalón y su piel. Viendo que eso no surtía efecto, trató de extraer discretamente la tela de los pliegues de donde se había metido.

—¿Qué demonios te pasa, hijo? —preguntó Errol. Retrocedió un par de pasos para apartarse del joven policía, por si acaso el mal que aquejaba al muchacho saltaba sobre él.

—Lo siento —dijo Lloyd—. Estos pantalones no me vienen bien.

—¿Y entonces por qué te los pones?

Lopez contestó por Lloyd:

—Se los pone porque, el muy presumido, se niega a reconocer que ha engordado unos kilos desde la última vez que se compró unos pantalones nuevos. La talla cuarenta y cuatro..., sí, y un huevo. Ya te dije cuando los encargaste que antes debías tomarte las medidas. Tan difícil es que Errol aquí presente vuelva a cumplir los cuarenta y cuatro como que tú vuelvas a llevar una cuarenta y cuatro de pantalón.

Lloyd se ruborizó, pero no rechistó.

—No te preocupes —añadió Lopez—. Ya te conseguiremos otro par. Pero que te sirva de lección.

—Más vale que lo cargues a «gastos varios» —sugirió Errol—. No quiero que la gente ande preguntando por qué compramos pantalones como si fueran a venir tiempos de escasez. Joder, hijo, tengo un nieto de dos años que no necesita dos pantalones al mes, y crece como la hierba en verano. Con dos años ya sabe si un pantalón le viene o no.

Lopez sonrió y dejó que al alcalde mortificara un rato a Lloyd. Aunque éste no viera por dónde iban los tiros, él sí era muy consciente de lo que hacía. Errol pondría el grito en el cielo por los cuarenta dólares que costaba un pantalón de uniforme, y luego ya no se sentiría tan mal por tener que gastar cien veces esa cantidad en una quitanieves nueva. En cuanto acabase, Lopez lo llevaría otra vez a su despacho y ultimarían los detalles de la compra. En menos de una semana habría una quitanieves nueva en la cochera. Para entonces, incluso cabía la posibilidad de que Lloyd tuviese un pantalón de su talla. En todo caso podían perdonarle sus rarezas al joven agente.

Era honrado, diligente, más listo de lo que parecía, salvo en lo que atañía a su peso, y no reclamaba el pago de las horas extras. Lopez tendría unas palabras con él acerca de su dieta. Por lo general, Lloyd valoraba los consejos de su superior. ¿Quién sabía? Quizás al final ese pantalón le quedara bien y todo. Podía requerir cierto tiempo, pero Lopez veía a Lloyd como una obra inacabada en varios sentidos.

Easton era el típico pueblo de New Hampshire: no del todo bonito, pero tampoco feo; un poco lejos de las grandes zonas de recreo invernal para beneficiarse del negocio turístico derivado de ellas, pero a una distancia razonable para que los lugareños cogieran el coche y pasaran el día en las pistas si les apetecía. Contaba con un par de bares, una calle mayor en la que más de la mitad de los comercios obtenía un rendimiento aceptable durante todo el año, y un motel que para su dueño era tanto un pasatiempo como una actividad lucrativa. El colegio tenía un equipo de fútbol que no estaba mal, y un equipo de baloncesto del que la gente, en su mayoría, prefería no hablar. Easton poseía, asimismo, un sentido del orgullo cívico que no guardaba proporción con la modesta apariencia del lugar; un consistorio responsable pero frugal; un departamento de policía con sólo dos miembros en plantilla y unos cuantos ayudantes a tiempo parcial; y un índice de delincuencia un poco por debajo de la media para un pueblo de sus dimensiones. En suma, reflexionaba a veces el jefe, existían sitios mejores donde vivir, pero también los había mucho peores.

Frank Lopez, el padre del jefe, ejerció de contable en Easton desde 1955 hasta 1994, fecha en la que se jubiló y se trasladó a Santa Bárbara con su mujer. Para entonces, su hijo Jim formaba parte de la policía de Manchester desde hacía casi veinte años. En 2001 quedó vacante la plaza de jefe en Easton, y Jim Lopez la solicitó y se la dieron. Tenía ya un cuarto de siglo de servicio a las espaldas y, aunque no deseaba abandonar las fuerzas del orden, le atraía la idea de llevar una vida más tranquila. Su matrimonio se había roto hacía diez años, sin hijos pero también sin resquemor, y Easton, su pueblo natal, le ofrecía familiaridad, comodidad y un lugar donde establecerse holgadamente en la mediana edad. El trabajo no le representaba una carga excesiva. Era apreciado y respetado, y había conocido a una mujer a quien, según sospechaba, quería.

En suma, Jim Lopez era más feliz que nunca en su vida.

El motel de Easton estaba tranquilo esa semana. Después del alboroto originado en torno a los excursionistas, Jed Wheaton se alegraba en cierto modo de no tener que ocuparse de demasiados huéspedes. La actividad resurgiría en cuanto llegasen las nieves, época en que Easton solía disfrutar de las migajas del turismo invernal. Sería igualmente un mal año, pero quizás aún podía salvarse algo.

De las doce habitaciones, en ese momento sólo había ocupadas un par. En una se alojaban dos jóvenes turistas japoneses que se deshacían en sonrisitas como bobos y tomaban demasiadas fotografías, pero mantenían la habitación tan ordenada que Maria, la camarera, tenía la sensación, según decía, de ensuciar más que ellos. Plegaban las toallas, no dejaban pelos en la ducha ni en el lavabo, e incluso se hacían

la cama.

—¿No sería estupendo que todos los huéspedes fuesen como ellos? —preguntó Maria a Jed una mañana cuando volvía de revisar las habitaciones.

—Sí, sería fantástico —contestó él—. Podría despedirte y dedicar el dinero que ahorrase a tener una vejez más cómoda.

—¡Ja! —repuso Maria con un golpe de muñeca, negándose a contemplar siquiera la posibilidad—. Me echaría usted de menos si no estuviera. Le gusta tener cerca a una chica guapa.

Maria era portorriqueña, corpulenta y deslenguada, y estaba felizmente casada con el mejor mecánico del pueblo. Tal vez en otro tiempo fue una «chica guapa», pero en la actualidad parecía más bien que acabase de zamparse a una. Maria era muy trabajadora, nunca llegaba tarde ni tenía mal genio, atendía la recepción y las reservas, y en general la marcha cotidiana del hotel recaía más en ella que en Jed. A cambio, él le pagaba bien y no se quejaba cuando ella recurría a su conocimiento de la mecánica interna de las máquinas expendedoras para agenciarse una chocolatina gratis.

Como para poner a prueba su pericia, y de paso la tolerancia de Jed, Maria se acercó a la gran máquina roja en el rincón de la recepción, aplicó el oído a un costado, escuchó como un ladrón de cajas fuertes y, por último, le asestó un golpe seco con la palma de la mano.

Una barrita de Snickers se desprendió del gancho y cayó en la bandeja.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Jed, no por primera vez—. Yo lo pruebo, pero sólo consigo hacerme daño en la mano. —A renglón seguido, como si tomara conciencia de que a todos los efectos estaba legitimando el hurto en contra de sus intereses, añadió—: Y si vas a hacer eso, al menos no lo hagas delante de mis narices. Es como atracar un banco y pedir el resguardo.

Maria se sentó y retiró el envoltorio de la barrita.

—¿Quiere un poco?

—No. Gracias. ¿Y por qué te doy las gracias? Esa puñetera chuchería la he pagado yo.

—¿A cuánto le sale? ¿A setenta y cinco centavos contantes y sonantes?

—Es una cuestión de principios.

—Ya, ya, ya: principios. Vaya unos principios, si salen a setenta y cinco centavos. Incluso con lo que me paga, podría comprarme muchos principios.

—Sí, pues a lo mejor podrías plantearte invertir en alguno que otro, como no robar, sin ir más lejos.

—Esto no es robar: usted me ve hacerlo y no dice ni pío. Eso es dar, no robar.

Jed lo dejó estar. Examinó el registro de huéspedes. Ese día no entraría ninguno nuevo; luego había dos reservas confirmadas para el jueves y cinco para el viernes. Si a eso le sumaba los que quizá siguieran los indicadores desde la autovía cuando se cansaran de conducir, la cosa no pintaba mal para lo que quedaba de semana.

—El hombre de la doce —dijo Maria.

—¿Qué le pasa?

Maria se puso en pie, se acercó a la puerta para cerciorarse de que no había nadie cerca y se inclinó hacia Jed.

—No me gusta.

El huésped de la habitación número doce había aparecido hacía dos noches después de oscurecer. A su llegada lo había atendido Phil, el hijo de Jed, un universitario que estaba pasando un par de días en casa y no le importaba ganarse unos dólares en recepción.

—¿Por qué? ¿No te ha dejado robarle una chocolatina?

Maria tardó un momento en contestar. Por lo común, no tenía pelos en la lengua a la hora de expresar sus sentimientos. Jed dejó el bolígrafo y adoptó un semblante serio.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó.

Maria movió la cabeza en un gesto de negación.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Me da mala espina —dijo ella—. Verá, he ido a limpiar su habitación. Tenía las cortinas echadas, pero no había letrero en la puerta. He llamado, y como no he oído nada, he entrado.

—¿Y?

—Estaba... allí sentado, en la cama. No parecía haber dormido en ella. Se encontraba allí sin más, con las manos en las rodillas, de cara a la puerta, como si estuviera esperando a que yo entrase. Me he disculpado, y él ha contestado que no me preocupara, que podía entrar. Le he dicho que ya volvería, pero él ha insistido. Ha dicho que anoche no durmió muy bien, y que quizás intentaría echar una cabezada más tarde esta mañana. Por eso prefería que limpiase ya la habitación. Pero aparentemente no había nada que limpiar, así que le he preguntado qué quería que hiciese. Me ha dicho que había usado las toallas del baño, nada más.

»Entonces he cogido unas toallas limpias y he entrado en el baño. Él seguía sentado en la cama, pero he notado que me observaba. Sonreía, y he presentido que algo raro pasaba.

Jed advirtió por primera vez que Maria no se había comido la barrita de Snickers. Continuaba intacta en su mano. Ella, reparando en que él miraba la chocolatina, la envolvió escrupulosamente y la dejó en el mostrador.

—Ahora no me apetece —dijo.

Jed tuvo la impresión de que estaba al borde del llanto.

—No te preocupes, la guardaré en la nevera. Cómetela cuando quieras.

La cogió y la dejó con cuidado en un estante del pequeño frigorífico situado detrás del mostrador.

—Sigue —instó—. Me hablabas del hombre de la doce.

Ella asintió.

—Al entrar en el baño, me he encontrado todas las toallas en el suelo. Cuando las he cogido, me ha parecido que estaban manchadas de sangre.

—¿Sangre?

—Eso he pensado, sí, pero era negra, como el petróleo.

—¿Y no serían manchas de gasolina?

Jed no sabía qué era peor: la sangre, o que un capullo utilizara las toallas para limpiar la gasolina de una fuga en su coche.

—Quizá. No lo sé. Las tengo en una bolsa en la lavandería. Puedo enseñárselas.

—Pues vayamos a verlas. ¿Eso es todo? ¿Unas toallas sucias?

Maria alzó la mano. Aún no había terminado.

—Me he puesto los guantes y he recogido las toallas. Iba a llevármelas cuando le he echado un vistazo al váter. Tenía el asiento levantado. En todo caso, siempre lo compruebo por si hay que limpiarlo, ya me entiende. Ahí había más manchas negras, como si fuera un vómito, o algo peor. Por toda la taza.

»Me he vuelto, y él estaba a mi lado. Creo que se me ha escapado un grito del susto que me ha dado. Casi me caigo, pero él me ha sujetado para impedirlo. Me ha dicho que lo sentía, que debería haberme prevenido sobre el estado del baño. “He estado enfermo”, me ha contado. “Muy enfermo”. Le olía el aliento. “¿Necesita un médico?”, le he preguntado. “No, un médico no. Lo mío no tiene cura, señora, pero tengo la sensación de que estoy recuperándome. Sólo necesitaba eliminar algo de mi organismo”.

»Luego me ha soltado. He cogido las toallas, las he sustituido por otras limpias y he tirado de la cadena. Iba a restregar la taza, pero me ha dicho que no hacía falta. Cuando he salido, estaba sentado en la cama, como cuando he llegado. Le he preguntado si quería que recorriese las cortinas y me ha contestado que no, que era sensible a la luz. He cerrado la puerta y allí lo he dejado.

Jed se detuvo a pensar por un momento.

—Ha estado enfermo, pues —comentó por fin—. No hay motivo para no dar alojamiento a un enfermo, supongo, aunque imagino que será mejor andarse con cuidado con esas toallas. Has dicho que te has puesto guantes, ¿no?

—Siempre me los pongo. El VIH, el sida..., siempre me ando con mucho cuidado.

—Bien —dijo Jed—. Eso está bien. —Asintió para sí—. Bajaré a verlo yo mismo cuando acabe aquí, y a lo mejor convengo al doctor Bradley para que le eche una ojeada. Si deja sangre negra en el váter, dudo que esté recuperándose. Si le pasa eso, dudo muchísimo que esté mejorando.

Le propuso a Maria que se marchara a casa temprano, que pasara un rato con su nieto. Ya movilizaría a Phil si era necesario. Phil se quejaría un poco, seguro, pero era buen chico. Jed lo echaría de menos cuando regresara a la universidad al final de aquella semana. Ya no lo vería hasta después de Navidad, porque Phil pasaba las fiestas con su madre en Seattle. Jed se consolaba con la idea de que el chico estaría

otra vez allí antes de Año Nuevo, y si por él fuera, seguramente habría elegido Easton en lugar de Seattle. Casi todos sus amigos volverían para las fiestas con la esperanza de esquiar un poco, y a Phil se le daban tan bien las pistas como al que más.

Entretanto hablaría con el tipo de la doce y se plantearía si convenía hacer algo al respecto. Tal vez incluso lo despachara, porque no había nada peor para el negocio que la muerte de un desconocido en una de sus habitaciones. Maria le dio las gracias antes de irse. Se veía que estaba muy afectada, pero él no acababa de entender por qué. Ciertamente, a nadie le resultaba agradable encontrarse con toallas ensangrentadas y la taza de váter ensangrentada en una habitación ocupada por un enfermo, pero ya habían tenido que limpiar cosas mucho peores en otras ocasiones. Hacía un par de años había recalado por allí un grupo que celebraba una despedida de soltero, y Jed llegó a preguntarse después si no sería más fácil quemar el motel y reconstruirlo que limpiarlo.

Jed se acercó al registro y deslizó el dedo por la página hasta llegar al nombre del huésped de la doce.

—Carson —leyó en voz alta—. Buddy Carson. En fin, Buddy, según parece, quizá tengas que marcharte antes de lo que preveías.

«En más de un sentido», pensó.

Si bien el hombre que se presentaba como Buddy Carson había llegado al motel hacía sólo dos noches, llevaba más de una semana rondando por las inmediaciones de Easton, casi desde que abandonó Colorado. Tres mil kilómetros, y los había recorrido en menos de dos días. Buddy no necesitaba dormir más de una o dos horas, y apenas comía, salvo chocolatinas y dulces en general. A veces se sorprendía de sus hábitos alimentarios, pero no le daba muchas vueltas. Buddy tenía cosas más importantes de que preocuparse, como aliviar su dolor y saciar el apetito de la cosa que moraba dentro de él.

El lunes, poco después de cruzar la línea divisoria entre Vermont y New Hampshire, se topó con Link Frazier, que estaba cambiando una rueda de su furgoneta, y supo que había llegado el momento de empezar otra vez.

Link contaba setenta años, se movía como un hombre de cincuenta, y abordaba a las mujeres jóvenes como un muchacho de diecisiete; así y todo, cambiar una rueda se las traía. En su día, Link fue el dueño del bar que ahora pertenecía a Reed, en Easton, pero por entonces el establecimiento se llamaba The Missing Link, «El Eslabón Perdido», por el hecho de que su mujer solía comentar, en broma, que Lincoln Frazier, inexplicablemente, siempre estaba ausente cuando había que arrimar el hombro. Al morir Myra, hacía diez años, Link sintió que parte de su vitalidad se extinguía con ella y le vendió el bar a Eddy Reed a condición de que éste cambiara el nombre del local. Ahora que Myra se había ido, la broma tenía menos gracia.

Las rodillas de Link ya no eran las de antes, y digamos que le complació ver que el Dodge Charger rojo se detenía delante de la furgoneta y el conductor se apeaba. Era más joven que Link, décadas más joven, y vestía unos vaqueros descoloridos y

un chaleco de cuero negro encima de una camisa vaquera descolorida. Por debajo de los dobladillos raídos del pantalón asomaban las afiladas punteras de unas botas camperas de piel de serpiente. Tenía el pelo negro y lo llevaba peinado hacia atrás, muy liso, de manera que, entre los mechones, se veían los surcos paralelos que le había dejado el peine de púas anchas. No obstante, le raleaba, y el blanco del cuero cabelludo relucía entre las guedejas como agua de lluvia en las roderas de un camino embarrado.

El conductor metió el brazo en su coche y cogió del asiento del acompañante un ajado sombrero de paja, estilo vaquero. Éste llevaba prendido en la copa, por delante, un retazo de tela blanca que parecía arrancado de un mono, como los distintivos que usan los mecánicos, y tenía escrita la palabra «Buddy» en letra cursiva.

Cuando el dueño del Dodge se aproximó, Link pudo echarle un buen vistazo a la cara, a pesar de que una parte quedaba a la sombra del ala del sombrero. Era un rostro en extremo enjuto, tanto que Link vio cómo se movían los tendones de sus maxilares cuando mordisqueó algo en un ángulo de la boca. Tenía los labios de un rojo intenso, casi negros, y los globos oculares le sobresalían un poco de las órbitas, como si unas manos invisibles estuvieran estrangulándole lentamente. Casi era feo, y sin embargo andaba con desenvoltura. Se adivinaba en él cierta determinación pese al aire de desenfado que parecía querer transmitir por medio de su ropa y su actitud.

—¿Tiene algún problema? —preguntó.

En su voz se advertía un marcado dejo sureño, pero a Link le dio la impresión de que lo exageraba un poco, tal como hacen algunos cuando creen que cierto rasgo aumenta su encanto.

—He pinchado con un clavo hace un rato —explicó Link.

—Está más deshinchado que un globo sin aire, eso desde luego —comentó el hombre. Se arrodilló junto a Link—. Déjeme a mí. No se ofenda. Ya sé que usted puede hacerlo. Sé que seguramente sería capaz de levantar la furgoneta entera sin gato, pero que *pueda* hacerlo no significa que le *convenga*.

Link decidió aceptar el cumplido —pese a lo excesivo que sonaba—, así como la correspondiente ayuda. Se irguió y observó al hombre del sombrero vaquero, que en un santiamén aflojó los tornillos y retiró la rueda. Era más fuerte de lo que parecía, pensó Link. Éste, poco antes, tenía previsto accionar la llave de tubo con el tacón de la bota para aflojar los tornillos; aquel tipo, en cambio, los había soltado casi sin estirar la espalda. La rueda fue reemplazada sin apenas charla ni mayores aspavientos, cosa que a Link ya le pareció bien. Él era poco dado al palique, y menos con desconocidos, por muchas ruedas que cambiasen. Cuando estaba al frente del bar, The Missing Link, era Myra quien ponía el encanto; él trataba con los proveedores de cerveza y bebidas fuertes.

El vaquero se irguió, sacó del bolsillo un paño de color azul vivo y se limpió las manos.

—Gracias por la ayuda —dijo Link. Tendió la mano en actitud de agradecimiento

—. Me llamo Link Frazier.

El vaquero le miró la palma abierta como un pederasta se recrearía al atisbar un muslo infantil en el patio de un colegio. Acabó de limpiarse las manos, se guardó el paño en el bolsillo y dio un apretón a Link. Éste experimentó una sensación desagradable, como si unos insectos reptasen por su piel. Procuró disimularlo, pero tuvo la certeza de que el vaquero se percataba del cambio en su expresión.

—Buddy Carson —se presentó el vaquero.

Sí, había percibido la reacción de Link. Buddy reconocía con absoluta precisión los ritmos en los cuerpos de otras personas.

—No hay de qué —añadió Buddy mientras en las células del cuerpo de Link se iniciaba la metástasis y su hígado empezaba a pudrirse.

Se llevó las yemas de los dedos de la mano derecha al sombrero, dirigió un breve saludo a Link y se encaminó de vuelta a su coche.

Ese mismo día, más tarde, Buddy se ligó a una camarera en un bar cercano a Danbury. Era una cuarentona con unos kilos de más. Nadie la habría considerado guapa, pero Buddy se la cameló bien y, al final de una velada de copas, ya la tenía convencida de que eran almas gemelas: dos personas solitarias pero honradas que, pese a recibir unos cuantos golpes en la vida, de algún modo habían logrado salir adelante. Luego fueron a casa de ella, una sencilla vivienda adosada de dos habitaciones que olía un poco a ropa mohosa, y Buddy hizo temblar su cama y sus huesos. Ella le dijo a Buddy que hacía mucho tiempo desde la última vez y que era justo lo que necesitaba. Gimió debajo de Buddy, y él cerró los ojos mientras se movía sobre ella.

Cuando podía entrar en la gente, era más fácil, cuando podía tocar el interior de sus bocas con el dedo, y quizás hincarles un poco una uña. Las heridas abiertas también servían, e incluso un beso si conseguía obligarlas a separar los labios y se los mordía, pero el sexo era lo ideal. Con el sexo surtía efecto más deprisa, y así él podía quedarse a mirar sin correr grandes riesgos.

La segunda vez, los sonidos de la camarera cambiaron de tono. Le pidió que parase. Dijo que pasaba algo. Buddy no paró. En cuanto empezaba, ya no había vuelta atrás. Aquello funcionaba así. Cuando él terminó, ella ya respiraba con dificultad y parte de la carne de su cara se había consumido. Hundía los dedos, como garras, en las sábanas y arqueaba la espalda a causa del dolor. No podía hablar.

La sangre empezaba a manar. Eso estaba bien. Era roja, pero pronto se ennegrecería.

Buddy se acomodó en la cama y encendió un cigarrillo.

La situación empeoraba paulatinamente.

En otro tiempo le bastaba una vez por semana para aliviar el dolor, pero ya no era así. Ahora una vez al día le proporcionaba reposo, pero no más de un par de horas de paz. Si lograba corromper a más de uno, las horas sin ese suplicio aumentaban exponencialmente, pero existía el riesgo de que la gente se diera cuenta, así que las víctimas múltiples rara vez eran una opción.

Los problemas de esa mañana eran señal de que cada vez le resultaba más difícil controlar aquello que moraba dentro de él, y saciarlo. La sangre negra había aparecido mientras orinaba. Poco después empezó a expulsarla al toser, empapando las toallas. Cuando apenas se había recobrado, entró en la habitación la empleada del motel, aquella gorda. Él se preguntó si ella se lo comentaría a alguien, y estaba casi seguro de que sí. Tuvo una percepción extraña de la mujer al sujetarla, mientras su piel pugnaba con la de ella, mientras la podredumbre de su interior trataba de prenderse en el nuevo huésped.

Pronto tendría que seguir su camino, pero estaba muy débil.

Existía otra posibilidad, aunque era en extremo aventurada. Venía dándole vueltas desde hacía un tiempo, calculando las probabilidades, evaluando los riesgos. Ahora, con la exacerbación de su propio dolor y la presencia del fluido negro en la orina, la perspectiva se volvía cada vez más apetecible. Si una presa proporcionaba un alivio pasajero, razonaba, y con dos se duplicaba el tiempo de sueño, ¿qué ocurriría si invadía a más, a muchas más? Se acordó de la familia de Colorado: después de aquello, el dolor desapareció durante varios días, y cuando resurgió, se había mitigado de manera notable, tanto que en realidad invadió a la camarera más por deseo que por necesidad. ¿Qué sucedería si corrompía a todo un pueblo, a una ciudad? Disfrutaría de un respiro de semanas, quizá meses. Tal vez incluso lograra librarse de aquello para siempre. Tenía a su alcance, tentadoramente, una paz prolongada.

Aquella era una comunidad pequeña. En circunstancias normales sería difícil acceder a un número suficiente de personas, pero el día anterior, mientras daba un paseo, se fijó en algo que lo indujo a replantearse sus opciones. Pasó el resto del día reflexionando al respecto, sopesando los pros y los contras y concibiendo la mejor manera de llevarlo a cabo.

Esa mañana, con la sangre negra propagándose en la taza del váter, tomó una decisión. Haría un alto allí, en Easton; luego enfilaría rumbo al norte y buscaría algún sitio tranquilo donde descansar durante el invierno, o quizá para siempre. Se le cerraban los ojos: tocar a la empleada del motel había paliado el dolor lo suficiente para permitirle dormir. Echó la cadena en la puerta de la habitación, se tendió en la cama y empezó a soñar.

El vaquero no se llamaba Buddy Carson.

El vaquero no tenía nombre, ya no. Acaso lo tuvo mucho tiempo atrás, pero si era

así, lo había perdido hacía años. Su nueva vida se inició el día que se despertó en medio del desierto de Nevada, vistiendo harapos y con la piel tumorosa. No guardaba memoria de cómo había sido su existencia antes de eso. Tenía la sensación de que las entrañas se le estaban abrasando lentamente, y cuando se apretó el vientre con las manos para intentar aliviar el dolor, de debajo de sus uñas brotó sangre negra.

Finalmente reunió fuerzas para levantarse. Llegó a la carretera para hacer autoestop, y allí paró a un mecánico que transportaba un Dodge Charger en su grúa camino de un concesionario de Reno. El mecánico se había pasado meses restaurando el Dodge en su tiempo libre, y ahora calculaba que su venta le reportaría unos buenos beneficios.

El vaquero sintió cómo el creciente dolor en las entrañas se le aliviaba en cuanto rozó accidentalmente la mano del mecánico con la suya. La mayoría de los tumores quedaban ocultos bajo la ropa, pero después de tocar al mecánico vio cómo empezaba a atenuarse el que asomaba por debajo del puño de la camisa. En cuestión de segundos desapareció por completo.

El vaquero volvió a tocar al conductor.

—¡Eh, tío, qué coño haces! —protestó el mecánico—. ¡Quítame las manos de encima, maricón de mierda!

Se dispuso a detenerse en el arcén. En la carretera no había otros coches a la vista.

—Sal —ordenó—. Sal de mi puta...

El vaquero agarró al mecánico del brazo derecho; luego cerró la mano izquierda en torno a su cuello y apretó. Un hilillo de sangre brotó de las fosas nasales del mecánico y resbaló hasta sus labios y su mentón. La fuerza de la hemorragia fue en aumento y el color de la sangre empezó a oscurecerse hasta adquirir una intensa tonalidad negra. Ante la mirada del vaquero, la piel del mecánico comenzó a tensarse alrededor de los ojos. La tez amarilleó y el contorno de los pómulos se perfiló más claramente en el rostro.

Y el vaquero imaginó por primera vez una presencia dentro de sí, algo parecido a un gran gusano negro arraigado en su interior. Habitaba en su vientre, se alimentaba de él, ennegreciendo poco a poco sus células, destruyendo todo lo que era humano en él a la vez que lo mantenía vivo, insuflando venenos desconocidos en su organismo.

El vaquero aulló, y sus dedos penetraron en el cuello del mecánico y traspasaron su carne. Sintió cómo crecía la presión en su brazo, y de pronto sus dedos se enderezaron espasmódicamente mientras el veneno manaba a través de sus poros. Las cuencas de los ojos del mecánico se anegaron de negrura. Dejó de oponer resistencia a la par que el dolor del vaquero remitía y finalmente desaparecía.

El vaquero enterró el cadáver del mecánico en el desierto. Se quedó su billetero y, cuando anocheció, buscó su apartamento y pasó la noche allí. Mientras descansaba, revivió la imagen del gusano en el interior de su cuerpo. Ignoraba si existía en realidad o si sólo era la forma en que su mente intentaba explicarse lo que ocurría. Decidió visitar a un médico lo antes posible, pero esa noche, en sueños, el gusano

instalado dentro de él le habló, exhibiendo una boca erizada de púas en su cabeza ciega, y le anunció que ningún médico podría ayudarlo, y que su misión en la vida no era curarse sino propagar el Gusano Negro.

Pese a ese sueño, acudió a la consulta de un médico al día siguiente. Al viejo que lo reconoció le habló de su dolor, y de la sangre oscura que había expectorado en el desierto. El médico lo escuchó; acto seguido, preparó una jeringuilla y se dispuso a tomar una muestra de sangre.

El vaquero fue incapaz de soportar el martirio que experimentó cuando le clavó la aguja. En cuanto penetró en su piel notó las convulsiones del gusano dentro de él, como si la aguja entrase a través de la pared de su estómago y pinchase sus órganos internos, arañando y desgarrándolo todo a su paso. Sus gritos atrajeron a la recepcionista del médico, y el vaquero los invadió a los dos, tal como había invadido al mecánico.

Pero esa noche el dolor no cesó, y sospechó que era un castigo por la temeridad de intentar curarse.

El mecánico vivía solo, y únicamente recibía llamadas relacionadas con su trabajo. El vaquero se quedó el Charger como recuerdo, además de un mono de mecánico. Cuando éste empezó a caerse a pedazos, conservó el distintivo con el nombre del tipo, que prendió de un sombrero de paja que le quitó a un vagabundo en las afueras de Boise, Idaho. Las botas ya las tenía. Las calzaba cuando recobró el conocimiento en el desierto, y tuvo la sensación de que venía usándolas desde hacía años.

El mecánico se llamaba Buddy, y ése fue el nombre que el vaquero eligió para sí. En cuanto a Carson..., en fin, eso era una humorada suya. Había encontrado la palabra en un libro de medicina para pacientes de cáncer, y Buddy llegó a la conclusión de que en esencia resumía lo que él era, o aquello en lo que se había convertido. Era Buddy Carcinógeno, Buddy Carson para abreviar.

Para cuando la gente llegaba a captar la broma, ya estaba muriendo.

Lopez se paseó en coche por las calles para dejarse ver en el cumplimiento de sus funciones. Easton, como la mayoría de los pueblos pequeños, era un sitio apacible, con escasa delincuencia real aparte de robos menores, alguna que otra reyerta en un bar y la omnipresente sombra de la violencia doméstica. Lopez hacía frente a todo eso lo mejor que podía. En cierto modo era la persona ideal para el pueblo: seguramente había policías mejores que él, pero no eran muchos los que ponían tanto empeño.

Después de un par de horas, durante las que no hizo más que multar por exceso de velocidad a un viajante de comercio que circulaba a cien en un tramo donde el límite era de setenta, y amonestar a un par de chicos que practicaban con el monopatín en el aparcamiento del banco, entró en la cafetería de Steve DiVentura para tomar un café y un bocadillo. Se disponía a sentarse ante la barra cuando vio al doctor Bradley solo, sentado a una mesa para dos junto a la cristalera, y pidió a Steve que le sirviera allí lo suyo.

—¿Te molesta que me siente contigo? —preguntó.

Greg Bradley pareció sobresaltarse, como si acabaran de arrancarlo de una ensoñación, pero a Lopez le dio la impresión de que no lamentaba especialmente abandonar su ensimismamiento. Bradley tenía poco más o menos la edad de Lopez, pero era la viva imagen del americano de buena posición: bronceado, rubio, dientes blanquísimos y dinero en el banco. Lopez suponía que Easton no era precisamente el lugar donde más ganancias podían reportarle sus servicios, pero su familia era del condado y él sentía un sincero apego por la zona y su gente. Eso, Lopez lo entendía. Compartía el punto de vista de Bradley.

Sospechaba asimismo que Bradley era homosexual, pese a que nunca había sacado el tema a relucir. No le extrañaba que el médico prefiriese mantener en secreto una cosa así. En Easton casi todo el mundo era más bien tolerante —al fin y al cabo, había un alcalde negro y un jefe de policía con apellido hispano, eso en un pueblo donde el noventa por ciento de la población era blanco—, pero los pacientes tenían sus manías a la hora de elegir médico, y más de uno habría viajado hasta Boston para visitarse antes que consentir que un hombre declaradamente homosexual lo tocara, y eso podía decirse tanto de hombres como de mujeres. Por consiguiente, Greg Bradley seguía soltero, y la mayoría de los vecinos de Easton optaba por no hacer comentarios al respecto. Ésa era la tónica en los pueblos.

—En absoluto. Siéntate.

El bocadillo de atún con pan de centeno de Bradley permanecía casi intacto, y el café parecía haberse enfriado.

—Me alegro de no haberlo pedido de atún —comentó Lopez.

—Al atún no le pasa nada —aseguró Bradley—. Soy yo quien no anda fino.

Una camarera le llevó el café a Lopez y le anunció que el bocadillo no tardaría. Él le dio las gracias.

—¿Se trata de algo en lo que pueda ayudarte? —preguntó Lopez.

—No a menos que seas capaz de hacer milagros. Seguramente te enterarías tarde o temprano, pero no está de más que lo sepas por mí. Link Frazier tiene cáncer.

Lopez se recostó contra el respaldo. Se quedó mudo. Desde que él tenía memoria, Link parecía una pieza inamovible del pueblo. Lopez incluso había salido con una de sus hijas hacía muchos años. Link lo había llevado bien, y ni siquiera le guardó rencor cuando la abandonó una semana antes del baile de fin de curso en el último año de instituto.

Mejor dicho, no le guardó rencor durante más de dos o tres años.

—¿Y es muy grave?

—Está plagado, el peor que he visto. Vino a la consulta hace un par de días, era la primera vez que se acercaba por allí. Esa mañana había orinado sangre, mucha. Puede que le horrorizase la idea de consultar a un médico, pero supo que algo andaba muy mal. Lo mandé a hacerse análisis esa misma tarde, y por la noche me telefonearon para darme los resultados. En fin, dudo que tuviesen que esperar siquiera a la biopsia. Las radiografías bastaban. Parece que se ha cebado sobre todo en el hígado, pero se ha extendido a la espina dorsal y la mayoría de los órganos vitales. Esta mañana he hablado con su hijo y me ha autorizado a empezar a comunicárselo a los allegados de su padre.

—Dios mío. ¿Cuánto le queda?

Bradley movió la cabeza en un gesto de negación.

—No mucho. Jura que no ha sentido el menor dolor hasta hace un par de días, y que tampoco tuvo síntomas hasta la pérdida de sangre. Eso es lo más raro. Cuesta creerlo.

—Link es fuerte. Podría perder un brazo y no se daría cuenta hasta que intentase dar cuerda al reloj.

—No hay nadie tan fuerte. Créeme, lo normal es que estuviera retorciéndose de dolor desde hace meses.

Llegó el bocadillo de Lopez, pero, al igual que Bradley, ya no tenía mucho apetito.

—¿Dónde está?

—En Manchester. Creo que se lo quedarán allí hasta que..., bueno, hasta el final.

Los dos permanecieron en silencio, viendo pasar la vida del pueblo al otro lado de la cristalera. La gente los saludaba y ellos devolvían los saludos, pero sus sonrisas eran maquinales y frías.

—Mi padre murió de cáncer, ¿lo sabías? —dijo Bradley.

—No, no lo sabía.

—Fumaba mucho. También bebía lo suyo. Comía carne roja, fritos, no creía estar disfrutando de un postre auténtico hasta que las arterias empezaban a agrietársele a medio plato. Si no se lo hubiera llevado un cáncer, había en la cola esperando su turno otra docena de candidatos.

—Yo tenía un amigo que murió de cáncer —dijo Lopez—. Andy Stone. Era inspector de la policía estatal. No bebía, no fumaba, y corría ochenta o noventa kilómetros semanales. Se lo diagnosticaron y al cabo de un año estaba muerto.

—¿Dónde lo tenía?

—En el páncreas.

Bradley hizo una mueca.

—Mal asunto. Todos son malos, pero algunos son peores que otros.

—Oigo muchas historias como ésa. Algunas son personas que conocía, o amigos de amigos, gente que pillaba esa mierda sin causa aparente, gente que comía como es debido, que no tenía trabajos arriesgados, que ni siquiera parecía llevar una vida muy estresante. Y de pronto eran sólo sombras. Creo que yo no sería capaz de irme así. No sé qué tal llevaría el dolor, para serte sincero. Nunca me han pegado un tiro, nunca me he roto un hueso, nunca he estado en un hospital desde que me extirparon las amígdalas de niño. Vi cómo fue el final de Andy, y dudo que yo sea capaz de soportar un sufrimiento así.

—La gente es fuerte —dijo Bradley—. Como Link, supongo. Nuestro instinto es luchar y sobrevivir. Nunca deja de asombrarme la reserva de fortaleza que hay dentro de la mayoría de los hombres y mujeres. Incluso en medio del sufrimiento más profundo hay motivos para la esperanza, o al menos para la admiración.

Lopez apartó el bocadillo.

—Ésta es una conversación que no necesitaba mantener —comentó.

—Confiemos en que sea la última vez. Deberías compadecerte de Stevie. Va a pensar que su comida da asco.

Lopez echó un vistazo por encima del hombro en dirección a Steve DiVentura, de pie ante la caja, con un lápiz detrás de la oreja, sumando las cuentas de los clientes.

—A lo mejor nos hace descuento si nos quejamos.

—¿Steve? Si nos quejamos, nos cobrará un recargo por el tiempo perdido.

Al hablar de comida, Lopez volvió a pensar en Link Frazier, y se acordó del bar que éste regentaba antes y que todavía frecuentaba, sacando de quicio al nuevo propietario con sus comentarios sobre los platos que ahora se servían y que calificaba de «refinados».

—¿Has hablado ya con Eddy Reed? —preguntó.

—Tú eres prácticamente el primero a quien se lo digo.

—Ya se lo diré yo a Eddy. Si veo a alguien que considero que debe saberlo, te ahorraré también la molestia de decírselo. Ya te llamaré más tarde para contarte cómo

ha ido.

Bradley lo miró con cara de agradecimiento.

—Supongo que ésta es una tarea que a veces compartimos, la de dar a la gente malas noticias sobre sus parientes y amigos.

—Supongo que sí —convino Lopez—. La diferencia es que normalmente yo no tengo que anunciarle a nadie que está muriéndose.

Bradley esbozó una sonrisa macabra.

—Sí, supongo que en tu caso casi todos sabían ya que estaban muertos.

—¿Eso es a lo que llaman «reírse en la cara de la muerte»?

—O quien canta su mal espanta.

—Cualquier cosa es buena si da resultado.

Fue Bradley quien se levantó primero.

—Será mejor que vuelva. Bastante difícil es ya conseguir que la gente vaya al médico. Si los hago esperar, se van a casa y se automedican con aspirinas.

Lopez le deseó suerte. Lo de Link Frazier era horrible, sencillamente horrible. Había leído en algún sitio que el café, tomado en exceso, era cancerígeno. En los últimos tiempos daba la impresión de que muchas cosas lo eran. Se preguntó qué le habría causado el mal a Link Frazier, o si era verdad que existía una conexión así de simple. Quizá Link Frazier no había hecho nada en absoluto, salvo vivir la vida de la mejor manera posible. Supuso que uno podía protegerse sólo hasta cierto punto de cosas que no veía.

Lopez dejó su café, y en lugar de eso se compró una manzana al salir.

Greg Bradley regresó a su consulta con la cabeza gacha y el pensamiento puesto en Link Frazier. Se preguntó qué habría pasado si Link hubiese acudido antes a él. Animaba a los ancianos del pueblo en particular a visitarlo para someterse a chequeos de rutina aunque no se encontraran mal, pero las buenas gentes de Easton no eran muy partidarias de gastar dinero innecesariamente en médicos, ni en ninguna otra cosa. Casi resultaba cómico: los dentistas habían convencido más o menos a la población en general de la importancia de hacerse examinar la dentadura con regularidad, y sin embargo era casi imposible persuadir a esas mismas personas de la conveniencia de ampliar esos cuidados al resto del cuerpo. A veces Greg Bradley, sólo por ese dato, de buena gana habría bramado de frustración.

Ya había seis pacientes esperando cuando llegó a la consulta. Dos de ellos hojeaban con displicencia revistas del montón de números atrasados; otros probablemente se entregaban a ese inmemorial pasatiempo de las salas de espera que consiste en preguntarse qué males aquejan a los demás enfermos presentes, y si conviene o no mantenerse a distancia de ellos. Lana, su recepcionista, le lanzó una mirada de moderada desaprobación cuando pasó por delante, tocándose discretamente el reloj para indicarle que ya llevaba retraso. Él le pidió cinco minutos

más, cerró la puerta del despacho al entrar e hizo una llamada. Lopez, si hubiese estado allí, no se habría sorprendido ante la conversación que se desarrolló a continuación entre el médico y un tal Jason Coll, un abogado de Rochester especialista en derecho tributario, pero otras personas del pueblo quizá sí. Los más abiertos de miras tal vez habrían envidiado incluso el tono de afecto en la voz de Greg Bradley, y por fuerza habrían reparado en el evidente consuelo que le proporcionaba hablar con ese otro hombre. Cuando el médico por fin colgó el auricular, se detuvo un momento a plantearse, como hacía con frecuencia, si su relación, y su consulta, sobrevivirían en caso de instalarse Jason en Easton. Quizás era más realista la opción de trasladarse a Boston, pero Greg no quería marcharse del pueblo. Había echado raíces allí, así de sencillo. Por el momento tendría que bastar con las llamadas telefónicas y alguna que otra escapada el fin de semana.

Pulsó el interfono de su mesa y pidió a Lana que hiciera pasar al primer paciente.

Para Lopez, el resto del día fue tranquilo salvo por una llamada de Errol para preguntar si la máquina quitanieves tenía que ser nueva o si podían arreglárselas con una que tuviera el motor reacondicionado.

—Lo barato sale caro —respondió Lopez.

No estaba muy seguro de si eso acabaría saliéndoles más caro o no. Simplemente le atraía la idea de tener una flamante quitanieves nueva, pese a que sería otro quien la manejase. Así y todo, desde un punto de vista estrictamente práctico, sabía que el invierno pasaba factura a los ancianos, y nada deseaba menos que encontrarse con una ambulancia atascada en un ventisquero porque una máquina quitanieves de segunda mano se había averiado.

En cuanto regresó a la comisaría, Lopez llamó a Lloyd para que se personase ante él. Ellie Harrison, una de las agentes a tiempo parcial asignadas a los distintos turnos, acababa de llegar y hacía trabajo burocrático en la mesa del despacho de atrás. Lo saludó con un gesto. Lopez la dejó con lo suyo.

Lloyd rodeó el mostrador y se inclinó discretamente hacia Lopez.

—¿Se ha enterado de lo de Link Frazier?

—Sí. ¿Quién te lo ha dicho?

—Mi madre. Esta tarde ha visitado al doctor Bradley.

Lloyd parecía sinceramente afectado. Aún vivía en casa de sus padres, donde ocupaba las dos habitaciones laterales situadas encima del garaje. Salía con Penny Clay, que trabajaba en la farmacia y, según las malas lenguas, no era lo que se dice silenciosa en la cama. Lopez se preguntaba qué hacían los señores Hopkins cuando su hijo llevaba allí a Penny, en el supuesto de que le permitiesen meter a chicas en casa. Quizá tuvieran la suerte de estar quedándose sordos, pero si no era así, verse expuestos a Penny Clay en pleno éxtasis bien podía ser la vía para conseguirlo. Penny y Lloyd formaban una extraña pareja. Ella era una mujer un tanto descomedida, y a

veces daba la impresión de que le faltaba un filtro entre el cerebro y la boca, pero por lo visto adoraba a Lloyd, a su manera, y Lopez tenía la esperanza de que infundiera un poco más de temple al joven agente.

Si alguna crítica podía hacerle Lopez a Lloyd Hopkins, era que en ocasiones parecía más sensible de lo que le convenía, pero también era cierto que, gracias a esa faceta suya, poseía ciertas dotes de las que Lopez carecía. Hacía más o menos un año, cuando Renée Bertucci, recién agredida por su ex marido, se presentó en la comisaría hecha un cromo, con la blusa rota y los ojos vidriosos, que dejaban traslucir que algo realmente grave había ocurrido en su casa, fue Lloyd quien la atendió. Como es lógico, Ellie le practicó las pruebas y tomó las muestras, pero al parecer fue Lloyd la persona en quien Renée más apoyo buscó. Lloyd se quedó el resto de la noche sentado en una silla frente a la habitación que ocupaba Renée en el centro médico hasta que se supo que Aldo Bertucci había sido detenido en las afueras de Nashua, y al día siguiente la llevó en coche a casa de su madre. En una situación tan delicada como ésta, eran pocos los policías de quienes podía esperarse que obraran debidamente. Lloyd Hopkins ni siquiera tuvo que detenerse a pensarlo. Le salió de manera espontánea.

—Creo que me acercaré a verlo si tengo un momento —dijo Lloyd.

—Dale recuerdos.

—Se los daré. ¿Te vas a casa?

—No, he quedado a cenar con Elaine en el Reed. Si me necesitas para algo, llámame al móvil. Lo dejaré encendido.

—Mañana es la gran noche —dijo Lloyd—. ¿Crees que se celebrará igualmente cuando la gente sepa lo de Link?

Al día siguiente, el Reed ofrecía su cena prenavideña para recaudar fondos. Cada año Eddy Reed donaba la caja recaudada durante una noche en el Reed's Bar and Grill a las entidades benéficas locales. Era una tradición que había heredado sin quejarse de Link Frazier. En el pueblo casi todos intentaban pasar allí al menos parte de la velada, y en su mayoría añadían un par de pavos de más al coste de la comida y la bebida para aumentar la colecta.

—No lo sé, pero supongamos que sí hasta que se diga lo contrario —contestó Lopez—. Todo el mundo estará de servicio, no vaya a pasarsele a alguien por la cabeza que es una buena noche para asaltar el bar.

El comentario de Lloyd le recordó a Lopez que aún no le había anunciado a Eddy Reed lo de Link. Se preguntó asimismo qué provisiones habría hecho Link en cuanto a un seguro médico. No sabía cuál era la situación económica del viejo, y si el coste de una atención adecuada representaba algún problema para él; quizá parte de la recaudación para la beneficencia de esa noche, o toda, podía destinarse a Link. Tomó nota mentalmente para preguntárselo a Greg Bradley cuando volvieran a hablar.

Lopez se duchó y se cambió. Luego dejó allí a Lloyd y Ellie y recorrió al volante de su propio Bronco las cinco manzanas que lo separaban del Reed. En el pueblo

había otros bares, pero el Reed era el único que, en cuestiones de comida, ofrecía algo más que hamburguesas y patatas fritas. El local estaba a un cuarto de aforo cuando llegó Lopez; sin duda la mayoría de la gente había decidido esperar a la celebración de la noche siguiente para gastarse el dinero. Lopez pidió una cerveza y se sentó ante la barra. Alguien había dejado allí un periódico, y Lopez lo hojeó tranquilamente, cruzando alguna que otra trivialidad con los parroquianos y con el propio Eddy hasta que apareció Elaine.

Elaine Olssen era una de esas rubias escandinavas de revista por las que Lopez había derramado lágrimas de frustración en su adolescencia. Era, con mucho, la mujer más hermosa con la que había salido: un metro setenta y ocho; la tez tirando a cetrina, incluso en invierno; una melena justo por debajo de los hombros. Tenía los ojos de color azul muy claro, y los labios, en estado de reposo, le quedaban un poco separados, formando un diminuto diamante en el centro de la boca. Vio que otros hombres la miraban de soslayo mientras se acercaba a él, siguiéndola con los ojos. Eso siempre ocurría. Ahora, en el Reed, casi todos desviaron la vista al darse cuenta de que Lopez los observaba a través del espejo colocado detrás de la barra.

Sólo un hombre pareció indiferente a la presencia del policía. Continuó atento a Elaine mientras ella ocupaba su asiento y finalmente volvió la cabeza con la mayor naturalidad. Bebía un refresco y tenía en la mesa los restos de un trozo de tarta de manzana. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, muy liso, y vestía ropa vaquera y unas camperas de piel de serpiente. En la mesa, junto al plato de tarta, había un sombrero de paja con algo escrito en la parte delantera, pero Lopez no alcanzó a leerlo. Se planteó echar de allí al desconocido, molesto en parte por su insistente repaso a Elaine, pero también por la desazón que experimentó al cruzarse brevemente sus miradas.

—¿Qué pasa? —preguntó Elaine después de besarlo, y siguió la dirección de la mirada de Lopez en el espejo—. Sí, ya he visto que no me quitaba ojo. Da grima.

—Si se repite, puede que él y yo tengamos unas palabras.

Elaine le tocó los labios con los dedos. Él se los besó con delicadeza.

—¿Eso no es abuso de autoridad?

—Sólo si después le doy una paliza.

—Ah. No me había dado cuenta de que la ley fuera tan sutil.

Se sentó junto a él y se quitó el abrigo. Llevaba un jersey rojo de cuello alto, y se ajustaba de tal modo a sus curvas que Lopez contuvo la respiración. Casi de forma instintiva, lanzó una ojeada al hombre que ocupaba el reservado contiguo a la ventana. Parecía mirar la calle a través del cristal, pero Lopez estaba casi seguro de que Elaine se reflejaba en ese mismo cristal.

Ella pidió vino blanco mientras examinaban la carta.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó Lopez.

Elaine era ayudante del fiscal del distrito, responsable del área de comunicación de la Fiscalía General de New Hampshire, cosa que la convertía en el primer punto de

contacto entre la prensa y el fiscal general. Eso implicaba que salía por televisión siempre que la Fiscalía tenía entre manos un caso importante, o cuando se producía algún suceso controvertido que requería paños calientes. Elaine Olssen era una experta en atajar situaciones potencialmente explosivas. Incluso los periodistas más agresivos tendían a flojear un poco cuando ella les dirigía una sonrisa de alto voltaje, mientras que las periodistas procuraban no interponerse en su camino por si a su lado desmerecían.

—Para mí, bastante tranquilo. El resto de la Fiscalía intenta resolver el mayor número de casos posible antes de las fiestas. Nada potencia más la concentración que la perspectiva de meter a alguien en la cárcel por Navidad. ¿Y a ti qué tal?

Lopez apuró la cerveza y pidió otra.

—Lo mismo. Bastante aburrido. Errol ha lloriqueado un poco por tener que comprar una quitanieves nueva, Lloyd necesita un pantalón nuevo...

—¿Acaso eres su padre?

—Ese chico no para de crecer.

Llegó la cerveza. Rascó el contorno de la etiqueta.

—Y Link Frazier está muy enfermo. Cáncer. Lo siento.

Elaine cerró los ojos. Vivía a menos de dos kilómetros de la casa de Link carretera arriba, y él se había portado muy bien cuando ella se mudó a Easton hacía tres años.

—¿Seguro? —preguntó Elaine cuando se recuperó—. Lo vi hace unos días. No tenía aspecto de enfermo, y no se quejaba de dolores.

—Me he encontrado con Greg Bradley esta tarde. Ha dicho que pinta mal. No cree que Link dure mucho.

Lopez tendió la mano hacia ella y le acarició la espalda. Eso era lo que se le daba bien a Lloyd Hopkins. Lopez era muy consciente de que él no estaba a su altura.

La noticia proyectó una sombra sobre el resto de la velada; aun así, comieron, bebieron y charlaron. Eddy sabía ya lo de Link, y se ofreció a plantear a la familia la cuestión del seguro médico y la posibilidad de que los vecinos del pueblo aportaran dinero para su asistencia si era necesario. Lopez le dio las gracias y a continuación salió con Elaine al aparcamiento.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Elaine—. Me gustaría.

—A mí también.

Ella sonrió y lo abrazó. Por encima de su hombro, Lopez vio que el hombre sentado junto a la ventana los observaba. Se humedecía los labios con la lengua.

Lopez se apartó de ella.

—¿Puedes esperarme un momento? —preguntó.

—Claro. ¿Pasa algo?

Se sacó la placa del bolsillo trasero rozando el arma que llevaba al cinto.

—Si no pasa nada, pronto pasará —respondió.

Buddy Carson observó cómo se acercaba aquel policía corpulento. Lo había visto en el pueblo, patrullando por las calles en su coche y saludando a casi todos aquellos con quienes se cruzaba. Buddy había averiguado su nombre y su cargo. Lopez era un peligro, y Buddy lo sabía. Con el paso de los años había desarrollado el instinto de un depredador para reconocer a aquellos que ocupaban su misma posición, o una superior, en la cadena alimentaria y podían resultar peligrosos. En la medida de lo posible los eludía. Cuando no le quedaba más remedio, se deshacía de ellos. De tal manera que nunca había invadido a un poli. Los polis eran un mundo aparte. Si matabas a uno, otros se te echaban encima. Existía una jerarquía en el grado de atención policial que captaba un homicidio: los jóvenes, en particular los de minorías étnicas, atraían poca; las mujeres y los niños despertaban mucho más interés; pero matar a un poli era como ponerse delante de un lanzallamas. No obstante, si Buddy pretendía llevar a cabo su plan en Easton, algo tendría que hacer con aquel tipo.

El poli iba muy abrigado: sólo llevaba al descubierto las manos y la cara, y Buddy dudaba que fuera a encontrar un pretexto para tocarlo durante el tiempo necesario. Si se extralimitaba con el poli, bien podía acabar en una celda, y Buddy no quería ni pensar qué podía ocurrir si lo encarcelaban. Tratar de corromperlo en el bar incorporaba otro factor de riesgo, ya que allí no dispondría de tiempo suficiente para actuar a fondo en él. Buddy sabía por experiencia que unas personas se daban más cuenta que otras cuando las tocaba. Era como si sintieran que algo cambiaba en ellos realmente, como si percibieran dentro de sí esa repentina distorsión a niveles muy primarios. Ésos eran los más peligrosos, y Buddy tenía por costumbre aniquilarlos totalmente, permanecer en contacto con ellos hasta que los sometía por completo. Era como una araña envenenando a una avispa, inyectando veneno mientras su víctima intentaba clavarle el aguijón, porque retroceder antes de tener a la presa plenamente sometida la haría vulnerable a un contraataque letal.

Buddy ya era todo un experto en distinguir a los individuos en actitud de alerta. Los polis, por las características de su trabajo, eran especialmente sensibles, y ésa era una razón más para, en la medida de lo posible, evitar incluso los encuentros fortuitos con ellos. Algo en el porte de Lopez indujo a Buddy a pensar que era bueno en su trabajo, y por consiguiente debía andarse con especial cautela.

Otros clientes observaban a Lopez mientras se aproximaba a la mesa del fondo. Enseñó la placa a Buddy.

—¿Puede identificarse? —preguntó.

—¿Por qué, agente? ¿He hecho algo malo? —dijo Buddy.

—Por favor, caballero, identifíquese.

Buddy alargó el brazo hacia su cazadora. El poli tenía la mano apoyada en la empuñadura de la pistola. Desenfundó el arma un par de centímetros, dejando a la vista el armazón mate de una Glock.

—Espacio —advirtió Lopez.

—Éste es un pueblo muy severo —comentó Buddy a la vez que buscaba a tientas

en el bolsillo de la cazadora—. Por lo visto hay alguna ley que le prohíbe a uno estar aquí tan tranquilo sin meterse con nadie, alguna ley que prohíbe mirar a una mujer guapa. Porque ése es el problema, ¿no? He mirado a su chica, y a usted no le ha gustado. Perdona, pero es una señora de muy buen ver. No había mala intención.

Encontró el billeteo y sacó su permiso de conducir de Nevada. Pasaba por auténtico. El hombre que se lo había conseguido le aseguró que superaría cualquier inspección, y no había mentido. Valía hasta el último centavo que Buddy había desembolsado brevemente por él, antes de que el hombre muriese y el dinero de Buddy fuera ya una necesidad superflua para él. Se lo entregó al poli, y estuvo tentado de rozarle el dorso de la mano con los nudillos. Un leve contacto le permitiría tantear la sensibilidad del poli, además de administrarle una ligera dosis de mortalidad, pero el policía era demasiado rápido para él.

—¿Y a qué se dedica, señor Carson?

—Ahora mismo no tengo trabajo. Estoy de viaje, para ver algo de este gran país.

—Poca gente viene hasta este rincón del mundo sólo por visitar Easton. ¿Conoce a alguien aquí?

—Todavía no. Pero, a juzgar por la situación en que me encuentro ahora, no parece que vaya a hacer aquí muchas amistades en el futuro.

—Eso depende, supongo —dijo Lopez.

—¿De qué?

—De lo amigable que sea usted en realidad.

—Lo soy como el que más —aseguró Buddy—. Mi único deseo es tender la mano a la gente.

Lopez ordenó a Buddy que se quedara donde estaba y acto seguido telefoneó a la comisaría con el móvil. Contestó Ellie, y Lopez le pidió que verificara la identidad de Buddy Carson. Le dio el número de carnet y esperó. Entretanto observó a Buddy Carson, sentado tranquilamente en su reservado. Ya no miraba a Elaine; mantenía la vista fija en la pared desnuda ante sí.

La comprobación de Ellie reveló que el hombre del reservado no tenía antecedentes. Lopez, aunque decepcionado, siguió recelando de él.

—¿Dónde se aloja? —preguntó a Buddy cuando regresó.

Buddy vio, un tanto defraudado, que el poli, en lugar de entregarle en mano el permiso de conducir, lo dejaba sobre la mesa, con la foto hacia arriba, sujetándolo con el dedo por un ángulo.

—En el motel Easton —contestó Buddy—. Un sitio muy agradable, tanto que quizá me quede más tiempo.

—Permítame que le diga una cosa, señor Carson —respondió Lopez—. En Easton no hay mucho que hacer en esta época del año. Calculo que, para mañana, ya debería haber agotado todas las posibilidades, y entonces habrá llegado la hora de que siga su camino. Le deseo buen viaje.

Empujando el permiso con el dedo, lo lanzó hacia el otro lado de la mesa.

—Se diría que está echándome del pueblo —comentó Buddy.

—No, decida usted mismo cuándo irse. Pero si necesita mi ayuda, la tendrá. Buenas noches.

Buddy lo observó alejarse. Había albergado la esperanza de que, ante la provocación, el poli perdiera los estribos y pasara a la acción, dándole oportunidad de tocarlo, pero había conservado la calma. Mejor así, quizá. Buddy estaba acumulando veneno, en preparación para su gran maniobra. Una intentona con el poli en ese momento quizás habría debilitado a Buddy, o habría servido para alertar al jefe de policía sobre la amenaza que planteaba. Era preferible dejarlo ir, y esperar otra ocasión más tarde. Buddy no se consideraba vengativo, pero sería un placer para él transmitirle a ese poli cierta cosilla si surgía la oportunidad. Se representó a sí mismo a horcajadas sobre el pecho del poli, con los dedos metidos en su boca, agarrándole la lengua mientras ésta se ennegrecía lentamente. Buddy se permitió una parca sonrisa. Quitar de en medio a ese poli hispano sería un verdadero placer.

En cuanto a la mujer..., en fin, en su caso el placer sería doble.

—¿Y bien?

Elaine iba al volante. Lopez recogería su coche cuando ella lo acercara al pueblo a la mañana siguiente. Elaine tenía un Mercedes CLK430 descapotable negro, y era una suerte que trabajara en la Fiscalía General, pensaba Lopez, porque Elaine Olssen nunca había visto una limitación de velocidad de su agrado. En ocasiones, viajando con ella por el tramo de la 95 entre Montpelier y White River Junction, Lopez dudaba de que incluso la influencia conjunta de ambos bastase para impedir que ella acabara en la cárcel, o que la NASA la reclutase para algún programa secreto de pruebas con cohetes.

—Y bien, ¿qué?

—Apenas has pronunciado palabra desde el bar. ¿Te ha hecho algo ese individuo?

—Me ha exasperado, sólo eso. Jamás he conocido a un Buddy que me cayera bien. Es uno de esos nombres pensados para caer simpático. Los hombres que se hacen llamar «Buddy» están en la misma categoría que esos que andan por ahí diciéndote «colega» o «amigo».

—¿Vas a mandarlo con la música a otra parte?

—Ya lo he hecho. Le he dicho que no quería verlo más por aquí.

—Se lo merece. Seguro que cualquier chica, cuando la mira un bicho raro en un bar, querría que su novio lo echara del pueblo.

Lopez se preguntó si no sería un comentario sarcástico. La observó de soslayo. Ella le lanzó una mirada seductora.

—Me gusta —ronroneó Elaine—. Tiene su morbo.

Lopez le devolvió la sonrisa por primera vez desde su encuentro con Buddy Carson.

—La próxima vez le daré una paliza delante de ti.

—Uuuy —dijo ella—. Estoy impaciente. «Péguele más fuerte, agente. Péguele más fuerte».

Buddy Carson salió del bar y regresó al motel en su Dodge. No tenía previsto marcharse de allí al día siguiente. Quería un sitio donde descansar antes de los grandes esfuerzos que tendría que hacer aquella noche, pero no albergaba la menor duda de que el poli lo comprobaría, y le convenía eludir otra posible confrontación hasta hallarse en condiciones. Ahora que había explorado el bar estaba convencido de que podía invadir fácilmente a más de veintitantas personas sin despertar sospechas en un primer momento, quizás a más si se agrupaban todos. Si su plan de acción se desarrollaba conforme a sus expectativas, conseguiría un respiro de varias semanas, tal vez meses. Le complacía la idea de trasladarse a Nueva York, pero en invierno le sería difícil encontrar piel con la que entrar en contacto como por azar. Con el dolor mitigado por un tiempo, podía permitirse hibernar hasta la primavera. Quizás en Florida, pensó, o en California. Le atraía San Francisco, con sus mendigos y sus turistas.

Buddy había vuelto a vomitar en los lavabos del bar de Reed. Era casi como si el gusano negro conociera sus planes y pretendiera asegurarse de que no se echaba atrás recordándole el dominio que ejercía sobre él. A veces, Buddy se preguntaba qué ocurriría si oponía resistencia al impulso, si aceptaba el dolor e intentaba aguantarlo hasta el final. ¿Moriría? Al principio, la segunda noche después de la muerte del médico y su recepcionista, descubrió una pistola en la mesilla de noche del mecánico. Bebió un par de tragos de bourbon para armarse de valor y se colocó la pistola en la boca. Cerró los ojos con la intención de apretar el gatillo, pero al final no lo hizo. No es que fuera incapaz de apretar el gatillo si lo hubiese deseado realmente. Eso era lo extraño: el gusano negro, como él se lo imaginaba, no podía obligarlo a hacer nada contra su voluntad. Podía utilizar, por supuesto, el dolor para obligarlo a actuar de determinada forma, pero no lo controlaba. Él conservaba su libertad de elección.

No, la razón por la que Buddy no apretó el gatillo aquella noche fue algo más sencillo y a la vez infinitamente más complejo que el control de la mente. Buddy no apretó el gatillo porque le *gustaba* lo que estaba haciendo. Transmitir a otros un pequeño aspecto de la enfermedad que había colonizado su cuerpo no sólo le proporcionaba alivio, sino también placer. Se deleitaba con ello. Disfrutaba con la sensación de poder que le daba, la capacidad de decidir quién vivía y quién moría. Era como una facultad divina.

Buddy aún no sabía con certeza si el gusano negro existía de verdad bajo la forma en que él se lo imaginaba —terso y negro dentro de su caparazón acorazado, con

unos ojos vestigiales hundidos en su cabeza puntiaguda, la boca poco más que una herida con rebordes—, o si eso era sólo su manera de representarse la corrosión dentro de sí mismo, la inmundicia que había sido siempre consustancial a él. Si el gusano estaba presente dentro de él, era malévolos, y parte del placer que él sentía era compartido, o incluso generado, por esa presencia extraña. Pero aun cuando el gusano no existiese, dentro de Buddy había maldad, una maldad mucho mayor que las peores atrocidades que había visto por televisión, y Buddy lo sabía. A veces se preguntaba si había más seres como él, si había otros dispersos por el país, o incluso por el mundo, contagiando a los demás mediante un simple contacto, aliviando su propio dolor al transmitirlo a otros. Buddy no lo sabía y sospechaba que nunca lo sabría. Aún no comprendía cómo había llegado a ese estado. Podría haber sido obra de una agencia exterior, pero también podría haberse debido a su propia decadencia moral. «Quizá», pensó, «soy el siguiente paso en la evolución humana: un ser cuya forma física se ha convertido en reflejo de su estado moral, un hombre cuya alma se ha corrompido y podrido dentro de él, envenenando y transformando sus entrañas».

Comoquiera que fuese, de una cosa sí estaba seguro: él era más fuerte y letal que nadie en aquel pueblucho de mierda, y pronto mucha gente se enteraría de eso por las malas.

Buddy aún sonreía cuando se detuvo en el aparcamiento del motel Easton y vio salir a alguien de su habitación.

Entonces dejó de sonreír.

Jed Wheaton había pedido a Phil que pasara a ver cómo se encontraba el huésped de la doce. Phil se disponía a empezar el turno de noche, pero, contra su costumbre, no tenía los libros de texto. Ni siquiera llevaba una novela de bolsillo para leer. Había un televisor detrás del mostrador, pero Phil, como su padre, sólo lo encendía en momentos de desesperación. Tal vez confiaba en dormir un rato: en el despacho había un sofá, y, pasadas las dos de la madrugada, un cartel en la puerta avisaba de la necesidad de llamar al timbre para despertar al conserje de noche. Desde luego, Phil parecía cansado e inquieto, con ganas de echarse a descansar esa noche.

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó Jed.

Phil reaccionó como si acabara de despertar de un trance.

—¿Eh? Sí, estoy bien, muy bien.

Jed no supo si creérselo, pero Phil tendía a ser reservado. Si existía algún problema, su hijo ya se lo contaría cuando lo considerase oportuno.

Phil no tenía mucho que añadir a lo que Jed ya sabía cuando éste le preguntó por Buddy Carson y la noche de su llegada al motel. Phil dijo que no le había causado mala impresión. Incluso había insistido en presentarse, ofreciéndole la mano nada más dejar la bolsa en el suelo.

—Buddy, Buddy Carson. ¿Qué tal?

Tenía los dientes picados y le olía un poco el aliento, pero en esencia a eso se reducía el recuerdo de Phil.

Jed había telefoneado a Greg Bradley esa noche para comentarle los problemas de salud del nuevo huésped, pero Bradley, afectado aún por el diagnóstico de Frazier, ya iba camino del hospital de Manchester para hablar con los de oncología. Una grabación en el contestador aconsejaba a todo aquel que necesitara un médico de urgencia telefonar a la consulta de Brewster, a ocho kilómetros al oeste de Easton. Jed dejó un mensaje, en el que le pedía a Greg que le devolviera la llamada porque le preocupaba uno de sus huéspedes, pero no podía hacer nada más. Ni siquiera tenía la certeza de que Greg Bradley pudiera intervenir de algún modo. Al fin y al cabo, no podía obligar a Carson a visitarlo.

Aun así, cuando Phil llegó, Jed le pidió que llevara a cabo una comprobación rápida en la doce. Como el Dodge de Carson no estaba en el aparcamiento, Jed pensó que era buen momento para inspeccionar la habitación y cerciorarse de que el huésped no se había desangrado en la cama.

—Basta con que asomes la cabeza, eches un vistazo al cuarto de baño y vuelvas —dijo.

Phil, tras el par de segundos que, aparentemente, su confuso cerebro tardó en interpretar la sencilla petición de su padre, cogió la llave maestra y salió.

Phil se había notado el bulto esa tarde mientras se duchaba.

Como la mayoría de los hombres, no tenía la cautela de examinarse sus partes íntimas debidamente. En el fondo, y ése era otro rasgo común a la mayoría de los hombres, su actitud consistía en cerrar los ojos a los posibles problemas de salud. Había visitado a un médico por última vez hacía dos años, al romperse la muñeca practicando *snowboard*. Desde entonces Phil no había tenido nada más grave que resfriados y resacas.

Pero de ese bulto no podía desentenderse. Phil lo había detectado incluso a simple vista, mirándose en el espejo, como si alguien hubiese insertado ahí una uva. Lo tenía sensible, pero no le dolía demasiado, y Phil habría jurado que no estaba ahí la noche anterior. Era imposible pasar por alto algo así. En todo caso no podía ser nada grave, ¿verdad? Es decir, esas enfermedades requerían su tiempo. No se contraían de la noche a la mañana. Decidió dejar que transcurriera un día. Tal vez se trataba sólo de una de esas cosas raras que pasaban, y por la mañana ya había desaparecido. Fuera como fuese, no conseguía quitarse la imagen de la cabeza. Peor todavía, no se libraba de cierta sensación, como si tuviera gusanos debajo de la piel horadándole la carne y el tuétano, transformándolo todo en materia negra dentro de su cuerpo.

De pronto, mientras pasaba por delante de las pequeñas y limpias habitaciones del motel, sintió la palpitación en la ingle y supo que tendría que hablar con alguien al respecto. Había estado a punto de contarle a su padre el motivo de su inquietud, pero,

por un lado, le disgustaba la idea de preocupar al viejo y, por otro, lo avergonzaba la perspectiva de que Jed Wheaton le pidiera que le enseñara sus partes. Decidió que a primera hora de la mañana, una vez terminado el turno de noche, iría derecho a la consulta del doctor Bradley y se lo haría mirar.

Phil abrió la puerta de la doce. Un olor peculiar flotaba en el aire. Era el olor que relacionaba con la muerte de su abuela, que acabó internada en una de esas salas para ancianos de la que nadie saldría para regresar a casa, y donde el ambiente hedía levemente a vómito y orina y mortalidad, disimulado todo ello con productos de limpieza y un potente ambientador. Allí en la doce se percibía ese mismo olor, salvo por el hecho de que no había nada tan potente como para camuflarlo. Phil creyó captar restos del aerosol que usaba Maria, pero el efecto era tan mínimo que habría sido igual que colgar uno de esos ambientadores con aroma a pino al lado de un cadáver.

En el cuarto de baño el olor era más intenso, pero al menos estaba limpio. Las toallas seguían dobladas y sin usar. La ducha se veía seca e incluso los jabones permanecían envueltos. En el inodoro habían tirado de la cadena, pero cerca quedaba un poco de sangre en el suelo.

Phil salió al dormitorio. El equipaje se hallaba en un rincón, una sola bolsa de piel, en apariencia cara, cerrada con candado. Era el único indicio de que la habitación estaba ocupada. Todo lo demás continuaba tal como Maria lo dejaba siempre para los nuevos huéspedes, todo hasta el último detalle, incluido el mando a distancia del televisor perfectamente centrado sobre la portada de la programación de la HBO.

Phil apagó la luz, cerró la puerta con llave y, al volverse, se encontró cara a cara ante Buddy Carson.

—¿Puedo preguntarle qué hace? —dijo Carson.

A la luz de la luna ofrecía un aspecto demacrado y cadavérico, y su aliento, de cerca, recordaba al hedor de la habitación en versión destilada. Ante tal fetidez, Phil dio instintivamente un paso atrás.

—Sólo he venido a comprobar si necesitaba más toallas. Lo hacemos con todos los huéspedes —mintió Phil.

Buddy, con un gesto ostensible, consultó su reloj.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no? Así puede despertar a alguien.

—Hemos tenido una tarde muy ajetreada, y hoy es usted el único huésped. Como su coche no estaba en el aparcamiento, he dado por hecho que había salido. Me ha parecido un buen momento para no molestarlo.

Buddy no respondió. Se limitó a mirar a Phil de arriba abajo, asintiendo para darle a entender que sus palabras podían parecer muy razonables, pero él no se creía nada.

—Pues muchas gracias —dijo por fin—. Buenas noches.

Phil se dispuso a dar un rodeo y seguir su camino, pero Buddy lo agarró de la

muñeca, y Phil imaginó de nuevo que unas criaturas negras se movían bajo su piel.

—Eh, ¿se encuentra bien? —preguntó Buddy, y aunque su voz reflejaba preocupación, una expresión taimada asomó a su rostro bajo la luz de la luna—. Parece enfermo o algo así.

—Estoy cansado —respondió Phil, e hizo una mueca al sentir un pinchazo en la ingle. Bajó la vista, casi esperando ver una aguja clavada en su pantalón, pero no había nada—. Tengo que irme.

—Claro —dijo Buddy—. Y cuídese.

Observó al chico alejarse tambaleante. Iría derecho al baño. O eso haría Buddy si estuviese en la piel de aquel muchacho. Ya en el baño, se desabrocharía el pantalón y echaría una ojeada a lo que ocurría ahí abajo, porque desde luego ahora daba la sensación de que aquello crecía y se propagaba.

Y así era, por supuesto, pero no de una manera al alcance de la vista. Buddy calculó que el verdadero dolor se dejaría sentir al cabo de un par de horas, cuando el cáncer comenzase a devorarlo realmente, avanzando a un ritmo uniforme hacia los principales órganos y erosionando la columna vertebral.

Pero en el baño el bulto no presentaría una apariencia distinta.

Es sólo un bulto, señores. Aquí no hay nada que ver. Sigán adelante, no se detengan.

Buddy cerró la puerta y recorrió la habitación con la mirada. La bolsa permanecía intacta. Mejor así. Buddy guardaba ahí cosas que no quería que nadie viese. El tiempo apremiaba. Imaginó que el chico iría al médico al día siguiente. Para entonces probablemente la empleada del motel, la muy zorra, ya se habría descubierto el bulto en el pecho. Contando al viejo, ascenderían a tres en menos de dos días, o más si alguno de los otros a los que había rozado era menos fuerte de lo que él preveía. Una cantidad así no pasaría inadvertida. Buddy había hecho ciertas indagaciones durante el día. En el pueblo sólo había un médico, que tenía la consulta en una preciosa casita de una sola planta en los alrededores del pueblo, al este. Eso facilitaba las cosas a Buddy. Le bastaría con una sola visita.

Se arrodilló y, con una pequeña llave plateada, abrió el candado de la bolsa. Contenía un par de mudas, ropa idéntica a la que llevaba puesta; un pasaporte y un permiso de conducir a nombre de Russ Cercan (otra de las bromas de Buddy); y un tarro de cristal. Fue esto último lo que sacó Buddy y sostuvo al trasluz tal como examinaría un entomólogo un bicho especialmente interesante.

El tarro contenía un tumor negro. Había salido del propio cuerpo de Buddy esa mañana durante el ataque de tos, cuando el dolor empezaba a manifestarse en él. Pese a ir a rastras al cuarto de baño, no llegó al inodoro. Allí tendido, vomitó en las baldosas, expulsando sangre y materia negra, incluido ese tumor guardado ahora en el tarro. Era un recordatorio de lo que moraba en él, un obsequio de la enfermedad para ayudarlo en la tarea pendiente.

«Células muertas», pensó Buddy. «Sólo sois eso, simples células muertas».

Tamborileó suavemente en el cristal con la uña.
Y el tumor se movió.

En el otro extremo del pueblo, en la desordenada habitación de Elaine Olssen, Lopez, sentado junto a la ventana, contemplaba el campo. Elaine vivía justo en el límite de Easton, donde el pueblo lindaba con el monte. Cerca de allí corría un arroyo y, a lo lejos, se veían las montañas, plateadas bajo la luna. Oyó el ululato de un búho. Se preguntó si ya habría comido esa noche, o si no habría encontrado aún una presa.

Lopez no podía dejar de pensar en Buddy Carson. Esa misma noche, horas antes, mientras se hallaba ante él en el bar de Reed, había notado un zumbido en los oídos, una especie de lamento agudo. Lopez reconocía ese sonido: era un síntoma de que sus sentidos se aceleraban, como ocurría cuando, a cierta distancia, le parecía oír la verja de su jardín y sabía que alguien se aproximaba a su puerta aunque no oyera sus pasos en el camino de acceso; o cuando una persona se acercaba demasiado por la espalda y él, pese a no ver al individuo en cuestión, sentía invadido su espacio personal sin llegar a darse la vuelta.

En presencia de Buddy Carson, los sentidos de Lopez habían entrado, por lo visto, en un estado de máxima alerta. Aunque no tenía ninguna razón para pensarlo, Lopez sospechaba que, en el bar, Buddy Carson había pretendido tocarlo, como si ambos participaran en un juego cuyas reglas sólo Carson conocía. Basaba su impresión en ciertos ademanes: el giro de la mano, muy forzado, al entregarle el permiso de conducir, y el repentino movimiento hacia delante de los dedos al cogerlo de nuevo cuando Lopez se lo devolvió, echando mano del permiso y a la vez intentando llegar más allá.

Lopez no quería que Buddy Carson lo tocara. Algo le decía que cualquier contacto físico con el vaquero sería, de hecho, muy mala idea. Constatar que Carson abandonaba el pueblo le serviría de algo, pero no mitigaría plenamente su inquietud. Ese individuo iba a acarrearle problemas a alguien, y obligarlo a marcharse suponía sólo traspasarle a otro la carga de tener que lidiar con él más pronto o más tarde.

Cuando Lopez era un simple agente, a veces tropezaba con elementos que no aportaban el menor valor al mundo, personas que en realidad parecían disfrutar complicándoles la vida a todos aquellos que tenían la desgracia de cruzarse en su camino. Lopez intentaba imaginar a menudo cómo habían sido de niños, en un esfuerzo por modificar el sentimiento de odio que sentía por ellos. A veces surtía efecto, a veces no. Cuando no, Lopez, a su pesar, coincidía con quienes opinaban que lo mejor para todos los afectados era que esa gente estuviera muerta. Eran como bacterias en una placa de Petri, propagándose y colonizando su entorno, contaminando todo lo que tocaban.

Lopez intentó representarse a Buddy Carson de niño y descubrió que le era imposible. No acudió nada a su mente. Acaso se debiera al cansancio, pero, a su

modo de ver, Carson parecía, a la vez, viejo y joven, a la vez recién forjado y sin embargo antiguo, como metal viejo fundido y reutilizado una y otra vez, corrompiéndose más y más en cada etapa del proceso.

Lopez miró hacia la cama, Elaine dormía. Siempre yacía igual: hecha un ovillo, sobre el costado derecho, con el brazo derecho contra los pechos y la mano izquierda cerca de la boca. De noche apenas se movía, ni emitía el menor sonido en sueños.

Volvió a meterse en la cama e hizo ademán de tocarla. Sin embargo, dejó la mano suspendida a unos centímetros de su piel, reacio a entrar en contacto. Retirándola y apartándose de ella, buscó su propio hueco en el borde mismo del colchón, donde por fin lo venció el sueño.

Buddy Carson dejó el motel Easton a la mañana siguiente poco después de las once. Le dolía cada vez más el costado derecho. Podría suministrarse una pequeña dosis tocando a alguien, pero mínima, para que no lo tentara el deseo de descansar, ya que normalmente después de la descarga se amodorraba, y tenía trabajo que hacer. Sobrellevaría cierto malestar ahora a cambio de un alivio más duradero después.

Jed, alterado por sus problemas familiares, no se sentía muy dispuesto a mostrarse cortés con su único huésped. Phil Wheaton se encontraba ya en la sala de espera de la consulta de Greg Bradley, pálido y tenso a causa del dolor. Le explicó a su padre que no se sentía muy bien, pero Jed no necesitaba que su hijo le dijera que estaba enfermo. Su aspecto físico había cambiado de forma drástica de la noche a la mañana. Parecía haber perdido kilos en cuestión de horas. Jed habría preferido acompañarlo al médico, pero Phil insistió en ir solo, y aseguró a su padre que lo telefonaría si surgía alguna complicación. Sin embargo, Jed se disponía a salir para ir igualmente a la consulta cuando llamó Maria para anunciar que tampoco ella se encontraba muy bien y llegaría más tarde. En el momento en que Buddy Carson entró, Jed avisaba ya por teléfono al personal de relevo, intentando localizar a alguien capaz de asumir la suplencia pese a comunicarlo con tan poca antelación.

Buddy había pagado la habitación por adelantado. Como ahora tenía decidido irse antes de lo previsto, quería que le devolvieran el dinero. Jed no discutió. Su único deseo era que Buddy se marchase para ir a atender las necesidades de su hijo.

—¿Una mala mañana? —preguntó Buddy.

—No muy buena —respondió Jed.

Tendió la mano para contar los billetes, y Buddy Carson le rozó el dorso suavemente con el dedo índice amarillento.

—Le conviene respirar hondo, procure relajarse —aconsejó Buddy con solemnidad—. Al final enfermará. Créame, lo sé.

Jed recordó la descripción de las toallas ensangrentadas, ennegrecidas, y reparó en las manchas parduscas de nicotina en los dientes de Buddy Carson, en sus encías, de un intenso color morado. «Seguro que lo sabes todo sobre las enfermedades», pensó. «Me alegro de que te marches, pero si me entero de que has traído algo a este pueblo, si descubro que mi hijo está enfermo por tu culpa, iré por ti, capullo. Iré por ti con un cuchillo, y entonces ya no tendrás que preocuparte por toallas ensangrentadas, ni por esos dientes que se te caen, ni por esas putas uñas rotas que se te agrietan y desintegran, porque te haré pedazos, te lo juro por Dios».

—Ya —dijo Jed—. Adiós, y que tenga un buen día.

Lopez se despertó con Elaine. Hicieron el amor apresuradamente, y luego Elaine se duchó mientras él tostaba unos bagels. Escuchó las noticias por la radio en la cocina y a continuación se duchó mientras Elaine se vestía. Ella lo dejó frente al bar de Reed, le dio un beso de despedida, y quedaron en verse esa noche. Lopez la miró mientras se alejaba y le dirigió un último saludo con la mano justo cuando iba a doblar la esquina y perderse de vista. Después se acercó al bar para charlar con Eddy Reed, que barría los peldaños a la entrada del local.

—¿Recortes en los gastos? —preguntó—. Pensaba que tenías empleados para barrer la entrada mientras tú contabas tus millones en la trastienda.

—Han llamado dos para decir que no vienen porque están enfermos —explicó Eddy—. Y tenían que ponerse enfermos precisamente hoy.

—Si andas apurado, ya encontrarás quien te ayude.

Eddy dejó de barrer y se apoyó en el mango de la escoba.

—Puede que sí.

Se succionó el labio, como si intentara tomar una decisión. Finalmente le dijo a Lopez:

—¿Tienes un momento para echar un vistazo a una cosa?

Lopez se encogió de hombros y siguió a Reed al interior del bar. Éste lo llevó al servicio de hombres y allí abrió la puerta.

—El último —dijo.

Lopez pasó ante los mingitorios. La puerta del último cubículo estaba entornada. La empujó con la puntera de la bota.

Se advertían salpicaduras de un fluido negro en la pared y un charco de ese mismo líquido en el suelo. Alguien, sin mucha pericia, había intentado impedir que se extendiese amontonando papel higiénico encima. El papel estaba casi totalmente embebido.

—Lo descubrí cuando iba a cerrar. Anoche tuvimos poca actividad, por lo que seguramente nadie usó este cubículo después de que alguien lo dejara así. Pensé en avisar a Lloyd, pero ya pasaban de las dos de la madrugada y me dije que quizá no valía la pena molestarlo por esto.

Lopez se puso en cuclillas y examinó la sangre de cerca.

—Déjame la escoba un momento —dijo.

Reed le entregó la escoba, y Lopez exploró con el mango la acumulación de papel y fluido. En el centro de la masa detectó trozos de materia negra.

—¿Qué es eso? —preguntó Reed.

—No lo sé. Es posible que lo haya expectorado alguien.

—Quiquiera que sea, está muy enfermo.

Lopez se irguió y lavó el extremo del mango de la escoba en el lavabo antes de

devolvérsela a Reed.

—¿Recuerdas quién quedaba en el bar anoche cuando me marché?

Reed se detuvo a pensar.

—Gente de aquí en su mayoría. Puedo darte los nombres. Dos parejas de fuera del pueblo. No creo que se alojaran por aquí. Y el que estaba en el reservado del rincón, aquel con el que tú hablaste. Un tipo repulsivo. No paraba de frotarse con las camareras.

Lopez dejó escapar un juramento entre dientes.

—Creo que sé dónde encontrarlo —dijo—. Quiero que me hagas una lista de todas las personas que estuvieron aquí, por si acaso. Pon un poco de cinta aislante en la puerta de este cubículo, y quizá también el letrero FUERA DE SERVICIO. Le pediré a Greg Bradley que se pase por aquí y le eche un vistazo. Y otra cosa, Ed: no hables con nadie de esto, ¿entendido?

Ed lo miró como si acabara de aconsejarle que no removiera los cócteles con el pito.

—¿Estás diciéndome que no les mencione a los clientes que vienen a almorzar cada día esas manchas que parecen sangre negra en el lavabo de hombres y por las que podrían pensarse dos veces si pedir ternera? En fin, no sé, pero si insistes...

Lopez se acercó al motel Easton. Jed no estaba en recepción. Una chica, una de las hijas de Pat Capooore, se ocupaba de todo en ausencia de Jed. Tenía abierta ante sí una revista para adolescentes y bebía a sorbos un refresco con una pajita.

—¿Sabes adónde ha ido? —preguntó.

—Su hijo, Phil, no se encontraba bien. Me ha dicho que lo encontraría en la consulta de Greg Bradley si surgía algún problema.

Lopez pidió las fichas de registro del motel. Las pasó una por una hasta llegar a la de Buddy Carson.

—¿Este hombre ha dejado la habitación?

—Supongo que sí, porque el motel está vacío.

—¿La habitación ya está arreglada?

—Todavía no, creo. Seguramente tendré que encargarme yo cuando vuelva Jed.

Metiéndose los dedos en la boca, hizo como si vomitara. Luego le entregó a Lopez la llave de la doce antes de concentrarse de nuevo en su revista.

—Eh —dijo alzando la voz cuando él ya se marchaba—. ¿Debo pedirle una orden de registro o algo así?

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Tienes algo que esconder?

—Es posible —respondió ella coquetamente. Cerró los labios en torno a la pajita y chupó con fuerza sin apartar la mirada de él en ningún momento.

Lopez la dejó con lo suyo, preguntándose si no debería sostener una charla con Pat Capooore sobre su hija menor.

La habitación estaba limpia y en orden. El rollo de papel higiénico tenía el extremo plegado en forma de triángulo y no había ninguna toalla usada. Habían dormido encima de la cama, no dentro. Lopez vio la concavidad formada por el cuerpo de Buddy Carson en el edredón, que era de color amarillo y verde. Allí donde cubría las almohadas, Lopez descubrió una mancha oscura.

Sangre negra: pero no mucha. Lopez también creyó ver restos en la taza del váter, aunque ni mucho menos como en el lavabo del bar de Reed. Buddy Carson no seguiría poniéndole a la gente la carne de gallina por mucho tiempo. Lopez buscó en sí mismo una pizca de compasión por aquel hombre, pero no la encontró. Cerró la puerta, devolvió la llave y se marchó a casa para ponerse el uniforme.

Greg Bradley estaba teniendo una mala mañana. Primero se había presentado Maria Dominguez con un bulto en el pecho del tamaño de una nuez. Le había insistido hasta la saciedad sobre la importancia de los chequeos, pero era una mujer grande y pechugona, rebosante de salud. Las personas como ella se creían inmunes a la enfermedad. La había derivado a Manchester y él mismo le había pedido cita para primera hora de esa tarde. Ella había telefoneado a su marido desde la consulta, y él había pasado a recogerla. En cuanto salieron de allí, Greg llamó a Amy Weiss, la psicoterapeuta a quien recurría, y la puso en antecedentes. Ella prometió telefonarlos y ofrecerse a acompañar a Maria a Manchester.

Ahora estaba allí Phil Wheaton, que se echó a llorar casi en el mismo momento en que Greg empezó a examinarlo, unas lágrimas grandes y mudas que resbalaron por sus mejillas y estallaron en sus muslos desnudos.

Greg procuró mantener un tono de voz sereno mientras lo reconocía.

—¿Cuánto hace que tienes esto, Phil? —preguntó.

—Sólo desde ayer.

Greg lo miró.

—En serio, Phil. Necesito saber la verdad.

—Es la verdad, no le engaño. No mentiría sobre una cosa así. Míreme.

Una cosa así iba contra todo conocimiento médico, pero Greg optó por creerlo. La expresión de Phil Wheaton era de pánico absoluto, y Greg, en la consulta, había desarrollado cierto don para detectar a los mentirosos. Pero aquello carecía de sentido: sospechaba sin apenas dudar que tenía ante sí un cáncer testicular en fase avanzada. Palpó en busca de molestias y encontró focos de dolor incluso a la altura del abdomen.

—Muy bien, Phil, es necesario que te vea un especialista. ¿Tienes alguien a quien llamar?

—Mi padre —contestó Phil—. ¿Puedo llamar a mi padre?

Greg le dijo que se subiera el pantalón y salió para pedirle a la secretaria que telefonara a Jed Wheaton, pero el viejo ya estaba en la sala de espera, mirando el tablón de anuncios sin verlo realmente. Greg se acercó a él, le tocó el hombro y, mientras su hijo se vestía en una sala, señaló en dirección a otra, en el extremo opuesto del pasillo.

—Jed —dijo—. ¿Puedes acompañarme un momento?

Lopez relevó a Lloyd y a Ellie, y después dejó a Chris Barker, otro agente a tiempo parcial, a cargo de la comisaría mientras él hacía la ronda. La jornada se presentaba larga, y culminaría con la cena en el Reed, a la que debía asistir, y vestido de uniforme para la ocasión. Telefonó a la consulta de Greg Bradley, pero Lana le informó de que el doctor estaría ocupado toda la mañana y le pidió que volviera a llamar más tarde. Lopez decidió que la sangre en el Reed podía esperar hasta la tarde. En cuanto Greg le echara un vistazo, Reed podría limpiar el cubículo antes de que empezaran a llegar los comensales.

Buddy Carson: desde luego ese individuo dejaba su huella allí por donde pasaba.

Fue Lloyd quien localizó el Dodge Charger rojo. Ya estaba a medio camino de su casa, pensando sólo en acostarse, cuando lo vio estacionado bajo unos árboles junto a la antigua bolera de Easton, tapiada desde hacía tiempo y en creciente deterioro.

Lopez comentaba a veces que Lloyd tenía la cabeza como una oficina de clasificación de correo: todo en su sitio, hasta el último dato debidamente archivado. Un detalle en apariencia inocuo podía movilizar a Lloyd, impulsándolo a revisar con diligencia el almacén que tenía en la cabeza hasta encontrar la caja pertinente.

Esa mañana, entre los avisos de la bandeja de entrada había un comunicado relativo a la muerte de una familia en Colorado. Si bien los forenses examinaban aún los cadáveres, la policía del estado —y también, por razones que el comunicado no esclarecía, los federales y las autoridades sanitarias— tenía mucho interés en hablar con un hombre que tal vez había visitado el lugar de los hechos. Al parecer, el dueño de un rancho vecino había visto entrar en la finca un Dodge Charger rojo el día anterior al hallazgo de los cadáveres. No alcanzó a ver la matrícula, pero el conductor era un hombre, y el testigo creía que posiblemente llevaba un sombrero blanco en la mano.

Ahora había allí un Dodge Charger rojo. Estaba muy lejos de Colorado, pero era inconfundible. De pie junto al coche, un hombre delgado con un sombrero vaquero blanco comía una chocolatina. El sombrero tenía algo prendido en la parte delantera, justo por encima del ala. Lloyd ignoraba que ése era Buddy Carson, el mismo individuo sobre quien Ellie, por encargo de Lopez, había hecho una comprobación la noche anterior, ya que Lopez no había mencionado ningún coche.

Lloyd entró en el aparcamiento. En la furgoneta no llevaba radio, pero sí teléfono móvil. Podía llamar a Lopez, supuso, pero decidió acercarse antes a ver qué explicaciones daba aquel tipo. Se detuvo a unos tres metros del hombre del sombrero y abrió la puerta de la furgoneta. Lloyd iba aún de uniforme, pero el individuo no pareció inquietarse al verlo. O era imperturbable, o no tenía gran cosa que esconder. El problema estribaba en que aquellos que menos tenían que esconder eran quienes más se alarmaban en presencia de un policía de uniforme. Eran los tipos más tranquilos con quienes convenía andarse con cuidado.

—Buenos días —saludó Lloyd—. ¿Todo en orden?

Buddy Carson se terminó la chocolatina, hizo una bola con el envoltorio y se lo guardó con cuidado en el bolsillo de la camisa, justo detrás del billetero. Llevaba unos guantes negros de piel.

—Perfectamente —contestó.

—¿Puede identificarse?

—Claro —dijo Buddy.

Sacó el billetero del bolsillo, buscó el permiso de conducir y se lo tendió, pero Lloyd, en el último momento, apartó la mano con un respingo y el permiso cayó al suelo entre ellos. Lloyd tuvo la sensación de haberse aproximado a un campo eléctrico, rebosante de peligrosa energía, frenado sólo por la fina piel de los guantes de aquel hombre.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó.

En lugar de contestar, Buddy Carson abrió mucho la boca y arrojó un chorro continuo de fluido negro directo a la cara de Lloyd Hopkins. Éste retrocedió, tambaleante, con un intenso escozor en los ojos. Quiso echar mano de su arma, pero Buddy se abalanzó sobre él, le torció el brazo para impedir que la empuñara y le asestó un golpe en el caballete de la nariz con la base de la mano derecha. Lloyd se desplomó, y Buddy le quitó la pistola.

Buddy aguzó el oído por un instante, pero no se acercaba ningún coche. Se planteó matar de un tiro al policía, pero temió que lo oyera alguien, y no podía arriesgarse a disipar sus energías invadiéndolo de la manera habitual. Optó, pues, por guardarse el arma bajo la cinturilla del pantalón y golpeó fuertemente a Lloyd en la cabeza con el tacón de la bota.

Al tercer taconazo Lloyd Hopkins ya estaba muerto.

Greg Bradley acabó de atender a sus pacientes a las doce y media y le dijo a Lana que ya podía marcharse. Los viernes trabajaban sólo medio día, pero Lana tenía más prisa que de costumbre porque debía ayudar a Eddy Reed con los preparativos de la velada benéfica. En cuanto se fue, dando la vuelta al cartel de CERRADO al salir, Greg se sentó a su mesa y apoyó la cabeza entre las manos. Había sido la peor mañana de su vida: Maria y su marido habían abandonado el aparcamiento en coche, ella con la cabeza gacha, tan atónita que ni siquiera podía llorar; Jed Wheaton intentaba consolar a su hijo, que se deshacía en sollozos, y una llamada de Manchester le había

comunicado que Link Frazier había fallecido esa noche. Tres casos de cáncer en igual número de días, al menos dos de ellos en extremo avanzados, y dos relacionados con el motel Easton. Escuchó el mensaje que había dejado Jed en el contestador la noche anterior. Deseaba interrogarlo más detenidamente acerca de su huésped enfermo, el que había manchado de sangre las toallas, pero ahora Jed tenía toda la atención puesta en su hijo. En cualquier caso, ese individuo había abandonado el motel esa mañana. Las toallas continuaban allí, decía Jed. Maria las había dejado en una bolsa en la lavandería, por si acaso.

Pero aquello era cáncer, y distintas formas de cáncer. ¿Cómo podían vincularse a un único hombre?

Allí ocurría algo sumamente anómalo. Tenía que hablar con Lopez. Se disponía a coger el abrigo cuando alguien entró en recepción y cerró la puerta. A continuación, oyó el chasquido del cerrojo. Se acercó al mostrador.

—Perdone —empezó a decir—. Ya he...

Buddy Carson se había limpiado de la cara casi toda la sangre de Lloyd Hopkins, pero aún le quedaban unos hilillos en la nariz y la frente. Tenía los labios contraídos, y Bradley vio lo que parecían costras como de petróleo en sus comisuras.

Buddy le asestó un revés de izquierda a derecha que lo lanzó de vuelta a su consulta, donde cayó al suelo. La afilada puntera de la bota del vaquero alcanzó al médico en el riñón izquierdo. Acto seguido, Buddy Carson estaba sentado sobre su pecho, inmovilizándole los brazos con las rodillas.

—Disculpe, doctor —dijo—, pero Buddy no tiene tiempo para sus gilipolleces.

Sostenía un tarro de cristal en la mano derecha. Con el pulgar y el índice desenroscó la tapa. En respuesta, algo negro se retorció dentro del tarro.

Buddy cambió de posición, oprimiendo ahora los brazos del médico con las espinillas para sujetarle la cabeza con las rodillas. Se inclinó y acopló bruscamente el extremo abierto del tarro contra la oreja izquierda de Bradley.

Como una babosa, el tumor negro empezó a resbalar hacia su nuevo huésped.

El día avanzó despacio. Lopez se vio obligado a intervenir en una pelea doméstica, y al final se llevó a rastras al marido para que se serenara en una celda. En el pueblo había parejas que, al parecer, destinaban la mayor parte de su vida conyugal primero a pegarse, luego a romper, para finalmente reconciliarse justo a tiempo de iniciar el ciclo una vez más. A menudo la mujer amenazaba con presentar cargos, pero casi nunca se llegaba a la denuncia en firme, y Lopez se había autoimpuesto la prohibición de deprimirse clínicamente ante la cantidad de mujeres que mantenían relaciones con maltratadores, o volvían a ellas, pese a sus esfuerzos por ayudarlas. Sabía que no era tan sencillo, y había oído el sinfín de complejos argumentos psicológicos sobre la naturaleza de esa clase de relaciones, pero no por eso sentía menos deseos de sacudir a algunos de esos hombres con un trozo de manguera, y de

zarandear a las mujeres hasta que entraran en razón.

El sujeto que en esos momentos se reconcomía en la celda nunca había sido objeto de su atención. Según su mujer, había perdido el trabajo hacía un par de meses y había empezado a beber más que de costumbre. Iban justos de dinero, y quedaba algún que otro recibo sin pagar. Lo que al principio fue un intento de conversación racional subió de tono más de la cuenta y pasó primero a los gritos y luego, brevemente, a la violencia. Un vecino avisó a la policía, y ahora el marido estaba en una celda y Lopez había dejado otro mensaje en el contestador de Amy Weiss para pedirle que intentara concertar una reunión con la mujer.

Lopez telefoneó a la consulta de Greg Bradley, pero saltó el contestador. Probó en el móvil del médico, pero salió el mensaje de «Apagado». Por último, llamó a la casa de Greg, y como no obtuvo respuesta, localizó a Lana en el bar de Reed y le preguntó si sabía dónde encontrarlo. La joven dijo que lo había dejado en la consulta y lo puso al corriente sobre los sucesos de esa mañana sin mencionar los nombres de los afectados, pero no pudo hablar mucho rato. Ya empezaba a llegar gente y Lopez oía de fondo los gritos de Eddy Reed. Lopez la dejó ir.

Consultó su reloj. Lloyd Hopkins llegaba con retraso. Había prometido volver temprano para ayudar en el aparcamiento del bar. También en este caso Lopez se vio obligado a llamarlo al móvil y a su casa, pero no obtuvo respuesta en ninguno.

—Maldita sea, ¿es que ya nadie contesta al teléfono? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular. Las únicas personas que podían oírlo eran Barker y Ellie, que se limitaron a cruzar una mirada y reanudaron sus tareas con renovado vigor. Lopez le pidió a Ellie que fuera al Reed hasta que apareciera Lloyd. A continuación, dejando a Barker en la comisaría, se acercó en coche a la consulta de Greg Bradley.

La puerta no estaba cerrada con llave.

Entró y vio los papeles en el suelo y el cristal roto en la puerta de la consulta contra la que el cuerpo de Greg había topado. Desenfundó el arma y avanzó hacia esa habitación. Estaba vacía, pero había una mancha oscura en la alfombra. Miró en las otras habitaciones y tampoco encontró a nadie. Acababa de coger su radio para llamar a la comisaría y hablar con Barker cuando oyó ruido en un armario al final del pasillo. Las puertas estaban cerradas con cadenas y un candado.

Lopez corrió hacia allí. Alguien intentaba hablar, pero sus palabras no eran claras.

—¿Greg?

La voz habló de nuevo.

—Enseguida te saco de ahí —dijo.

Cogió la porra, enrolló la cadena en ella e hizo palanca. El tirador del armario se desprendió de la madera y las puertas cedieron. Al abrirse, lo que quedaba de Greg Bradley se desplomó en el suelo. Tenía el rostro totalmente negro y los ojos ocultos entre la carne tumefacta. Se le había caído casi todo el pelo, y apenas conservaba unos mechones grises, adheridos a las pústulas abiertas en su cuero cabelludo. Lopez volvió la cabeza al sentir un amago de náusea por el olor procedente de las entrañas

del médico.

—U-i —dijo Bradley.

—No te...

Bradley intentó agarrar a Lopez por la camisa con una mano, pero le faltaron las fuerzas.

—U-i —repitió Bradley—. *U-i enfermo.*

Fue perdiendo el conocimiento conforme aquellas cosas negras lo devoraban, lo consumían volviendo contra él a su propio cuerpo. No recordaba su propio nombre, ni dónde estaba. Se había perdido en la creciente oscuridad y nunca volverían a encontrarlo. Sólo quedaba dolor, y el recuerdo del hombre que se lo había infligido.

Y al final incluso eso desapareció.

Lopez depositó el cuerpo de Bradley en el suelo lentamente.

U-i.

Buddy.

En ese momento Buddy Carson estaba detrás del bar de Eddy Reed, de pie entre las sombras. Una nutrida concurrencia iba llenando muy satisfactoriamente el establecimiento y no paraban de llegar coches. Una agente de policía menuda y ágil dirigía el tráfico a la entrada del aparcamiento. Buddy aguardaba pacientemente. Sabía que de un momento a otro se presentaría su oportunidad, y así fue.

Una mujer obesa al volante de un Nissan, con sus tres ruidosos retoños apretujados en el asiento de atrás, intentó saltarse el orden de acceso para hacerse con una plaza cerca de la puerta trasera del bar. Por desgracia, no contó con un Explorer enorme, que era el siguiente en la cola para esa plaza y que tocó la bocina para advertir al Nissan. Se produjo cierto griterío, que confirmó, como Buddy sospechaba, que la buena vecindad de ese pueblo era sólo superficial. Por fin el Nissan dio marcha atrás, y entonces rozó a un Lexus, cuya alarma se disparó. Los dueños del Lexus, una pareja, aún no habían entrado en el bar y corrieron hacia el coche, atraídos por el sonido de la alarma. El ruido atrajo también a la agente, que tuvo que rodear los contenedores tras los que se había agazapado Buddy.

Con rapidez y sin armar el menor revuelo, Buddy la agarró y la dejó sangrando entre la basura.

Al cabo de cinco minutos se encaminó hacia el bar.

Lopez recibió la llamada con relación a Lloyd Hopkins segundos después de dar instrucciones a Barker. Había proporcionado al joven agente a tiempo parcial una descripción de Buddy Carson y le había indicado que pusiera sobre aviso a la policía del estado. Intentaba comunicarse con Ellie cuando Barker lo llamó de nuevo por la radio. Parecía al borde del llanto.

—Jefe, es Lloyd —dijo—. Unos chicos creen que han encontrado su cadáver detrás de la antigua bolera Metzger. También está allí su furgoneta. Según dicen, ha recibido una buena paliza. ¿Qué quiere que haga?

«Por Dios, Lloyd no», pensó Lopez, y sintió una punzada en el vientre.

—¿Quiénes son los chicos?

—Ben Ryder y Capooore, la chica.

La hija de Pat Capooore, la muchacha del motel: conocía a Lloyd Hopkins de vista.

—Voy para allá —respondió a Barker—. Habla otra vez con la policía del estado. Diles que hay un agente muerto, y el sospechoso es Carson, Buddy Carson.

Lopez no sabía con certeza si Carson era el autor de la muerte de Lloyd Hopkins, pero era el sospechoso más probable. Entre los vecinos del pueblo, nadie le habría levantado siquiera la voz a Lloyd Hopkins.

—Y otra cosa, Chris —añadió—: diles que extremen la cautela. Diles que no toquen a ese individuo. Creo que le pasa algo. Puede ser contagioso, ¿entendido?

Estaba a punto de encender las luces y salir a toda velocidad hacia la bolera Metzger, pero antes de activar la sirena se detuvo para poner en orden el curso de los hechos. Primero habían diagnosticado un cáncer a Link Frazier; luego la recepcionista de Greg Bradley lo había alertado sobre otros dos posibles casos de cáncer. Ahora Greg estaba muerto, su rostro plagado de tumores, y Lloyd Hopkins yacía en el aparcamiento vacío de una bolera abandonada, muerto a golpes y quizá también con la enfermedad. Pero el cáncer no era contagioso. No actuaba así.

Trató de comunicarse con Ellie otra vez, pero no lo consiguió. Optó por llamar al Reed con el móvil, y fue el propio Eddy quien descolgó cuando el timbre sonaba por tercera vez.

—Bar de Reed. ¿En qué puedo ayudarle?

—Eddy, soy Jim Lopez. Hazme un favor. Mira en el aparcamiento a ver si localizas a Ellie Winters.

Oía voces de fondo, y risas. Sonaba la música.

—Un momento, jefe —dijo Reed.

En el mismo instante en que Reed dejaba el auricular, Lopez tomó una decisión. Pasaron minutos hasta que Eddy volvió al aparato, pero para entonces Lopez ya tenía el bar a la vista.

—No, no la veo por ninguna parte. Su coche está fuera, pero... —Eddy Reed se interrumpió—. Un momento, aquí está pasando algo.

La música cesó, y Lopez oyó un grito.

Buddy llevaba todo el día preparándose, elaborando el veneno que anidaba en su interior, destilándolo hasta su más pura esencia. Sentía cómo éste respondía a sus pensamientos, se ponía a punto para lo que tenía por delante. El fluido con el que había cegado a Lloyd Hopkins era materia de desecho, nada más. Se había reservado

la ponzoña auténtica, y cuando tocó a la primera mujer frente al servicio de señoras, la descarga de energía fue tal que él mismo se balanceó. Casi vio cómo salía de sus poros el fluido negro y penetraba en ella por la base del cráneo. Sintió un ligero mareo y el vértigo del poder, a la vez que la piel de la mujer se arrugaba y ennegrecía ante él. Ella se volvió, llevándose los dedos a la nuca en un intento de descubrir la causa del dolor, pero Buddy ya estaba en movimiento. Tocó a un hombre grueso en la mano, y a una camarera en el omóplato. A ésta se le cayó la bandeja al suelo y los vasos se hicieron añicos.

A continuación gritó una mujer. Buddy pensó que quizá procedía de la fulana a la que había tocado ante el servicio de señoras, pero no: era la reacción de una de sus compañeras al ver el tumor que se propagaba colonizando el rostro de su amiga. Buddy notó que alguien le tocaba: era la mano del gordo cerrándose firmemente en su hombro. Sin mirar, Buddy le soltó un revés en la cara, y de nuevo experimentó la arremetida al producirse la transmisión. Se dirigía ya hacia el extremo opuesto del bar, donde la rubia hablaba con un hombre de traje gris. Era la novia del policía, y Buddy la había reconocido nada más entrar en el bar. Le complacía la idea de invadirla mientras el veneno conservaba aún toda su potencia dentro de él. Abrió los brazos en una postura de crucifixión y, con los dedos extendidos, fue rozando piel, ropa, pelo, mientras avanzaba como un siniestro mesías entre la gente. Enseguida perdió la cuenta de las personas a quienes tocaba. Por un momento se encontró en medio de un espacio despejado. Respiró hondo, cerró los ojos brevemente y sintió cómo se desenrollaba el gusano en sus entrañas. Soltó el aire y abrió los ojos.

La bala lo alcanzó en el hombro derecho. Por efecto del impacto, Buddy giró hacia el interior del bar. Vio a la agente de policía en la entrada lateral y percibió el aire frío que entraba por la puerta abierta a sus espaldas. Tenía el cabello pegoteado debido a la sangre e hilillos rojos descendían por un lado de su cara. Apenas se sostenía contra la jamba de la puerta, debilitada por las heridas y exhausta por el esfuerzo que le había supuesto llegar hasta el bar. Buddy se llevó la mano bajo la camisa para sacar el arma que le había quitado a Lloyd Hopkins mientras Ellie intentaba despejarse la vista para disparar por segunda vez. Buddy no sentía el dolor del balazo, pero la manga de su camisa se empapó de un fluido negro y viscoso. La gente, en medio de un gran griterío, procuraba distanciarse de él lo máximo posible. En su mayoría estaban ya por el suelo o poniéndose a cubierto detrás de las mesas y las endeble sillas.

Buddy sintió cómo le cambiaba el cuerpo. Era como si una fuerza invisible tirara de él hasta casi desgarrarlo. Se miró las manos y vio cómo se le dilataban los poros y aumentaban de tamaño hasta que dio la impresión de que tenía orificios de un centímetro de diámetro en la piel. Expulsaban un fluido negro, como volcanes en miniatura entrando en erupción. Sintió que le aparecían otros orificios en la cara, y que aumentaba la presión ocular de tal forma que los ojos se le salían de las orbitas y se le distorsionaba la visión. El gran gusano se retorció en su vientre, y Buddy notó

que extendía sus tentáculos por todo su organismo provocándole espasmos dolorosísimos. La ropa que llevaba empezó a romperse por la presión ejercida al hincharse en él unos ganglios oscuros, reventando las costuras de la tela vaquera y trazando espirales en el aire como anguilas en agua clara.

Buddy encontró la pistola y la sacó de debajo del cinturón. El cañón del arma de Ellie vaciló y cayó con ella cuando perdió el conocimiento y, apoyada en la jamba, se deslizó hasta el suelo. Mientras se desplomaba, Buddy apuntó y la siguió con la pistola. La veía como un borrón azul, casi perdido en medio de la negrura que envolvía su visión. Podía matarla en ese momento, o utilizarla para liberar parte de la gran fuerza que amenazaba con desbordarlo. Buddy dejó caer el arma y avanzó hacia la agente tendida boca abajo.

Algo horadó de pronto el centro de su ser. Una erupción negra brotó de su pecho y roció las mesas y el suelo. Buddy salió impulsado hacia delante, tropezó con el cuerpo de Ellie y, arañando las paredes, intentó mantenerse en pie. Abrió la boca para gritar, consciente del enorme impacto sufrido por su organismo. Tenía una gran herida en el pecho. Se la tocó con los dedos y creyó ver por fin el gusano negro, retorciéndose y mordiendo entre los restos corruptos de su carne. Sus movimientos parecían desesperados y atormentados, como si percibiese que se acercaba el final de Buddy y tuviese el firme propósito de abrirse paso a bocados para salir del organismo de su huésped antes de que sucumbiera totalmente.

Al volverse, vio a Lopez junto a la barra con la culata de una escopeta descomunal en el hombro. Buddy tenía la boca llena de fluido. Éste resbaló desde las comisuras de sus labios cuando habló, oscureciendo su mentón y desapareciendo en el agujero del pecho. Dejó de ver y sintió una gran ausencia en su interior cuando el lazo entre gusano y él se rompió bruscamente.

—No hay curación —dijo Buddy.

Sonreía en medio de sus padecimientos finales, convertida su boca en un amasijo amarillo y negro como restos de avispas semimasticadas.

—No hay curación para el cáncer.

Buddy levantó el arma a ciegas, y Lopez le voló la tapa de los sesos.

Para cuando la policía del estado llegó, los restos de Buddy Carson habían quedado reducidos a una masa oscura y coagulada en el suelo del bar de Reed. Salvo la ropa, las camperas y el sombrero blanco de paja, nada indicaba que eso había sido antes una forma humana.

Las nieves llegaron al día siguiente, y después la tierra apilada empañó la blancura del cementerio del pueblo mientras enterraban los cadáveres. Otros los seguirían, conforme las víctimas de Buddy Carson sucumbieran a la enfermedad que les había contagiado. Algunos murieron deprisa, otros arrastraron su agonía durante semanas. Nadie duró más de un mes.

El bar de Reed cerró. Lo mismo ocurrió con el motel Easton cuando Jed siguió a su hijo Phil a la tumba. La gente se marchó a otros sitios y el pueblo entró en decadencia, como si Buddy hubiese encontrado la manera de contaminar sus edificios y corromper sus calles. Fue el principio del fin para Easton. Incluso Lopez se marchó: siguió el rastro del dolor y la muerte hasta Colorado, y allí se tomó una cerveza con Jerry Schneider, quien le contó lo que había visto en la granja de los Benson. Atravesó Wyoming y Idaho y acabó en Nebraska, donde perdió el rastro. Regresó a New Hampshire y se estableció cerca de Nashua con Elaine Olssen, pero jamás olvidó a Buddy Carson.

Jamás olvidó al vaquero del cáncer.

En un desierto al oeste de Nevada, un hombre vestido con ropa vaquera barata abre los ojos. Yace en la arena, y pese a que el sol cae a plomo sobre él, su piel no se ha quemado. No recuerda su nombre, ni cómo ha llegado hasta allí. Sólo sabe que siente dolor y la necesidad de tender la mano y tocar a alguien.

El hombre se pone en pie. Las camperas de piel de lagarto que calza le resultan extrañamente familiares y se encamina hacia la carretera.

El demonio del señor Pettinger

El obispo era un hombre esquelético, de dedos largos sin arrugas y con protuberantes venas oscuras que surcaban su pálida piel, como si fueran raíces de árboles en un terreno nevado. Muy calvo, tenía la cabeza ahusada, terminada en punta en lo alto del cráneo, y llevaba la cara afeitada a conciencia; o eso, o era en extremo lampiño, una manifestación externa de su aparente sometimiento de los apetitos sexuales. Vestía enteramente de púrpura y carmesí, salvo por el alzacuello que circundaba su garganta como un halo desplazado. Cuando se puso en pie para saludarme, envuelto en aquellos rojos intensos todo él excepto la pálida y afilada cabeza, me llamó la atención lo mucho que se parecía a una daga ensangrentada.

Observé cómo curvaba lenta y delicadamente los dedos de la mano izquierda en torno a la cazoleta de la pipa, a la vez que, usando la mano derecha, vertía tabaco en el hueco con sumo cuidado. En el movimiento de aquellos dedos había algo de arácnido. No me gustaban los dedos del obispo, pero, para ser sincero, tampoco me gustaba el obispo.

Nos sentamos uno a cada lado de la chimenea de mármol de su espaciosa biblioteca, sin más iluminación que las llamas que ardían en la rejilla del hogar hasta que el obispo encendió una cerilla y se la acercó a la pipa. Al hacerlo, las cuencas de sus ojos semejaron más profundas y sus pupilas adquirieron una coloración amarilla. Me lo quedé mirando mientras aspiraba de la boquilla hasta que la succión de sus labios me resultó insoportable y deposité entonces la atención en los volúmenes dispuestos en las estanterías. Me pregunté cuántos de ellos habría leído el obispo. Me daba la impresión de que era uno de esos hombres que desconfían de los libros, recelosos de las semillas de la sedición y el pensamiento independiente que podrían sembrar en mentes menos disciplinadas que la suya.

—¿Cómo está, señor Pettinger? —preguntó el obispo cuando tuvo encendida la pipa a su entera satisfacción.

Le di las gracias por su interés y le aseguré que me encontraba mucho mejor. Aún tenía los nervios a flor de piel, y de noche me revolvía en la cama oyendo en sueños el ruido de las bombas y el correteo de las ratas en las trincheras, pero no tenía mucho sentido contarle eso al hombre que se hallaba ante mí. Otros habían regresado en un estado de desintegración mucho peor que el mío, sus cuerpos estragados, sus mentes hechas añicos como objetos de cristal arrojados al suelo. Yo había logrado, a saber cómo, conservar todas mis extremidades y un atisbo de cordura. Me gustaba creer que era Dios quien me había protegido durante todo ese tiempo, incluso cuando parecía que nos había dado la espalda y abandonado a nuestra suerte, aunque a veces, en los momentos más negros, pensaba que el Señor me había dejado de su mano hacía mucho tiempo, eso en el supuesto de que existiera.

Es curioso las cosas que uno recuerda. Eran tantos los horrores experimentados en medio de toda esa carne y suciedad que elegir uno por encima de los demás casi se

me antojaba absurdo, como si de algún modo se pudiera crear un gráfico en el que reflejar por grados los delitos contra la humanidad según su impacto en la psique individual. Y sin embargo acudía a mi memoria una y otra vez un grupo de soldados cuyas siluetas se dibujaban en un paisaje llano y lodoso, sin más obstáculos que el tronco de un único árbol destrozado por una explosión. Algunos aún tenían sangre en torno a la boca, aunque era tal la mugre que llevaban encima que costaba distinguir dónde acababan los hombres y empezaba el barro. Los hallaron las tropas en el cráter de un obús durante el avance posterior a una enconada batalla que sólo sirvió para conseguir un desplazamiento insignificante en la posición de nuestras líneas: cuatro soldados británicos en cuclillas junto al cuerpo de un quinto hombre, sus manos en él, arrancando tiras de carne caliente de sus huesos y llevándoselas vorazmente a la boca. El soldado muerto era alemán, pero eso poco importaba. Esos cuatro desertores se las habían arreglado para sobrevivir durante semanas en tierra de nadie, entre los dos frentes, alimentándose de los cadáveres de soldados caídos.

No hubo juicio, ni quedó constancia escrita de su ejecución. Sus papeles habían desaparecido hacía mucho, y los propios soldados se negaron a dar sus nombres antes de ajusticiarlos. Su cabecilla, o al menos aquel cuya autoridad respetaban más claramente los demás, tenía más de treinta años, y el más joven no había cumplido aún los veinte. Se me permitió decir unas palabras en su nombre, pedir perdón por sus actos. Mientras les vendaban los ojos, yo rezaba junto a ellos, y de pronto el de mayor edad me habló.

—Lo he probado —dijo—. He comido el Verbo hecho carne. Ahora Dios está dentro de mí, y yo soy Dios. Sabía bien. Sabía a sangre.

Acto seguido se volvió de cara a los fusiles, y éstos pronunciaron su nombre.

Yo soy Dios. Mi sabor es el de la sangre.

Decidí que tampoco esto lo compartiría con el obispo. No sabía bien qué opinaba él respecto a Dios. A veces sospechaba que concebía a nuestro Señor como un medio oportuno para mantener a las masas bajo control y asegurarse su propia autoridad. Dudaba que su fe se hubiera visto puesta a prueba salvo por alguna que otra liza intelectual ante un jerez. A saber cómo se las habría arreglado en el barro de las trincheras. Quizás habría sobrevivido, supongo, pero a costa de otros.

—¿Y qué tal le va en su tránsito por el hospital?

Como ocurría con todo lo que el obispo decía, era importante entender el subtexto antes de contestar. Por eso mi respuesta a la pregunta anterior había sido que me encontraba razonablemente bien, pese a que no era verdad. Ahora me interrogaba sobre el hospital militar de Brayton, adonde fui destinado al regresar de la guerra. Atendía a aquellos que se habían visto privados de extremidades o de sentidos, procurando mitigar su dolor y ayudarlos a comprender que Dios seguía a su lado. Y si bien yo era, en teoría, miembro del personal del hospital, tenía la sensación de ser un paciente en igual medida que ellos, ya que también yo necesitaba pastillas para dormir y debía recurrir ocasionalmente al más ilustrado de los «médicos de la

cabeza» en un esfuerzo para apuntalar mi quebrantada cordura.

Hacía seis meses que había vuelto a Inglaterra. Lo único que deseaba era un lugar tranquilo donde atender las necesidades de mis feligreses, preferiblemente unos feligreses que no estuviesen empeñados en volarles los sesos a los feligreses de otro. El obispo poseía el poder necesario para concederme ese deseo si le venía en gana. No me cabía duda de que, astuto como era, percibía mi antipatía hacia él, aunque seguramente no otorgaba la menor trascendencia a mis sentimientos. Si algo bueno podía decirse del obispo era que, al menos, no tenía por costumbre dejar que sus decisiones se vieran influidas por sus emociones o por las emociones de los demás.

Su pregunta aún flotaba en el aire entre nosotros. Si le decía que me sentía a gusto en el hospital, me trasladaría a un destino más arduo. Si le decía que no me sentía a gusto en el hospital, allí seguiría hasta el día de mi muerte.

—Tenía la esperanza de que Su Ilustrísima me hubiera encontrado ya un beneficio eclesiástico —contesté, optando por responder a una pregunta totalmente distinta—. Estoy impaciente por reanudar mi labor parroquial.

En respuesta, el obispo blandió aquellos dedos de arácnido que tenía.

—A su debido tiempo, señor Pettinger, a su debido tiempo. Lo primero es lo primero. Antes necesito que dé consuelo a un miembro afligido de nuestra propia grey. Conocerá Chetwyn-Dark, supongo.

La conocía. Chetwyn-Dark era una parroquia pequeña, a dos o tres kilómetros de la costa sudoeste. Un solo pastor, muy pocos feligreses y, como beneficio eclesiástico, no precisamente muy rentable, pero allí había una iglesia desde hacía mucho tiempo.

Muchísimo tiempo.

—En la actualidad el señor Fell es el responsable de la parroquia —informó el obispo—. Pese a tener muchas y admirables cualidades ha padecido ciertas dificultades en el pasado. Se consideró que Chetwyn-Dark era el lugar idóneo para que el señor Fell se... *recupere*.

Yo había oído hablar del señor Fell. Según los rumores, su desmoronamiento había sido espectacular, incluyendo alcoholismo, ausencias injustificadas de los oficios y encendidas e incomprensibles soflamas desde el púlpito durante los oficios a los que se acordaba de asistir. La última de éstas fue la causa de su perdición, ya que, sacando a la luz sus dificultades, abochornó al obispo, y el obispo era un hombre que valoraba la dignidad y el decoro por encima de todo. El castigo del señor Fell consistió en el destierro a un beneficio eclesiástico donde apenas había feligreses para escuchar sus desvaríos, aunque sin duda el obispo conservaba agentes en Chetwyn-Dark que lo mantendrían informado acerca de las actividades del pastor.

—Me han contado que sufrió una crisis de fe —comenté.

El obispo guardó silencio por un momento antes de contestar.

—Buscó pruebas de aquello que debe comprenderse sólo por medio de la fe, y al no encontrar ninguna, empezó a dudar de todo. Se consideró que en Chetwyn-Dark

hallaría un lugar donde aplacar esas dudas y redescubrir el amor a Dios.

Estas palabras, pensé, sonaban huecas al salir del cascarón vacío que era el obispo.

—Pero, por lo visto, nos equivocamos al presuponer que el señor Fell sería capaz de restablecerse en aquella relativa soledad. Según me han informado ha empezado a comportarse de un modo aún más extraño que de costumbre. Ha contraído el hábito de cerrar con llave la iglesia. Por *dentro*. Al parecer, se ha embarcado en ciertas obras de reforma para las que es poco apto tanto por temperamento como por vocación. Sus feligreses lo han oído cavar y picar piedra dentro, aunque, por lo que me han contado, no se han visto de momento señales obvias de daños a la propia capilla.

—¿Cuál sería mi cometido? —pregunté.

—Usted tiene experiencia en el arte de tratar con hombres quebrantados. Me han llegado buenos informes sobre su labor en Brayton, informes que me inducen a pensar que quizás está usted preparado para volver a asumir obligaciones más convencionales. Que sea éste su primer paso hacia el beneficio eclesiástico que solicita. Quiero que hable con su hermano clérigo. Reconfórtelo. Procure comprender sus necesidades. Si hace falta, pida que lo internen; quiero poner fin a esto. ¿He hablado claro, señor Pettinger? No quiero más problemas por parte del señor Fell.

Y dicho esto me despidió.

Al día siguiente llegó a Brayton mi sustituto: un joven llamado Dean, con las enseñanzas de sus profesores resonándole todavía en los oídos. Después de una hora en las salas del hospital se retiró al cuarto de baño. Cuando por fin salió, estaba notablemente más pálido y se enjugaba la boca con un pañuelo.

—Ya se acostumbrará —le aseguré, aunque me constaba que no sería así. Al fin y al cabo, yo nunca me acostumbré.

Me pregunté cuánto tardaría el obispo en verse obligado a sustituir también al señor Dean.

El tren me dejó en Evanstowe. Allí me recogió un coche enviado por el obispo y me llevó a Chetwyn-Dark, a diecisiete kilómetros al oeste, donde el conductor me dejó, tras una lacónica despedida, ante la entrada del jardín del señor Fell. Llovía y, al recorrer el camino hasta la casa del pastor, percibí el olor a salitre en el aire mientras se desvanecía gradualmente el sonido del coche, ya de regreso a Evanstowe. Detrás de la casa, accesible por otro camino pavimentado, se alzaba la propia iglesia, cuyo contorno se dibujaba en el cielo vespertino. No se hallaba en el centro del pueblo, sino a un kilómetro, y no había más viviendas a la vista. Antiguamente había sido una iglesia católica, pero fue saqueada durante el reinado de Enrique VIII y reclamada más tarde por el nuevo credo. Pequeña, casi primitiva en su construcción, aún

conservaba algo de Roma.

En las profundidades de la casa se veía una luz, pero cuando llamé a la puerta, nadie acudió. Probé a abrir y la puerta cedió fácilmente y dejó ante mis ojos un pasillo revestido de madera que llevaba a una cocina, justo enfrente, entre una escalera a la derecha y la puerta de una sala de estar a la izquierda.

—¿Señor Fell? —llamé, pero no recibí respuesta.

En la cocina había un poco de pan en un plato tapado con un paño y, al lado, una jarra de suero. En el piso de arriba, los dos dormitorios estaban vacíos. Uno se hallaba en orden, con mantas de reserva cuidadosamente colocadas al pie de una cama recién hecha; el otro, en cambio, era un caos de ropa y comida a medio consumir. Daba la impresión de que las sábanas de la cama no se habían lavado desde hacía tiempo y despedían cierto olor, como el del cuerpo de un viejo sin asear. Había telarañas en las ventanas y excrementos de ratón en el suelo.

Pero fue el escritorio lo que me llamó la atención, ya que, obviamente, el propio mueble, y lo que había encima, venía acaparando el interés del señor Fell desde hacía un tiempo. Retiré unas camisetas sucias de la silla y me senté a examinar el fruto de sus esfuerzos. En circunstancias normales no habría invadido así la intimidad de otro hombre, pero ahora me debía al obispo, no al señor Fell. La suya era ya una causa perdida. No quería que la mía también lo fuera.

Tres manuscritos antiguos, tan amarillos y ajados que el texto casi se había borrado, ocupaban el lugar de honor en medio de un revoltijo de papeles. Estaban escritos en latín, pero no con una caligrafía ornamentada, sino más bien nítida, casi formal. Al final, junto a una firma ilegible, aparecía una mancha más oscura. Semejaba sangre, seca, vieja.

Daba la impresión de que eran documentos incompletos, con algunas secciones extraviadas o ininteligibles, pero el señor Fell había llevado a cabo un trabajo notable con la traducción de los fragmentos que se conservaban. Con su letra pulcra había vertido tres amplias secciones, la primera de las cuales hacía referencia a la fundación de la iglesia original a finales del primer milenio. La segunda parecía describir la ubicación de una determinada formación pétreo en el suelo, señalada en su día por una especie de tumba. Al lado había una fina lámina de papel con un calco por frotación que mostraba una fecha —AD 976— y una sencilla cruz bajo la cual se adivinaba un dibujo. Distinguí dos ojos a sendos lados del eje vertical de la cruz, y una gran boca segmentada por la parte inferior, como si la cruz descansara sobre un rostro. Una melena caía desde el cráneo, y una expresión de ira agrandaba los ojos, pero las facciones no eran humanas. Me recordaron a una gárgola, pero la malicia de dichas criaturas no estaba presente y, en su lugar, se apreciaba una severa maldad.

Pasé a la tercera parte del trabajo en curso del señor Fell. Resultaba evidente que era en esta sección donde mayores dificultades había encontrado. La traducción estaba salpicada de espacios en blanco y de palabras deducidas señaladas con interrogantes, pero había subrayado aquellos términos en los que su certeza era

absoluta. Éstos incluían «sepultado» y «maléfico». Sin embargo, uno en particular aparecía repetidamente a lo largo del texto, y el señor Fell, a su vez, lo había puesto de relieve en la traducción.

Dicha palabra era «demonio».

Dejé mi bolsa de viaje en la segunda habitación, la más ordenada, y miré por la ventana. Daba a la iglesia, y allí vi una luz encendida. La observé parpadear durante un rato; luego bajé y, recordando que el señor Fell tenía por costumbre encerrarse en la capilla, busqué hasta encontrar un juego de llaves polvorientas en un pequeño armario. Con las llaves en la mano, cogí un paraguas del paragüero junto a la puerta y me encaminé hacia la casa de Dios.

La entrada principal tenía el cerrojo echado, y a través de una rendija vi que la puerta había sido atrancada por dentro mediante un travesaño. La aporreé y llamé al señor Fell por su nombre, pero no obtuve respuesta. Me dirigía a la parte de atrás de la iglesia cuando de pronto oí un leve ruido cerca de la pared este, venía de abajo, casi como si procediera del subsuelo. Daba la impresión de que alguien excavaba un túnel lentamente, centímetro a centímetro. Sin embargo, no distinguí, ni aun aguzando el oído, la utilización de herramienta alguna. Parecía que todo el trabajo se realizaba a mano. Sin más pérdida de tiempo fui hasta la puerta de atrás y allí probé las llaves una por una hasta oír el chasquido de la cerradura. Al instante me encontré dentro de un hueco de la capilla, bajo unas molduras con cabezas talladas. Nada más detenerme, percibí de nuevo los sonidos de la excavación.

—¿Señor Fell? —llamé, y advertí con sorpresa que la voz se me quebraba y las palabras salían de mi garganta como un graznido. Volví a intentarlo, esta vez más alto —: ¿Señor Fell?

De pronto, abajo dejaron de excavar. Tragué saliva y me dirigí hacia un candil encendido que había en una hornacina acompañado por el suave eco de mis pisadas en el suelo de piedra. El agua de lluvia y el sudor se mezclaban en mi rostro. Percibía en la lengua el sabor a sangre de la humedad.

Lo primero que vi fue el agujero en el suelo, junto a un segundo candil con el aceite casi consumido, la llama minúscula y vacilante. Habían extraído y colocado contra la pared unas cuantas piedras, dejando un hueco por el que escasamente pasaba un hombre. Observé que una de las piedras era el modelo calcado que había visto en el escritorio del señor Fell. Ahora, pese al desgaste de la piedra, el rostro bajo la cruz se distinguía con mayor claridad y lo que yo había tomado por una melena parecían llamas y humo procedentes de las facciones de la criatura, como si la cruz estuviera marcándola a fuego.

El propio agujero estaba a oscuras y de él nacía un túnel en pendiente, pero me pareció percibir otra luz dentro a cierta profundidad. Me disponía a llamar de nuevo cuando reanudaron la excavación, esta vez con mayor apremio, y al oírlo retrocedí a trompicones, asustado.

En el suelo, el candil chisporroteaba a punto de extinguirse. Me hice con el otro,

el de la hornacina, y me arrodillé junto a la abertura. Del interior me llegó un olor leve pero inconfundible: un hedor a desechos. Saqué el pañuelo del bolsillo y me cubrí la nariz y la boca. A continuación me senté en el borde del agujero y descendí con cuidado.

El túnel era estrecho y empinado, y fui resbalando por la piedra y la tierra suelta a lo largo de unos metros, sosteniendo el candil a escasa altura ante mí para que no golpeará contra el techo y se rompiera. Por un momento temí caer en un gran abismo y precipitarme en medio de aquella oscuridad para no ser hallado nunca más. Pero aterricé en piedra, y me encontré en un túnel bajo, quizá de un metro veinte en su punto más alto, que se curvaba hacia la derecha. A mis espaldas sólo había una pared vacía.

En el túnel hacía un frío intenso. Allí el sonido de la excavación se sentía más fuerte y claro, como también el olor a excrementos. Con el candil por delante, avancé encogido por las losas del túnel, siguiendo su suave pendiente hacia abajo, siempre hacia abajo. Allí donde los antiguos entibos se habían deteriorado, alguien —el señor Fell, supuse— había hecho mejoras añadiendo nuevos puntales para sostener el techo.

Me llamó la atención un entibo en concreto: era más grande que los otros y lo adornaba de arriba abajo una talla que representaba serpientes enroscadas y que culminaba con el rostro de una bestia con colmillos a cada lado de la boca, en forma de hocico, y los ojos ocultos bajo un entrecejo velludo y arrugado. Recordaba al rostro labrado en la piedra indicadora de la capilla, aunque se conservaba en mejor estado y el dibujo era mucho más detallado, ya que antes no había advertido los colmillos. Dos gruesas sogas serpenteaban a ambos lados del entibo, con nudos en los extremos. Cuando las observé más detenidamente, descubrí que las habían atado a un par de varillas de hierro encajadas en una brecha en la piedra. Las cuerdas eran nuevas, las varillas viejas. Si se tiraba de las cuerdas, cabía pensar, las piedras se desmoronarían arrastrando consigo el entibo.

Y me pregunté por qué se había construido aquel túnel, y por qué alguien había tenido la cautela de concebir un mecanismo para destruirlo si surgía la necesidad.

Oí los sonidos de la excavación cada vez más cercanos, y en el túnel arreciaba el frío. Allí era más angosto, y seguir adelante se complicaba; aun así, apreté el paso, imponiéndose por un momento la curiosidad al desasosiego. Avanzaba casi doblado por la cintura, y la fetidez empezaba a ser insoportable. De pronto doblé un recodo y toqué algo blando con el pie. Bajé la vista y me oí gemir.

A mis pies yacía un hombre, con la boca contraída y el rostro mortalmente blanco. Tenía los ojos abiertos, y sangre en las córneas, donde pequeños capilares habían reventado por efecto de una tremenda presión. Mantenía aún las manos ligeramente en alto, como para protegerse de algo. Pese a llevar el hábito hecho jirones y mugriento, no dudé que me hallaba en presencia del difunto señor Fell.

Cuando alcé la vista, vi lo que en un primer momento me pareció un muro de piedra normal y corriente, pero enseguida advertí en el centro un agujero por el que

podía pasar la cabeza de un hombre. Del otro lado llegaba el peculiar sonido, como si escarbaran, y entonces entendí qué era lo que había estado oyendo.

No era el señor Fell excavando hacia abajo, sino otra cosa excavando hacia arriba.

Levanté el candil y examiné la brecha en el muro. Al principio no vi nada al otro lado: el muro era tan grueso que la luz apenas lo atravesaba. Me acerqué, y de repente la luz del candil destelló en un par de ojos negros, como si con el paso del tiempo las pupilas se hubieran dilatado para siempre y buscaran claridad desesperadamente en aquel lugar oscuro. Percibí un brillo de hueso amarillento al quedar a la vista unos grandes colmillos y a continuación oí un sonido sibilante, como una exhalación.

La imagen desapareció enseguida, y al cabo de un momento aquella presencia dentro de la cámara arremetió contra el muro desde el otro lado. La oí gruñir por el esfuerzo mientras retrocedía y se abalanzaba una vez más contra la barrera. Una nube de polvo descendió del techo sobre mí, y me pareció oír que algunas de las piedras se desplazaban.

Por el agujero asomó una garra. Tenía los dedos largos, asombrosamente largos, y provistos en apariencia de por lo menos cinco o seis articulaciones. Unas enormes uñas curvas remataban las puntas, cubiertas de mugre. Los huesos estaban revestidos de escamas grises, y unos gruesos y oscuros pelos brotaban de las grietas en la piel. Tendió la garra hacia mí y percibí su furia, su maldad, su inteligencia desesperada y virulenta, y su absoluta soledad. Había permanecido allí encerrada en la oscuridad durante muchísimo tiempo, hasta que el señor Fell inició su traducción y, al empezar a explorar, apartó la roca de donde había caído, despejó los escombros y recolocó los entibos conforme se acercaba más y más al misterio de aquel lugar.

La bestia retiró los dedos y se arrojó nuevamente contra el muro. Una tracería de finas grietas se propagó, como los hilos de una telaraña, desde el agujero del centro. Retrocedí para apartarme hasta que, notando el túnel ya más ancho, pensé que podía dar media vuelta. Por un momento, al volverme, creí que me había quedado atascado entre las paredes pues no podía moverme hacia delante ni hacia atrás. La bestia aullaba, pero entre sus alaridos me pareció distinguir palabras, aunque expresadas en una lengua que yo no había oído jamás.

Con un último esfuerzo en el que me arranqué una manga y me arañé la piel del brazo, logré liberarme y eché a correr. Oí caer piedras a mis espaldas y supe que la criatura no tardaría en atravesar el muro. Unos segundos después mis temores se hicieron realidad y oí sus pisadas, el contacto de las garras contra la piedra cuando inició la persecución por el túnel. Aterrorizado, comencé a rezar y gritar al mismo tiempo. Las piernas no me llevaban a suficiente velocidad, y el pasadizo curvo y estrecho me dificultaba el avance. Sentí que la criatura se acercaba, casi noté su aliento en la nuca.

Grité y me planteé esgrimir el candil como arma, pero temí quedarme atrapado en la oscuridad con la bestia. Por tanto seguí corriendo, sin mirar atrás, arañándome con las piedras y tropezando dos veces en el suelo irregular, hasta llegar una vez más al

entibo ornamentado, donde por fin me volví de cara a la criatura. El roce de las garras contra la piedra se aproximaba, cada vez más rápido, y busqué a tientas las cuerdas, las encontré y tiré de ellas.

No ocurrió nada. Oí cómo cayeron las varillas de hierro, pero eso fue todo. Una mano en forma de zarpa apareció en el recodo del túnel, arañando la piedra con las uñas, y me preparé para morir.

Pero cuando cerré los ojos, algo retumbó por encima de mí e instintivamente me eché atrás. El túnel se estremeció a la vez que la bestia avanzaba, y una lluvia de piedras cayó a mis pies. Oí cómo rugía, y de súbito el techo se desplomó y la perdí de vista. Aun así, me pareció seguir oyéndola mientras las rocas se venían abajo. Aullaba de rabia y frustración a la par que retrocedía más y más en su esfuerzo para no quedar enterrada bajo toneladas de escombros.

Yo también corrí hasta que por fin pude alcanzar la boca del túnel y salir a la bendita calma de la capilla en medio de la polvareda que ascendía del agujero; el estruendo del desprendimiento de roca pareció prolongarse eternamente.

Recibí mi beneficio eclesiástico. Es una iglesia pequeña, una iglesia antigua. Hay un socavón cerca de allí, y a veces los visitantes se detienen y observan ese fenómeno reciente e inexplicado. Se han reparado ciertos daños en el suelo de la capilla y se ha colocado una losa nueva, más grande, allí donde el señor Fell inició sus excavaciones. Ahora esa piedra señala el sitio en el que yace enterrado. Tengo pocos feligreses, y aún menos obligaciones. Leo. Escribo. Doy largos paseos por la orilla del mar. A veces me acuerdo del señor Fell y reflexiono sobre su extremo afán de encontrar una prueba de la existencia de la Divinidad, el afán que lo llevó a iniciar su excavación, como si al encontrar lo opuesto, de algún modo hubiera disipado todas sus dudas. Enciendo velas por él y rezo por su alma.

Se han llevado los documentos y ahora se hallan, sospecho, en la caja fuerte del obispo, o en manos de sus superiores. Quizá sus cenizas están en la chimenea del obispo mientras él ceba su pipa y la enciende en la oscuridad de su biblioteca. Sigue siendo un misterio dónde se descubrieron y cómo llegaron a poder del señor Fell. Su origen no importa, y su confiscación me trae sin cuidado. No necesito papel amarillento para hacer revivir en mi mente a esa criatura. Permanece conmigo, y así será siempre.

Pues a veces, por la noche, cuando estoy solo en la iglesia, me parece que la oigo excavar, paciente y concentradamente, desplazando una pequeña piedra tras otra; avanza lentísimo pero, aun así, avanza.

Puede esperar.

Al fin y al cabo dispone de toda la eternidad.

El rey de los elfos

¿Cómo debo empezar este relato? Érase una vez, quizá; pero no, no es exacto. Así quedaría como un relato muy lejano en el tiempo y el espacio, y no es uno de esos relatos.

No es uno de esos relatos ni mucho menos.

Mejor, pues, iniciar la narración tal como la recuerdo. A fin de cuentas, este relato es mi propia historia: mía es la experiencia, mía la obligación de contarla. Ahora ya tengo cierta edad, pero no soy tonto. Por la noche todavía atranco las puertas y echo los pestillos de las ventanas. Todavía miro entre las sombras antes de dormirme y dejo a los perros campar libremente por la casa, ya que ellos lo olerán si vuelve, y yo estaré preparado para recibirlo. Las paredes son de piedra, y mantenemos las antorchas encendidas. Siempre hay cuchillos a mano, pero lo que él más teme es el fuego.

No se llevará a nadie de mi casa. No raptará a ningún niño bajo mi techo.

Mi padre no era un hombre tan cauto. Conocía las leyendas de antaño, porque él mismo me las contó cuando yo era niño: cuentos del Hombre de Arena, que arranca los ojos a los niños pequeños si no se duermen; y de Baba Yagá, la bruja demonio que viaja en un carruaje de huesos viejos con las manos apoyadas en cráneos de niños; y de Escila, el monstruo marino que arrastra a los hombres a las profundidades y posee un apetito insaciable.

Pero nunca habló del rey de los elfos. Lo único que decía mi padre era que no debía aventurarme a entrar en el bosque solo, y que nunca debía quedarme allí fuera después del anochecer. Allí fuera había cosas, decía: lobos, y seres peores que los lobos.

Está el mito y está la realidad: lo uno lo contamos, lo otro lo escondemos. Creamos monstruos y confiamos en que las lecciones implícitas que hay en sus relatos nos guíen cuando nos tropecemos con lo más horrible de la vida. Atribuimos nombres falsos a nuestros miedos y rezamos para no enfrentarnos a nada peor de lo que nosotros mismos hemos creado.

Mentimos para proteger a nuestros hijos, y al mentir los exponemos al mayor de los males.

Nuestra familia vivía en una casa pequeña, casi en el linde del bosque situado al norte de nuestra aldea. De noche, la luna teñía los árboles de plata, y entonces la tenebrosa espesura se transformaba en una sucesión de chapiteles argénteos que se extendía como una convergencia de iglesias hasta perderse de vista. Más allá había montañas, y grandes ciudades, y lagos como mares, tan inmensos que un hombre de pie en una orilla era incapaz de ver tierra en el lado opuesto. En mi imaginación infantil me representaba a mí mismo atravesando la barrera del bosque y accediendo

a ese gran reino que me ocultaba. En otras ocasiones veía en los árboles la promesa de un espacio donde cobijarme del mundo adulto, un capullo de madera y follaje donde esconderme, pues tal es la atracción que ejercen en un niño los lugares oscuros.

Me sentaba ante la ventana de mi habitación ya bien entrada la noche y escuchaba los sonidos del bosque. Aprendí a diferenciar el ululato de los búhos, el aleteo de los murciélagos, el correteo aterrorizado de criaturas pequeñas que procuraban comer sin ser devoradas a su vez. Todos estos elementos me resultaban familiares y me arrullaban hasta que me vencía el sueño. Ése era mi mundo, y durante un tiempo no existió en él nada desconocido para mí.

Pero recuerdo que, una noche, se impuso un profundo silencio y dio la impresión de que todo lo que vivía en esa oscuridad contenía la respiración por un momento. Mientras escuchaba percibí una presencia que deambulaba por la conciencia del bosque, buscando, cazando. Un lobo lanzó un aullido trémulo, y detecté miedo en su voz. Al cabo de un instante el aullido se convirtió en gemido, cada vez más agudo, hasta semejarse a un grito, y por fin se interrumpió súbitamente para siempre.

Y el viento agitó las cortinas, como si de pronto el bosque volviera a respirar.

Daba la sensación de que vivíamos en el límite mismo de la civilización, siempre conscientes de que más allá de nosotros se hallaba el espacio agreste del bosque. Cuando jugábamos en el patio del colegio, nuestros gritos flotaban en el aire por un momento y enseguida parecía absorberlos algo al otro lado de la hilera de árboles, de tal forma que nuestras voces infantiles se perdían entre la espesura hasta quedar reducidas a la nada. Pero al otro lado de esa hilera de árboles aguardaba una criatura, que arrancaba nuestras voces del aire como quien coge una manzana de un árbol y nos devoraba en su imaginación.

Una ligera capa de nieve, la primera precipitación del invierno, cubría la tierra cuando la vi por primera vez. Jugábamos en un campo contiguo a la iglesia, persiguiendo un balón rojo de cuero que contrastaba con la blancura del suelo como una mancha de sangre. Se levantó una ráfaga de viento allí donde antes no había soplado el viento. Arrastró el balón, y éste se detuvo por fin entre unos alisos jóvenes ya dentro del bosque, a cierta distancia. Sin pararme a pensar, lo seguí.

En cuanto dejé atrás el primero de los grandes abetos, el aire en torno a mí se enfrió y dejé de oír las voces de mis compañeros. Oscuras excrecencias de hongos pendían de los troncos de los árboles en su lado umbrío, cerca del suelo. Vi un pájaro muerto al pie de una de esas colonias de hongos, su cuerpo desmadejado, cubierto por el cuajarón amarillo que formaban los fluidos rezumados por las setas, ya helados. Tenía sangre en el pico y los ojos muy cerrados, como si se hubiese abstraído para siempre en el recuerdo de su dolor postrero.

Me adentré más en el bosque y fui dejando atrás un rastro de pisadas como una

fila invisible de almas en pena. Aparté las ramas de unos alisos y alargué el brazo para alcanzar el balón, y en ese preciso momento el viento me habló. Dijo:

Niño. Ven a mí, niño.

Miré alrededor, pero no había nadie.

Volví a oír la voz, esta vez más cerca, y entre las sombras, ante mí, vi moverse una silueta. Al principio pensé que se trataba de la rama de un árbol, por lo delgada y oscura que era, toda ella envuelta en gris como si las arañas hubieran tejido una densa madeja alrededor. Pero se alargó hacia mí y, juntando las ramitas que eran sus dedos, me indicó por señas que me acercara. De ella emanaron unas ondas de extraño deseo que me envolvieron como la marea de un mar contaminado, dejándome manchado y sucio.

Niño. Niño hermoso. Niño delicado. Ven, niño, abrázame.

Cogí el balón y retrocedí, pero tropecé con una raíz retorcida oculta bajo la nieve. Caí a plomo de espaldas y una sutil hebra me rozó la cara: era el hilo vaporoso de una telaraña, resistente y pegajoso, que se adhirió a mi pelo y pareció enrollarse en torno a mis dedos cuando intenté apartarlo. A continuación cayó sobre mí un segundo hilo, y un tercero, ahora más pesados, como los filamentos de una red de pesca. Una tenue luz traspasó los árboles y quedaron a la vista millares de hebras suspendidas en el aire. Desde las sombras donde aguardaba aquel ser gris flotaban cada vez más hilos, de tal modo que la silueta parecía estar desintegrándose, mudando la piel sobre mí. Forcejeé y abrí la boca para gritar, pero las hebras caían ahora más densamente y descendían sobre mi lengua y se enmarañaban alrededor, impidiéndome hablar. El ser avanzó, precedido por la telaraña plateada, y tuve la sensación de que, cuando me movía, la red se tensaba sobre mí.

Con todas mis fuerzas empujé contra el suelo y sentí que las hebras quedaban prendidas en las raíces, se rompían y me liberaban. Las ramas me arañaron la cara y la nieve se me metió en las botas cuando me precipité a través de la hilera de árboles, con el balón aún en las manos.

Mientras me alejaba, volví a oír la voz:

Niño. Niño hermoso.

Y supe que me deseaba, y que no descansaría hasta saborearme con sus labios.

Esa noche no pude dormir. Recordaba la telaraña y la voz surgida de la oscuridad del bosque, y mis ojos se negaban a cerrarse. Di vueltas y más vueltas en la cama, pero no encontré descanso. Pese al frío exterior, en la habitación hacía un calor insoportable y me vi obligado a apartar la sábana de una patada y quedarme desnudo allí tendido.

Con todo, debí de adormecerme, porque de pronto tuve la impresión de que algo me inducía a abrir los ojos, y descubrí que la luz en la habitación era distinta. Había sombras en rincones donde no tenía por qué haberlas. Se desplazaban y retorcían,

pero fuera los árboles permanecían quietos, y las cortinas colgaban inmóviles en las ventanas.

Y entonces la oí: una voz baja y suave, como un susurro de hojas muertas.

Niño.

Me incorporé de inmediato y tendí las manos hacia la sábana para cubrirme, pero la sábana había desaparecido. Miré alrededor y la vi tirada junto a la ventana. Ni siquiera en mis momentos de mayor agitación podía haberla mandado tan lejos de la cama.

Niño. Ven a mí, niño.

En ese rincón parecía flotar una presencia. Al principio era casi informe, como una manta vieja que ha empezado a pudrirse, e hilos de telaraña formaban una filigrana sobre ella. El claro de luna iluminaba los pliegues de piel desvaída y arrugada que pendían de sus brazos descarnados como corteza vieja. Tallos de hiedra trepaban por sus extremidades y envolvían sus flacos dedos, que me hacían señas desde las sombras para que me acercara. Donde acaso estuviera el rostro sólo había hojas muertas y oscuridad, salvo en la boca, donde resplandecían unos dientes blancos y menudos.

Ven a mí, niño, repitió. Déjame que te abrace.

—No —dije. Encogí las piernas procurando ocupar el mínimo espacio, mostrarle la menor porción de cuerpo posible—. No. Vete.

En las puntas de sus dedos relucía una forma oval. Era un espejo, y en el marco minuciosamente ornamentado se perseguían entre sí figuras semejantes a dragones.

Mira, niño: un regalo para ti si me dejas estrecharte entre mis brazos.

El anverso del espejo estaba orientado hacia mí y, por un instante, vi mi propia cara reflejada en su superficie. Durante ese único momento fugaz, yo no aparecía solo en los brillantes confines del espejo. Otros rostros se apiñaban alrededor del mío, rostros minúsculos, decenas, centenares, millares, toda una legión de seres perdidos. Pequeños puños golpeaban el cristal, como si albergaran la esperanza de romperlo para acceder al otro lado. Y entre ellos vi mi propia cara, con los ojos desorbitados por el terror, y supe que era así como podía acabar.

—Déjame en paz, por favor.

Procuraba contener el llanto, pero me ardían las mejillas y se me empañó la vista. El ser emitió un sonido sibilante y por primera vez tomé conciencia del olor, un hedor espeso, arcilloso, de hojas descompuestas y agua estancada y fétida. Un tufillo más tenue y menos pestilente entraba y salía de mi percepción, zigzagueando entre los efluvios de la podredumbre como una serpiente entre la maleza.

Era el aroma del aliso.

La mano descarnada volvió a llamarme, y en esa ocasión un títere danzó bajo las puntas de sus dedos: un recién nacido, meticulosamente tallado, tan natural que semejaba una persona diminuta, un homúnculo, y su silueta se recortaba contra la luz de la luna. Se agitaba y bailaba a la par que se movían los dedos, y sin embargo yo no

veía los hilos que controlaban sus miembros, como tampoco distinguí, cuando miré con mayor atención, articulaciones ni en los codos ni en las piernas. La criatura, alargando el brazo, acercó el títere a mí, y cuando vi con claridad las verdaderas dimensiones de la marioneta, dejé escapar un breve gemido de miedo.

Porque no era un juguete, no en el sentido habitual de la palabra. Era un bebé humano, minúsculo y perfectamente formado, con los ojos muy abiertos, sin el menor parpadeo, y el cabello oscuro y alborotado. Aquel ser lo tenía agarrado por el cráneo, y el niño respondía a la presión que aplicaba en él moviendo brazos y piernas en señal de protesta. Tenía la boca abierta, pero no producía sonido alguno, ni sus ojos derramaban lágrimas. Estaba muerto, aparentemente, y sin embargo de algún modo vivía.

Un juguete hermoso, dijo aquel ser de sombras, para un niño hermoso.

En ese momento intenté gritar, pero era como si unos dedos me hubiesen atrapado e inmovilizado la lengua. Percibí el sabor de la criatura en la boca, y por primera vez en la vida supe qué se sentía al morir, porque el regusto de la muerte impregnaba su piel.

La mano ejecutó un rápido movimiento, y el pequeño desapareció.

¿Me conoces, niño?

Negué con la cabeza. A lo mejor era un sueño, pensé. Sólo en sueños uno no podía gritar. Sólo en sueños una sábana abandonaba de un salto la cama por propia iniciativa.

Sólo en sueños un ser que olía a hojas y agua estancada podía sostener un niño muerto ante ti y hacerlo danzar.

Soy el rey de los elfos. Siempre lo he sido y siempre lo seré. Soy el rey de los elfos y me apropio de todo cuanto deseo. ¿Vas a negarme este deseo? Ven conmigo y te colmaré de tesoros y juguetes. Te colmaré de dulces y te llamaré «amado mío» hasta el día de tu muerte.

Allí donde debería haber tenido los ojos alzaron el vuelo dos mariposas negras, como dos deudos diminutos en un velatorio. Entonces el rey de los elfos abrió la boca de par en par, alargó hacia mí sus dedos nudosos y, abrumado por el deseo, se le quebró la voz. Avanzó, y lo vi en todo su horrendo esplendor. Una capa de piel humana, casi talar, pendía de sus hombros y la orla no era de armiño, sino de cueros cabelludos, de pelo rubio, pelo castaño y pelo rojo, entretejidos como los colores de los árboles en otoño. Bajo la capa llevaba un peto de plata, labrado con intrincados detalles de cuerpos desnudos entrelazados, tantos que era imposible saber dónde empezaba un individuo y dónde acababa otro. Una corona de huesos ceñía su cabeza, cuyas púas eran restos de dedos infantiles sujetos con hilo de oro, flexionados hacia dentro como si me hicieran señas para que me sumara a ellos. Aun así, no veía cara alguna bajo la corona. Lo único visible era aquella boca oscura de dientes blancos: apetito hecho carne.

Con toda mi fuerza de voluntad salté de la cama y me abalancé hacia la puerta. A

mis espaldas oí el susurro de las hojas y el roce de las ramas. Giré el picaporte de la puerta pero, a causa del sudor, se me resbaló en la palma de la mano. Probé una vez, luego otra. El hedor de la vegetación putrefacta llegaba con creciente intensidad a mis fosas nasales. Dejé escapar otro breve gemido de pánico y, cuando las ramas me arañaban ya la espalda desnuda, el picaporte giró de pronto y me hallé en el pasillo.

Me zafé y, contorsionándome, cerré la puerta de un tirón.

En ese momento debería haber acudido a mi padre, pero, movido por algún instinto, me acerqué a la chimenea, donde ardían las últimas brasas titilantes. Agarré una astilla grande de la pila de leña, enrollé un trapo alrededor y lo empapé en el aceite del candil. La acerqué al fuego y observé cómo las llamas brincaban ante mí. Cogí la alfombra que había ante la chimenea y me envolví con ella. Luego, acompañado por el sonido casi inaudible de mis pies descalzos en las losas frías, regresé a mi habitación. Agucé el oído antes de accionar el picaporte y abrí la puerta lentamente.

La habitación estaba vacía. Ahora las sombras se movían sólo por efecto de la llama. Avancé hasta el rincón donde antes se hallaba el rey de los elfos, pero ya sólo quedaban telarañas y caparzones vacíos de insectos muertos. Me detuve ante la ventana, pero en el bosque reinaba el silencio. Tiré de la ventana para cerrarla pero, al extender el brazo, percibí un dolor en la espalda. Me llevé la mano atrás y, al mirarme los dedos, vi que los tenía manchados de sangre. En la pequeña esquirla de espejo que colgaba sobre la palangana y el aguamanil advertí en mi espalda cuatro largos cortes horizontales.

Creí haber gritado, sólo que de mis labios no había salido el menor sonido. El grito procedía en realidad de la habitación donde dormían mis padres, y me dirigí hacia la voz.

En el resplandor del chisporroteo de la tea vi a mi padre ante la ventana abierta y a mi madre de rodillas junto a la cuna volcada donde dormía mi hermano menor, arrebujado entre las mantas. Ahora no había allí ningún niño dormido, las mantas estaban tiradas por el suelo, y en el aire se percibía un olor espeso, arcilloso, como de hojas descompuestas y agua estancada.

Mi madre jamás se recuperó. Lloró y lloró, hasta que al final ya no pudo llorar más; entonces entregó su cuerpo y su alma a la noche eterna. Mi padre envejeció y se sumió en el silencio. La tristeza flotaba en torno a él como una bruma. No fui capaz de confesarle que me había resistido al rey de los elfos y que se había llevado a otro en mi lugar. Cargué con la culpa en mi conciencia y juré que nunca más le permitiría llevarse a otro ser humano bajo mi protección.

Ahora echo los pestillos de las ventanas y atranco las puertas y dejo a los perros

campar libremente por la casa. Las habitaciones de mis hijos nunca están cerradas, para permitirme acceder a ellas sin pérdida de tiempo de día o de noche. Y les advierto que si oyen un golpeteo de ramas en los cristales, deben avisarme, sin abrir jamás ellos mismos las ventanas. Y si ven un objeto lustroso y brillante suspendido de la rama de un árbol, nunca deben intentar cogerlo; han de seguir su camino, sin apartarse nunca de él. Y si oyen una voz que les ofrece dulces a cambio de la promesa de un abrazo, deben correr y correr y no volver nunca la vista atrás.

Y a la luz de la lumbre les cuento relatos del Hombre de Arena, que arranca los ojos a los niños pequeños si no se duermen; y de Baba Yagá, la bruja demonio que viaja en un carruaje de huesos viejos con las manos apoyadas en cráneos de niños; y de Escila, el monstruo marino que arrastra a los hombres a las profundidades y posee un apetito insaciable.

Y les hablo del rey de los elfos con sus brazos de corteza de árbol y hiedra, y de su voz suave, susurrante, y sus dotes para atrapar a los incautos, y de sus apetitos, mucho peores que cualquier otra cosa que imaginarse puedan. Les hablo de sus deseos, para que lo conozcan en todas sus formas y estén preparados para cuando llegue.

La nueva hija

La verdad es que no recuerdo la primera vez que advertí la alteración en su conducta. Estaba en pleno desarrollo, en continuo cambio, día a día, o esa impresión daba. Lo más difícil de explicar a quienes no tienen hijos es la paternidad misma: el hecho de que cada día trae algo nuevo e inesperado, de que cada día asoma en los hijos una faceta antes insospechada de sus personalidades. Resulta más complicado aún para un padre que cría solo a una hija, porque para él una parte de ella siempre permanecerá oculta, incognoscible. A medida que la hija crece, su misterio se intensifica, y el padre se ve obligado a recurrir al amor y los recuerdos en un esfuerzo para seguir unido a la que antes fue su niña.

O quizá sólo puedo hablar de mí mismo, y hay otros hombres que no tienen unas carencias como las mías cuando se trata de comprender. A fin de cuentas, en su día estuve casado y entonces creía entender a la mujer que compartía mi cama, pero su insatisfacción con la vida que ella misma se había forjado debía de estar fermentando desde hacía muchos años antes de manifestarse ante mí. Me quedé atónito cuando afloró, pero no tanto como podría haberme quedado. Supongo, en retrospectiva, que su descontento debió de transmitírseme de mil maneras sutiles, y que yo ya venía preparándome para recibir el golpe mucho antes de encajarlo.

Esto me presenta como elemento pasivo en todo lo que ocurrió, pero lo cierto es que no soy, por naturaleza, un hombre agresivo. En la mayoría de las circunstancias ni siquiera soy excesivamente proactivo, y cuando pienso en el camino que nos llevó al altar a mi mujer y a mí, veo que fue ella, no yo, quien más prisa tenía. Así y todo, yo estaba dispuesto a luchar por los niños pese a que mis asesores jurídicos, y la intuición, me decían que los tribunales rara vez fallaban en favor del padre en tales casos. Para mi sorpresa, mi mujer decidió que los niños eran una carga de la que ella deseaba librarse, al menos por un tiempo. Eran muy pequeños —Sam tenía un año, Louisa seis—, y mi mujer consideró que, con dos niños a cuestas, no podría aprovechar las oportunidades que buscaba en el amplio mundo. Me los dejó a mí, y no se habló más. Los telefona un par de veces al año, y los visita cuando pasa por el país. A veces menciona la posibilidad de que se reúnan con ella en un futuro, pero sabe que eso nunca ocurrirá. Ellos llevan una vida estable y las cosas les van bien. Creo que son —o eran— felices.

Sam es considerado y tranquilo, y le gusta estar cerca de mí. Louisa, un espíritu más independiente, es curiosa y propensa a poner a prueba las limitaciones que se le imponen, y, a medida que se acerca a la adolescencia, esos rasgos de carácter son cada vez más acusados. Es posible, pues, que ella ya se hubiera convertido en otra cosa incluso antes de que ocupáramos la casa en verano. No lo sé. Lo único que puedo afirmar con certeza es que me desperté una noche y me la encontré de pie en la oscuridad junto a mi cama, mientras mi hijo dormía a mi lado. Le dije a mi hija, o a lo que había sido mi hija:

—Louisa, ¿qué pasa?

Y ella contestó:

—No soy Louisa. Soy tu nueva hija.

Pero me adelanto a los acontecimientos. Debo explicar que precedieron a este anuncio unos meses tumultuosos. Nos mudamos y abandonamos nuestra vida urbana a cambio de lo que debía ser una existencia más plácida en el campo, o eso esperábamos. Vendimos la casa por lo que aún ahora me parece una suma exorbitante y compramos una vieja rectoría, en un terreno de dos hectáreas, situada a las afueras de la localidad de Merrydown. Era una finca preciosa, muy por debajo de su precio, lo cual me dejó un buen colchón con el que cubrir la educación de mis hijos y vivir holgadamente. Por aquellas fechas, de todos modos, tanto Louisa como Sam tenían que cambiar de escuela y sus amigos iban a dispersarse. Ninguno de los dos se opuso a la perspectiva del traslado y mi ex mujer, después de las quejas de rigor, decidió no presentar ninguna objeción formal. No obstante, yo les informé de que no había nada irreversible: lo probaríamos durante un tiempo, y si al final del periodo de prueba no estábamos los tres a gusto, regresaríamos a la ciudad.

La casa contaba con cinco habitaciones, cuatro muy amplias, así que los niños pudieron instalarse en espacios propios mucho mayores que los que habían ocupado anteriormente en la ciudad. Dos habitaciones quedaron vacías, y yo tomé posesión de una tercera en la parte de atrás. Además, había una amplia cocina con vistas al jardín posterior, un comedor, un despacho del que me apropié para mi uso y una espaciosa sala de estar revestida de estanterías. Fuera de la casa, a la derecha, se alzaban unas antiguas cuadras. No se utilizaban desde hacía tiempo, pero aún se percibía en ellas un leve olor a heno y a caballos. Las cuadras eran oscuras y húmedas, y, tras una expeditiva inspección, los niños decidieron que no darían mucho de sí para sus juegos.

Por lo visto, la rectoría llevaba ya un tiempo a la venta, aunque de eso no me enteré hasta unos meses después de comprarla. Al parecer, como beneficio eclesiástico nunca había proporcionado pingües rentas, y las necesidades de los feligreses de la aldea ahora estaban atendidas por los clérigos del pueblo de Gravington, más grande, quienes por turno oficiaban en la vieja capilla.

Una artista, ilustradora de cuentos infantiles, había habitado la rectoría durante una época después de marcharse el último clérigo, pero no vivió allí mucho tiempo, y posteriormente murió a consecuencia de un incendio doméstico en un lugar lejano, más al norte. Yo sospechaba, habida cuenta del carácter de su trabajo, que tuvo problemas para mantenerse al día en el pago del modesto alquiler de la rectoría. Encontré una caja suya detrás de la casa entre un montón de basura y ramas muertas. Alguien había intentado quemarlo todo, pero quizás el fuego no había prendido bien, o acaso lo hubiera apagado la lluvia, ya que la caja estaba mojada y en muchos

dibujos la tinta se había corrido. Aun así, saltaba a la vista que la verdadera vocación de la artista no residía en el trabajo con material infantil. Me pareció que las ilustraciones eran uniformemente terroríficas, dominadas por pálidas criaturas semihumanas de facciones desdibujadas: sus ojos eran estrechas rendijas ovales; sus narices, anormalmente anchas, y sus bocas, muy abiertas, como si su supervivencia dependiese sobre todo del olor y el sabor. Algunas tenían unas alas largas, hechas jirones, que nacían de unos nódulos huesudos de la espalda, con las membranas agujereadas y rasgadas como las de una libélula muerta a medio descomponerse en una telaraña. No conservé ninguno de esos dibujos por temor a que las imágenes pudieran perturbar a los niños si llegaban a encontrarlas, y añadiendo un poco de queroseno al fuego me aseguré de que esta vez ardía todo.

La rectoría en sí no presentaba ningún defecto estructural y bastó pintar de nuevo y añadir ciertos elementos decorativos para que pronto los anteriores tonos oscuros y las tupidas colgaduras dieran paso a colores veraniegos, cosa que alegró considerablemente nuestro entorno. Al fondo del jardín trasero crecían manzanos, y desde allí una sucesión de pequeños campos en pendiente descendía de forma gradual hacia un arroyo sobre el que pendía el denso y verde ramaje de los árboles. Eran buenas tierras, pero ningún lugareño parecía muy interesado en reclamar el derecho de pastoreo para su ganado, pese a los repetidos ofrecimientos por mi parte.

La razón de su reticencia podía atribuirse a un montículo en el tercer campo, equidistante entre nuestra casa y el arroyo. Tenía quizás unos siete metros de circunferencia, y poco menos de dos metros de altura. Sus orígenes no estaban claros: en la aldea algunos creían que era un fortín encantado, antigua morada de una raza mítica. Otros sostenían que se trataba de un túmulo funerario, pese a que no aparecía mencionado como tal en los registros arqueológicos de la zona y nadie sabía quién, o qué, podía estar sepultado allí. A Louisa le gustaba la idea de tener un castillo encantado en la finca y decidió considerarlo como tal. Para ser sincero, yo hice lo mismo con mucho gusto, ya que la hipotética existencia de unos hombrecillos perturbaba infinitamente menos mi sueño que la posibilidad de que hubiera una gran cantidad de huesos viejos en lenta descomposición bajo la hierba verde y las margaritas. Sam, en cambio, eludía el montículo, prefiriendo dar un rodeo por los campos contiguos para no pasar cerca de él; su hermana, más aventurera, tomaba el camino recto y a menudo nos saludaba con la mano desde el punto más alto mientras nosotros pasábamos por delante.

Sam siempre se sentía un poco intimidado por su hermana, de personalidad volátil, y Louisa, por su parte, mantenía una actitud protectora con su hermano a la vez que lo instaba a ser menos niño y más hombre. El resultado era que Sam, a su pesar, se veía metido en situaciones incómodas y a veces dolorosas, de las que tenía que sacarlo su hermana. Éstas acababan inevitablemente en llanto, recriminaciones y un respiro temporal ante los retos de su hermana, hasta que poco a poco ella volvía a incitarlo. Siempre había algo nuevo con que tentarlo, alguna fulgurante faceta de ella

con la que fascinarlo. Quizá fue por eso por lo que no advertí las alteraciones en mi hija, porque se produjeron en un contexto marcado por los continuos cambios de humor y estados de ánimo.

Comoquiera que fuese, ahora que pienso en ello con mayor detenimiento, recuerdo un incidente ocurrido dos semanas después de nuestra llegada. Al despertar, sentí una brisa fresca en la casa, acompañada por el batir de una ventana contra el marco. Me levanté, y el sonido me llevó hasta la habitación de mi hija. La encontré de pie ante la ventana, con los brazos extendidos hacia el alféizar.

—¿Qué haces? —pregunté.

Se apresuró a volverse a la vez que cerraba la ventana a sus espaldas.

—Me ha parecido que alguien me llamaba —contestó.

—¿Y quién iba a llamarte? —pregunté.

—La gente del fortín —respondió ella, pero lo dijo con una sonrisa y me lo tomé a broma. Aun así, mientras ella regresaba a la cama, me asaltó la sospecha de que pretendía ocultarme algo. Me acerqué a la ventana y miré, pero sólo vi negrura. Sí advertí en el alféizar unos fragmentos de madera pintada, arrancados del marco cerca del cerrojo, pero en ese momento se levantó el viento y las astillas desaparecieron en la noche.

Me volví hacia Louisa. Se había dormido casi de inmediato, como si estuviera extenuada por el esfuerzo, y tenía las manos escondidas bajo la manta. En su cabello había quedado prendida una hoja, arrastrada quizá por el viento a través de la ventana; se la retiré con delicadeza y le aparté el pelo de la frente para que no la molestara con su cosquilleo mientras dormía. Al hacerlo, rocé con los dedos algo áspero cerca de su hombro. Con cuidado, eché la manta atrás. Su muñeca, Molly, que siempre tenía cerca de la cama, no estaba. Ocupaba su lugar una tosca figura de paja y pequeñas ramas. Parecía una persona, sólo que con los brazos anormalmente largos y el torso distendido, el vientre enorme. De su cabeza colgaban seis mechones apelmazados de pelo entretejido. Presentaba un agujero circular allí donde habría estado la boca, y cuencas ovals por ojos. En su espalda se entrecruzaban cuatro hojas de diente de león, en burda imitación de unas alas.

Percibí movimiento dentro del abdomen hueco. Miré más detenidamente y, debajo de las ramitas y la paja, distinguí una enorme araña atrapada. No podía haber llegado hasta allí por casualidad, ya que el contorno de la figura era de una textura muy tupida. Quienquiera que fuese el responsable de su construcción había colocado adrede esa criatura dentro. Tanteaba las rendijas intentando escapar de su prisión. Cuando retiré la figura de la mano cerrada de mi hija, la araña pareció estremecerse, luego se hizo un ovillo y murió.

Saqué aquella figura primitiva de la habitación de mi hija y la dejé en el estante de mi despacho antes de volver a acostarme. Cuando regresé para examinarla a la mañana siguiente, se había desintegrado. No quedaba ni rastro de la forma anterior, y la araña que antes moraba dentro ahora no era más que una bola de miembros secos y

marchitos.

Era casi mediodía cuando por fin tuve ocasión de hablar con Louisa sobre el incidente de la noche anterior, pero ella no recordaba nada de nuestra conversación, ni supo decirme qué había sido de Molly, ni cómo la había reemplazado aquella figura de paja. La dejé buscando su muñeca perdida por toda la casa. El cielo se había oscurecido y pendía en el aire un augurio de lluvia. Sam dormía la siesta y nuestra ama de llaves, la señora Amworth, una mujer de la aldea, lo vigilaba mientras planchaba una pila de ropa. Pese al previsible cambio de tiempo, decidí dar un paseo y me encontré, no del todo por casualidad, camino del montículo situado en el tercer campo. Éste ofrecía un aspecto vagamente amenazador incluso bajo la luminosa claridad del sol; ahora, con unas nubes muy grises y cada vez más bajas en el cielo, casi parecía poseer una conciencia palpable, como si algo dentro de él maquinara y conspirara. Intenté apartar de mí esa sensación, pero las palabras pronunciadas por Louisa la noche anterior acudían a mi cabeza una y otra vez. Su ventana daba al montículo. Lo veía a lo lejos cuando se acercaba al cristal. Más allá sólo estaban el riachuelo y los campos vacíos.

Llegué al montículo y, en silencio, me acuclillé a un lado. Apoyé la mano en él y noté la tierra caliente bajo la palma. En ese momento no sentí la menor inquietud, sino, de hecho, todo lo contrario: me relajé, se me cerraron los ojos, el aroma de las flores silvestres y el agua en movimiento penetró en mis fosas nasales. Deseé descansar, yacer en el suelo y olvidar mis preocupaciones, sentir el contacto de la hierba en la piel. Creo recordar que incluso hice ademán de tenderme, pero entonces, espontáneamente, me asaltó una imagen. Vi y a la vez sentí una presencia que se aproximaba muy deprisa desde debajo del montículo, ascendiendo por un túnel de tierra y raíces, seccionando gusanos y aplastando insectos a su paso. Atisbé una piel blanca, como la de una criatura que había pasado mucho tiempo lejos de la luz; unas orejas con lóbulos alargados terminados en afiladas puntas; una nariz ancha y achatada bajo unas rendijas hundidas donde quizás en otro tiempo hubo ojos, ahora ocultos por una capa de piel surcada de venas, y una boca detenida en una sonrisa permanente, con el labio inferior estirado hacia abajo para exhibir un triángulo de dientes, carne y encía. Mantenía pegadas contra el cuerpo unas alas atrofiadas y maltrechas, batiéndolas de vez en cuando de manera vacilante contra las paredes de tierra como si deseara la libertad del vuelo de la que se había visto privada durante mucho tiempo.

Y no estaba sola. Otras la seguían, ascendiendo hacia el punto donde yo me hallaba de rodillas, atraídas por el calor de mi cuerpo y siguiendo el impulso de una ira que yo no alcanzaba a comprender. De pronto abrí los ojos, salí de mi sopor, y al instante retiré la mano y me eché al suelo, hacia atrás, para apartarme del montículo. Pero por un breve momento sentí cierta agitación bajo la palma de la mano, como si

una fuerza hubiese intentado traspasar la corteza terrestre a fin de agarrarme y atraerme hacia sí.

Me puse en pie y me limpié la hierba y la tierra de las manos. Donde había tenido apoyada la palma sólo unos segundos antes vi algo rojo. Con cautela, hiqué en aquello una rama pequeña. El objeto rodó por la pendiente del montículo y dejó a la vista una pila de tierra removida donde había estado antes, y fue a parar a mis pies. Era la cabeza de una muñeca, separada del cuerpo, con gusanos que se enroscaban entre el espeso pelo rojo y escarabajos que salían del agujero del cuello. Era la cabeza de Molly, la muñeca de mi hija, y sólo cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a azotarme la cara, reuní fuerzas para cogerla y llevármela a casa.

Más tarde, fui a la habitación de Louisa e intenté hablar con ella. Cada vez más agitada y llorosa, negó con creciente vehemencia haber hecho algo malo y pareció sorprenderse sinceramente cuando le enseñé los restos de su muñeca. A decir verdad, se alteró tanto ante la posibilidad de que Molly se hubiera perdido bajo la tierra que tuve que quedarme a su lado hasta que por fin se durmió. Yo mismo cerré la ventana de su habitación y, para mayor seguridad, eché la llave. Era una llave pequeña que, hasta la fecha, nunca habíamos utilizado. Me la guardé en el bolsillo y me la llevé a la cama después de cerciorarme de que todas las demás entradas a la casa también estaban debidamente cerradas.

Esa noche se desencadenó una gran tormenta, y todas las ventanas y las puertas traquetearon y se sacudieron. Me despertó el llanto de Sam y lo llevé a mi cama. Fui a ver cómo estaba Louisa, pero seguía dormida, ajena al caos exterior.

A la mañana siguiente, cuando descorrí las cortinas, el sol lucía y no había la menor señal de perturbación en el jardín o los alrededores. Las tapas permanecían en los cubos de basura, los árboles conservaban las hojas y las macetas de los alféizares no se habían movido ni un centímetro de su posición.

Y en la aldea nadie recordaba que se hubiera levantado siquiera una tenue brisa durante la noche anterior.

Pasaron los días, y el sol del verano calentaba cada vez más. Dormíamos tapados con las sábanas más finas y nos revolvíamos en la cama hasta que el cansancio se imponía a la incomodidad y por fin nos traía el descanso. En una o dos de las noches más calurosas me despertó un golpeteo en el cristal de la habitación contigua, y al acudir me encontré a Louisa allí de pie, medio dormida, medio despierta, hurgando en la cerradura de la ventana. Me acerqué a ella con cuidado, recordando vagamente las advertencias que desaconsejaban despertar a los sonámbulos, y la guié de regreso a su cama. Por la mañana, Louisa no recordaba la razón por la que se había levantado y nunca volvió a hablar de la gente del fortín. Pero entonces empezaron a aparecer

marcas en la cara exterior del cristal, débiles arañazos paralelos, como si las púas de un gran tenedor lo hubieran rayado violentamente, y se desprendieron más astillas del marco. Mis sueños se vieron poblados de sombras de seres voladores que batían sus alas en la oscuridad, inmovilizadas durante largo tiempo y ahora libres de nuevo. Rodeaban la casa intentando abrir puertas y ventanas, desesperados por acceder a los niños que había en su interior.

Sam ya no me acompañaba en mis paseos hasta el arroyo. Prefería quedarse en casa, y cada vez pasaba más tiempo en su habitación, con las ventanas enrejadas, o en mi despacho, con estrechos cristales emplomados que sólo se abrían un par de centímetros en lo alto. Cuando le pregunté qué le preocupaba, se negó a explicar el motivo de ese cambio en su comportamiento, y casi parecía que lo hubieran conminado a guardar silencio y él callara por miedo a ver cumplida la amenaza.

Un día me reclamó un asunto ineludible en Londres y me vi obligado a pasar la noche allí. Pese a mis repetidas advertencias a la señora Amworth sobre la necesidad de cerrar bien todas las puertas y ventanas por la noche, ella, que había accedido a quedarse con los niños, dejó entornada la ventana de la habitación de Louisa, para que entrara el aire y le proporcionara cierto alivio.

Y aquello que moraba en el interior del montículo aceptó la invitación así ofrecida, y todo se alteró de manera irrevocable.

Fue Sam el primero en alertarme sobre el cambio en su hermana. Pese a que antes la adoraba, ahora se mantenía a distancia de ella, rehusando compartir sus juegos y pegándose a mí más que de costumbre. Una noche, después de acostarlo, oí movimiento en su habitación y, al intentar entrar, descubrí que una silla, unos cojines y la caja de los juguetes de Sam me lo impedían. Cuando le pregunté por qué se había encerrado así, al principio se negó a hablar, echando al frente el labio inferior y mirándose los pies. Pero poco a poco empezó a temblarle el labio y, deshaciéndose en lágrimas, admitió que tenía miedo.

—¿Miedo de qué? —pregunté.

—De Louisa —contestó.

—Pero ¿por qué? Es tu hermana, Sam. Louisa te quiere. Nunca te haría daño.

—Me pide que salga a jugar con ella —dijo Sam.

—A ti te gusta jugar con ella —afirmé, dándome cuenta en ese momento de que si bien eso quizá fue verdad en otro tiempo, ya no lo era.

—Por la noche —prosiguió Sam—. Quiere que salga a jugar con ella por la noche. A oscuras. En el fortín —añadió, y se le quebró la voz y fue imposible consolarlo.

Pero cuando interrogué a Louisa sobre los temores de su hermano, se limitó a contestar que mentía, y que ella no deseaba jugar con él. Cuando insistí, no contestó, y al final me rendí, frustrado e inquieto. En los días posteriores observé a Louisa, y

advertí cierta calma en ella, cierto recelo. Hablaba cada vez menos y parecía estar perdiendo el apetito. Sólo se comía la carne, dejando las verduras a un lado en el plato. Cuando se le planteaba cualquier aspecto de su conducta, se refugiaba en el silencio. Era poco lo que yo podía hacer para castigarla, e incluso entonces no sabía bien por qué la castigaba exactamente. Pero un día la encontré en la habitación de Sam examinando el enrejado metálico de una de las ventanas, colocado para impedir que la abriera hasta que fuera mayor; tanteaba la cerradura con la uña. Por primera vez perdí la paciencia con ella y le pregunté qué demonios estaba haciendo. Sin contestar, intentó pasar junto a mí y escabullirse, pero, agarrándola por los hombros y sacudiéndola con fuerza, le exigí una respuesta. Tal era mi furia por el cambio en su comportamiento que estuve a punto de pegarle, hasta que la miré a los ojos y vi titilar algo rojo en sus profundidades, como una antorcha que se encendiese de pronto en la oscuridad de un profundo abismo; y me pareció, aunque quizá sólo lo imaginé, que tenía los ojos más estrechos que antes, y levemente inclinados hacia arriba en las comisuras.

—No me toques —susurró, y a su voz asomó una vibración ronca y repulsiva—. No vuelvas a tocarme nunca más o lo lamentarás.

Y dicho esto se zafó de mí y salió corriendo de la habitación.

Esa noche, tendido en la cama, pensé en el fuego, y volví a recordar los dibujos de mi predecesora en la casa, abarquillándose y ennegreciéndose. Me pregunté cuáles habrían sido las circunstancias exactas de su muerte, y por un momento me la representé atormentada por su imaginación, apilando una ilustración encima de otra en la chimenea con la vana esperanza de que su destrucción le proporcionara cierta paz. Se declaró que su muerte había sido un trágico accidente, pero yo no estaba muy seguro de eso. A veces el aguante de la mente tiene un límite, y llegado a ese extremo busca la manera de liberarse por fin de su sufrimiento.

Sólo me queda por contar un incidente que me asustó más que cualquier otro. La semana pasada Sam se quejó de haber perdido un juguete, un osito que le había regalado su madre en su tercer cumpleaños. Era un muñeco roñoso, con los ojos desaparejos y gruesas puntadas negras allí donde su madre, inexpertamente, había zurcido los rotos del pelaje, pero él lo adoraba. Descubrió su desaparición poco después de despertarse, porque siempre lo tenía en la mesilla de noche junto a su cama. La señora Amworth acababa de llegar y le pedí que lo ayudara a buscarlo mientras yo iba a por Louisa con la intención de preguntarle si había visto el oso. No la encontré en su habitación ni en ninguna otra parte de la casa. Salí al jardín y la llamé a voces, pero sólo la vi cuando llegué al vergel, a lo lejos, arrodillada al pie del montículo.

Ignoro qué intuición me llevó a decidir que era preferible no revelar mi presencia. Al amparo de los árboles situados en el lado este, me acerqué lo suficiente para ver qué hacía, pero cuando me aproximaba, se levantó, se limpió las manos en el vestido y regresó a casa corriendo. Esperé a que llegara al vergel y se perdiera de vista, y

entonces me dirigí hacia el montículo.

Supongo que ya sabía qué encontraría allí. La tierra estaba removida y, al escarbar un poco, percibí la textura del pelaje en mis dedos. Los ojos del oso me miraron inexpresivos cuando tiré de él. Oí un desgarrón y la cabeza se desprendió. Cuando cavé más hondo en busca del resto del oso, no lo encontré.

Me aparté unos pasos del montículo, más consciente que nunca de lo extraño que era: la regularidad de sus líneas, en las que se adivinaba un plan de construcción; el achatamiento en lo alto, como invitando a los incautos a descansar en él, a perderse en su calor, y el intenso color de la hierba, más verde que la de las inmediaciones, tanto que casi parecía irreal.

Me volví y vi una figura vestida de blanco en el límite del vergel, observándome, y ya no reconocí a la niña que antes era mi hija.

Ahora he llegado a donde quería llegar, y ya se conocen casi todos los detalles. Estoy otra vez tendido en la cama, y mi hija, de pie junto a mí en la oscuridad, con una coloración roja en los ojos, dice:

—Soy tu nueva hija.

Y la creo. A mi lado, Sam duerme. Lo llevo a mi habitación cada noche, pese a que él me pregunta por qué ya no le permito dormir en la suya, como un niño mayor. A veces lo despierto con mis sueños, pesadillas en las que mi hija real yace enterrada bajo un montículo de tierra, viva y sin embargo no viva, ahogados sus gritos por la tierra, rodeada de unos seres pálidos que se la han llevado y ahora la retienen allí, sintiendo curiosidad por ella y a la vez odiándola. He intentado cavar en busca de mi hija, pero he dado con piedra a sólo unos centímetros de profundidad. Lo que yace bajo el montículo, sea lo que sea, se ha refugiado bien.

—Vete —le digo en un susurro.

Las luces rojas titilan brevemente cuando parpadea.

—No podrás protegerlo eternamente —dice mi nueva hija.

—Te equivocas —contesto.

—Una noche te quedarás dormido con una ventana abierta, o una puerta mal cerrada —musita ella—. Una noche cometerás un descuido y entonces tendrás un nuevo hijo, y yo tendré un nuevo hermano.

Cierro la mano con fuerza en torno al puñado de llaves. Cuelgan de una cadena que llevo al cuello, y nunca las pierdo de vista. Sólo de noche corremos peligro. Sólo vienen tras esconderse el sol, y entonces ponen a prueba la seguridad de la casa. Ya la he puesto en venta, y pronto nos marcharemos. El tiempo apremia, para ellos y para nosotros.

—No —le digo, y la observo mientras retrocede hasta un rincón y se deja caer despacio en el suelo; las luces rojas brillan en la oscuridad mientras unas figuras invisibles tiran de las ventanas y las puertas, y mi hijo, mi hijo real, duerme tranquilamente a mi lado, a salvo.

De momento.

El ritual de los huesos

La voz del director del colegio era la voz de Dios.

—Oiga usted, el pequeño de los hermanos Johnston, no corra. Bates, a las diez en mi despacho. Prepárese para explicar por qué ayer durante la clase de «latín uno» estaba usted estudiando los resultados de las carreras anteriores de los caballos que iban a correr a las dos y media en Kempton. Y nada menos que en latín, muchacho, puesto que obviamente domina tanto esa lengua que ya no se siente obligado a estudiarla. Y usted, muchacho, ¿cómo se llama?

Y por primera vez, o eso pensé, descubrí que fijaba su atención en mí.

—Jenkins, señor director. El becario.

—Ah, Jenkins, el becario. —Asintió, como si de pronto todo encajara—. Confío en que no lo intimide su entorno, becario Jenkins.

—Un poco sí, señor director —mentí. El colegio Montague, con sus paredes revestidas de caoba, sus recargados bustos, sus legiones de muertos con pelucas empolvadas mirando desde las paredes (primeros ministros, banqueros, empresarios, diplomáticos, médicos, soldados), era prácticamente el lugar más intimidatorio que había conocido.

—Yo no me preocuparía por eso, Jenkins —aconsejó el director. Posó por un momento una mano en mi cabeza y me alborotó el pelo. Después se limpió los dedos cuidadosamente con un gran pañuelo blanco—. Tengo la certeza de que hará usted una excelente contribución al colegio Montague. Ya sabe que, en muchos sentidos, los becarios son la sangre de este centro...

El colegio masculino Montague existía desde hacía casi cuatro siglos. Eran tantos los grandes hombres que habían cruzado sus puertas que casi se había convertido en un microcosmos dentro del imperio, sinónimo de todo aquello que en su día fue grande en el Reino Unido. Se alzaba en medio de onduladas colinas y verdes campos de deporte, y sus edificios eran recargadas construcciones con torres y almenas, como si el colegio viviera en permanente estado de alerta para repeler a las masas que envidiaban los privilegios que aquel lugar representaba. Su red de ex alumnos se propagaba por lo más alto del escalafón de la sociedad británica como una gran telaraña invisible, que sólo permitía a sus hijos predilectos moverse con ligereza por sus hilos de camino a la riqueza y a la gloria, a la vez que atrapaba a aquellos menos dignos de ascender y consumía sus esperanzas y sus ambiciones. Las formas huecas de estos otros salpicaban los pasillos de la administración pública, el Foreign Office y los peldaños más bajos de las principales instituciones del reino, una clara prueba del valor de una buena educación y mejores contactos.

Un enorme muro rodeaba el colegio, y si bien sus grandes verjas de hierro permanecían abiertas desde primera hora de la mañana hasta última hora del día, pocas personas ajenas al colegio se atrevían a cruzarlas. Las relaciones con los vecinos de los pueblos cercanos eran tensas en el mejor de los casos, ya que el centro

parecía despertar sentimientos de intensa aversión entre aquellos cuyos hijos jamás experimentarían las ventajas de una institución como ésta (sentimientos exacerbados por el hecho de saber que, con toda probabilidad, más tarde en la vida, sus hijos serían sometidos a las arbitrariedades de algunos de los graduados en el Montague, tal como les había ocurrido a ellos). Por consiguiente, las visitas a los pueblos se realizaban bajo el atento control y la supervisión del colegio, aunque los alumnos mayores gozaban de más libertad en sus idas y venidas y obtenían un placer perverso en provocar a los comerciantes locales, convencidos de que por mucho que despreciaran a estos ricos intrusos, difícilmente podían permitirse rechazarlos como clientes.

Aun así, de vez en cuando un grupo de granujillas locales organizaba algún ataque contra las propiedades del colegio con la esperanza de llevar a cabo actos de vandalismo menores en las estatuas, o hurtar manzanas y peras del vergel. Con un poco de suerte encontraban a un desventurado alumno que se había apartado más de la cuenta de la seguridad del rebaño y le propinaban una paliza. Pero eso era arriesgado, ya que los porteros patrullaban regularmente por el recinto con uniformes de color azul marino y administraban su propia justicia a aquellos que caían en sus manos, y, al menos en una ocasión, los merodeadores habían tenido que hacer frente a la fuerza conjunta de los Primeros Quince, los alumnos más destacados del colegio, y sólo la buena fortuna quiso que abandonaran el recinto sin asistencia médica.

No obstante, el colegio Montague parecía reconocer, de una manera mínima e infinitamente paternalista, una vaga obligación para con aquellos menos favorecidos que su élite de pago. Cada diez años se celebraba en el Gran Salón del colegio un examen para la concesión de becas, y dicha prueba, junto con una posterior entrevista, servía para determinar las identidades de los pocos afortunados que serían arrancados de una vida que estaba destinada a la decepción y la infelicidad, y a quienes, en lugar de eso, se les permitía atisbar la posibilidad de un futuro mejor (aun cuando ese futuro no estuviera realmente a su alcance, ya que el ignominioso tufo de la caridad flotaría en torno a ellos durante el resto de sus días, y la suciedad permanecería siempre adherida a sus botas, dejando un rastro a sus espaldas para que los ricos y los privilegiados no los confundieran ni por un momento con uno de los suyos).

Como todas esas grandes instituciones, el colegio Montague tenía sus propios rituales y tradiciones. Había códigos indumentarios concretos, ciertas direcciones en las que caminar, y peculiares jerarquías de alumnos y profesores que, al parecer, guardaban poca relación con la edad y los méritos. A aquellos que tenían los lazos familiares más fuertes con el colegio se les otorgaba autoridad sobre aquellos con vínculos menos sólidos, y a la gran riqueza acompañaba la libertad para infligir dolor y humillaciones impunemente. Se tenían que aprender canciones y saber recitar ciertas historias. Había juegos sin reglas, y reglas sin finalidad.

Y por otro lado estaban los huesos, y con ellos el ritual más extraño de todos.

Esa mañana, después de mi primer encuentro cara a cara con el director, los vi por primera vez. Se los entregaron a un selecto grupo de chicos de último curso en la reunión matinal del alumnado; fueron subiendo al estrado uno por uno para recibir un hueso en una cajita de terciopelo. En la mayoría de los casos sus padres habían sido depositarios de esos huesos antes que ellos, y previamente los abuelos, y así generación tras generación durante cientos de años. Cuando se extinguía una línea familiar, siempre había otro gran apellido esperando para ocupar su lugar, de modo que los huesos seguían en poder exclusivamente de las sangres más azules. Ese ritual de los huesos era una antigua tradición de Montague. Cuando por fin el último alumno recibió su obsequio, todos esos chicos se volvieron para mirar a sus compañeros de menor edad, y se nos permitió —más bien se nos ordenó— vitorear tres veces a voz en cuello.

Me pregunté de dónde habrían salido aquellos huesos, pero cuando intenté echarles un vistazo más detenidamente mientras sus nuevos propietarios los exhibían con orgullo, fui apartado con brusquedad y un mar de espaldas se cerró ante mí, privándome incluso de esa nimia concesión. Esa noche, cuando yacía en la cama de mi residencia, imaginé que mi padre, devoto pero sin peculio, descubriría para su sorpresa que era el heredero perdido de una gran fortuna, con un título que al final se transmitiría a su hijo. De la noche a la mañana me vería elevado a una posición influyente y respetada en el colegio. Realizaría hazañas heroicas en el campo de deporte, y mis logros académicos eclipsarían los de mis iguales. A modo de recompensa, el colegio desestimaría las peticiones de familias más conocidas para compensar injusticias anteriores, y yo ocuparía mi lugar en el escenario y recibiría una cajita de terciopelo con un único hueso amarillento, el símbolo de un nuevo porvenir.

La fantasía duró poco, ahuyentada repentinamente por un golpe de toalla en la cara y las carcajadas de sus autores. Yo sabía que un becario nunca recibiría una reliquia, que éstas no eran para personas como nosotros.

Pero me equivocaba, porque, en cierto modo, eran todas para nosotros.

Al cabo de una semana, mientras yo veía un desalentador partido de rugby bajo la lluvia, un niño pequeño, rubio, de aspecto desaliñado y pelo sucio, se acercó a mí.

—Jenkins, ¿no? —dijo el niño.

—¿Sí? —contesté. Intenté mostrarme distante y despreocupado, pero en el fondo me alegré de que me dirigiera la palabra. Me costaba hacer amigos entre los alumnos. De hecho, no tenía ninguno.

—Soy Smethwick, el otro becario. —Sonrió incómodo—. He estado un poco enfermo y por eso he empezado el trimestre más tarde. Caray, vaya sitio, ¿no? Tan grande y tan antiguo, pero todo el mundo es de lo más amable, incluso los mayores,

que eran los que más miedo me daban.

Por un momento envidié a Smethwick. ¿Por qué los mayores habían hablado con él y conmigo no?

—¿Te daban miedo? —dije finalmente—. ¿Por qué?

—Bueno, ya sabes, por si eran muy matones. Y luego está todo eso que cuentan.

—¿Qué cuentan?

—Córcholis, Jenkins, pareces un eco. Todo eso que cuentan. ¿Algo habrás oído? Hace diez años murió un becario durante una especie de novatada. Luego taparon el asunto, claro: en el colegio dijeron que se marchó y que al final, mientras vagaba por ahí, lo atropelló un tren, pero, según los rumores, ya estaba muerto incluso antes de que el tren saliera de la estación.

El rostro de Smethwick revelaba una mezcla de terror y fascinación por ese relato. Yo no sabía muy bien qué sentir. Bastante me costaba ya entrar en la rutina de la vida en el colegio, y no necesitaba añadir habladurías sobre muertes misteriosas a mis aflicciones. Ya me habían obsequiado con cuentos de espíritus errantes y criaturas que vivían en los aleros, y en mi segundo día de colegio me taparon la cabeza con una funda de almohada y me encerraron en un armario a oscuras bajo la escalera hasta que el encargado de la residencia oyó mis gritos y me sacó de allí.

—Pero no te preocupes. —Smethwick sonrió y me dio una palmada en el hombro—. A nosotros nos irá bien.

Pero no nos iría bien. No nos iría bien en absoluto.

Durante las semanas posteriores se estrechó mi relación con Smethwick pese a que teníamos poco en común. Fue lo natural, porque yo carecía de aliados o apoyo en aquel lugar, y Smethwick me ofreció lo uno y lo otro. Sin embargo, me vi distanciado de él por los actos de los mayores. Era como si hubieran acogido a Smethwick bajo su protección, porque a él no lo sometieron a las mismas pequeñas humillaciones y ofensas que marcaron mis primeros meses en el colegio. En lugar de eso bromeaban con él y le permitían llevar a cabo recados menores, y a cambio él podía seguir con su vida sin miedo a la violencia gratuita. Casi parecía que se hubiera convertido en su mascota, una especie de tótem. Tendí a permanecer cerca de Smethwick con la esperanza de que algo de la buena voluntad dirigida a él me llegara a mí. Smethwick, todo hay que decirlo, hacía cuanto estaba en sus manos para protegerme, hasta el punto de interponerse entre aquellos que pretendían hacerme daño y yo. En una de esas ocasiones acabó con una brecha en la frente que exigió la atención de la enfermera del colegio. Llamaron al director y, aunque éste pasó un rato con Smethwick y conmigo esforzándose por descubrir la identidad de los responsables, los dos guardamos silencio. No obstante, los alumnos de quinto causantes de la agresión no tardaron en ser descubiertos, y su castigo fue brutal y público para dar ejemplo a los demás. De resultas de ello, me dejaron gradualmente en paz, aunque no

tanto en atención a mi bienestar como por evitar causar daño alguno a Smethwick.

Las cosas siguieron así durante unos meses. Por mi parte, no comprendía ni me fiaba de los motivos de los mayores para tomar a Smethwick bajo su protección, pero el propio Smethwick, agradecido, no receló.

Cuando finalmente fueron por él, lloró tanto de pena como de horror, creo.

Recuerdo que la noche del ritual me desperté cuando una larga fila de alumnos de sexto entraba en nuestro dormitorio, algunos con velas, todos con sus cajitas de terciopelo en las manos. Avanzaban en silencio, y ningún otro chico parecía despierto para verlos, o si alguno lo estaba, optó por disimular. Un par de alumnos de sexto le taparon la boca a Smethwick con las manos para que no gritara, mientras otros cuatro o cinco lo sacaban en volandas de la cama. Vi que Smethwick se agitaba en pijama, con pánico en la mirada. Quizá yo debería haber gritado, pero sabía que no serviría de nada. Quizá, por otro lado, debería haber abandonado a Smethwick a su suerte y conformarme con quedarme en la ignorancia, pero no lo hice. Deseaba ver qué hacían con él. Me duele decirlo, pero me alegré de que fuera él y no yo.

Seguí sigilosamente al grupo a cierta distancia por pasillos y escaleras hasta que llegaron a una puerta de roble con guarnición de hierro, situada en un rincón junto a la sala de profesores. Estaba abierta. No sabría decir si había visto antes esa puerta. Quizá la ocultaba un tapiz o una armadura, ya que en el colegio Montague abundaban esas reliquias.

Cuando los chicos entraron, cerraron la puerta pero no echaron el cerrojo. La abrí con cuidado y sentí una corriente de aire frío en la cara. Ante mí descendían en espiral unos peldaños de piedra. A la menguante luz de las velas del grupo, bajé hasta hallarme en una sala fría y enorme con muros de piedra y un techo abovedado bajo. Allí había más velas, y aguardaban más siluetas. Me escondí entre las sombras detrás de una columna de piedra y observé.

Sobre un estrado de piedra por debajo de mí se hallaba el profesorado masculino del colegio. Allí estaban Bierce, el encargado de deportes, y James, que daba griego y latín, y Dickens, Burrage y Poe. Ante sí tenían al señor Lovecraft, el director, vestido con un batín de tartán rojo y zapatillas a juego.

—Tráiganlo, muchachos —ordenó el director—. Ahora con cuidado, así. Átelo bien, Hyde, no nos conviene que se nos escape, ¿verdad? Vamos, Smethwick, deje de gimotear. Pronto habrá terminado todo.

Ataron a Smethwick a cuatro argollas de hierro engastadas en la losa de piedra, sujetándole los brazos y las piernas firmemente con fuertes sogas. Smethwick sollozaba, pero nadie parecía prestarle mucha atención y las paredes de piedra le devolvían los sonidos de su llanto.

—A ver, los mayores —dijo el director, y les hizo una seña con la mano derecha—. Acérquense, uno por uno. Ya saben lo que tienen que hacer.

Los alumnos de sexto formaron una ordenada fila de cara a la plataforma. En el suelo, junto a Smethwick, distinguí un dibujo, de unos treinta centímetros de largo por quince de ancho, grabado en una piedra más oscura y antigua que las de alrededor. Parecía el resto de un fósil, sólo que la piedra era cóncava, como si el fósil allí incrustado en otro tiempo hubiese sido extraído expertamente, quedando sólo la huella de lo que hubo antes.

Y mientras yo observaba, los chicos, uno por uno, dieron un paso al frente, abrieron sus respectivas cajitas de terciopelo y depositaron cada hueso en la sección correspondiente del dibujo grabado, rellenándolo poco a poco, hasta que por fin yacieron en el suelo los restos del esqueleto de una especie de insecto, si bien no se asemejaba en nada a ninguno de los insectos que yo conocía. Me dio la impresión de que tenía ocho patas, como una araña, pero su esqueleto era obviamente interno, no externo. Vi su caja torácica y un pequeño cráneo puntiagudo, una especie de cola corta con púas encajada en un surco de la piedra.

El director sonrió cuando colocaron el último hueso. A continuación extrajo del bolsillo de su batín una pequeña navaja con empuñadura de marfil.

—Hyde, como delegado, le corresponde el honor de desangrar a Smethwick.

Hyde, un joven de cabello oscuro y aire de suficiencia, avanzó con su batín de brocado. Aceptó la navaja que le entregaba el director con una leve reverencia y se volvió hacia Smethwick. Los gritos del chico que yacía con los brazos y las piernas extendidos se elevaron una octava.

—¡Por favor, suéltense! —suplicó Smethwick entre sollozos—. Por favor, señor director. No se lo diré a nadie. ¡Por favor, por favor, Hyde, no me hagas daño!

El director movió la cabeza en un gesto de exasperación.

—Por el amor de Dios, Smethwick, basta ya de lamentos. Compórtese como un hombre. No es de extrañar que su familia nunca haya llegado a nada. El hermano de Hyde murió en la batalla del Somme, al frente de una carga de doscientos hombres. Todos murieron con él, y dieron gracias por la oportunidad de irse como soldados, detrás de su querido capitán. ¿No es así, Hyde?

—Sí, señor director —contestó Hyde con el orgullo mal entendido que sólo el pariente de un loco sanguinario podía mostrar.

—¿Lo ve, Smethwick? Hyde es uno de esos individuos a quienes otros hombres siguen hasta la muerte. ¿Quién seguiría a un quejica como usted, Smethwick? Nadie, se lo aseguro. ¿Quién votaría por usted, Smethwick? Ni un alma. ¿Acaso tribus de aborígenes romperían filas y huirían aterrorizadas al ver su espada? No, Smethwick. Se reirían de usted, y luego le cortarían la cabeza y la clavarían en una estaca. Usted, tal como es ahora, no vale nada ni valdrá nada en el futuro. De esta manera servirá para unir a toda una generación de alumnos de Montague. Ése será su legado. Hyde, prosiga, si es tan amable.

Hyde se inclinó y practicó una larga y profunda incisión en el brazo izquierdo de Smethwick. Éste lanzó un grito de dolor. La sangre manó rápidamente de la herida y

se derramó sobre el esqueleto del insecto-ente situado debajo de él.

Y mientras yo observaba, fue formándose una membrana roja que recubrió a la criatura. Vi aparecer venas y arterias, y un pequeño corazón oscuro comenzó a bombear sangre. Los huesos de las patas de la bestia, antes encogidos contra lo que había sido su abdomen, se articularon y, empezando a moverse, palparon el aire. Una sustancia amarilla fluyó por su pequeño cráneo a la vez que la cola se agitaba débilmente y se oía el roce de las púas en la piedra.

La criatura se retorció allí donde estaba; luego formó un ovillo por un instante y súbitamente se desplegó. Impulsado por ese movimiento de resorte, abandonó su lecho de un brinco y se posó sobre los extremos de sus largas patas articuladas. De unos veinticinco centímetros de altura, tenía la piel del lomo de color amarillo blanquecino, semitransparente, dividida en secciones como una oruga. En la parte delantera del cráneo, seis ojos negros y redondos de distintos tamaños resplandecían a la luz de las velas. Levantó la cabeza y alcancé a ver su boca alargada, de entre tres y cinco centímetros de diámetro, flanqueada por dos palpos gruesos y cortos.

El director dio un paso atrás con cautela y alzó la mano izquierda como un mago mostrando su último truco de ilusionismo.

—Caballeros —dijo, temblándole la voz de orgullo—. Les presento a... ¡la mascota del colegio!

Los alumnos allí congregados respondieron con una salva de aplausos. En la losa de piedra, Smethwick se retorció y agitaba en un esfuerzo por liberar los brazos y las piernas.

—No, por favooooor —suplicó—. ¡Suéltlenme! Lamento lo que he hecho, sea lo que sea. Lo lamento. ¿Qué he hecho? ¡Díganmelo! ¿Qué he hecho?

El director lo miró con lo que casi habría podido ser lástima.

—Usted, Smethwick, nació en la clase que no le convenía.

En ese momento la criatura encontró por fin la procedencia de la sangre. Separó los maxilares y, dilatando y contrayendo la boca, engulló las gotas. Volvió a tensarse, bajando el abdomen casi hasta tocar el suelo, y subió de un salto a la losa. Oí gritar a Smethwick cuando el ente correteó por su pecho, arqueó el dorso y, con un único aguijonazo de escorpión, hincó la cola en el cuello de Smethwick. Brotó un chorro rojo que la criatura atajó de inmediato con su boca para sorber lentamente la vida del muchacho. Me tapé los oídos para no oír el susurrante y áspero sonido que producía, y sentí unas repentinas náuseas cuando su horrendo cuerpo empezó a ensancharse para almacenar la sangre del desdichado que moría debajo de ella.

Al final el ente, ya saciado, se apartó tambaleante de Smethwick y se posó con parsimonia en su propia losa. Smethwick permanecía inmóvil, con los ojos abiertos y la cara pálida. Tenía un orificio redondo y sanguinolento en el cuello. De pronto un espasmo recorrió su mano izquierda, luego otro. Finalmente volvió a quedarse quieto.

Con cuidado, el director cogió a la bestia por los costados y la levantó. Mientras sostenía en alto a la criatura, ésta movía las patas suavemente y la sangre goteaba de

sus maxilares.

—Mediante este ritual de los huesos creamos un vínculo, todos cómplices, todos unidos en la gran familia que es nuestra clase —declaró—. Generaciones y generaciones de hombres han aprendido su lección más valiosa por medio de esta criatura. La sangre de las clases bajas también es nuestra sangre: sin ella no podríamos ser grandes, y si no pudiéramos ser grandes, nuestro país tampoco podría ser grande. Y ahora tres hurras por el colegio Montague.

Todos los chicos corearon «¡Hip hip hurra!» mientras el director depositaba a la criatura en una pequeña jaula y entregaba la jaula al señor Dickens.

—Ya sabe qué debe hacer, Dickens —dijo, y el eco de su voz se propagó por la sala—. Dentro de unos días volverá a ser piel y huesos; entonces podrá desmontarla y colocar los trozos otra vez en las cajas.

El señor Dickens mantuvo la jaula alejada de sí y fijó la mirada en su ocupante, que se veía empachado de sangre y amodorrado.

—Da grima, ¿no le parece, señor director?

Por primera vez asomó al rostro del director una expresión que casi podría haber sido de repugnancia.

—Ciertamente da grima. Hyde, usted y dos alumnos más llévense a Smethwick y desháganse del cuerpo. Les recomiendo un paseo por el acantilado, pero no olviden lastrarlo antes de tirarlo. Y ahora los demás alumnos cantarán el himno del colegio bajo la dirección del señor Bierce.

Pero no me quedé a oírlo. Volví corriendo a mi habitación e hice la maleta. A la mañana siguiente ya me había ido. Mis padres se sorprendieron de verme y quisieron llevarme de regreso al colegio. Mi padre estaba más enfadado que mi madre, consciente, creo, de la oportunidad que yo rechazaba, y de los futuros sacrificios que esa decisión me acarrearían. Lloré y grité, incluso llegué a vomitar a causa de la angustia, hasta que por fin cedieron. Sospecho que mi madre adivinó que había ocurrido algo muy grave, pese a que nunca hizo el menor comentario al respecto, ni yo le conté jamás aquello de lo que había sido testigo. Al fin y al cabo, ¿quién me habría creído?

Enviaron, pues, una carta al señor Lovecraft para anunciar mi salida de Montague. Me encontraron una plaza en la escuela del pueblo, un colegio al que todos los niños llevaban sus bocadillos y su leche, y donde se rumoreaba que los piojos eran una continua molestia. Allí viví rodeado de aquellos que eran como yo, y pronto hallé mi lugar entre ellos.

Una semana después de marcharme de Montague, el director vino a casa a visitarnos para mantener una charla. Mi padre estaba en el trabajo. Mi madre le ofreció té y bollos con mantequilla y mermelada, pero educadamente se negó a dejarme de nuevo bajo su tutela.

—Lamentamos mucho perderlo, señora Jenkins —dijo él mientras se ponía su largo abrigo azul—. La suya podía haber sido una gran aportación al colegio. Los

chicos nuevos son nuestra sangre, ¿sabe? ¿Le permite a su hijo que me acompañe hasta la verja? Me gustaría despedirme de él.

Mi madre, empujándome por detrás, me obligó a seguir a la silueta oscura del señor Lovecraft hasta la verja del jardín. El director se detuvo en el camino y me miró con atención.

—Como le he dicho a su madre, Jenkins, lamentamos mucho perderlo.

Me agarró por el hombro, y una vez más sentí la presión de esos dedos en mi carne.

—Pero recuerde lo que le digo, Jenkins: al final no podrá escapar a su destino. De una manera u otra será nuestro. —Se inclinó hacia mí, acercándose tanto que vi los capilares sanguíneos de sus ojos—. Porque usted, Jenkins, como todos los miembros de su clase leal y fuerte, posee en abundancia aquello que hace grande a Gran Bretaña.

La sala de la caldera

Antiguamente la compañía Thibault fabricaba locomotoras y vagones de ferrocarril, nombres famosos que recorrían las vías de todo el nordeste: coches verdes para Wicasset y Quebec; verdes y rojos para Sandy River; amarillos y verdes para Bridgton y Saco. Con el tiempo se suprimieron trayectos —primero, en los años cuarenta, los tramos de vía estrecha; luego, en los cincuenta, los de vía ancha—, y los trenes de Boston dejaron de viajar al norte. Union Station, en su día el núcleo de la red ferroviaria en esa parte del mundo, desapareció del mapa dando paso a un feo centro comercial. El único vestigio de los grandes trenes que antaño partían orgullosos de los apartaderos eran ciertos tramos de vía en desuso, sus traviesas ahora podridas e invadidas por hierbajos oscuros. La compañía Thibault cerró sus puertas, y los edificios del complejo se deterioraron. Las ventanas se rompieron y aparecieron agujeros en los tejados. En el patio las malas hierbas brotaron a través de las grietas del cemento, las alcantarillas se llenaron de inmundicia y en las paredes aparecieron manchas a causa de la lluvia. De vez en cuando se hablaba de demoler todo aquello y construir allí algo nuevo e impresionante, pero la ciudad, de capa caída, no encontró a ningún inversor dispuesto a inyectar dinero en el equivalente económico a una tumba abierta. A fin de cuentas, ya estaban edificándose galerías comerciales en los alrededores de la ciudad, y los comercios abandonaban el centro en favor de calles bañadas de luz artificial, para que los viandantes de cierta edad, al no padecer las molestias de los elementos y la intemperie, pudieran caer en la ilusión de que mantenían a raya la mortalidad.

Un día, hace poco más o menos una década, la ciudad dejó de morir. Alguien con una pizca de inteligencia e imaginación cayó en la cuenta de que el puerto, con aquellos hermosos edificios antiguos y aquellas calles adoquinadas que llevaban a los muelles, poseía belleza suficiente para justificar su conservación. Ciertamente era que no todos los comercios habían cerrado para trasladarse a las zonas residenciales. Quedaban viejos bares y un par de tiendas de abastos, incluso uno o dos restaurantes. De pronto se sumaron a éstos tiendas de *souvenirs* cursis y microcervecerías, y pizzerías que ofrecían más de una variedad de queso. Hubo alguna que otra queja, como es natural, y quienes afirmaron que se había sacrificado la personalidad del puerto por los dólares de los turistas, pero, la verdad sea dicha, la antigua personalidad no era nada del otro mundo ya de entrada. Esa clase de nostalgia suele surgir en gente que nunca ha tenido que arañar un centavo aquí y allá para pagar el alquiler de un bar, o que nunca ha abierto su tienda y se ha quedado ahí sentada todas las horas del día, sólo por un par de ventas, amén de un poco de cháchara.

Pronto empezaron a pasear visitantes por aquellas calles durante más de la mitad del año, y el puerto antiguo se convirtió en una curiosa mezcla de actividad pesquera y turismo embelesado, de aquellos que recordaban los malos tiempos y aquellos para quienes sólo había por delante buenos tiempos. Los cambios empezaron a extenderse

más allá de los límites naturales del puerto antiguo, y se decidió reconvertir la fábrica de Thibault en un polígono industrial. Los antiguos edificios de obra vista pasaron a ser centros de ingeniería especializados, y astilleros, y un museo de locomotoras. Un tramo de vía estrecha recorría en su totalidad el paseo marítimo desde principios de verano hasta casi las navidades, fecha en que se marchaban los últimos turistas después de ver la iluminación festiva de la ciudad. A partir de entonces, aquello no era precisamente un hervidero de gente, ya que la clase de trabajo que el lugar atraía era discreto, se realizaba de puertas adentro y no a la vista. De día era un sitio muy tranquilo, pero de noche lo era aún más, salvo por el viento que ululaba en la bahía, trayendo consigo el ruido de las olas y las sirenas de los barcos en la oscuridad, un sonido que podía ser tranquilizador o solitario según el estado de ánimo de quien lo oía.

No recuerdo gran cosa de cómo llegué a la ciudad. Estaba pasando una mala racha en mi vida. Me daba igual dónde estaba y adónde iba. Había hecho algunas cosas de las que me arrepentía. Supongo que eso le ocurre a la mayoría de las personas en algún momento de su existencia. Es difícil vivir sin acumular motivos de arrepentimiento, sea cual sea la vida que uno elija. Para mí, lo importante era seguir adelante. Pensaba que si iba de aquí para allá, quizá dejara el pasado atrás. Para cuando caí en la cuenta de que llevaba el pasado conmigo allí adonde fuese, ya era tarde para hacer algo al respecto.

Cuando llegué, la oferta de trabajo era escasa. La temporada turística casi había terminado, y los trabajadores temporales de restaurantes y bares ya se habían marchado rumbo a Florida y California, o a las estaciones de esquí de New Hampshire y Vermont. Encontré una habitación barata en una casa ruinoso, y por la noche me dedicaba a buscar bares tan necesitados de clientela que ofrecían dos copas por el precio de una; allí preguntaba a cualquiera que se quedara en el local el tiempo suficiente si sabía de algún empleo. Pero los que frecuentaban esa clase de establecimientos o bien tenían poco interés en trabajar, o se quedaban ellos con el puesto si se enteraban antes, así que no me acompañó la suerte. Al cabo de una semana empecé a desesperarme.

Creo que ni siquiera me habría enterado de aquella oferta de empleo si no hubiese estado deambulando por el paseo marítimo, fumando un pitillo y preguntándome si no había sido un error viajar tan al norte, pero allí estaba: un letrero escrito a mano, cubierto por un plástico para protegerlo de la lluvia:

SE BUSCA VIGILANTE NOCTURNO. RAZÓN EN EL INTERIOR

Como no tenía nada mejor que hacer, y sin otra esperanza de empleo en el horizonte, entré en la oficina principal a indagar sobre el puesto. Un hombre que barría el suelo me preguntó cómo me llamaba y me recomendó que volviera a la mañana siguiente, cuando estuviera el encargado para hablar conmigo. Me indicó que llevara un currículum. Le di las gracias, pero él permaneció de espaldas a mí en todo momento. Ni siquiera llegué a verle la cara.

A la mañana siguiente, sentado en la oficina del Departamento de Administración de la compañía Thibault, escuché a un hombre que, vestido con un traje gris caro, me explicó mis obligaciones. Era el señor Rone, pero, según me dijo, la gente lo llamaba simplemente Charles. Me contó que antes estaba en el sector naviero y que aún le gustaba mantener el contacto con ese medio. El transporte, explicó: animales, a veces, y personas. Sobre todo personas.

El trabajo de vigilante nocturno consistía en patrullar por el recinto y asegurarme de que los locales vacíos no fueran invadidos por vagabundos y yonquis, ya que todavía quedaban edificios sin ocupar o en obras. No iban a pagarme por quedarme sentado en una silla y leer las páginas deportivas o dormir. No había relojes electrónicos, ni nada para supervisar mi actividad o inactividad, pero si pasaba algo, me pondrían de patitas en la calle en el acto, eso desde luego.

—¿Alguna pregunta? —dijo Charles.

Me quedé desconcertado.

—¿Quiere decir que el trabajo es mío, así sin más?

Charles me dirigió una sonrisa de oreja a oreja.

—Claro, parece usted el hombre idóneo.

Ni siquiera me había pedido el currículum. Yo lo había mecanografiado en un centro de servicios de oficina del barrio la noche anterior, gastando un dinero que no me sobraba. En ese momento sentí cierto resentimiento por haber perdido el tiempo preparándolo. Admito que no habría resistido un examen muy riguroso, y las personas incluidas como referencias serían más difíciles de localizar que el dodo, pero yo había hecho el esfuerzo.

—He traído el currículum —dije, y me sorprendió un poco el tono ofendido de mi voz. Por cómo me tomaba aquello, cualquiera habría dicho que el hombre se negaba a contratarme.

La sonrisa de Charles aumentó de intensidad en un par de vatios.

—Ah, estupendo —dijo.

Se lo entregué. Sin mirarlo siquiera, lo puso en una bandeja de papeles que en apariencia nadie había tocado desde que la última locomotora salió del edificio. A decir verdad, no era fácil saber a qué se dedicaba exactamente la empresa del señor Rone. Por lo que vi, éramos los únicos en todo el edificio.

Sin embargo, ya estaba: tenía el empleo.

Recibí un uniforme marrón, una linterna y un arma. Se me aseguró que el papeleo referente al arma ya se resolvería más adelante, y yo no lo puse en duda. En cualquier caso, imaginaba que no tendría que utilizarla. Lo peor que podía ocurrir, pensé, era que entraran unos chicos por la fuerza y me viera obligado a echarlos. Suponía que, con unos chicos, ya me las arreglaría. Por si acaso, me llevé mi propia porra telescópica y un espray de gas lacrimógeno.

Cada noche, antes de irme a trabajar, llenaba de bourbon Wild Turkey una pequeña petaca, sólo para protegerme del frío. No me malinterpreten: no soy un gran

bebedor, nunca lo he sido, pero en un puerto del nordeste bajan mucho las temperaturas en invierno. Cuando uno se pasea por los patios, o inspecciona esos edificios sin calefacción, hay momentos en que agradece tener algo que le caliente el corazón.

Nunca me ha molestado trabajar solo. Leería un poco —novelas de misterio, sobre todo—, haría crucigramas o vería los programas de televisión nocturnos. No tenía una esposa por quien preocuparme. Antes sí la tenía, pero ahora ya no está. La gente cree que me abandonó, que se fue a vivir a Oregón. Pero yo sé la verdad.

Fue al principio de la segunda semana que trabajaba allí cuando empezaron los ruidos. En el recinto había dos edificios vacíos, cerca de la calle principal. El más grande era de tres plantas y estaba bastante deteriorado. Tenía rejillas en las ventanas, así que básicamente comprobaba las cerraduras de las puertas para asegurarme de que no se habían forzado, pero nunca había entrado. Nunca había tenido necesidad, hasta esa noche.

Mientras hacía mi habitual ronda de las dos de la madrugada oí abrirse y cerrarse puertas en el interior del edificio vacío, y me pareció ver el parpadeo de unas llamas. Cuando examiné las puertas y las ventanas, todas parecían bien cerradas y no oí voces en el interior. Enfoqué el tejado con la linterna, pero, por lo que vi, todo estaba en orden. No había ninguna teja rota, ningún agujero a través del cual alguien pudiera haberse colado. Pero esas llamas eran preocupantes: si un vagabundo había conseguido entrar, había encendido una fogata y se había quedado dormido, podía arder todo.

Eché mano de las llaves del cinturón y busqué la que encajaba en la cerradura de la puerta principal. Con cinta adhesiva las había codificado por medio de colores y luego me había aprendido los colores para reconocerlas de inmediato. La puerta se abrió con facilidad y al entrar me encontré en una sala de techo bajo que abarcaba toda la planta inferior.

Al fondo había una puerta abierta desde la que ascendía una escalera a los pisos superiores, y un único tramo descendía a la sala de la caldera. La luz venía de allí. Desfundé la Taurus y, con la pistola en la mano derecha y la linterna cruzada por debajo, me dirigí hacia la puerta. Me hallaba quizás a medio camino cuando oí unos pasos. Una pequeña alarma se activó en mi cabeza: hice girar el extremo de la linterna para apagarla y esperé, silenciosamente, entre las sombras.

Dos personas aparecieron en la puerta. Vestían largos abrigos negros sobre pantalones negros y calzaban botas negras de suela robusta. Sus rostros permanecieron ocultos en la oscuridad hasta que entraron en el almacén propiamente dicho. Había una única bombilla polvorienta encendida encima de la puerta, y su exigua luz iluminó brevemente sus formas. Eran un hombre y una mujer, pero se advertía algo anormal en ellos. Los dos eran calvos, y tenían el cuero cabelludo muy pálido, casi gris, surcado de gruesas y protuberantes venas. El hombre era más corpulento y, aparte de unos ojos rojos, no presentaba más rasgos en el rostro

lampiño. Carecía de nariz y boca: bajo los ojos se extendía sólo una porción de piel. La mujer se hallaba a su lado, el contorno de sus pechos se le dibujaba bajo el abrigo. Tenía boca y una nariz pequeña y chata, pero no ojos, sino sólo piel lisa desde el nacimiento del pelo hasta la nariz.

Se oyó algo a su derecha, y aparecieron dos siluetas más. La primera era un hombre alto, vestido de negro como los otros. Yo no le veía la cara, pero la parte de atrás de su cráneo, al parecer sin orejas, era perfectamente redonda y pálida. Una mano le colgaba a un lado; mantenía la otra apoyada en el hombro de un individuo delgado y menudo con camisa y pantalón marrones. Estaba de espaldas a mí, así que no le vi la cara, pero tenía una herida en la sien derecha y sangre en el lado izquierdo de la cabeza y el hombro izquierdo de la camisa, como si una bala hubiese salido por su sien izquierda.

Debería haber intervenido, pero era incapaz de moverme. Estaba tan asustado que me olvidé de respirar, y cuando me di cuenta de que contenía el aliento, tomé aire tan sonoramente que temí que me oyeran y vinieran también por mí. Por un instante pareció que la mujer se detenía y sondeaba las sombras, posando momentáneamente su mirada sin ojos allí donde yo había estado agazapado antes de moverme. A continuación buscó a tientas en la oscuridad al hombre pequeño y ensangrentado. Su compañero sin boca hizo lo mismo, y cuando las tres figuras estaban en contacto con él, lo guiaron con delicadeza hacia la escalera y cerraron la puerta a sus espaldas. Poco después los seguí.

No habían cerrado la puerta con llave. Ésta daba a la escalera que conducía a las plantas superiores del almacén y al tramo que descendía al sótano. La caldera del edificio no tenía que estar encendida, pero lo estaba. La oí. La sentí.

Bajé, pues, hasta llegar a una puerta de hierro abierta que, de tan oxidada, apenas se sostenía en las bisagras. Más allá vi la luz vacilante de unas llamas que proyectaban un resplandor anaranjado sobre las paredes y el suelo. Oí el rugido del fuego. Avancé hacia allí. El sudor me corría por la espalda, y notaba lo pegajosas que tenía las manos en contacto con el arma y la linterna. Casi había llegado a la puerta cuando el fuego se extinguió, y ya sólo me guiaba la luz de la linterna. Respiré hondo y me deslicé rápidamente a través de la puerta.

—¿Quién hay...?

Me interrumpí. En la sala no había nadie. Dentro vi la gran caldera, pero apagada. Me acerqué a ella y, con mucha cautela, tendí la mano. Me detuve antes de tocarla, consciente de que si me equivocaba, ya nunca más volvería a tener la mano en condiciones.

La caldera estaba fría.

Llevé a cabo un rápido reconocimiento de la sala, pero allí no había nada más que ver. Aquello era un espacio vacío, y disponía de una única vía de entrada y salida. Con la espalda pegada a la pared de la escalera y el arma apuntando en dirección a la sala de la caldera, subí al almacén principal. Una vez allí, me marché tan deprisa que

fui levantando el polvo del suelo. Pasé el resto de la noche en mi despacho, con el arma en la mesa ante mí, los sentidos tan aguzados que me zumbaban los oídos.

No le conté a nadie lo que creía haber visto. De hecho, cuando me desperté esa tarde y me preparé para otra noche de trabajo, pensé que acaso todo aquello fueran imaginaciones mías. Tal vez había echado un trago de más a la petaca y, dormido en la silla, había soñado que entraba en el almacén y volvía a la mesa, donde me despertaba con el recuerdo de unas figuras mutiladas llevándose a un hombre menudo con un orificio en la cabeza a la sala de una caldera que creaba calor sin estar encendida.

¿Qué otra explicación podía haber si no?

No pasó nada más durante el resto de la semana. No oí más sonidos procedentes del almacén. Me tomé incluso la molestia de colocar un candado y una cadena en la puerta del ascensor, y lo examinaba dos veces cada noche, pero permaneció intacto. Así y todo, ese olor, cierto tufo a pólvora quemada, aún flotaba en el aire. Lo percibía en mi uniforme y en mi pelo, y por más que me lavaba no podía desprenderme de él.

De pronto, un domingo por la noche, mientras realizaba mis rondas habituales, entré en el almacén y me encontré con la puerta de la escalera abierta de par en par. La puerta principal del edificio estaba cerrada con llave cuando yo llegué. Nadie había entrado o salido de allí en la última semana excepto yo. Pero en ese momento la puerta estaba abierta y vi de nuevo cómo oscilaba la luz de las llamas en las paredes. Saqué el arma y, alzando la voz, pregunté:

—Eh, ¿hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

—Salgan ahora mismo —vociferé, aparentando más valor del que sentía—. Salgan ahora mismo o les juro que los encerraré ahí dentro y avisaré a la policía.

Tampoco obtuve respuesta, pero a mi derecha, entre las sombras, se movió una figura detrás de unas viejas cajas de embalaje que había junto a la puerta. Enfoqué hacia allí la linterna y alcancé a ver el borde de algo azul justo cuando se escabullía en la oscuridad.

—Lo he visto, maldita sea. Salga ahora mismo, ¿me oye?

Tragué saliva y el ruido pareció reverberar en mi cabeza. Pese a ser una noche fría, sentía el sudor en la frente y sobre el labio superior. Tenía la camisa empapada. Allí dentro había alguna fuente de calor, de un calor intenso, abrasador, como si un fuego oculto ardiera en todo el almacén.

Y oí el rugido de la caldera.

Con el arma a la misma altura que la linterna avancé con sigilo hacia las cajas. Al acercarme, el haz de luz reveló un pie descalzo, las uñas retorcidas y mugrientas, y un tobillo grueso y tumefacto, veteado de venas azules. Justo por debajo de la rodilla se veía el dobladillo de un vestido azul sucio. Era una mujer, una vagabunda que se había refugiado en el almacén. Quizás estaba allí desde el principio y yo simplemente no la había visto. Debía de tener otra vía de acceso para entrar y salir: una ventana

rota o una puerta oculta. Ya la buscaría en cuanto la hubiera echado a patadas de allí.

—Muy bien, señora —dije cuando me hallaba casi a su misma altura—. Salga...

Pero no era una mendiga. Como dice el chiste, ni siquiera era una mujer.

Era mi esposa.

Sólo que yo no me reí.

El pelo, moreno, le había crecido y le tapaba casi toda la cara, y la tez pecosa parecía más tirante sobre los huesos, con lo que contraía los labios y dejaba a la vista unos dientes largos y amarillos. Mantenía la cabeza gacha, el mentón casi contra el pecho, y se miraba la herida en el vientre, allí donde había penetrado el cuchillo, la herida que yo le había infligido la noche que la maté. De pronto levantó la cabeza y mostró los ojos: el azul, ahora deslavazado, era casi blanco. En su boca, el rictus se tensó más y supe que sonreía.

—Hola, cariño —saludó. Oí cómo la tierra acumulada en su garganta se movía. Tenía más debajo de las uñas rotas, que se le había metido ahí mientras escarbaba para salir de la tumba poco profunda en que yo la había enterrado, muy al sur, donde las hojas muertas cubrirían su última morada y los animales salvajes esparcirían sus huesos. Avanzó con andar torpe y me aparté de ella: di un paso, luego dos, hasta que un obstáculo, detrás de mí, me impidió seguir.

Le volví la espalda a mi mujer y me encontré cara a cara ante el hombre pálido sin orejas vestido con un abrigo negro.

—Debes ir con él —dijo mi mujer cuando el hombre del abrigo negro apoyó la mano sobre mí. Alcé la vista para mirarlo a la cara, porque era más alto que yo, dos palmos por lo menos. De hecho, es muy probable que fuera el hombre más alto con quien me había topado.

—¿Adónde voy? —le pregunté antes de caer en la cuenta de que no podía oírme. Deseé echarme a correr, pero la presión de su mano me mantenía clavado al suelo.

Miré por encima del hombro en dirección a donde se hallaba mi esposa muerta. Eso tenía que ser un sueño, pensé, un mal sueño, la peor pesadilla de todos los tiempos, la peor que podía temer. Pero en lugar de forcejear, o gritar, o darme un pellizco para despertarme, me oí a mí mismo hablar con voz serena.

—Dime. Dime adónde voy —quise saber.

La tierra volvió a moverse dentro de su garganta.

—Irás a la fosa —contestó ella.

Intenté reaccionar, pero era como si me hubiera quedado sin fuerzas. Ni siquiera pude levantar el arma. En ese momento se dibujaron dos siluetas en el umbral de la puerta: la mujer sin ojos y el hombre sin boca. La figura sin boca hizo una señal con la cabeza al hombre que me sujetaba, y éste me guió firmemente hacia la escalera, indiferente a mis palabras.

—No —dije—. Esto no está bien.

Pero, como era lógico, no emitió sonido alguno y por fin lo entendí.

Él no tenía orejas, para no oír las súplicas de aquellos a quienes venía a buscar.

Ella no tenía ojos, para no ver a quienes arrojaba a las llamas.

Y el juez mudo, el depositario de los pecados, incapaz de decir lo que había visto u oído, sólo tenía que mover la cabeza en un gesto de asentimiento para dictar sentencia.

Tres demonios, cada uno de ellos perfecto en su mutilación.

Mis pies resbalaron por el suelo polvoriento mientras me llevaban a rastras, cogido del cuello, hacia las llamas que me esperaban. Miré hacia la puerta del almacén y vi que me observaba un hombre con traje gris. Era el señor Rone. Le grité, pero él se limitó a esbozar aquella tenue sonrisa suya y cerrar la puerta. Oí el ruido de la llave al girar en la cerradura. Acudieron a mi memoria los papeles que había visto en su mesa, viejos y polvorientos. Recordé que no había secretaria, y a un hombre que barría el suelo, cuya voz, ahora que lo pensaba, quizá se pareciera a la del propio Charles Rone.

Ya estaba casi en la puerta cuando hablé por última vez.

Miré a los demonios que se hallaban ante mí y sólo dije:

—Pero no estoy muerto.

Y en ese momento sentí que mi mano derecha levantaba la pistola hacia mi sien y vi, en mi cabeza, a un hombre delgado y menudo, con sangre en el hombro, caminar hacia la escalera. Oí la voz de mi esposa muerta, que me hablaba al oído. No percibí su aliento, sólo sonido.

—Déjame ayudarte con esto —susurró. Su mano se cerró en torno a la mía y apretó mi dedo contra el gatillo a la vez que acercaba la pistola a mi cráneo.

—Lo siento —dije.

El ruido de la caldera me invadió la cabeza. Su calor se elevó del suelo y fundió las suelas de mis zapatos. Mi pelo ya olía a quemado.

—Demasiado tarde —contestó ella.

La pistola estalló y el mundo quedó envuelto en carmesí al mismo tiempo que yo me preparaba para descender.

Las brujas de Underbury

El vapor y la niebla, fundidos, se arremolinaban sobre el andén de la estación y convertían a hombres y mujeres en fantasmas grises, y las maletas y los baúles colocados descuidadamente, en trampas para incautos. La noche era cada vez más fría, y una leve pátina de escarcha se advertía ya sobre el tejado de la taquilla. A través del cristal empañado de la sala de espera se distinguían vagamente las siluetas del interior, acurrucadas junto a los ruidosos radiadores que apestaban a aceite y a polvo chamuscado. Algunas bebían té de tazas baratas, algo resquebrajadas, tomando apresurados sorbos como si temieran que la loza fuera a desintegrarse entre sus manos y derramar sobre ellos el líquido tibio. Niños cansados lloraban en los brazos de padres vencidos por el hastío. Un comandante retirado intentaba entablar conversación con dos soldados, pero los hombres, reclutas recientes ya temerosos de las trincheras, no estaban de humor para charlas.

El jefe de estación, en la penumbra, emitió un desafiante pitido con su silbato y balanceó suavemente el farolillo por encima de su cabeza. El tren empezó a avanzar despacio, y en el andén repentinamente vacío quedaron sólo otros dos hombres. Si un observador hubiese presenciado la escena, y sentido el menor interés, habría sabido de inmediato que los recién llegados no eran de Underbury. Cargaban pesadas bolsas de viaje e iban ataviados con indumentaria urbana. Uno, el más corpulento y de mayor edad, llevaba bombín y una bufanda en torno al mentón y la boca. Vestía un abrigo marrón de mangas un tanto raídas y calzaba unos zapatos concebidos para la comodidad y durar mucho tiempo, sin grandes concesiones a la moda o la estética.

Su acompañante era casi tan alto como él pero más delgado, y vestía mejor. Lucía un abrigo negro, corto, y como iba sin sombrero, quedaba a la vista su mata de cabello oscuro, mucho más largo de lo que por norma se habría considerado aceptable en alguien de su profesión. Tenía los ojos muy azules y casi podría haberse dicho de él que era agraciado, a no ser por el peculiar aspecto de su boca, enarcada ligeramente hacia abajo, lo que le confería cierto aire de perpetua desaprobación.

—Por lo visto, no hay comité de bienvenida, señor —dijo el hombre de mayor edad. Se llamaba Arthur Stokes y se enorgullecía de presentarse como sargento de la brigada de investigación en el que para él era sin duda el mejor cuerpo policial del mundo.

—En provincias nunca ven con buenos ojos que los obliguen a aceptar la ayuda de Londres —explicó el otro policía. Se llamaba Burke y gozaba del rango de inspector en la brigada de investigación de Scotland Yard, si es que «gozar» era la palabra correcta. A juzgar por su expresión en ese momento, «sobrellevar» habría sido quizás un término más apropiado—. Es poco probable que, al llegar dos de nosotros, redoblen su gratitud.

Atravesaron la estación y salieron a la calle, donde los aguardaba un hombre junto a un maltrecho coche negro.

—Ustedes deben de ser los caballeros de Londres —dijo.

—Lo somos —contestó Burke—. ¿Y usted es...?

—Me llamo Croft. El alguacil me envía a recogerlos. Él está ocupado en estos momentos. Con la prensa local. También han venido periodistas de Londres.

Burke se quedó desconcertado.

—Tenía indicaciones de que no hiciera el menor comentario hasta que llegáramos —dijo.

Croft tendió las manos para coger las bolsas.

—Sí, pero para eso antes tiene que hablar con ellos y decirles que no pueden hacer ningún comentario —respondió.

Guiñó un ojo a Burke. El sargento Stokes nunca había visto que nadie le guiñara el ojo al inspector, y dudaba que Croft fuese el candidato ideal para ser el primero.

—No le falta razón —se apresuró a decir el sargento; a continuación, en atención a las formas, añadió—: ¿No piensa lo mismo, señor?

Burke lanzó a su sargento una mirada dando a entender que pensaba muchas cosas, y pocas eran halagüeñas para quien los acompañaba en ese momento.

—¿Usted de qué lado está, sargento?

—Del lado de la ley y el orden —contestó con desenfado—. Del lado de la ley y el orden.

El miedo generalizado a las brujas que se adueñó de Europa durante más de tres siglos, desde mediados del xv hasta la muerte en Suiza en 1782 de Anna Goldi, la última mujer ejecutada por brujería en Europa occidental, costó la vida a gran número de personas, entre cincuenta y cien mil, de las cuales el ochenta por ciento eran mujeres, en su mayoría ancianas y casi todas pobres. Ese miedo estaba especialmente extendido en tierras alemanas, donde se concentró más o menos la mitad del total de ejecuciones. En Inglaterra murieron menos de quinientas personas, pero en Escocia se ejecutó al doble de esa cantidad, debido en gran medida a la mayor tolerancia de los tribunales escoceses con la tortura como medio para obtener confesiones, y a la paranoia de su joven monarca, Jacobo VI.

La guía más completa para la identificación, interrogatorio y, por último, inmolación de las brujas fue el Malleus Maleficarum, el «Martillo de las brujas», del que eran coautores el dominico alemán Heinrich Kramer y el padre James Sprenger, decano de teología en la Universidad de Colonia. Kramer y Sprenger detectaron la semilla de la brujería en la naturaleza misma de la especie femenina. Las mujeres eran débiles desde el punto de vista espiritual, intelectual y emocional, y su principal motivación era el deseo carnal. Esos defectos básicos encontraban su expresión más poderosa en la brujería.

La llegada de la Reforma no sirvió para poner fin a esas creencias. Si acaso, la poca tolerancia existente con las «mujeres sabias», como las llamaban en las aldeas,

fue erradicada junto con todos los demás vestigios de las antiguas costumbres paganas, lo que llevó al mismísimo Martín Lutero a declarar que todas debían ir a la hoguera por brujas.

No se retiró oficialmente el delito de brujería de los códigos penales de Inglaterra hasta 1736, casi ciento veinte años después de la captura, proceso y ejecución de las tres mujeres conocidas como las brujas de Underbury.

Croft llevó en coche a los dos policías al centro de la localidad de Underbury, donde ocuparon un par de habitaciones pequeñas pero acogedoras en la parte de atrás de la posada Vintage. Después de asearse y comer unos sándwiches, los dos policías fueron acompañados a la funeraria del pueblo. Allí los esperaban el médico, Allinson, y el único representante de la policía local, el alguacil Waters. Allinson era joven, y había llegado recientemente a Underbury con su familia tras la muerte de su tío, quien hasta entonces había atendido los partos, las enfermedades y las diversas manifestaciones de la mortalidad en la zona. Allinson cojeaba un poco, vestigio de una poliomielitis infantil, por lo que había quedado exento de servir a su país en Francia. Waters, en opinión de Burke, era el típico policía de pueblo: cauto sin llegar a cuidadoso, y dotado de una modesta inteligencia que no había alcanzado aún el rango de sabiduría. Los cuatro hombres permanecieron inmóviles mientras el dueño de la funeraria, un hombre que parecía todo él arrugas y pliegues, destapó lentamente el cadáver que yacía en la mesa.

—Todavía no le hemos hecho gran cosa en espera de que llegaran ustedes de Londres —explicó—. Menos mal que hace frío, porque si no estaría más descompuesto de lo que ya está.

El cadáver expuesto ante ellos era el de un hombre de unos cuarenta años o poco más, con la corpulencia de alguien que con igual afán labraba los campos durante el día, se sentaba a la mesa por la noche y frecuentaba el bar después de la cena. Tenía las facciones, o lo que quedaba de ellas, descoloridas, y los hombres percibieron el olor de la putrefacción, aún más avanzada, que se producía dentro de él. Presentaba largas heridas verticales en el rostro, y lesiones similares en el pecho y el abdomen. Las heridas, muy profundas, penetraban en el cuerpo de tal modo que se le veían claramente las entrañas. Porciones de intestino desgarrado asomaban de dos de las incisiones, como larvas de un aterrador parásito.

—Se llamaba Malcolm Trevors, «Mal» para la mayoría de la gente —informó Waters—. Soltero, sin familia.

—Dios santo —exclamó Stokes—. Se diría que lo ha atacado un animal.

Burke, con un gesto, despidió al dueño de la funeraria y añadió que ya lo llamarían si lo necesitaban. El hombrecillo salió en silencio, y si en alguna medida se ofendió por verse excluido, ya tenía experiencia de sobra en su oficio para exteriorizarlo.

En cuanto se cerró la puerta de la sala de embalsamamiento, Burke se volvió hacia el médico.

—¿Lo ha examinado?

Allinson negó con la cabeza.

—No del todo. No he querido interferir en su investigación. Aunque sí he echado un buen vistazo a esas heridas.

—¿Y?

—Si son obra de un animal, no se parecen en nada a las que he visto hasta ahora.

—Estamos indagando en los circos y ferias de la zona —dijo el alguacil Waters—. No tardaremos en averiguar si alguno ha perdido a una de sus fieras.

Burke asintió, pero era obvio que le interesaba poco lo que Waters acababa de decir. Permaneció atento a Allinson.

—¿Por qué dice eso?

El médico se inclinó sobre el cadáver y señaló los rasguños de menor tamaño a izquierda y derecha de los cortes principales.

—¿Ve esto? A falta de cualquier otra prueba, yo diría que son marcas de pulgares, pulgares con uñas largas.

Levantó la mano, curvó un poco los dedos, como si cogiera una pelota, y los desplazó lentamente por el aire.

—Las heridas profundas proceden de los otros cuatro dedos; los cortes secundarios, oblicuos, son del pulgar —continuó.

—¿No podría haberse utilizado algún utensilio de labranza? —preguntó Stokes. El sargento era un londinense de pura cepa, y sus conocimientos de agricultura no iban más allá de la conveniencia de lavar las hortalizas para quitarles la tierra antes de guisarlas. Aun así, tenía la sospecha fundada de que si uno abría cualquiera de los establos entre aquel lugar y Escocia, encontraría dentro objetos punzantes suficientes para filetear a toda una tribu de hombres como Trevors.

—Es posible —respondió Allinson—. No soy experto en utensilios de labranza. Averiguaremos algo más cuando examine el cadáver detenidamente. Con su permiso, inspector, me gustaría abrirlo. Un examen más detallado de las heridas debería confirmar mi hipótesis.

Pero Burke, inclinado de nuevo sobre el cadáver, observaba ahora las manos.

—¿Puede darme un bisturí fino? —preguntó.

Allinson sacó un escalpelo de su maletín de instrumental y se lo entregó al policía. Burke insertó la hoja con cuidado bajo la uña del índice derecho del muerto y hurgó.

—Consígame algo donde guardar una muestra.

Allinson le dio un pequeño portaobjetos, y Burke desprendió en él el residuo extraído de debajo de la uña. Repitió el proceso con todas las uñas de la mano derecha, hasta que quedó esparcida sobre el portaobjetos una pequeña cantidad de materia.

—¿Y eso qué es? —preguntó el alguacil Waters.

—Tejidos —contestó Allinson—. Piel, no pelaje. Muy poca sangre. Casi nada, de hecho.

—Se defendió —dictaminó Burke—. El agresor debe de tener las marcas.

—Si es así, ya estará lejos de aquí —comentó Waters—. Un hombre con semejantes heridas no se quedaría en la zona esperando a que lo descubran.

—No, quizá no —respondió Burke—. En cualquier caso, algo es algo. ¿Puede llevarnos al lugar donde se encontró el cuerpo?

—¿Ahora? —preguntó Waters.

—No, podemos dejarlo para mañana. Con esta niebla nos arriesgamos a pisar cualquier prueba que no haya sido ya aplastada o se haya perdido. Doctor, ¿cuándo cree que podría terminar su examen?

Allinson se quitó la chaqueta y empezó a arremangarse.

—Si usted quiere, empezaré ahora mismo. Por la mañana ya sabré algo más.

Burke miró a su sargento.

—Bien —dijo—. Nos vamos, pues. Nos veremos mañana a las nueve. Gracias, caballeros.

Dicho esto, los forasteros se marcharon.

En Underbury la población apenas ascendía a quinientas almas, la mitad de las cuales vivía en pequeñas granjas a cierta distancia del propio pueblo, que contaba con una iglesia, una posada y un puñado de tiendas, todo a un paso del cruce situado en el corazón mismo de Underbury. Puede que al visitante le llamara la atención que el círculo central, donde confluían las dos calles, fuera considerablemente mayor de lo que cabía esperar. Tenía unos veinte metros de diámetro y el elemento principal era una rotonda en torno a un montículo cubierto de hierba en el que no crecían flores. A falta de éstas, para compensar su insulso aspecto, habían erigido una estatua del duque de Wellington, si bien la piedra barata empleada ya había empezado a desintegrarse, lo cual confería al duque la apariencia física de un hombre que sucumbía poco a poco a la lepra, o a una de las enfermedades venéreas más innombrables.

Para comprender el carácter de esa rotonda en el cruce se requería un conocimiento de la historia local del que pocos visitantes podían hacer gala. Underbury fue, en otro tiempo, una localidad mucho más poblada de lo que parecía ahora, y constituía de hecho el núcleo comercial de la comarca. Un vestigio de aquella lejana época perduraba aún en forma de mercado agrícola semanal, montado cada sábado en un campo al este del término municipal, pese a que antes (y actualmente en otras poblaciones, aunque no en Underbury) esos mercados tenían lugar de manera tradicional en el corazón mismo del pueblo. Esta práctica se extinguió en la segunda mitad del siglo XVII, cuando Underbury se convirtió en el

centro de la mayor investigación de actos de brujería jamás realizada en las Islas Británicas hasta esa fecha.

Las razones de la llegada de los cazadores de brujas siguen sin estar claras, aunque es posible que el desencadenante inicial fuera un brote de cierta enfermedad que afectó a varios niños del pueblo. Murieron cinco en el transcurso de una semana, todos varones primogénitos, y las sospechas recayeron en tres mujeres recién llegadas de lugares desconocidos. Dichas mujeres sostenían que eran hermanas, con recursos propios, residentes previamente en Cheapside. La mayor, Ellen Drury, era partera, y comenzó a ejercer como tal tras morir ahogada su predecesora, una tal Grace Polley. Ellen Drury atendió el parto de los niños varones que fallecieron después, y de inmediato se dijo que ella los había maldecido en su paso del útero al mundo. Aquellos que exigían la detención e interrogatorio de esas mujeres subieron el tono, pero las hermanas Drury, durante su breve estancia en Underbury, se habían granjeado cierta popularidad entre muchas mujeres del pueblo gracias a sus conocimientos de diversas medicinas y hierbas. También cabe la posibilidad de que pudiera describirse a las hermanas Drury casi como «protofeministas», ya que animaban a las ocasionales víctimas de malos tratos por parte de sus maridos y parientes de sexo masculino a oponerse a tales actos, y más de un hombre se encontró con que un grupo de mujeres vociferantes, encabezadas invariablemente por Ellen Drury y una de sus hermanas o las dos, habían rodeado su casa. De hecho, un vecino, un granjero llamado Brodie que se comportaba de forma brutal con su esposa y también con sus hijas, recibió tal paliza una noche cuando volvía a casa de sus tierras que se pensó que no sobreviviría a las heridas. Después, Brodie se negó a identificar a sus agresores, pero, según las habladurías del pueblo, esa noche las hermanas Drury no estaban en su casa y la sangre de Brodie había quedado incrustada en sus bastones. Si bien pocos compadecieron a la víctima de la agresión, quien a raíz del ataque quedó con la mano derecha inservible y un defecto en el habla, ésta era a todas luces una situación que debía atajarse. La muerte de los niños proporcionó a los hombres del pueblo el pretexto que buscaban, y llegaron de Londres dos cazadores de brujas con órdenes del rey para investigar los sucesos.

No hay mucho que decir sobre los procedimientos de los cazadores de brujas en sus indagaciones, ya que existe constancia de sus métodos en muchas otras fuentes. Baste decir que las hermanas Drury fueron procesadas con gran severidad junto con otras diez mujeres de la aldea, dos de las cuales estaban casadas, tres eran muy ancianas y una ni siquiera había cumplido los doce años. En sus cuerpos se encontraron señales —determinados dibujos formados por verrugas, pliegues de piel inexplicables en sus partes íntimas— que se interpretaron como pruebas de la naturaleza diabólica de esas mujeres. La niña, bajo amenazas de tortura, admitió haber practicado la brujería, y afirmó haber visto a Ellen Drury preparar la poción que acabó con la vida de los recién nacidos. Dijo a los interrogadores que las tres mujeres en realidad no eran hermanas, aunque no conocía sus verdaderos nombres.

Por último, denunció actos de libertinaje llevados a cabo en la casa de las mujeres en los que se vio obligada a participar, y comentarios desleales contra la Iglesia de Inglaterra e incluso contra el rey. Obtenida así una confesión, las mujeres tuvieron que comparecer ante los jueces del tribunal itinerante y fueron condenadas.

El 18 de noviembre de 1628 Ellen Drury y sus hermanas murieron ahorcadas en la plaza de Underbury, y sus restos se enterraron en una tumba sin marcar justo al norte del cementerio, fuera de las tapias. Las otras acusadas habrían sufrido el mismo destino de no ser por la intervención del médico del rey, sir William Harvey, que sintió curiosidad por el carácter de las «señales de brujería» supuestamente halladas en los cuerpos de las condenadas y solicitó su traslado a Londres, donde fueron sometidas a un nuevo examen por el Consejo Real, entre cuyos miembros se debatió luego largo y tendido el destino de las mujeres. Cinco de las reas fallecieron en prisión, y las supervivientes fueron puestas en libertad discretamente una década más tarde para que vivieran sus últimos años sumidas en la pobreza y la ignominia.

Ellen Drury fue la última en morir en el patíbulo. Según se cuenta, incluso en su agonía final mantuvo los ojos fijos, sin pestañear, en sus torturadores, hasta que un pariente del desventurado Brodie le arrojó brea y le prendió fuego, tras lo cual sus ojos estallaron en las cuencas y su mundo se oscureció.

El doctor Allinson trabajó hasta primeras horas de la mañana siguiente, examinando las heridas en el cuerpo de Mal Trevors. La mayor, como después les explicó a Burke y Stokes durante el desayuno en la posada, se extendía internamente desde el estómago hasta el corazón, y éste presentaba cinco incisiones hechas por unas garras o uñas largas. Llegados a este punto, el sargento Stokes perdió por un momento el apetito y dejó de lado el beicon.

—¿Nos está diciendo que una mano se metió por el cuerpo de ese hombre? —preguntó Burke.

—Esa impresión da —contestó el médico—. Lo he examinado detenidamente con la esperanza de encontrar un fragmento de uña, pero no ha aparecido ninguno, cosa que me resulta sorprendente dadas las circunstancias. No es fácil desgarrar las entrañas de un hombre así, y cabría esperar la pérdida o rotura de alguna uña. Eso me lleva a sospechar que o bien las uñas de la mano eran de una resistencia anormal, o que los dedos se habían reforzado artificialmente de algún modo, quizás añadiendo unas garras metálicas que pudieran sujetarse con correas y retirarse a conveniencia.

El médico no pudo añadir nada a lo que ya sabían y se retiró a su cama a instancias de su esposa, que había llegado para hacer unas compras y pedir a su marido agotado que volviera a casa. Era una mujer de gran belleza, una rubia alta de ojos verdes moteados que reflejaban la luz como esmeraldas con fragmentos de diamantes engastados. Se llamaba Emily, y Burke cruzó unas palabras con ella al acompañar a su marido a la puerta.

—Gracias por su ayuda —dijo mientras Allinson se abrochaba el abrigo en la puerta de la posada. Su mujer se quedó dentro para intercambiar unas palabras corteses con la hija del posadero.

—Lamento no haber podido serles de más ayuda —se disculpó Allinson—. En todo caso, es, a su horrenda manera, un asunto francamente misterioso, y me gustaría echarle después otra ojeada a Trevors antes de dejarlo en las atentas manos del dueño de la funeraria. Puede ser que, en mi estado de agotamiento, haya pasado por alto algún detalle que quizá resulte útil.

Burke asintió y se apartó para dejar pasar a la señora Allinson.

Y entonces ocurrió algo muy extraño.

Justo delante de Burke había un espejo con un anuncio de una marca de whisky que él desconocía. Se vio a sí mismo claramente reflejado en él, y cuando Emily Allinson pasó por delante, también ella se reflejó. Pero, por alguna distorsión del cristal, dio la impresión de que su imagen avanzaba más despacio que ella, y a Burke le dio la impresión de que el reflejo volvía la cara hacia él pese a que el original mantenía la mirada al frente. Por un instante aquélla no fue la cara de Emily Allinson. Alargada y estragada, grotescamente chamuscada en algunas partes, tenía la boca muy abierta y los ojos como ascuas en las cuencas. En cuanto la señora Allinson salió con su marido desapareció aquella visión. Burke se acercó al espejo y vio que estaba en extremo desazogado, como suelen acabar esa clase de objetos publicitarios baratos. Presentaba una superficie moteada y desigual, de modo que incluso su propia cara rielaba y se curvaba como la imagen de un espejo deformante en un puesto de feria. Pero sintió cierta inquietud, incluso mientras observaba a la señora Allinson alejarse con su marido por la calle, él inclinado hacia ella buscando su apoyo. Esa mañana había pocos varones menores de cincuenta años por las calles de Underbury, aunque eso no era en modo alguno anormal. Por entonces la mayoría de las ciudades y pueblos se hallaban despojados de buena parte de su población masculina joven, y Burke estaba convencido de que cuando cesaran las hostilidades pasarían aún muchos años hasta que localidades como Underbury recuperaran cierto equilibrio demográfico entre los sexos.

Burke regresó junto a su sargento, pero dejó enfriar lo que le quedaba de desayuno y ya no volvió a tocarlo.

—¿Pasa algo, señor? —preguntó Stokes, quien, al marcharse el médico, enseguida había recuperado el apetito.

—Es simple cansancio —contestó Burke.

Stokes asintió y rebañó el último resto de yema líquida con un trozo de pan tostado. Era un buen desayuno, pensó; quizá no tanto como el que le preparaba la señora Stokes, pero, aun así, muy satisfactorio. Su buena esposa a menudo dejaba caer el comentario de que al inspector Burke no le vendría mal engordar un poco, pero éste no aceptaba invitaciones a cenar. En todo caso, Stokes tenía su propia interpretación de las palabras de su mujer. Cuando decía «engordar un poco»,

insinuaba que Burke debería estar casado y disponer de una sólida mesa bajo la que plantar los pies mientras una mujer lo alimentaba con sus guisos. Pero, por lo visto, el inspector Burke tenía poco tiempo para las mujeres. Vivía solo, sin más compañía que sus libros y su gato, y si bien se mostraba cortés en su trato con las damas, aun con aquellas en quienes el término «damas» solía preceder al atributo «de la noche», se lo veía distante, e incluso incómodo, en presencia de las mujeres. A Stokes, a quien complacía por igual la compañía de ambos sexos, semejante existencia se le habría antojado insoportablemente solitaria, pero el trabajo policial le había enseñado que existían diferencias entre las personas y que incluso bajo la vida en apariencia más prosaica se ocultaba una gran complejidad. Además, sentía gran admiración, e incluso afecto, por el inspector, que de hecho era un excelente policía. Stokes estaba orgulloso de servir a su lado, y su vida privada era asunto de él y de nadie más.

Burke se puso en pie y descolgó el abrigo de una percha en la pared.

—Creo que nos conviene tomar un poco el aire —comentó—. Es hora de ver dónde murió Mal Trevors.

Burke y Stokes se hallaban a un lado del poste, el alguacil al otro. Aún se distinguían restos de sangre de la víctima en la madera, y en las púas de la alambrada que delimitaba el terreno habían quedado prendidos fragmentos de la manga de su chaqueta. Detrás de la cerca se extendía una parcela baldía, y más allá se alzaba el murete que rodeaba la iglesia y el cementerio de la aldea.

—Lo encontraron apoyado contra el poste, con las mangas enganchadas a la alambrada —explicó Waters—. Pobre desgraciado.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Stokes.

—Fred Paxton. Recordaba que Trevors se había ido de la taberna poco antes de las diez, y él se marchó una hora después.

—¿Tocó el cuerpo?

—No fue necesario. No hacía falta tener un doctorado para saber que estaba muerto.

—Tendremos que hablar con Paxton.

Waters, muy ufano, se irguió un poco.

—Ya lo preveía. Él y su señora viven a un kilómetro de aquí, carretera arriba, y los he avisado para que contaran con una posible visita nuestra a lo largo de la mañana.

Burke habría despellejado a Waters con las púas de la alambrada si no hubiese tomado esa sencilla medida, pero concedió al policía del pueblo un apagado «Bien hecho, alguacil», que pareció contentar a éste.

—¿Ha registrado la zona? —prosiguió Burke.

—Pues sí.

Burke esperó. Cuando a Trevors lo atacaron, estaba cruzando ese campo y era una

noche fría. La temperatura no había subido mucho desde entonces; si acaso, había descendido. Burke veía sus propias huellas y las de sus acompañantes alejarse hacia la carretera. Quienquiera que hubiese agredido a Trevors por fuerza tenía que haber dejado algún rastro en la hierba.

—¿Y bien?

—Sólo había dos pares de huellas distintas: las de Mal Trevor y las de Fred Paxton. En cuanto vi el estado en que se encontraba el cadáver, procuré mantener a la gente alejada, así que el lugar no está tan alterado como podría pensar.

—Quizá lo atacaron en la carretera —especuló Stokes—, y luego él intentó huir campo a través y, en la alambrada, no pudo seguir más y murió.

—Lo dudo —dijo Waters—. No había sangre en el campo entre la carretera y la alambrada. Lo comprobé.

Burke se arrodilló y examinó la tierra al pie del poste. Se veía aún mucha sangre seca en la hierba. Si lo que Waters decía era verdad —incluso Burke debía reconocer, mal que le pesara, cierto grado de competencia en el policía del pueblo—, Trevors había sido atacado en ese punto y había muerto allí mismo.

—Algo debe de habersele escapado —comentó por fin—. Sin ánimo de ofender, alguacil, pero quien mató a Trevors no apareció aquí salido de la nada. Examinaremos el terreno a ambos lados de la alambrada, centímetro a centímetro. Tiene que haber algún rastro.

Waters movió la cabeza en un gesto de asentimiento, y los tres se dispersaron desde el poste: Burke se encaminó hacia el cementerio, Stokes hacia la carretera y Waters en dirección a una casa situada a cierta distancia de allí, que era, según informó al inspector y al sargento, la de los Paxton. Los policías rastrearon durante una hora, hasta que el frío caló en sus manos y sus pies, pero no encontraron nada. Daba la impresión de que Mal Trevors había sido atacado por alguien salido, literalmente, de la nada.

Burke dio por concluido su reconocimiento del terreno y se sentó en el murete del cementerio, desde donde observó cómo sus colegas policías cruzaban el campo, Stokes un tanto encorvado, con las manos en los bolsillos, Waters menos cuidadoso, y aun así, esmerándose al máximo. En el fondo de su alma, Burke sabía que era un esfuerzo inútil pero necesario. Para llevar a cabo una búsqueda rigurosa se habrían necesitado más hombres, y los hombres escaseaban; en todo caso dudaba que fuera a aparecer algo. Sin embargo no veía ninguna lógica en que un hombre corpulento como Trevors pudiera ser brutalmente asesinado sin el menor indicio de lucha.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la cara. Sudaba a mares, tenía la frente caliente y empezaba a sentirse un poco indispuerto. «Es este lugar», pensó: «le absorbe a uno la energía». Recordó la debilidad del doctor Allinson mientras se alejaba esa mañana por la calle mayor, sostenido prácticamente por su mujer, y la anterior lasitud del alguacil Waters, que al parecer, por alguna razón, se había diluido con la llegada de sangre nueva en forma de dos policías londinenses. Underbury era

un pueblo despojado de sus hombres más viriles, enviados todos a combatir en tierras extranjeras. Aquellos que quedaban debían de ser conscientes de sus circunstancias en cuanto a cuerpos defectuosos, no aptos para la batalla o el sacrificio, y esa toma de conciencia pendía como un miasma sobre sus vidas. Ahora Burke sentía eso mismo. Si se quedaba allí demasiado tiempo, quizá también él terminara como Allinson, extenuado después de unas pocas horas de trabajo, ya que el médico, según había contado, se había retirado a la cama poco después de la una de la madrugada. Por lo tanto, había descansado unas seis horas, y sin embargo, durante el desayuno, Burke habría jurado que aquel hombre no dormía desde hacía meses.

Burke se levantó del murete y se dirigió hacia sus colegas. De camino, pisó algo de piedra. Retrocedió, se arrodilló y restregó las yemas de los dedos por el suelo. Allí había una losa, cubierta, casi totalmente, de hierba alta y matojos. La vegetación se desprendió sin dificultad cuando Burke tiró, ya que parte de ella o bien había caído sobre la piedra, o bien alguien la había colocado allí para ocultar la losa. Ésta no tenía inscripción alguna, pero Burke conocía su finalidad. Aquélla era una comunidad antigua y le constaba que en el pasado los cadáveres de los suicidas, los niños sin bautizar y la carne de patíbulo se enterraban fuera de los cementerios. Era una práctica común, aunque dichas tumbas rara vez presentaban marcas de algún tipo.

En ese momento, mientras observaba el suelo desde ese ángulo tan bajo, vio que ahí cerca sobresalían otras dos losas parecidas. Cuando las examinó, descubrió que la piedra de una estaba rota; alguien, por medio de un martillo y un cincel, la había partido recientemente en varios trozos y había dejado en el centro un orificio del tamaño del puño de Burke. Éste se inclinó e introdujo dos dedos en el agujero, esperando tocar tierra debajo. Sin embargo, sólo encontró un espacio vacío. Probó otro método para calcular la profundidad: ató su pluma estilográfica al extremo de un hilo del abrigo y, al descolgarla por el orificio, sintió que quedaba suspendida en el aire por debajo de la losa.

«Qué extraño», pensó.

Se irguió y vio que Stokes y Waters lo observaban desde la carretera. Como no había nada más que averiguar junto al murete del cementerio se reunió con ellos y no se opuso cuando Waters sugirió que aquél podía ser un buen momento para hablar con los Paxton y quizá, de paso, tomar un té.

—¿Qué clase de hombre era Trevors? —preguntó Burke a Waters mientras avanzaban por la carretera.

El alguacil dejó escapar un sonido entre tos y suspiro.

—A mí no me inspiraba mucha simpatía —contestó—. Cumplió condena en una cárcel del norte por agresión. Luego, cuando lo soltaron, volvió aquí y vivió con su padre hasta que el viejo murió. A partir de ese momento se quedó solo en la granja.

—¿Y la madre?

—Murió cuando Mal era pequeño. Su marido le pegaba, pero ella nunca se quejó. El alguacil Stewart, mi predecesor, intentó hablar con ella y con su marido, pero no

servió de nada. Me figuro que Mal adquirió algunos de los malos hábitos de su padre, porque fue a prisión por dar una paliza a..., en fin, discúlpeme, señor..., a una prostituta de Manchester. Por lo que sé casi la mató. Cuando regresó aquí, se lió con una mujer, una tal Elsie Warden, que enseguida lo despachó cuando él volvió a las andadas. Hace una semana se produjo un incidente: él se presentó de noche en casa de Elsie, empeñado en hablar con ella, pero el padre y los hermanos menores lo echaron. Ya le habían dado a probar su propia medicina una vez, y no le apetecía otra dosis.

Burke y Stokes cruzaron una mirada.

—¿Los Warden podrían ser sospechosos?

—Estaban en la taberna cuando Trevors se marchó, y allí seguían cuando Fred Paxton volvió y anunció lo que había encontrado. Los Warden no habían salido del establecimiento. Incluso estaba Elsie. Por lo que a este crimen se refiere, son inocentes.

Waters se llevó la mano al bolsillo, sacó una hoja de papel doblada y se la entregó a Burke.

—He pensado que quizás esto le interese. Es una lista: incluye los nombres de todos los presentes en la taberna esa noche. He marcado con un asterisco los que no se movieron de allí desde que Trevors salió hasta que volvió Paxton.

Burke cogió la lista y la leyó. Un nombre captó su atención.

—¿La señora Allinson estaba allí esa noche?

—Y su marido. En el pueblo la noche del sábado es la gran noche. La mayoría de la gente acaba, antes o después, en la posada.

El nombre de Emily Allinson era uno de los que iban acompañados de asterisco.

—Y no salió en ningún momento —comentó Burke en voz tan baja que nadie oyó sus palabras.

Los Paxton, una pareja joven sin hijos, vivían en la zona desde hacía relativamente poco tiempo. Fred había nacido a unos treinta kilómetros al oeste de Underbury, y después de un periodo de vida urbana decidió que era hora de regresar al campo con su mujer. Habían adquirido las tierras de Underbury a un precio razonable, y ahora criaban ganado y confiaban en obtener una buena cosecha de hortalizas para venderlas al año siguiente. Ofrecieron pan y queso a los policías, y prepararon té como para toda una cuadrilla de jornaleros en una tetera enorme.

—Recuerdo que iba por el camino, pensando sólo en llegar a casa cuanto antes, y por casualidad miré a la derecha —contó Fred Paxton. Tenía el ojo izquierdo de color blanco amarillento, surcado de hilillos rojos. Al verlo, Burke evocó una imagen de su infancia: una visita a la granja de su tío en las afueras de la ciudad, donde su padre bebió leche recién ordeñada y él vio sangre en el líquido cremoso—. Había algo colgado de la cerca —prosiguió Paxton—. Parecía un espantapájaros, pero en ese campo no hay ningún espantapájaros. Salté la verja y me acerqué a echar un vistazo. Nunca había visto tanta sangre. La noté bajo las botas. Diría que Mal llevaba muerto

sólo unos minutos cuando lo encontré.

—¿Y eso por qué? —preguntó Stokes.

—Por el vaho que despedían sus entrañas —contestó Paxton sin más.

—¿Y qué hizo entonces? —quiso saber Burke.

—Volví corriendo al pueblo. Entré a toda prisa en la taberna y le dije al viejo Ken, el camarero, que mandara a alguien a buscar al alguacil, aquí presente. Unos cuantos, nada más enterarse, salieron de la taberna para ir a ver el cadáver con sus propios ojos, pero resultó que el alguacil pasaba por allí en ese momento y los acompañó.

—Y usted también volvió, imagino —dijo Stokes.

—Sí. Cuando todo acabó, me marché a casa con mi mujer, aquí presente, y le conté lo que había pasado.

Burke centró entonces su atención en la joven sentada a su izquierda. La señora Paxton no había pronunciado más de cinco palabras desde que habían llegado. Era muy menuda, de cabello oscuro y grandes ojos azules. Burke supuso que incluso podía calificársela de hermosa.

—¿Puede añadir algo a lo que su marido nos ha dicho, señora Paxton? —preguntó—. ¿Oyó o vio algo esa noche que pueda sernos útil?

Hablaba en voz tan baja que Burke tuvo que inclinarse para oírla.

—Yo estaba en la cama, ya dormida, cuando llegó Fred —contestó ella—. Cuando me contó lo de Mal Trevors..., no sé, se me revolvió algo por dentro. Fue horrible.

Se disculpó y se levantó de la mesa. Burke tomó conciencia de que se le iban los ojos detrás de ella y se obligó a fijar la atención de nuevo en los hombres que lo rodeaban.

—¿Recuerda cómo reaccionó la gente de la posada cuando dio la noticia? —preguntó a Paxton.

—Se quedaron conmocionados, supongo —respondió.

—¿También Elsie Warden se quedó conmocionada?

—Bueno, después, cuando se enteró, sí —dijo Paxton.

—¿Después?

—Según contó el doctor Allinson, Elsie empezó a encontrarse mal no mucho antes de volver yo. Su mujer estaba atendiéndola en la cocina del viejo Ken.

Burke preguntó si podía ir al lavabo con la intención de disfrutar de un poco de intimidad y reflexionar sobre lo que había averiguado hasta el momento. Fred Paxton contestó que el retrete estaba fuera y se ofreció a acompañarlo, pero Burke le aseguró que era capaz de encontrarlo él solo. Cruzó la cocina, dio con el excusado y reflexionó mientras orinaba. Cuando salió, vio a la señora Paxton tras la ventana de la cocina. Tenía el torso desnudo y se lavaba con un paño ante el fregadero. Al ver a Burke, se interrumpió; al cabo de un momento, bajó la mano derecha y dejó los pechos a la vista. Tenía el cuerpo muy blanco. Burke la miró sólo un segundo más; a

continuación, ella se volvió lentamente y le dio la espalda, una mancha blanca entre las sombras, y desapareció. Burke rodeó la casa y regresó a la sala principal por la puerta delantera. Cuando llegó, Waters y Stokes se pusieron en pie, y los cuatro salieron juntos al patio delantero. Mientras Paxton hablaba con el alguacil de asuntos locales, Stokes se acercó parsimoniosamente a la carretera, a tomar el fresco. De pronto Burke se encontró a su lado a la señora Paxton.

—Perdone —dijo—. No era mi intención abochornarla.

Ella se ruborizó un poco, pero Burke tuvo la sensación de que allí el único abochornado era él.

—No ha sido culpa suya —aseguró ella.

—Sólo una pregunta más —dijo Burke.

Ella esperó.

—¿Usted apreciaba a Mal Trevors?

La señora Paxton tardó un momento en contestar.

—No —respondió por fin—. No lo apreciaba.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Era un animal, y yo veía cómo me miraba. Nuestras tierras colindan con las suyas, y yo procuraba no quedarme nunca sola en los campos cuando él rondaba por allí.

—¿Le contó eso a su marido?

—No, pero él sabía lo que pensaba de ese hombre, desde luego.

—Se calló de pronto, consciente de que quizás ese último comentario incriminaba a Fred, pero Burke la tranquilizó.

—Descuide, señora Paxton. Ni usted ni su marido son sospechosos en este caso.

Aun así, los recelos de ella no se disiparon.

—Eso dice usted.

—Escúcheme. La persona que mató a Mal Trevors tuvo que quedar bañada en sangre después de semejante carnicería. Por lo que sé, no fue ése el caso de su marido esa noche, ¿verdad?

—No —respondió ella—. Ya veo a qué se refiere. En todo caso, no creo que Fred fuera capaz de matar a Mal Trevors... Ni a él ni a nadie, si a eso vamos. Es un buen hombre.

—Sin embargo, a pesar de la opinión que usted tenía de Trevors, se llevó un disgusto al enterarse de su muerte —comentó Burke.

Nuevamente, la señora Paxton contestó después de un silencio. Por encima del hombro de ella, Burke veía a su marido, que, ajeno ya a Waters, venía en auxilio de su mujer. Quedaba poco tiempo.

—Yo había deseado su muerte —admitió la señora Paxton en voz baja—. El día antes de morir me rozó al pasar por mi lado en la tienda del señor Little. Lo hizo con toda intención, y noté que se apretaba contra mí. Noté su... cosa. Era un cerdo, y estaba harta de no poder andar tranquilamente por nuestros propios campos. Así que,

por un momento, le deseé la muerte, y al día siguiente estaba muerto. Supongo que pensé...

—¿Que de alguna manera era usted la causante de su muerte?

—Sí.

Fred Paxton llegó junto a ellos.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó, rodeándole los hombros con el brazo en un gesto protector.

—Ahora todo va perfectamente —respondió ella.

Sonrió a su marido, pero más para calmarlo que por expresar una emoción sincera, y Burke adivinó quién tenía realmente el poder en ese matrimonio, la fuerza oculta en aquella mujer pequeña y bonita.

Y lo asaltó una repentina inquietud.

Todo va perfectamente.

Ahora que Mal Trevors ha muerto, todo va perfectamente.

A veces uno consigue lo que desea, ¿no, querido?

Para entonces ya oscurecía. Stokes comentó que el principio del invierno parecía haberse prolongado hasta febrero, porque si bien el solsticio invernal había pasado hacía ya tiempo, los días aún eran cortos en Underbury y alrededores. El alguacil Waters disuadió al inspector y al sargento de ir a ver a la familia Warden ya entrada la noche: «Son gente nerviosa, y a esas horas el viejo es muy capaz de recibir a cualquiera con una escopeta en las manos». Por tanto, los policías regresaron al pueblo, donde comieron estofado en un rincón de la posada, sin que nadie los molestara preguntándoles por su salud. Cuando acabaron, Burke anunció que quería visitar al doctor Allinson, y el sargento se prestó a acompañarlo, pero Burke rechazó cortésmente el ofrecimiento. Deseaba pasar un rato a solas, y si bien Stokes, por lo general, sabía en qué momentos debía callar en presencia del inspector, éste tendía a distraerse cuando había gente cerca. Pidió un farolillo al posadero y luego, tan pronto como las indicaciones le quedaron claras, salió a la calle y fue a pie a casa de los Allinson, a unos dos kilómetros al norte del pueblo. No brillaba una sola estrella, y Burke sintió la opresión de unas nubes invisibles.

Cuando llegó a la casa, todas las ventanas estaban a oscuras, salvo una situada bajo el alero más alto. Llamó ruidosamente y esperó, pensando que un ama de llaves abriría la puerta. Sin embargo, al cabo de unos minutos, fue la señora de la casa en persona quien, para sorpresa de Burke, salió a recibirlo.

La señora Allinson llevaba un vestido azul muy formal que la cubría desde los tobillos hasta el cuello, rematado con un sutil volante bajo la barbilla. En opinión de Burke era un tanto anticuado, pero ella lo lucía muy segura de sí misma, gracias en buena parte a su estatura y a sus delicadas facciones, así como a aquellos ojos verdes moteados que ahora observaban a Burke con cortés curiosidad y, pensó él, una

expresión un tanto risueña.

—Inspector Burke, qué sorpresa —dijo—. Mi marido no me ha avisado de su visita.

—No querría causar molestias —respondió Burke—. ¿Debo deducir, pues, que su marido no está en casa?

La señora Allinson retrocedió e invitó al policía a que entrara. Después de un silencio casi imperceptible, Burke aceptó la invitación y entró en la sala de estar tan pronto como ella encendió las luces.

—Lamentablemente ha tenido que salir por una urgencia. Así son las obligaciones de un médico de pueblo. No tardará. ¿Le apetece un té?

Burke rehusó el ofrecimiento.

—Pensaba que tendría ama de llaves, o al menos alguna forma de ayuda doméstica —comentó cuando la señora Allinson tomó asiento en un sofá y le señaló un sillón.

—Le he dado la noche libre —respondió ella—. Se llama Elsie Warden. Es una chica de aquí. ¿Conoce ya a Elsie, inspector?

Burke contestó que aún no había tenido el placer.

—Le caerá bien —aseguró la señora Allinson—. En general, Elsie cae bien a los hombres.

Burke percibió de nuevo una expresión vagamente risueña en la mirada de la señora Allinson, y pensó que se divertía a su costa, aunque no adivinaba por qué.

—Tengo entendido que estaba usted con ella la noche que murió Mal Trevors.

La señora Allinson enarcó despacio la ceja izquierda, gesto al que siguió de inmediato un asomo de sonrisa en la comisura izquierda de los labios, como si un hilo tendido entre el ojo y la boca uniera sus movimientos.

—Estaba *con* mi marido, inspector.

—¿Tiene por costumbre pasar la noche del sábado en la posada del pueblo?

—Lo dice casi como si lo desaprobara, inspector. ¿Acaso no le parece bien que las señoras hagan vida social junto a sus maridos? ¿No lo acompaña su esposa alguna vez en sus salidas nocturnas?

—No estoy casado.

—Es una lástima —dijo la señora Allinson—. Soy de la opinión que una esposa doméstica magníficamente a un hombre. Una buena mujer, como los alquimistas de antaño, puede convertir en oro el plomo del que están hechos la mayoría de los hombres.

—Sólo que los alquimistas fracasaron en sus esfuerzos —repuso Burke—. El plomo siguió siendo plomo. Imagino que al difunto Mal Trevors podría considerársele como un hombre de plomo, ¿no opina usted?

—Mal Trevors era metal corrompido —respondió la señora Allinson con desdén—. A mi juicio, será de más provecho para la tierra ahora, debajo de ella, que cuando caminaba por encima. Así al menos será pasto de los gusanos y nutrirá las plantas. Un

alimento pobre, lo admito, pero sustento al fin y al cabo.

Burke no hizo comentario alguno ante semejante exteriorización de un sentimiento.

—Según parece, son pocos los que tienen algo bueno que decir sobre el difunto señor Trevors —observó—. Sospecho que el panegírico será breve.

—La palabra exacta sería más bien «sucinto», pienso yo, y ese hombre no merecería ni el menor de los panegíricos. ¿Tiene ya alguna teoría acerca de la causa de su muerte? En el pueblo hablan de un animal salvaje, pero mi marido desecha esa posibilidad.

—No descartamos ninguna posibilidad —respondió Burke—. Pero parece que nos hemos apartado del tema. Volvamos a la señorita Elsie Warden. Tengo entendido que se sintió indispuesta la noche que murió Mal Trevors.

—Tuvo un momento de debilidad —admitió la señora Allinson—. Cuidé de ella lo mejor que pude.

—¿Puedo preguntarle el motivo?

—Puede preguntárselo a Elsie Warden si lo desea. Yo no soy quien para revelarles tales detalles.

—Pensaba que sólo los médicos se sometían al juramento hipocrático.

—Las mujeres también tienen sus juramentos, inspector, y ni el mismísimo Hipócrates las igualaría en discreción cuando optan por el silencio. Pero siento curiosidad por saber quién le ha hablado de la indisposición de Elsie Warden.

—Sintiéndolo mucho, no puedo decírselo —respondió Burke—. También los policías tienen sus secretos.

—Da igual —dijo la señora Allinson—. Supongo que no tardaré en enterarme.

—Salta a la vista que Elsie Warden confía mucho en usted, para llevar tan poco tiempo en el pueblo.

La señora Allinson ladeó un poco la cabeza y observó a Burke con renovado interés, o mejor dicho igual que un gato que de pronto ve cómo el ratón con el que está jugueteando realiza un intento imprevisto pero abocado al fracaso de recuperar la libertad, con el rabo firmemente atrapado bajo la pata del felino en todo momento.

—Elsie es una joven fuerte —repuso la señora Allinson con mayor cautela, pensó Burke, de la que había mostrado previamente—. Este pueblo no destaca por su tolerancia con las mujeres fuertes.

—Disculpe, pero no entiendo —respondió Burke.

—Aquí ahorcaron a tres brujas hace muchos años —explicó la señora Allinson—. Esas tres mujeres murieron en el centro del pueblo, y otras se consumieron en la cárcel hasta que también varias de ellas murieron. Todavía se las conoce como las brujas de Underbury, y sus cuerpos yacen enterrados junto al cementerio.

—Aquellas tres losas —dijo Burke.

—¿Las ha visto?

—No sabía qué eran, aunque he sospechado que indicaban la existencia de

tumbas —respondió Burke—, y me ha sorprendido ver losas conmemorativas fuera del cementerio.

—No creo que las losas se colocaran allí en conmemoración de las tres mujeres asesinadas —dijo la señora Allinson—. Cada losa tiene una cruz grabada en su cara inferior. La superstición que causó sus muertes las siguió hasta la sepultura.

—¿Cómo sabe lo de esas cruces?

—Por los anales del pueblo. En un lugar tan pequeño como éste, una tiene que entretenerse como puede.

—Aun así, vivimos en tiempos más ilustrados, y Underbury ya no es lo que era.

—¿Habría considerado a Mal Trevors un hombre ilustrado, inspector?

—No llegué a conocerlo; sólo vi sus restos. En cuanto a su personalidad, dispongo únicamente del testimonio de terceros.

—¿Por qué no se ha casado, inspector? —preguntó de pronto la señora Allinson—. ¿Por qué no hay una mujer en su vida?

Esta vez fue Burke quien contestó con cautela.

—El trabajo ocupa la mayor parte de mi tiempo —empezó, sin saber por qué se molestaba siquiera en dar explicaciones a esa mujer, como no fuera para averiguar algo más sobre ella—. Por otro lado, es posible que no haya encontrado a la mujer adecuada.

La señora Allinson se inclinó un poco hacia él.

—Sospecho —dijo— que para usted no existe ninguna mujer «adecuada». Dudo que le gusten las mujeres, inspector. No en el sentido físico —se apresuró a añadir—, porque estoy segura de que tiene apetitos como la mayoría de los hombres. Más bien me refiero a que no le gustan psicológicamente. Tal vez desconfía de las mujeres, quizás incluso las desprecia. No las comprende, y por esa razón las teme. Sus apetitos, sus emociones, el funcionamiento de sus cuerpos y sus cerebros, todo eso a usted le resulta ajeno, y por ese motivo les tiene miedo, igual que los hombres de Underbury temían a las mujeres a quienes llamaban brujas y las ahorcaban entre la nieve del invierno.

—A mí no me dan miedo las mujeres, señora Allinson —aseguró Burke, un poco más a la defensiva de lo que pretendía.

La señora Allinson sonrió antes de volver a hablar, y Burke recordó la leve sonrisa en el rostro de la señora Paxton cuando tranquilizó a su marido horas antes ese mismo día. Oyó que unos pasos se acercaban a la casa, su ritmo era un poco desacompañado y supo que el doctor Allinson había regresado. Sin embargo mantuvo la mirada fija en la señora Allinson, atrapado en las profundidades de aquellos ojos verdes.

—Sinceramente, inspector, no sé si eso es verdad —dijo ella, indiferente a la ofensa que podía causarle—. De hecho, no creo que sea verdad en absoluto.

El doctor Allinson se reunió con ellos, y su mujer, una vez transcurrido el tiempo que consideró oportuno, anunció que se retiraba a descansar.

—Sé que volveremos a vernos, inspector —dijo antes de dejarlos—. Esperaré ese momento con interés.

Burke se quedó allí una hora más en compañía de Allinson, sin averiguar apenas nada nuevo pero alegrándose de poder intercambiar teorías con alguien que poseía un conocimiento tan íntimo de la fisiología. Allinson se ofreció a llevarlo de vuelta al pueblo, pero Burke, que prefería volver solo, aceptó únicamente un poco de coñac para que le diera calor durante el camino.

Burke se arrepintió de haber tomado el coñac nada más ponerse en marcha, ya que sí le proporcionó calor, pero también le empañó la mente, y el frío sirvió de poco para despejarlo. Estuvo a punto de resbalar en dos ocasiones antes de llegar siquiera a la carretera, y una vez en el asfalto permaneció en el centro, temiendo por su seguridad si se acercaba a la cuneta. Llevaba sólo unos minutos caminando cuando oyó movimiento entre los arbustos a su derecha. Se detuvo y aguzó el oído, pero la presencia entre los matorrales también había dejado de moverse. Burke, al igual que Stokes, era un hombre de ciudad hasta la médula, y supuso que por aquellos lares debía de haber un sinfín de animales nocturnos; sin embargo, lo que había al otro lado de la maleza era de un tamaño considerable. Tal vez se trataba de un tejón, pensó, o de un zorro. Siguió adelante, con el farolillo en alto, y sintió que algo le rozaba el abrigo. Se volvió de inmediato y alcanzó a ver un destello negro justo cuando la criatura se adentraba en la maleza a su izquierda. Había cruzado la carretera por detrás de él, tan cerca que lo había tocado al pasar.

Burke se llevó la mano a la espalda y se palpó el abrigo. Se le adhirió a los dedos algo oscuro y fácilmente desmenuzable, como trozos de papel chamuscado. Se los examinó acercándolos a la luz del farolillo y se los llevó a la nariz para olerlos.

Sin duda olían a quemado, pensó, pero no a papel. Burke revivió un incidente ocurrido unos años antes. Se había visto obligado a entrar en una casa a punto de ser devorada por el fuego en un intento de sacar de allí a cualquier superviviente antes de que el edificio se viniera abajo. Sólo encontró a uno, una mujer, y cuando dio con ella, ya tenía graves quemaduras en el cuerpo. Expiró en la calle frente al edificio, pero Burke recordaba que le quedaron fragmentos de piel adheridos a las manos, y nunca olvidaría el olor de aquel cuerpo. Por eso rara vez comía cerdo: el olor del cerdo asado se parecía mucho al de la carne humana quemada. Ése era el olor que desprendían ahora sus dedos.

Se limpió en el abrigo lo mejor que pudo y, apretando el paso, continuó hacia el pueblo, oyendo el ruido de sus propias pisadas en la carretera, consciente en todo momento de que lo seguían a través de los matorrales. Por fin llegó al término de Underbury y la criatura se detuvo antes de la primera casa. Burke, con la respiración

agitada, escrutó la negrura entre la maleza. Por un instante creyó ver una mancha más oscura en ella, una figura entre las sombras, pero desapareció casi al mismo tiempo en que detectó su presencia. Así y todo, esa forma se le quedó grabada y la vio en sueños durante la noche: el contorno de las caderas, la turgencia de los pechos.

Era la figura de una mujer.

A la mañana siguiente, Stokes y Burke, acompañados por Waters, cruzaron el pueblo en coche y siguieron hasta la granja donde vivían Elsie Warden y su familia. Burke permaneció en silencio durante el recorrido. No habló de lo que le había sucedido la noche anterior durante el camino de vuelta a Underbury, pero había dormido mal y el hedor de la carne quemada parecía impregnar su almohada. En una ocasión lo despertó un golpeteo en la ventana, pero cuando se acercó a mirar, fuera todo era quietud y silencio; aun así, habría jurado, por un momento, que junto al alféizar el olor a grasa asada era más intenso. Soñó que la señora Paxton lo miraba a través del cristal con los pechos a la vista, pero en el sueño su rostro era el de la señora Allinson, y el verde de sus ojos se había tornado negro azabache.

Los hermanos de Elsie Warden, demasiado jóvenes para alistarse, estaban en los campos, y su padre se había marchado a un pueblo cercano por un asunto personal, así que cuando llegaron los policías, sólo encontraron allí, en la cocina, a Elsie y a su madre. Les ofrecieron té, pero ellos lo rehusaron.

En realidad, Burke no sabía muy bien cuál era el motivo de su visita a la granja, aparte de la mala relación existente entre la familia Warden y el difunto Mal Trevors. La señora Warden se mostró hosca y remisa ante las preguntas, y Burke la vio lanzar miradas ocasionales hacia la ventana que daba a los campos de la familia con la esperanza de ver a sus hijos regresar de sus labores. Elsie Warden estuvo más comunicativa, y a Burke le sorprendió un poco ver tanto aplomo en una muchacha criada en una familia compuesta casi íntegramente por hombres.

—Esa noche estábamos todos en la taberna —explicó a Burke—. Mi madre, mi padre, mis hermanos y yo. Todos nosotros. Aquí es la costumbre: la noche del sábado es especial.

—Pero ¿conocía usted a Mal Trevors?

—Intentó cortejarme —contestó ella. Con la mirada, desafió a Burke a poner en duda que existieran buenas razones para que un hombre le fuera detrás. El inspector no pretendía discutirsele. Elsie Warden tenía una exuberante mata de cabello oscuro, las facciones delicadas y un cuerpo que al sargento Stokes, pese a sus esfuerzos, no le pasaba inadvertido.

—¿Y cómo reaccionó usted a sus insinuaciones?

Elsie Warden apretó los labios en un mohín recatado.

—¿Qué quiere decir con eso? —repuso.

Burke notó que se ruborizaba. A Stokes pareció darle de pronto un ataque de tos.

—Quería decir... —empezó a explicar Burke, preguntándose qué había querido decir exactamente, cuando de pronto Stokes acudió al rescate.

—Creo, señorita, que el inspector desea saber si Mal Trevors era de su agrado, o si llamaba a la puerta equivocada, por así decirlo.

—Aaah —dijo Elsie, como si sólo entonces comenzara a entender el derrotero que iba tomando la conversación—. Era bastante de mi agrado..., al principio.

—A Elsie siempre le han atraído los sinvergüenzas —intervino su madre, pronunciando una frase entera por primera vez desde la llegada de los policías.

Mantuvo la cabeza gacha mientras hablaba, sin mirar a su hija. Burke se preguntó si acaso la anciana temía a la muchacha. Elsie Warden irradiaba vida y energía, y saltaba a la vista que poseía la capacidad de despertar sentimientos poderosos en los hombres. Había en ella algo fascinante, sobre todo viéndola allí, en aquella lóbrega cocina, sentada junto a la figura consumida de su madre.

—¿Y Mal Trevors era un sinvergüenza? —preguntó Burke.

Elsie volvió a recurrir a la expresión de recato, pero esta vez un tanto vacilante.

—Creo que usted ya sabe cómo era Mal Trevors —respondió.

—¿Llegó a hacerle daño?

—Lo intentó.

—¿Y qué paso?

—Le pegué y me eché a correr.

—¿Y después?

—Vino a buscarme.

—Y por la molestia se llevó una paliza.

—De eso no sé nada —contestó ella.

Burke movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Sacó el cuaderno del bolsillo y pasó las hojas, pese a que no necesitaba echarle un vistazo para guiar sus pensamientos. Había observado que a veces el mero hecho de consultar sus anotaciones bastaba para desconcertar a un individuo sometido a interrogatorio policial. Le complació ver que Elsie Warden alargaba un poco el cuello, como para distinguir qué podía haber escrito en el cuaderno.

—Me han dicho que se sintió indispuesta la noche que Mal Trevors murió —comentó.

Elsie Warden dio un respingo. Fue una reacción mínima, pero suficiente para Burke, que se limitó a aguardar, observando a Elsie mientras ésta analizaba las posibles respuestas. Burke percibió un cambio en la muchacha: el encanto escapaba lentamente de ella y desaparecía entre las rendijas del suelo para dar paso a lo que sólo podía describirse como una forma de ferocidad contenida.

—Es verdad —contestó ella.

—¿Antes o después de enterarse de la muerte de Mal Trevors?

—Antes.

—¿Puedo preguntarle cuál era su dolencia?

—Puede preguntármelo si no le importa pasar vergüenza —replicó la joven.

—Correré el riesgo —respondió Burke.

—Tuve el mes —explicó—. El periodo. ¿Contento?

Burke no dio señales de quedar contento ni descontento. Underbury le estaba permitiendo ejercitarse en la muy necesaria práctica de ocultar cualquier forma de vergüenza que pudiera sentir.

—¿Y la señora Allinson la auxilió?

—Así fue. Después me llevó a casa y cuidó de mí.

—Debió de ser muy severo, para necesitar sus atenciones.

Notó que Stokes inhalaba aire bruscamente, e incluso Waters se sintió impulsado a intervenir.

—Inspector, ¿no le parece que ya hemos ido demasiado lejos? —preguntó.

Burke se puso en pie.

—Por ahora —contestó.

De repente se tambaleó, víctima, al parecer, de un momento de debilidad. Dio un trompicon y, antes de encontrar apoyo en la repisa de la chimenea, rozó a Elsie Warden.

—¿Se encuentra bien, señor? —Stokes había acudido en su ayuda.

—Estoy bien —respondió—. Sólo ha sido un ligero mareo.

Ahora Elsie Warden estaba de espaldas a él.

—Disculpe, señorita —dijo—. Espero no haberle hecho daño.

Elsie negó con la cabeza y se volvió hacia él. Burke la notó un poco más pálida que antes y vio que tenía las manos cruzadas ante el pecho.

—No —respondió—. No me ha hecho daño.

Burke respiró hondo, dio las gracias a las dos mujeres y se marchó. La señora Warden los acompañó hasta la puerta.

—Es usted un grosero —le dijo a Burke—. Mi marido se enterará de esto.

—No lo dudo —contestó él—. Yo que usted atendería a su hija. Se la ve enferma.

De regreso al pueblo, no cruzó palabra con Stokes y Waters, cuya desaprobación era manifiesta. Optó por pensar en Elsie Warden, y en la expresión de dolor que había asomado a su rostro cuando rozó su cuerpo.

Y en las recientes manchitas de sangre en su blusa, casi ocultas, pero no del todo, bajo sus brazos cruzados.

Mal Trevors recibió sepultura en el camposanto al día siguiente. Pese a sus conocidas carencias como ser humano, asistió mucha gente al entierro, ya que en un pueblo como Underbury un funeral cumplía una función social que iba más allá de la simple inhumación de un cadáver. Era una oportunidad para intercambiar información, reunirse y hacer cábalas. Cuando Burke miró alrededor de la tumba, vio caras que ya le resultaban familiares tras su breve estancia en el pueblo. Allí estaban los Warden, y la familia al completo puso de manifiesto su rechazo a Burke sólo mediante miradas hostiles, sin llegar al uso declarado de la fuerza. También estaban

los Allinson y los Paxton. Al concluir la ceremonia, Burke vio que Emily Allinson se separaba de su marido cuando éste se encaminó hacia Burke y Stokes. La señora Allinson, paseando junto al murete del cementerio, miró por encima de los campos en dirección al lugar donde había muerto Mal Trevors. Cruzó unas palabras con Elsie Warden al pasar a su lado, y ambas echaron un vistazo a Burke y se rieron antes de seguir cada una por su camino. La señora Paxton parecía mantenerse a distancia de las dos, pero Emily Allinson la acorraló y apoyó una mano en su brazo, un gesto íntimo y a la vez un tanto conminatorio, ya que mantuvo a la señora Paxton en el sitio mientras su alta y elegante interlocutora se inclinaba para hablar con ella.

—¿Qué opina de eso, señor? —preguntó Stokes.

—¿Un saludo cordial, quizá?

—A mí no me parece muy cordial.

—No, no lo parece, ¿verdad que no? Tal vez convenga tener otra charla con la señora Paxton.

Para entonces, Allinson ya llegaba junto a ellos.

—¿Algún avance en la investigación? —quiso saber.

—Los progresos son lentos pero seguros —respondió Burke, que sintió una leve punzada de culpabilidad al recordar la aparición de la mujer del médico en su sueño.

—He oído decir que tiene un poco alterados a los Warden.

—¿Han hablado de nuestra visita?

—La madre apenas ha hablado de otra cosa. Por lo visto, opina que sus modales dejan mucho que desear. A su juicio, alguien debería darle una lección.

—¿Hay algún candidato para esa misión?

—Según parece, no faltan. La familia Warden es numerosa, amplia y predominantemente masculina. Yo que usted me guardaría las espaldas, inspector.

—Tengo aquí al sargento Stokes para guardármelas —repuso Burke—. Así dispongo de libertad para observar a otras personas.

Allinson sonrió.

—Bien. Espero que no tenga usted motivos para solicitar mis servicios profesionales.

—Eso mismo espero yo, se lo aseguro —afirmó Burke—. Dígame una cosa: ¿su mujer sabe algo de medicina?

—Las esposas de los médicos suelen saber algo de eso. Pero la señora Allinson tiene el título de comadrona, y sus conocimientos van mucho más allá. No puede ejercer la medicina, claro está, pero sabe qué hacer si se presenta una urgencia.

—Así pues, las mujeres de Underbury son afortunadas de tenerla —declaró Burke—. Muy afortunadas, ciertamente.

El resto del día aportó poco a la información acumulada por los dos policías. Con la ayuda del alguacil Waters, completaron los interrogatorios de todos aquellos que

habían estado presentes en la posada la noche de la muerte de Mal Trevors, y empezaron a hablar con muchos de quienes no estaban presentes. Entre éstos, eran pocos los que podían decir algo bueno del difunto, pero ninguno tenía el menor vínculo con los sucesos de aquella noche, y para cuando oscureció, la natural propensión al silencio de Burke había degenerado en hosquedad. Se despidió de Waters con un parco «buenas noches», se detuvo por un momento para cruzar unas palabras con su sargento y subió a su habitación, donde se quedó sentado en la cama durante el resto de la velada, levantándose sólo para recoger la cena en su puerta.

Pasado un rato, debió de dormirse, porque cuando abrió los ojos la habitación estaba más oscura de lo que él recordaba y la posada más silenciosa. Ni siquiera era consciente de por qué se había despertado, hasta que oyó unas voces que susurraban bajo su ventana. Burke se levantó de la cama y se acercó al cristal, procurando ocultarse entre las sombras. Abajo, en el patio, había dos mujeres, y a la exigua luz que se filtraba desde la posada distinguió los rostros de Emily Allinson y la señora Paxton. Parecían discutir, ya que la señora Allinson hincaba el dedo en el aire ante la señora Paxton, más baja y morena. Burke no captó las palabras, pero de pronto la señora Allinson se alejó. Unos segundos después la señora Paxton la siguió, pero para entonces Burke ya iba escalera abajo.

Salió de la posada, atravesó el patio y al cabo de un momento seguía a las dos mujeres por la carretera que salía del pueblo. Iban en dirección a la casa de los Paxton, pero en cuanto la señora Paxton alcanzó a la señora Allinson se desviaron de la carretera y continuaron campo a través. Parecían encaminarse hacia el lugar donde había muerto Mal Trevors, y al final Burke las vio llegar a la pequeña verja de la cerca, abrirla y avanzar hacia el murete del cementerio. El inspector, con la ayuda de las nubes que tapaban la luna, procuró ocultar su presencia como buenamente pudo. Se hallaba casi en la verja cuando las mujeres se detuvieron y se volvieron hacia él.

—Bienvenido, inspector —saludó la señora Allinson. Dio la impresión de que no la sorprendía verlo allí. A decir verdad, Burke habría dicho que parecía más bien complacida, y supo entonces que había caído de cuatro patas en una trampa. La señora Paxton guardó silencio y mantuvo la cabeza gacha, reacia siquiera a mirarlo.

Burke oyó acercarse unos pasos a sus espaldas. Al volverse, vio a Elsie Warden avanzar despacio a través de la hierba, rozando con las manos las puntas de los tallos más altos. Se detuvo cuando se hallaba a poco más de cinco metros de él. La señora Paxton, por su parte, se alejó de la señora Allinson, y Burke quedó en el centro del triángulo formado por las tres mujeres.

—¿Así es como acabaron con Mal Trevors? —preguntó.

—Nosotras no le pusimos la mano encima a Mal Trevors —respondió la señora Allinson.

—No fue necesario —añadió Elsie.

Burke iba girando sobre su propio eje a fin de tener siempre a la vista a dos de las mujeres, con la esperanza de que sus reflejos le permitieran evitar el posible ataque

de la tercera.

—Sospecho que tiene heridas en el pecho, señorita Warden —dijo Burke.

—Y en el cuero cabelludo —contestó ella—. Me defendí. Tenía la mano muy larga, ese Mal.

—¿Y por eso lo atacó?

—Por así decirlo —intervino la señora Allinson.

—Lamento decir que no lo entiendo.

—Ya —dijo la señora Allinson—. Pero enseguida lo entenderá.

Burke sintió cómo se movía el suelo ligeramente bajo sus pies. Temiendo precipitarse en algún abismo horrendo, se apartó de un salto. Junto al murete del cementerio, unos fragmentos de piedra saltaron por el aire a una altura de medio metro y dejaron tras de sí unos orificios abiertos. Oyó un aullido, como el de una impetuosa ráfaga a través de un túnel, y de repente algo le arañó la cara y le dejó unas heridas paralelas en la mejilla y la nariz. Tambaleante, retrocedió con los brazos en alto para protegerse y vio cómo se le rasgaba la pechera del abrigo por obra de unas garras invisibles. Percibió el olor de un aliento fétido, y por un momento creyó advertir una perturbación en el aire, como el temblor que se produce en verano al elevarse el calor del suelo. Poco a poco aquella forma se volvió más nítida, y Burke vio, aunque indistintos, los contornos de unos pechos y unas caderas.

Ya con un objetivo a la vista, Burke atacó. Lanzó el puño hacia la figura que se hallaba ante él. La traspasó sin encontrar apenas resistencia, pero vio a Emily Allinson echar hacia atrás la cabeza bruscamente. La sangre manó a borbotones de su nariz. Burke intentó asestar otro golpe, pero fue agredido desde atrás antes de conseguirlo. Sintió un desgarrón en el cuero cabelludo, y un líquido tibio le corrió por el cuello. Intentó ponerse en pie, pero algo tiró de su mano derecha y lo obligó a levantar el brazo. Experimentó un intenso dolor en tres dedos, y la marca de unos dientes se dibujó en la piel de sus nudillos. A cierta distancia, junto a la cerca, vio a Elsie Warden apretar los dientes.

Elsie sacudió la cabeza con furia, y Burke, con creciente dolor, vio cómo le cercenaban los dedos. Cerró los ojos y se preparó para morir. En ese momento, oyó un sonido atronador en la oscuridad y una voz familiar que decía:

—Ya basta.

A Burke le pesaban los párpados y la sangre goteaba de sus pestañas cuando por fin consiguió abrir los ojos. El sargento Stokes se hallaba junto al murete del cementerio y empuñaba una escopeta.

«Se lo ha tomado usted con calma», pensó Burke.

Alcanzó a ver una perturbación en el aire que se movía rápidamente hacia Stokes. Una vez más le pareció distinguir una silueta de mujer. El cuerpo era perfecto, y una larga melena rubia ondeaba a sus espaldas mientras reptaba por el suelo en dirección a Stokes para atacarlo. Trató de prevenir a su sargento, pero no le salieron las palabras. Notó que le tiraban del pelo y sintió unos dientes en el cuello.

Stokes vio la presencia cuando la tenía casi encima. Instintivamente volvió la escopeta y disparó.

Por un momento no ocurrió nada. Luego, poco a poco, Emily Allinson abrió la boca y brotó de ella un gran chorro rojo. Se balanceó y la parte delantera de su vestido verde se oscureció. Burke oyó un grito. Parecía proceder de debajo del suelo, y Elsie Warden lo repitió al instante como un eco. Le soltaron el pelo y cayó de bruces a tierra. Notó un peso en la espalda cuando una presencia invisible lo pisó para pasar por encima de él. Burke tendió la mano izquierda y agarró una piedra del suelo. Con la poca fuerza que le quedaba se irguió, se sentó a horcajadas sobre aquello y le estampó la piedra en la cabeza. Sintió cómo se movía bajo su cuerpo, aunque sólo lo veía como un temblor en el aire. La piedra alcanzó su objetivo, y aquella cosa se convulsionó bajo él.

A sus espaldas, el cráneo de Elsie Warden se partió. Ésta puso los ojos en blanco y cayó muerta.

Stokes corría hacia él a la vez que recargaba la escopeta. Permanecía atento a la señora Paxton, pero ella retrocedía, con una mueca de terror y repugnancia en su semblante. Se dio media vuelta y se echó a correr por los campos en dirección a la casita que compartía con su marido. Stokes alzó la voz, conminándola a detenerse.

—Deje que se vaya —dijo Burke—. Sabemos dónde encontrarla.

Y se desplomó, inconsciente.

Llegó el verano y el ropaje de las mujeres iluminó las calles.

Los dos hombres se encontraron en un bar cerca de Paddington. El local estaba tranquilo, retirados ya los bebedores de la hora del almuerzo y ausente todavía la clientela vespertina. Uno de ellos era más delgado y quizás algo más joven que el otro, y llevaba la mano derecha enguantada. Su acompañante colocó dos cervezas en la mesa y se sentó contra la pared.

—¿Cómo va esa mano, señor? —preguntó Stokes.

—Aún me duele un poco —contestó Burke—. Es curioso. Siento las terminaciones de los dedos, pese a que ya no los tengo. Es raro, ¿no le parece?

Stokes se encogió de hombros.

—Si le soy sincero, señor, yo ya no sé qué es raro y qué no.

Levantó el vaso y bebió un largo trago.

—Como sabe, ya no tiene que llamarme «señor» —señaló Burke.

—No me sale llamarlo de ninguna otra manera —respondió Stokes—. Por mi parte, echo de menos que me llamen «sargento». He intentado convencer a mi señora para que me llame así y poder oír otra vez esa palabra, pero ella no se presta.

—¿Cómo le va en el banco?

—Es un trabajo tranquilo —respondió—. No me gusta mucho, la verdad, pero me mantiene ocupado. El dinero también ayuda.

—Sí, de eso estoy seguro.

Permanecieron en silencio hasta que Stokes dijo:

—¿Todavía piensa que hicimos bien callándonos todo lo que vimos?

Hacía meses que los dos hombres no se veían, pero nunca se habían andado con rodeos a la hora de plantear un asunto que los preocupaba.

—Sí —contestó Burke—. Aunque lo hubiésemos contado, no nos habrían creído. La señora Allinson tenía mi sangre y mi piel en las uñas, y las señales de dientes en mi mano se correspondían con los dientes de Elsie Warden. Me atacaron. Eso revelaron las pruebas, ¿y quiénes éramos nosotros para discrepar de las pruebas?

—Matar a mujeres... —dijo Stokes—. Supongo que no les quedó más remedio que despacharnos.

—Sí, eso supongo yo.

Burke miró a su antiguo sargento y apoyó la mano ilesa en el brazo del hombre de mayor edad.

—Pero no lo olvide: usted no mató a ninguna mujer. No disparó contra una mujer, ni yo golpeé a ninguna. A ese respecto tenga la conciencia tranquila.

Stokes asintió.

—He oído decir que han soltado a la Paxton —comentó.

—Confirmó nuestra versión. Sin su testimonio, nos habría ido mucho peor.

—Aun así, no me parece justo.

—Deseó la muerte de un hombre. Dudo que imaginase que el deseo se haría realidad, y no creo que quisiera participar en lo que las otras dos se proponían. Fue débil, pero no hizo nada malo. O al menos nada que podamos demostrar.

Stokes echó otro trago.

—Y ese pobre desdichado, Allinson...

—Sí, pobre Allinson —coincidió Burke.

El médico se quitó la vida varias semanas después del incidente de Underbury. Nunca culpó a Stokes o Burke por el papel que desempeñaron en la muerte de su esposa.

Burke se pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia pensando en esa noche, haciendo juegos malabares con hechos y sospechas, pero nunca consiguió encajarlos a su entera satisfacción en forma de teoría coherente. Un pueblo despojado de hombres; la llegada de una mujer fuerte, la señora Allinson; la amenaza que representó Mal Trevors para Elsie Warden y, quizá, la señora Paxton, y la respuesta a esa amenaza, que había causado la muerte de Trevor y el posterior ataque a Burke y Stokes. Burke aún no había podido, ni querido, dar nombre a esa respuesta. Ahora conocía mejor la historia de las brujas de Underbury y su cabecilla Ellen Drury, quemada mientras la ahorcaban. La posesión, el término que Stokes había empleado después, era una posibilidad. Pero a Burke se le antojaba insuficiente. Para él, se trataba de otra cosa. Estaba convencido de que aquello había surgido de dentro de las tres mujeres, no únicamente de una fuerza exterior, pero la verdad era que nunca

había comprendido muy bien al sexo bello.

Apuraron las cervezas y se separaron en la calle con vagas promesas de verse otra vez, aunque ambos sabían que no sería así. Burke se marchó en dirección al Hyde Park; Stokes, por su parte, se detuvo en una floristería para comprarle unos claveles a su esposa. Ninguno de los dos vio a la mujer menuda y morena que, muy atenta, los observaba desde las sombras de un callejón. El aire tembló en torno a ella, como distorsionado por el calor veraniego, y los transeúntes percibieron un leve olor a carne asada.

La señora Paxton tomó una determinación y lentamente siguió a Burke hacia el parque.

El mono del tintero

El señor Edgerton padecía el característico bloqueo del escritor. Era ése, como no tardó en comprender, un mal de lo más angustioso. Una gripe podía obligar a un hombre a guardar cama durante un día o dos, y aun así era capaz de seguir con sus elucubraciones mentales. La gota podía causarle un sufrimiento atroz, y aun así era capaz de coger la pluma con los dedos y convertir el dolor en peniques. Pero ese bloqueo, esa barrera a todo avance, había convertido al señor Edgerton prácticamente en un lisiado. Su cabeza no funcionaba, sus manos no escribían, y sus facturas se quedaban sin pagar.

A lo largo de una trayectoria que abarcaba ya casi dos décadas, nunca se había topado con semejante obstáculo en el ejercicio de su profesión. Durante ese tiempo había producido cinco novelas de moderado éxito, sin ser nada del otro mundo; unas memorias que en realidad debían más a la invención que a las vivencias, y una recopilación de poemas que, siendo generosos, podía describirse como una obra donde las posibilidades del verso libre se forzaban hasta los límites de lo aceptable.

El señor Edgerton se ganaba modestamente la vida escribiendo sin parar, basándose en la firme pero tácita convicción de que si producía una cantidad suficiente de material, al final saldría por fuerza algo de cierta calidad, aunque sólo fuera por puro cálculo de probabilidades. El periodismo, escribir a la sombra de otros, la versificación, la editorialización, nada quedaba fuera del alcance de sus limitadas aptitudes. Así y todo, durante los últimos seis meses, lo más cercano a un proyecto literario que había elaborado era la lista de la compra semanal. Ante él se extendía una auténtica tundra de páginas sin estrenar, y el reluciente plumín de su estilográfica permanecía inmóvil sobre ellas como un explorador remiso. Tenía la mente en blanco, extraídos de ella los jugos creativos, sólo quedaba el cascarón seco de la frustración y la perplejidad. Empezó a tenerle miedo a su mesa, antes su querida compañera, reducida ahora al rango de amante infiel, y le dolía mirarla. El papel, la tinta, la imaginación, todo eso lo había traicionado dejándolo extraviado y solo.

Al principio el señor Edgerton casi había agradecido la oportunidad de dar reposo a sus músculos creativos. Tomaba café con aquellos menos afortunados que él, tranquilo en la convicción de que un breve paréntesis en su producción difícilmente mermaría su prestigio entre los demás como creador prolífico de material apto. Asistía a los mejores espectáculos y se aseguraba de hacerse notar ocupando su butaca en el último momento. Cuando le preguntaban por sus recientes empresas, se limitaba a esbozar una sonrisa misteriosa y a tocarse el lado de la nariz con el dedo índice, gesto con el que el señor Edgerton pretendía insinuar que tenía entre manos la realización de una gran obra literaria, pero que más bien causaba la lamentable impresión de que un irritante fragmento de rapé se hubiera alojado en sus fosas nasales y se negara a salir.

Pero al cabo de un tiempo el señor Edgerton dejó de asistir a veladas musicales, y

sus compañeros se vieron obligados a buscar otras fuentes de esparcimiento en las cafeterías de la ciudad. Las conversaciones sobre el arte de escribir empezaron a atribularlo, y ver a aquellos cuyos jugos creativos fluían más libremente que los suyos aumentaba su padecimiento. Se encontró con que era incapaz de reprimir cierto encono en su voz cuando hablaba de esas almas más favorecidas, despertando de inmediato los recelos de sus colegas menos prolíficos, ya que si bien éstos estaban más que dispuestos a arremeter contra la reputación ajena con ocurrencias mordaces o anécdotas poco halagüeñas, eludían el uso de insultos groseros y, de hecho, cualquier forma de comportamiento que pudiera inducir a un oyente fortuito a sospechar que ellos no eran superiores a sus rivales en talento, éxito y elogios de la crítica. El señor Edgerton llegó a temer incluso que sus silencios lo delataran, empañados ahora por las cavilaciones y la frustración, y por consiguiente fue reduciendo sus apariciones en sociedad hasta suprimirlas por completo. En realidad, sus colegas no se preocuparon más de lo necesario por su ausencia. Habían tolerado a regañadientes su moderado éxito. Ahora, viendo en él la mancha del fracaso, se regodeaban en su malestar.

Por si eso fuera poco, desde hacía un tiempo el señor Edgerton venía notando el billetero decididamente ligero, y nada apaga más el entusiasmo de un hombre por la vida que el bolsillo vacío. Al igual que un roedor atrapado entre los anillos de una gran serpiente constrictora, descubrió que cuanto más luchaba contra su situación, más crecía la presión sobre él. La necesidad, escribió Ovidio, es la madre del ingenio. Para el señor Edgerton, la desesperación era, por lo visto, el padre de la desesperanza.

Y por tanto, una vez más, salió a errar por las calles, echando la red en los grandes ríos de gente de la ciudad con la esperanza de pescar una sola idea. Al cabo de un rato llegó a Charing Cross Road, pero los kilómetros de estantes llenos de libros lo deprimieron aún más, sobre todo porque no encontró ninguno suyo entre todos ellos. Cabizbajo, atajó por Cecil Court y se encaminó hacia Covent Garden por si la efervescencia del mercado espoleaba su adormecido subconsciente. Ya cerca de Magistrates Court algo captó su atención en el escaparate de una pequeña tienda de antigüedades. Allí, medio oculto detrás de una urraca disecada y un retrato enmarcado del general Gordon, había un tintero ciertamente excepcional.

Era de plata, de unos diez centímetros de altura, y tenía la base lacada y adornada con caracteres chinos. Pero lo más llamativo era el diminuto mono momificado en lo alto del tapón, sujeto al borde con los dedos rematados en uñas, y cuyos ojos oscuros resplandecían bajo el sol del verano. Obviamente era una cría de su especie, quizás incluso un feto, pues no medía más de ocho centímetros, y de color predominantemente gris salvo por la cara, ennegrecida en torno a la boca como si el mono hubiese sorbido su propia tinta. Se trataba, sin duda, de una criatura espantosa, pero el señor Edgerton había adquirido el gusto por lo grotesco propio de un hombre civilizado, y se apresuró a entrar en la tienda en penumbra para informarse acerca de la naturaleza de ese artículo en particular.

Como el señor Edgerton vio, el dueño del comercio presentaba un aspecto casi tan desagradable como el de la criatura que había captado su atención, hasta el punto de que en cierto modo parecía que el hombre era el padre del mono. Tenía demasiados dientes para el tamaño de su boca, la boca era demasiado grande para la cara, y la cabeza era enorme para su cuerpo. Unido esto a una acusada joroba, daba la impresión de estar a punto de caerse. Además, despedía un olor sin duda anormal, y el señor Edgerton llegó enseguida a la conclusión de que probablemente aquel hombre tenía por costumbre dormir vestido, deducción que, por un momento, llevó al afligido escritor a ingratas especulaciones acerca de la naturaleza del cuerpo oculto bajo tantas capas de ropa sucia.

Con todo, el propietario era, como se vio, un auténtico pozo de conocimientos sobre el género en su haber, incluido el artículo que había llevado al señor Edgerton ante él. El primate momificado era, informó al escritor, un mono de tintero, una criatura de la mitología china. Según el mito, el mono proporcionaba inspiración artística a cambio de los residuos de tinta depositados en el fondo del tintero. El anticuario, mientras hablaba, colocó el tintero en el mostrador ante el señor Edgerton, como un pescador que lanza hábilmente el cebo ante un pez voraz con la esperanza de atraparlo con su anzuelo.

La limitada aptitud del señor Edgerton, al igual que la de muchos de su especie, era inversamente proporcional a su sentido de la propia valía, y por lo general se resistía a concebir siquiera la posibilidad de que su genio pudiera atribuirse a una fuerza exterior. Aun así, era un hombre muy falto de inspiración, fuera cual fuese la fuente, y en fecha reciente había contemplado la opción del opio o la ginebra barata como posibles catalizadores. Al oír la leyenda del tintero, no necesitó nada más para convencerse. Pagó un dinero que a duras penas podía permitirse a cambio de la mínima esperanza de redención ofrecida por aquella curiosidad y regresó a sus pequeños aposentos con el tintero y el mono bajo el brazo en un envoltorio de papel marrón.

El señor Edgerton ocupaba unas habitaciones encima de una tabaquería de Marylebone High Street, un cambio reciente motivado por sus apuradas circunstancias. Si bien el señor Edgerton no compartía el noble vicio, sus paredes estaban amarillentas por el humo que regularmente se abría paso por las rendijas entre las tablas del suelo, y su ropa y sus muebles apestaban a los más diversos puros, cigarrillos, tabaco de pipa, e incluso las formas de rapé que más hacían llorar los ojos. Su morada era, por tanto, no poco deprimente, y casi con toda seguridad habría sido causa suficiente para impulsarlo a mejorar su economía si la ausencia de su musa no le hubiese afectado tanto.

Esa tarde el señor Edgerton se sentó a su mesa una vez más y miró fijamente el papel que tenía delante.

Y lo miró.

Y lo miró.

Ante él, el mono del tintero permanecía impassible, reflejándose en sus ojos la luz de la lámpara con un resplandor que confería a su forma momificada una apariencia de vida que distraía e inquietaba a la vez. El señor Edgerton le hincó la pluma a modo de tanteo y dejó una pequeña mancha negra en su pecho. Como la mayoría de los escritores, poseía conocimientos superficiales acerca de muchísimos temas en general inútiles. Entre éstos, la antropología, como consecuencia de una de sus obras anteriores, una fantasía evolutiva titulada *El tío del mono*. (Un periódico la había calificado de «correcta en conjunto, aunque intrascendente». El señor Edgerton, agradecido por el mero hecho de recibir una reseña, quedó bastante satisfecho). Sin embargo, pese a consultar tres volúmenes de referencia, no había sido capaz de identificar los orígenes del mono del tintero, cosa que empezaba ya a interpretar como mal augurio.

Después de otra hora improductiva, interrumpido el tedio sólo por la propagación de alguna que otra mancha de tinta en el papel, el señor Edgerton se levantó y decidió entretenerse vaciando y luego rellenando la pluma. Todavía sin inspiración, se preguntó si no existiría algún detalle del arcano ritual de cargar una pluma con la tinta de un tintero que hubiese pasado por alto. Tendió la mano y, con delicadeza, cogió el mono a fin de levantar el tapón. De pronto sintió un doloroso pinchazo. Retiró la mano de inmediato y se examinó el dedo herido. Tenía un profundo corte en la yema del dedo índice, y la sangre corría por el mango de la estilográfica y se concentraba en el plumín, desde donde goteaba en el tintero con un ruido líquido, suave y acompasado. El señor Edgerton empezó a chuparse el dedo afectado, a la vez que fijaba la atención en el mono para intentar descubrir la causa de su herida. La luz de la lámpara reveló una pequeña protuberancia detrás del cuello de la criatura, donde una sección de la espina dorsal curva había traspasado el raído pelaje. Se percibía un poco de sangre del señor Edgerton en la palidez amarillenta del hueso.

El escritor cogió una pequeña venda de su botiquín y se envolvió el dedo antes de volver a sentarse a la mesa. Contempló al mono con recelo mientras cargaba la pluma; luego la acercó al papel y comenzó a escribir. Al principio, la familiaridad de ese acto se impuso a todo sentimiento de sorpresa ante su súbita reaparición, tanto fue así que el señor Edgerton había completado dos páginas con letra apretada y se disponía a iniciar la tercera cuando se detuvo y, atónito, miró primero la pluma, luego el papel. Releyó lo que había escrito, el comienzo de un relato sobre un hombre que sacrifica el amor y la felicidad por la riqueza y el éxito, y se le antojó más que satisfactorio. Era, de hecho, mejor que todo lo que había escrito hasta entonces, aunque no se explicaba su procedencia. No obstante, se encogió de hombros y siguió escribiendo, dando gracias al ver que su imaginación despertaba al parecer de su sopor. Escribió hasta bien entrada la noche, rellenando la pluma cada vez que era necesario, y tan abstraído estaba en su empeño que no se dio cuenta de que la herida había vuelto a abrirse y la sangre goteaba en la pluma y el papel, así como en las profundidades del pequeño tintero chino siempre que rellenaba su herramienta.

A la mañana siguiente el señor Edgerton se despertó tarde, debilitado por el esfuerzo de la noche anterior. Era, supuso, la consecuencia de meses de inactividad, y después de tomar un té y unas tostadas con mantequilla se sintió muy recuperado. Al regresar a su mesa, advirtió que el mono del tintero se había caído del tapón y yacía de espaldas entre sus lápices y plumas. Con cuidado, el señor Edgerton lo cogió y descubrió que pesaba mucho más que el propio tintero, y que el mono se había desprendido de su asidero no por efecto de un fallo en la construcción, sino a causa de las leyes de la física. Observó asimismo que la criatura tenía el pelaje mucho más lustroso que cuando estaba en el escaparate de la tienda de antigüedades, y que ahora relucía, saludable, bajo la luz de la mañana.

Y de repente, el señor Edgerton percibió que el mono se movía. El simio se desperezó lánguidamente, como si despertara de un prolongado letargo, y abrió la boca en un gran bostezo, dejando a la vista unos dientes pequeños y romos. El señor Edgerton, alarmado, soltó al mono, que al caer sobre la mesa se sobresaltó y lanzó un chillido. Permaneció allí tendido por unos segundos; luego se irguió sobre las patas traseras y observó al escritor con expresión un poco dolida antes de encaminarse parsimoniosamente hacia el tintero y sentarse con delicadeza a su lado. Con la mano izquierda levantó el tapón del tintero y esperó sin impacientarse a que el señor Edgerton cargara la pluma. Por un momento el escritor, estupefacto, fue incapaz de moverse, perplejo ante tan inesperadas circunstancias. Cuando quedó claro que su única alternativa era escribir o volverse loco, alcanzó la pluma y la aprovisionó en el tintero. El mono, impasible, lo observó hasta que llenó el depósito y empezó a escribir, y entonces se durmió profundamente.

Pese a su desconcertante encuentro con el mono recién animado, el señor Edgerton tuvo un día muy productivo y no tardó en descubrir que había reunido ya un total de cinco capítulos enteros, ninguno de los cuales requería más que una somera corrección. Sólo cuando la luz comenzaba a declinar y el señor Edgerton tenía ya el brazo dolorido, el mono se despertó y se acercó en silencio a la hoja en blanco donde descansaba la pluma, todavía en la mano del señor Edgerton. El mono le agarró el dedo índice con sus diminutas garras, aproximó la boca al corte y empezó a succionar. Pasados unos instantes, el señor Edgerton tomó conciencia de lo que ocurría, y entonces, soltando un alarido, se puso en pie y se sacudió el mono del dedo. Éste se golpeó la cabeza sonoramente contra la base del tintero, rebotó y fue a parar a una hoja de papel, donde quedó inmóvil.

El señor Edgerton lo cogió al instante y lo alzó en la palma de su mano izquierda. Era obvio que el mono estaba grogui, ya que tenía los ojos entornados y, aturdido, movía la cabeza de un lado a otro para volver en sí. El señor Edgerton experimentó un súbito arrepentimiento por su precipitada acción. Había puesto en peligro al mono, que era, como ahora comprendía, la fuente de su inspiración recién reencontrada. Sin él estaba perdido. Debatiéndose entre el miedo y la repugnancia, el señor Edgerton tomó a su pesar una determinación: se presionó el dedo índice con el pulgar y del

corte brotó una gotita de sangre. Acto seguido, conteniendo una arcada, dejó caer la gota en la boca del mono.

El efecto fue inmediato. El pequeño mamífero abrió los ojos de par en par, se irguió sobre las patas traseras y alargó los brazos para coger el dedo herido. Sin inmutarse por la manifiesta aversión del señor Edgerton, chupó felizmente hasta que acabó de comer; saciado, eructó y sucumbió de nuevo al sueño. El señor Edgerton lo colocó con cuidado junto al tintero y, después, empuñando la pluma, escribió otros dos capítulos antes de retirarse temprano a la cama.

Así siguieron las cosas. Cada día el señor Edgerton se levantaba, daba al mono un poco de sangre, escribía, alimentaba al mono de nuevo por la tarde, escribía un poco más, y luego se acostaba y dormía como un bendito. Su descanso sólo se veía perturbado de vez en cuando por los recuerdos que desenterraba del fondo de su mente en el transcurso de su trabajo conforme antiguas amantes y amigos olvidados encontraban su lugar en la narración mientras ésta cobraba forma en su mesa. El mono no parecía necesitar gran cosa en cuanto a afecto o atención aparte de las regulares tomas de sangre y algún que otro plátano maduro. El señor Edgerton, por su parte, decidió pasar por alto la circunstancia de que el mono crecía de una manera alarmante, tanto que ahora tenía que sentarse a su lado en una sillita mientras él trabajaba, y había adoptado la costumbre de dormitar en el sofá después de las comidas. De hecho, el señor Edgerton llegó a preguntarse si sería posible adiestrar al mono para realizar tareas domésticas menores, y así él dispondría de más tiempo para escribir, pero cuando se lo propuso al mono por medio de un lenguaje de signos primitivo, el simio montó en cólera y se encerró en el cuarto de baño toda una tarde.

En realidad, el señor Edgerton no empezó a albergar serias dudas acerca de su relación con el mono hasta que un día volvió a casa de una visita a su editor y se lo encontró probándose uno de sus trajes. Había advertido ciertos cambios especialmente inquietantes en su compañero. El animal había iniciado la muda, por lo que dejaba antiestéticas bolas de pelo gris en las alfombras y mostraba zonas de piel, entre blanquecina y rosada. Además, tenía la cara más delgada; eso, o su estructura ósea había comenzado a alterarse, ya que presentaba unas facciones más angulosas que antes. Por otra parte, el mono medía ya más de un metro veinte de estatura, y el señor Edgerton se había visto obligado a abrirse las venas de las muñecas y las piernas a fin de saciarlo. Cuanto más cavilaba el señor Edgerton sobre el asunto, más se convencía de que aquella criatura estaba experimentando una notable transformación. Aun así, todavía le faltaban por terminar unos capítulos del libro, y el escritor se resistía a alejar a su mascota. Sufría, pues, en silencio, durmiendo la mayor parte del día y levantándose sólo para escribir, durante periodos cada vez más cortos antes de volver a la cama y sumirse en un estado de profundo sopor, no alterado por ningún sueño.

El 29 de agosto entregó el manuscrito acabado a la editorial. El 4 de septiembre, día de su cumpleaños, el señor Edgerton, para su inmensa satisfacción, recibió un grato comunicado de su editor, que elogiaba su genialidad y prometía que esa novela, largo tiempo esperada y por fin entregada, lo situaría en el panteón de los grandes literatos y le proporcionaría con toda seguridad una vejez llena de comodidades y respeto.

Esa noche, cuando el señor Edgerton se disponía a abandonarse a un plácido sueño, sintió un tirón en la muñeca y, al bajar la vista, vio al mono del tintero aferrado a ella, succionando del corte, con las mejillas palpitantes. «Mañana», pensó el señor Edgerton. «Mañana me ocuparé de él. Mañana lo llevaré al zoo y nuestro trato habrá concluido para siempre». Pero mientras se debilitaba y se le cerraban los ojos, el mono del tintero alzó la cabeza. El señor Edgerton comprendió entonces por fin que ningún zoológico aceptaría jamás al mono del tintero, porque el mono del tintero se había convertido, de hecho, en algo muy distinto.

El libro del señor Edgerton, publicado al año siguiente, obtuvo unánimes elogios. Los agradecidos editores organizaron una recepción en su honor, a la que acudieron en tropel las figuras más destacadas de la comunidad literaria londinense para rendirle homenaje. Sería la última aparición en público del señor Edgerton. A partir de aquel día no volvería a vérselo en Londres; se retiraría a una pequeña residencia campestre adquirida con los derechos de su última y gran obra.

Esa noche se oyeron discursos, y uno de los nuevos admiradores del señor Edgerton recitó un poema anodino, pero el gran hombre permaneció en silencio durante todo el acto. Cuando lo invitaron a pronunciar unas palabras, se limitó a dirigir a sus invitados una parca pero cortés inclinación de cabeza, aceptando sus aplausos con una gentil sonrisa.

Y mientras todos en torno a él bebían el mejor champán y degustaban codornices rellenas y salmón ahumado, el señor Edgerton permaneció sentado tranquilamente en un rincón, acariciándose el vello alborotado del pecho y comiéndose muy ufano un plátano maduro.

Arenas movedizas

La decisión de volver a abrir la rectoría de Black Sands no se tomó a la ligera. Se tenía la impresión de que la Iglesia de Inglaterra no era bien acogida en aquel lugar, aunque las antipatías locales no se restringían a la Iglesia del rey. La comunidad, desde su fundación cuatro siglos atrás, se había resistido a la presencia de una religión organizada. Aunque ciertamente se habían construido allí templos, tanto católicos como protestantes, ¿qué sentido tenía un templo sin fieles? Para eso, lo mismo habría sido erigir una pequeña choza a la orilla del mar; así, al menos, los bañistas le habrían dado uso.

La pequeña iglesia católica había sido desconsagrada a principios del siglo xx y posteriormente demolida, después de un incendio que devoró el tejado y tiñó las paredes de un negro idéntico al de las arenas a las que la aldea debía su nombre: Black Sands, «Arenas Negras». La casa de oración protestante seguía en pie, pero se hallaba en un estado de abandono vergonzoso. Black Sands no reunía las condiciones necesarias para un beneficio eclesiástico. Los aldeanos, cuando se les preguntaba, respondían que no necesitaban clérigos, que habían sobrevivido e incluso prosperado gracias a sus propios esfuerzos, y algo de verdad había en sus palabras. Aquélla era una costa traicionera, con resacas y fatídicas corrientes ocultas, y sin embargo Black Sands, en toda su historia, no había perdido ni una sola alma víctima del mar, ni se había hundido en las profundidades un solo barco de su pequeña flota pesquera.

Sin el apoyo de la comunidad, la capilla de Black Sands se financiaba íntegramente con fondos diocesanos, y sólo los peores clérigos y los más desesperados eran enviados allí para sobrellevar una triste existencia junto al mar. Casi todos bebían en silencio hasta perder el conocimiento, sin causar a los lugareños más molestias que cuando aparecían sin sentido en una cuneta y era necesario llevarlos a sus camas. Había excepciones, claro está: el último párroco, el reverendo Rhodes, había asumido sus funciones con auténtico fervor misionero durante los primeros seis meses, pero poco a poco sus comunicados fueron cada vez más infrecuentes. Mencionó ciertos problemas de insomnio, y que si bien no había padecido una hostilidad manifiesta, el nulo entusiasmo de sus potenciales feligreses estaba mermando sus ánimos. Al final, en la última carta que mandó, confesó que la soledad y el aislamiento hacían mella en su cordura, ya que desde hacía algún tiempo tenía alucinaciones.

«Veo formas en la arena», escribió en esa última carta. «Oigo voces que me susurran invitándome a acercarme a la orilla, como si el propio mar me llamara por mi nombre. Temo que si me quedo aquí mucho más tiempo, acabe haciendo lo que esas voces me piden. Me acercaré a la orilla y ya nunca regresaré».

Aun así, persistió en sus esfuerzos para alentar a los aldeanos a cambiar de hábitos. Comenzó a interesarse en la historia de la comunidad, a investigar su pasado. Llegaron paquetes de librerías repletos de volúmenes arcanos. Los encontraron en su

despacho tras su muerte, las páginas profusamente marcadas y anotadas.

El mar devolvió a la orilla de Black Sands el cadáver del reverendo Rhodes una semana después de recibirse su última misiva, pero las circunstancias en torno a su muerte nunca se esclarecieron del todo. Porque deben saber que el reverendo Rhodes no murió ahogado, sino asfixiado. Cuando abrieron su cuerpo, sus pulmones no contenían agua, sino arena.

Pero de eso hacía décadas, y ahora acababa de tomarse la decisión de reabrir la iglesia de Black Sands. La Iglesia y el clero tenían el deber de procurar que ninguna comunidad careciera de la luz de la verdadera fe para guiarla. Aun cuando los aldeanos le dieran la espalda, esa luz los iluminaría, y recayó en mí la misión de ser su portador.

La capilla se alzaba en un promontorio rocoso junto al mar. Dispersas alrededor se hallaban las erosionadas tumbas de los clérigos que habían ejercido allí en el transcurso de los siglos y exhalado su último aliento con el embate de las olas de fondo. El reverendo Rhodes estaba enterrado cerca de la fachada occidental de la iglesia y habían marcado su última morada con una pequeña cruz de granito. Un sendero comunicaba la parte trasera de la capilla con la rectoría, una modesta vivienda de dos plantas construida con piedra de la zona. Desde la ventana de mi dormitorio, yo veía los fantasmas de las olas cernirse sobre la orilla oscura, blanco sobre negro. Cuando rompían, era como si la propia arena las devorase.

La aldea en sí era poco más que una agrupación de casitas dispuestas a lo largo de cinco o seis callejas estrechas. Contaba con una tienda que ofrecía todo aquello que los vecinos pudieran necesitar, desde una percha hasta una carretilla. Al lado había una pequeña posada. Fui cliente de estos dos establecimientos aquella primera semana, y advertí que se me trataba con respetuosa cautela, pero no me sentí ni acogido ni rechazado. Ambos eran propiedad del alcalde nominal de Black Sands, un tal señor Webster. Éste era un hombre alto y cadavérico, y su actitud recordaba a la de un empleado de pompas fúnebres tomando las medidas de un cliente particularmente pobre para un ataúd barato. Con buenos modos, rechazó mi petición de colgar en la posada y en la tienda el horario de los oficios.

—Señor Benson, como dije a su predecesor, aquí no necesitamos su presencia — me informó con una media sonrisa mientras me acompañaba por la calle mayor de la aldea. Durante nuestro paseo, los vecinos lo saludaron afectuosamente. Yo, en cambio, sólo recibí secas inclinaciones de cabeza. En algunas ocasiones, al lanzar un vistazo por encima del hombro, vi que aquellos junto a quienes habíamos pasado me observaban y cruzaban unas palabras.

—Discrepo —dije—. Quienes existen sin Dios en sus vidas siempre están necesitados, aun cuando ellos mismos no sean conscientes de ello.

—No soy teólogo —respondió Webster—, pero yo diría que hay muchas

religiones y muchos dioses.

Paré en seco. Aquello, a fin de cuentas, era una herejía.

—Sí, hay muchos dioses, señor Webster, pero sólo un Dios verdadero. Todo lo demás son supersticiones y creencias erróneas de ignorantes.

—¿En serio? —dijo Webster—. ¿Soy yo un ignorante, señor Benson?

—Eso no... no puedo decirlo —balbuceé—. En casi todos los sentidos, parece usted un hombre muy culto, y sin embargo en cuestiones de religión exhibe una ceguera casi intencionada. Los habitantes de esta aldea lo tienen en muy alta estima. Si usted usara su influencia para...

—¿Para qué? —me interrumpió, y por primera vez vi en sus ojos ira verdadera, a pesar de que mantenía un tono de voz atterradoramente sereno—. ¿Para alentarlos a seguir a un dios que no ven, que no promete nada más que dolor en esta vida a cambio de la esperanza de una existencia idílica después de la muerte? Como he dicho, quizás haya otros dioses aparte del suyo, señor Benson. Dioses más antiguos.

Tragué saliva.

—¿Está diciéndome que los habitantes de esta aldea practican un culto pagano? —pregunté.

La ira abandonó su mirada y dio paso a su acostumbrada serenidad.

—Yo no he dicho eso ni nada semejante. Sólo pretendo hacerle entender que usted tiene sus creencias y otros tienen las suyas. Cada cual ocupa su lugar en el orden del universo, eso no lo dudo. Por desgracia, el lugar de usted no está aquí.

—Elijo quedarme —contesté.

Él se encogió de hombros.

—Entonces tal vez encontremos alguna manera de hacer uso de usted.

—Ése es mi mayor deseo —concluí.

Webster no añadió nada más, pero su sonrisa se ensanchó.

El domingo celebré el oficio en una iglesia vacía, como era mi obligación, y canté *El Señor es mi pastor* acompañado tan sólo por los chillidos de las gaviotas. Esa noche me senté junto a la ventana de mi gabinete y, desde allí, rodeado de las exiguas pertenencias de mi predecesor, cubiertas por una capa de polvo acumulado durante muchos años, contemplé las extrañas arenas negras que daban su nombre a la aldea. Como aún no me apetecía irme a la cama, me pasé una hora poco productiva hurgando entre viejas historias del mar, estudios topográficos y antologías de encuentros sobrenaturales supuestamente verídicos más adecuadas para el archivo de una revista sensacionalista que para la biblioteca de un clérigo.

No descubrí el cuaderno hasta que empecé a registrar el escritorio. Estaba al fondo de uno de los cajones, entre cadáveres de insectos muertos. No tenía escritas más de veinte páginas, pero aquella letra pulcra se correspondía a todas luces con la del reverendo Rhodes, presente en los distintos documentos eclesiásticos que yo había heredado.

El cuaderno dejaba constancia de las investigaciones de Rhodes sobre la historia

de la zona. En su mayor parte tenía escaso interés: relatos sobre la fundación, las enemistades, los mitos. Rhodes había descubierto que Black Sands era una aldea mucho más antigua de lo que habría cabido pensar tras un estudio superficial de su historia. Aunque sólo existía desde principios del siglo XVII, esas tierras venían usándose desde mucho antes. Rhodes creía haber descubierto la ubicación de un círculo de piedra que en otro tiempo se halló cerca de la orilla del mar, y cuya posición estaba señalada ahora por una losa elevada que quizás antiguamente sirvió de altar. Pero ¿cuál había sido la función de ese altar? Al parecer, Rhodes se proponía dar respuesta a esta pregunta.

Lo que Rhodes había averiguado era lo siguiente: cada veinte años, una semana antes o después del aniversario de la fundación oficial de la comunidad, el día 9 de noviembre de 1603, alguien se ahogaba en las aguas de Black Sands. Las actas eran incompletas, y Rhodes había sido incapaz de proporcionar los datos correspondientes a algunos años, pero la pauta era clara. Cada dos décadas un forastero, alguien ajeno a la comunidad, moría en Black Sands. Aunque también era cierto que había otros que se ahogaban en los años intermedios, que se producían otros accidentes, pero las muertes de noviembre presentaban una extraña regularidad. La última entrada en el cuaderno era sobre una tal Edith Adams, del 2 de noviembre de 1899, pero la suya no fue la última muerte de esas características en Black Sands. Dicha distinción recaería en el propio Rhodes.

Esa noche no dormí, y me sorprendí escuchando el sonido del mar. En otras ocasiones podría haberme arrullado, pero no entonces, no allí.

Los susurros empezaron la noche del primero de noviembre, el día de Todos los Santos. Al principio, parecía el viento en la hierba, pero cuando me acerqué a la ventana, las ramas de los árboles estaban inmóviles. Aun así me llegaban los susurros, a veces suaves, a veces plañideros, pronunciando palabras que no entendía. Volví a la cama y me tapé las orejas con la almohada, pero el ruido no empezó a apagarse hasta la primera luz del alba.

Y a partir de entonces cada noche, a medida que se acercaba el aniversario de la fundación de la comunidad, oía esas voces, y cada vez me parecían más sonoras e insistentes. Me sorprendía despierto en plena noche, envuelto en la manta, de pie ante la ventana, con la mirada fija en la orilla negra. Y si bien el aire estaba quieto, se me antojaba ver espirales de arena que se elevaban sinuosamente de la orilla como espectros.

Durante el día intentaba recuperar el descanso perdido, pero no me resultaba fácil reabastecer los recursos de mi cuerpo y mi mente. Me aquejaban dolores de cabeza y extrañas ensoñaciones en las que me encontraba de pie en las arenas negras y sentía una presencia a mis espaldas, pero al volverme veía la playa vacía extenderse hasta el mar. Uno de aquellos sueños fue tan perturbador que desperté a la vez que apartaba

violentamente las mantas, y ya no pude reanudar el descanso. Me levanté y fui a mi pequeña cocina con la esperanza de que un poco de leche tibia me devolviera la calma. Cuando me senté a la mesa, alcancé a ver cómo se movía una luz en el promontorio situado al norte, donde se hallaban aquellas viejas piedras, testimonio de antiguas creencias. Dejé la leche allí, me vestí apresuradamente y, arrebujado en mi abrigo oscuro, atravesé los campos en dirección al camino que conducía a aquel antiguo lugar. Cuando ya casi tenía a la vista el sendero, me eché al suelo de forma instintiva. Dos sombras se proyectaron sobre mí, las siluetas de unos hombres que avanzaban en silencio hacia las piedras. Manteniéndome apartado del sendero, los seguí hasta que avisté el altar. Allí esperaba Webster, junto a un farol colocado sobre la piedra. Vestía sus habituales prendas de tweed, y la brisa agitaba los faldones de su abrigo.

—¿Lo tenéis? —preguntó.

Uno de los dos hombres que se habían reunido con él, un adusto granjero llamado Prayter, le entregó una bolsa de papel marrón. Webster metió la mano y extrajo algo blanco: una estola. Esa semana había desaparecido una de mi cesta de la ropa sucia, y casi me había vuelto loco preguntándome qué había sido de ella. Ahora ya lo sabía.

Webster levantó el farol. Su rostro quedó iluminado al instante, y me pareció ver pesadumbre en él, o al menos eso espero ahora, a la luz de lo que ocurrió más tarde.

—Hay que hacerlo —dijo Prayter—. Así son las cosas.

Webster asintió.

—Llegará el día en que ya no será posible —auguró—. Pronto será demasiado peligroso.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó el tercero de los presentes, cuyo nombre yo desconocía.

—Entonces quizá mueran los dioses antiguos —se limitó a responder Webster—, y nosotros moriremos con ellos.

Cogió la estola, y sus compañeros y él bajaron a la playa. Allí cavaron un hoyo en la arena, depositaron dentro la estola y finalmente rellenaron con cuidado el agujero. Luego regresaron a la aldea.

Permanecí donde me hallaba durante un rato, hasta tener la certeza de que ya no volverían, y entonces seguí el sendero por el que ellos habían bajado hasta la orilla del mar. Tardé sólo un momento en encontrar el pequeño túmulo bajo el que yacía mi prenda eclesiástica. Me quedé allí inmóvil unos minutos sin saber qué hacer. Yo creía en Dios, mi Dios, y sin embargo me asaltaban una y otra vez las imágenes de mis inquietantes sueños, así como las muertes descubiertas por mi predecesor e insinuadas por Webster. Me invadió un miedo atroz, y elevé una plegaria para pedir orientación, pero no la obtuve.

Así las cosas, con la sensación de que traicionaba la mismísima fe que había defendido tan fervorosamente ante Webster, empecé a cavar con las manos hasta encontrar la estola. La saqué del hoyo, sacudí la arena negra y, cuando ya me

disponía a regresar a la rectoría, decidí dar media vuelta y rellenar el hoyo. Mientras lo hacía, tomé conciencia de que las arenas se movían ligeramente alrededor, formando figuras y dibujos en los que mi alterada mente creyó ver un sentido, y redoblé mis esfuerzos para que no se notase que había rescatado la prenda.

Sin pegar ojo durante el resto de la noche, cavilé sobre lo que había visto y lo que había oído.

Al día siguiente me levanté temprano y me acerqué a la aldea. Compré pan y queso, y luego me acerqué a la posada de Webster, que se ocupaba de los preparativos para aquel día. Le costaba mirarme a los ojos, pero actué como si no advirtiera su malestar.

—Me preguntaba si no sería para usted una molestia ofrecerme una taza de té — dije—. Esta mañana me siento un poco débil, debo admitir. Necesito algo para tonificarme antes de emprender el camino de regreso a casa.

Webster sonrió.

—Puedo darle algo más fuerte que el té, si quiere —respondió.

Rehusé el ofrecimiento.

—Bastará con un té —contesté, y observé cómo desaparecía en la cocina, situada detrás de la barra, para ir a calentar el agua. Se ausentó sólo un par de minutos, pero en ese tiempo hice todo lo que tenía que hacer. Del bolsillo de su chaqueta, que siempre dejaba colgada de un perchero detrás de la barra, saqué un pañuelo blanco raído, a la vez que suplicaba a Dios que me perdonara por ello. Luego, cuando Webster volvió, me senté con él y bebí el té, manteniendo una apariencia de normalidad, pese a temer en todo momento que estornudara o tuviera necesidad de sonarse la nariz y fuera a buscar el pañuelo. Cuando terminé, me ofrecí a pagar el té, pero él se negó.

—Corre a cuenta de la casa —dijo—. Para que vea que no hay resentimiento.

—Ni el más mínimo —confirmé.

Lo dejé allí y fui a dar un paseo por la playa. Cuando tuve la certeza de que nadie me observaba, me arrodillé y empecé a cavar en la arena gruesa y oscura.

Esa noche no concilié el sueño, así que cuando oí que me llamaban por mi nombre, casi lo esperaba.

—¡Señor Benson, señor Benson! ¡Despierte!

Bajo mi ventana se hallaba Webster, farol en mano.

—Venga sin pérdida de tiempo —dijo a voces—. Hay un cadáver en la playa.

Abandoné la cama, me vestí y me calcé, y bajé a la puerta, pero cuando abrí, Webster corría ya por delante de mí. Vi oscilar su luz mientras él avanzaba por la hierba hacia la arena.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Dese prisa!

Me detuve un momento a coger un grueso bastón de abedul del paragüero. Me gustaba llevarlo en mis paseos, sentir el contacto de la corteza en la mano, pero ahora su peso y solidez me proporcionaban además cierta tranquilidad. Seguí la luz de Webster hasta hallarme en el límite de las dunas y desde allí observé la playa. Donde rompían las olas yacía un bulto negro. Parecía el cuerpo de un niño. Quizá mis recelos hacia Webster eran injustificados y realmente había alguien herido o muerto. Dejando de lado mis temores, bajé a la playa. La arena me pareció blanda y dúctil, y sentí con desagrado que se me hundían los pies en ella más de dos centímetros. Empecé a caminar. Ante mí, Webster me instaba con señas a acercarme, pero el bulto a sus pies permanecía inmóvil, y así siguió incluso cuando me arrodillé a su lado a la luz y lo palpé con cuidado. Despacio, con manos trémulas, retiré la tela negra y húmeda que lo cubría.

Debajo apareció pelo, y un hocico, y una lengua larga y rosada. Era un perro, un perro muerto. Al alzar la vista, vi que el farol de Webster empezaba a retroceder y comprendí que pretendía dejarme solo en la playa.

—¿Señor Webster? —dije—. ¿Qué significa esto?

Cuando me disponía a ponerme en pie me distrajo momentáneamente un escozor en la cara. Me pasé la mano por ella, y los dedos me quedaron impregnados de arena negra. Los granos se movían en torno a mí, se desplazaban. Unas figuras se erigían y se desplomaban, formando columnas que por un instante conservaban sus contornos antes de desintegrarse en nubes oscuras que caían sobre la playa. Casi habrían podido ser siluetas humanas, salvo por el detalle de que estaban extrañamente encorvadas, quedando sus facciones ocultas bajo espesos pliegues de pelo. Creí distinguir cuernos en sus cabezas, excrecencias retorcidas y trenzadas que parecían enroscarse en torno a sus cráneos, casi hasta el cuello. Empezaron los susurros y comprendí que no eran voces lo que había oído las noches anteriores, sino el movimiento de la arena, la fricción de las moléculas individuales entre sí, reconstituyéndose en configuraciones anómalas, uniéndose para crear, por un momento, formas antiguas y perdidas.

Ahora Webster corría hacia el resguardo de las dunas y la losa elevada que descansaba en el promontorio, manteniendo el farol en alto ante sí para no tropezar con las algas o los maderos arrastrados hasta la playa por las olas. Lo seguí, aunque con dificultad dado el carácter extraño y esponjoso del terreno. A mis espaldas percibí que se alzaba una forma y al cabo de un momento la arena comenzó a llenarme los ojos y la boca, como si unos dedos se cerraran de pronto en torno a mi rostro. Escupí y me limpié la cara con la manga, pero no volví la vista atrás ni dejé de correr.

Por delante de mí, Webster empezaba a cansarse. Yo había conseguido recortar un poco la distancia entre nosotros dos, pero no lo alcanzaría antes de que llegara a las dunas. Esperé un poco más, y cuando conseguí estar a un par de metros de él, arrojé el bastón con todas mis fuerzas. Le dio de pleno en la cabeza y él se cayó

pesadamente al suelo. El farol rodó por la playa y el aceite que contenía se incendió. En el súbito resplandor, vi cómo los ojos se le salían de las órbitas, con la mirada fija, y sin embargo no me miraba a mí sino lo que había a mis espaldas. Intentó levantarse, pero lo golpeé de refilón con el pie al saltar por encima de él. Volvió a caerse mientras yo me aproximaba ya a una escarpada pendiente, donde avancé resbalando en la arena más fina de las dunas. Me agarré a una mata de carrizo, tiré de ella para ayudarme a trepar y, una vez arriba, contemplé las arenas negras.

—No puede escapar —gritó él—. Éstos son los dioses antiguos, los dioses verdaderos.

Se puso en pie y se sacudió la arena de la ropa. Parecía observar con cautela, pero no con miedo, las formas que se acercaban.

—Acéptelo —prosiguió Webster—. Éste es su destino.

—No —exclamé—. No es mi destino, y éstos no son mis dioses.

Saqué del bolsillo el rebujo formado por mi estola y se lo mostré.

—Compruebe en sus bolsillos, señor Webster. Descubrirá que ha perdido algo.

Y en el momento en que Webster tomaba conciencia de la situación, se vio rodeado de lo que parecían cinco o seis columnas de arena arremolinada. Vi que trataba de pasar entre ellas, pero éstas se movieron con creciente intensidad, cegándolo y obligándolo a retroceder. Súbitamente desaparecieron y reinó la calma. La delgada silueta de Webster se quedó allí sola, a la luz cada vez más tenue del aceite en llamas. Había cesado todo movimiento en la playa. Alzó la cabeza hacia mí con actitud vacilante y me tendió la mano. De forma instintiva alargué la mía hacia él. Pese a lo que había intentado hacerme, fuera lo que fuese, no podía abandonarlo en medio de aquel peligro.

Nuestros dedos casi se rozaban cuando apareció una forma cerca de los pies de Webster. Vi que se elevaba un óvalo de arena con dos orificios más o menos en medio, como cuencas de ojos hundidas. El caballete de una maltrecha nariz se extendía entre ellos, encuadrado a ambos lados por pómulos de contornos desiguales. Y de pronto, en torno a los pies de Webster, se abrieron unas fauces: vi unos labios y un asomo de lo que quizá fuera una especie de lengua, todo moldeado con arena negra. Webster bajó la vista y gritó, pero aquel ente comenzó a succionarlo. El alcalde golpeó la figura, clavando los dedos en ella para detener su descenso, pero enseguida quedó sumergido hasta el pecho, luego hasta el cuello. Abrió otra vez la boca desmesuradamente, pero si emitió algún sonido, éste quedó acallado por los granos negros que le llenaron la garganta al desaparecer su cabeza bajo la arena.

Y a continuación el rostro de arena se desintegró, y allí donde el agujero había engullido la vida de un hombre ahora sólo se veía una hondonada poco profunda.

No hay salvación sin sacrificio. El propio Dios envió a su único Hijo para demostrar la verdad de esta máxima, pero otros la han aprendido a su manera. En una

excavación arqueológica realizada donde se alzaba el altar de piedra, se descubrió una gran maraña de huesos, datados desde tiempos precristianos hasta la época de la fundación de la aldea: una manera de apaciguar a los extraños dioses a quienes esa gente rendía culto.

La capilla de Black Sands está otra vez vacía, y la aldea tiene un cabecilla nuevo. Una bomba alemana cayó en la playa en 1941, pero no estalló. Se hundió en la arena y todo intento de recuperarla fue en vano. Si una bomba podía hundirse en esas arenas, razonaron, ¿por qué no una persona? Así que a partir de entonces se levantó una alambrada en torno a la playa y se colocaron carteles de advertencia para impedir el acceso.

Webster se equivocaba: los antiguos dioses no se olvidarán tan fácilmente. A veces el viento sopla en esta desolada porción de la costa y en la playa se elevan figuras, fantasmas de arena que conservan su forma durante sólo un instante antes de caer y apilarse en pequeños montículos en el suelo. Pueden pasar años, incluso décadas, hasta que se complete el proceso, pero lo conseguirán.

Ya que lentamente, pero con paso firme, están tapando los carteles de advertencia.

Algunos niños se extravían por error

El circo rara vez visitaba los pueblos del norte. Desperdigados como estaban, y con una población pobre de solemnidad, no se justificaba el gasto de transportar por carreteras en mal estado los animales, las barracas y las personas para actuar ante escaso público durante una semana. En esos lugares los vivos colores de los vehículos circenses quedaban fuera de lugar al reflejarse en los charcos formados por la lluvia, y la propia carpa parecía perder parte de su fuerza y vigor cuando se recortaba contra los nubarrones y la incesante llovizna.

De vez en cuando una estrella de televisión olvidada pasaba allí una semana durante las representaciones navideñas, o una vieja gloria de los años setenta sin más de un éxito en su haber trataba de congregar al público algún fin de semana en uno de los lúgubres y minúsculos locales de los pueblos más habitados, pero el circo rara vez llegaba hasta allí. William ni siquiera recordaba que hubiera ido un circo a su pueblo, no en sus diez años de vida, aunque a veces sus padres hablaban de uno que había actuado allí a principios del año de su nacimiento. De hecho, su madre contaba que había notado una patada de William en el vientre en el momento en que se apagaron las luces y aparecieron los primeros payasos, como si de algún modo él fuera consciente de lo que ocurría fuera de su mundo encarnado. Desde entonces ninguna gran carpa había ocupado el amplio descampado lindante con el bosque. Ningún león había estado allí, y ningún elefante había barritado. No se habían visto trapevistas ni maestros de ceremonias.

Ni payasos.

William tenía pocos amigos. Había algo en él que mantenía alejados a los otros niños de su edad, acaso un excesivo deseo de complacer, que era la otra cara de algo más oscuro e inquietante. Pasaba solo gran parte de su tiempo libre, en tanto que el colegio era un paseo por la cuerda floja entre el anhelo de hacerse notar y el profundo deseo de no convertirse en blanco de los matones, cosa que solía ocurrir cuando uno atraía la atención de esa manera. Pequeño y débil, William no era rival para sus torturadores, y había desarrollado estrategias a fin de mantenerlos a raya. Por lo general, procuraba hacerlos reír.

Por lo general, no lo conseguía.

Eran pocas las diversiones en aquel pueblo, y William vio aparecer, con sorpresa y satisfacción, los primeros carteles en los escaparates y las farolas, aportando un estallido de color a aquellas calles mortecinas. Eran de color naranja, amarillo, verde y azul, y en el centro de cada cartel aparecía la figura de un maestro de ceremonias, vestido de rojo, luciendo una gran chistera en la cabeza y un bigote con espirales en las puntas como conchas de caracol. Estaba rodeado de animales —¡Dios santo..., leones, tigres, osos!—, hombres sobre zancos, mujeres con trajes de lentejuelas que surcaban ágilmente el aire. Ocupaban los ángulos del cartel payasos con grandes narices redondas y sonrisas pintadas. Se prometía la presencia de barracas de feria y

atracciones y hazañas que jamás se habían exhibido en una carpa de circo. LLEGADO DE EUROPA, anunciaban los carteles. UNA SOLA NOCHE: ¡CIRCO CALIBÁN! La función tendría lugar precisamente el 9 de diciembre, fecha del décimo cumpleaños de William.

William sólo tardó unos minutos en localizar a los responsables de la colocación de los carteles. Los encontró en una calle secundaria, colgando a cierta altura los carteles de su gran espectáculo con la ayuda de una escalera de mano. Un frío viento del norte amenazaba con derribar a un enano vestido de amarillo que se tambaleaba en lo alto de la escalera intentando fijar un par de carteles en una farola; abajo, un forzado con una capa de vinilo y un hombre flaco con un chaqué rojo sujetaban la escalera. William, sentado en su bicicleta, los observó en silencio hasta que el hombre del abrigo rojo se volvió para mirarlo, y entonces el niño vio aquel gran bigote con las puntas en espiral por encima de unos labios de color rosa intenso.

El maestro de ceremonias sonrió.

—¿Te gusta el circo? —preguntó. Tenía un acento raro y una voz muy grave.

Sobrecogido, William asintió.

—¿Eres mudo? —preguntó el maestro de ceremonias.

William recuperó el habla.

—Sí, me gusta el circo. O al menos eso creo. Nunca he ido.

El maestro de ceremonias dio un paso atrás, tambaleándose en una actitud de fingida sorpresa, y soltó la escalera. En lo alto, el enano se bamboleó un poco y sólo gracias a la intervención del forzado calvo la escalera no se vino abajo, enano incluido.

—¿Nunca has ido al circo? —preguntó el maestro de ceremonias—. Pues tienes que venir. Sencillamente tienes que venir.

Y tras sacar tres entradas del bolsillo de su chaqué rojo se las entregó a William.

—Para ti —dijo—. Para ti y tus padres. Una sola noche. Circo Calibán.

William cogió las entradas y cerró con fuerza el puño en torno a ellas, sin saber cuál sería el lugar más seguro donde guardarlas.

—Gracias —dijo.

—De nada —contestó el maestro de ceremonias.

—¿Habrán payasos? —preguntó William—. En los carteles se ven payasos, pero quiero asegurarme.

El forzado lo miró en silencio, y el enano sonrió desde lo alto de la escalera. El maestro de ceremonias se inclinó y agarró a William por el hombro. Por un momento, William sintió una punzada de dolor, como si las afiladas uñas del maestro de ceremonias fueran agujas y le traspasaran la piel inyectándole toxinas desconocidas.

—Siempre hay payasos —afirmó el maestro de ceremonias, y William pensó que su aliento tenía un olor muy dulce, como de caramelos, gominolas y ositos de goma, todos juntos—. Sin payasos, no sería un circo.

Soltó a William cuando el enano bajó de la escalera, y los tres hombres pasaron a

otra farola y otra calle. Al fin y al cabo, estaban allí «una sola noche» y tenían mucho trabajo por delante para que aquélla fuera una velada muy especial.

En el transcurso de la semana siguiente llegaron al pueblo cada vez más artistas circenses. Se montaron las atracciones, aparecieron las barracas de feria. En el aire flotaba el hedor de los animales, y muchos niños se congregaron en el límite del descampado para ver cómo cobraba forma el circo, pese a que los responsables los obligaban a retroceder más allá de la cerca advirtiéndoles de que los animales eran peligrosos, o diciéndoles que no querían que se echara a perder la sorpresa. William intentó localizar a los payasos, pero no se los veía por ningún lado. Supuso que habitualmente debían de parecer personas normales, hasta que se maquillaban y se ponían zapatos grandes y pelucas graciosas. Hasta entonces no había manera de distinguir si eran payasos o no. Antes de disfrazarse para hacer reír a los demás eran sólo hombres, no payasos.

La noche de la función, cuando William aún tenía la tripa llena de pastel de cumpleaños y refrescos con gas, sus padres y él fueron al pueblo en coche y aparcaron a un paso del gran descampado. Había llegado gente de todas partes para ver el circo, y junto a la caravana de la taquilla habían puesto el cartel de AGOTADAS LAS LOCALIDADES. William veía a los adultos con sus entradas amarillas firmemente sujetas. Las entradas de William —los pases especiales obsequio del maestro de ceremonias— eran azules. No veía a nadie más con entradas azules. Sospechaba que el maestro de ceremonias no podía permitirse repartir demasiadas entradas de balde si el circo sólo estaba en el pueblo una noche.

La carpa se alzaba en el centro del descampado, negra con guarniciones rojas, y en el poste central ondeaba una única bandera roja. Detrás estaban las caravanas de los artistas, las jaulas de los animales y los vehículos utilizados para transportarlo todo de pueblo en pueblo. En su mayoría parecían muy viejos, como si el circo se hubiera transportado a sí mismo desde mediados de un siglo hasta principios del siglo siguiente, viajando en el tiempo y el espacio, mientras sus animales envejecían pero sin alterarse, y sus trapeceistas, aunque ahora eran ancianos, estaban dotados del cuerpo de personas más jóvenes. William vio óxido en los barrotes de la jaula vacía de los leones, y el interior de una de las caravanas a través de la puerta entornada, todo de terciopelo rojo y elegante madera oscura. Una mujer miró a William desde dentro y enseguida cerró la puerta para impedir que viera más, pero William atisbó a otras personas: un gordo hosco cuyo cuerpo desnudo se reflejaba en un espejo mientras una joven lo bañaba a la luz de las velas y una vaporosa combinación ocultaba su silueta. Fugazmente, William cruzó una mirada con la chica mientras ésta deslizaba las manos por el cuerpo del hombre de mayor edad, y en cuanto dejó de verla, le quedó una sensación desconocida de malestar, como si de algún modo fuera cómplice de una mala acción.

Siguió a sus padres por las barracas y atracciones. Había puestos de tiro al blanco y de lanzamiento de aros, juegos de habilidad y juegos de azar. Hombres y mujeres voceaban desde las barracas prometiendo premios extraordinarios, pero William no vio a nadie entre el público que acarrease uno solo de los enormes elefantes y osos de peluche dispuestos en los estantes superiores, con un brillo vacío en sus ojos de cristal. De hecho, William no vio a nadie ganar nada en absoluto. Aquellos que se consideraban expertos tiradores de feria erraban el tiro. Los dardos rebotaban en los naipes y los aros no acertaban a caer en torno a las peceras con peces de colores. Todo era decepción y promesas rotas. William tenía la impresión de que las sonrisas empezaban a desvanecerse, y los llantos de niños descontentos flotaban en el aire. Los encargados de las barracas cruzaban entre sí miradas y sonrisas ladinas desde sus puestos a la vez que llamaban a los recién llegados, aquellos que aún acariciaban esperanzas y expectativas de éxito.

William no se dio cuenta de que se apartaba de sus padres. Estaban junto a él, y de pronto fue como si todo el circo se hubiera desplazado un poco y trazara en silencio un gran círculo de modo que William no se encontraba ya entre las atracciones y juegos, sino en la periferia de las caravanas de los artistas. Veía las luces de las barracas, oía a los niños en el tióvivo, pero quedaban ocultos tras los vehículos y las tiendas de campaña. Éstos parecían más sucios y deteriorados que aquellos otros cercanos a la carpa: las tiendas presentaban torpes remiendos allí donde la tela se había rasgado, el óxido corroía los paneles de las caravanas. Charcos de desechos salpicaban el suelo, y en el aire flotaba un olor rancio a estofado de carne barato.

Vacilante, y un poco asustado, William se abrió camino con cautela en busca de sus padres, pasando por encima de cuerdas tirantes y sorteando los enganches de las caravanas, hasta que por fin llegó a una tienda amarilla que se hallaba apartada de las demás. Delante había un coche rojo, muy viejo, adornado con globos, que tenía las ruedas deformes y los asientos en equilibrio sobre enormes muelles. William oyó voces dentro de la tienda y supo que había encontrado a los payasos. Se acercó sigilosamente y se tendió en el suelo para espiar por debajo de la tienda, ya que si lo veían delante de la entrada sin duda lo echarían y no podría averiguar nada más sobre ellos.

William vio unas mesas de camerino maltrechas, provistas de espejos bien iluminados cuyas bombillas alimentaba un generador invisible pero audible. Ante las mesas había cuatro hombres sentados, vestidos con trajes de color morado y verde, amarillo y naranja. Calzaban zapatos descomunales. Eran calvos, pero no iban maquillados. William sintió cierta decepción. Eran simples hombres. Todavía no eran payasos.

De pronto, ante la mirada de William, uno de ellos cogió un paño y lo impregnó en un líquido procedente de una botella negra. Se miró lúgubrementemente en el espejo y se pasó el paño por la cara. Enseguida apareció un trazo blanco y el contorno de una

enorme boca roja. El hombre volvió a restregarse, ahora con más fuerza, y surgieron unas mejillas rojas circulares. Por último, se cubrió la cara con el paño, se frotó enérgicamente y, cuando lo retiró, la tenía maquillada de color carne y un payaso lo miraba desde el espejo. Los otros hombres llevaban a cabo operaciones similares, eliminando los cosméticos bajo los que ocultaban caras de payaso.

Pero esas caras no resultaban en absoluto graciosas ni atractivas. En verdad, aquellos hombres *parecían* payasos. Exhibían una gran boca risueña, y formas ovales en torno a los ojos, y grandes círculos rojos en las mejillas, pero tenían los globos oculares amarillos, la piel arrugada y enferma. Sus manos desnudas, muy blancas, se asemejaban a salchichas baratas o porciones de masa cruda. Los payasos se movían apáticamente y hablaban, más para sí que entre ellos, en una lengua que William nunca había oído. Parecía un idioma muy antiguo y de un lugar muy lejano, y William sintió cada vez más miedo. Una voz en su cabeza parecía repetir como un eco las palabras de los payasos, como si alguien, cerca de él, se las tradujera.

¡Niños!, decía la voz. Los detestamos. Seres inmundos. Se ríen de lo que no entienden. Se ríen de lo que deberían temer. Ah, pero nosotros lo sabemos, sabemos qué esconde el circo. Sabemos qué esconden todos los circos. Niños inmundos. Los hacemos reír, pero cuando podemos...

¡Nos los llevamos!

Y entonces el payaso más cercano se volvió y miró a William, y el niño notó que unas manos húmedas atrapaban las suyas y lo arrastraban al interior de la tienda por debajo de la lona. Dos payasos, invisibles hasta ese momento, se arrodillaron junto a él y lo inmovilizaron. William intentó pedir ayuda a gritos, pero uno de los payasos le tapó la boca con la mano y ahogó todo sonido.

—Calla, niño —ordenó, y aunque seguía hablando en su extraña lengua, William comprendió las palabras. La boca pintada del payaso sonreía, pero su otra boca, su boca real, mantenía su expresión sombría. Los otros payasos se apiñaron alrededor, algunos con parte de su antiguo maquillaje todavía en la cara, de modo que parecían medio humanos medio otra cosa. Tenían el iris totalmente negro, y las cuencas de los ojos orladas de carne muy roja. Uno de ellos, ahora con una peluca naranja, acercó el rostro al de William y olfateó su piel. Abrió la boca y dejó a la vista unos dientes muy blancos, muy finos, muy afilados. En la punta se curvaban hacia el interior, como garfios, y William vio grandes espacios de encía roja entre ellos. Entonces apareció la lengua, larga y morada, cubierta de diminutas púas. Se desplegó como la de una mosca, o como el tubo de un matasuegras, desenrollándose desde lo más hondo de la boca del payaso. Lamió a William, saboreando sus lágrimas, y el niño tuvo la sensación de que un cardo o un cactus le frotaba el rostro. El payaso dio un paso atrás, preparando la lengua para un nuevo lametón, pero otro payaso, de pelo azul, más grande y más alto que sus compañeros, le agarró la lengua entre el pulgar y el índice y se la apretó con tal fuerza que sus robustas uñas le perforaron la carne y un líquido amarillo brotó de la herida.

—¡Mirad! —exclamó el payaso.

Los demás se acercaron, y William vio una veta rosada en la lengua del payaso naranja antes de que el otro se la soltara. Al instante, la plegó en la boca con un chasquido. El payaso azul levantó el dedo para enseñar a William la mancha que tenía en él.

Parecía maquillaje de color rosa.

En un abrir y cerrar de ojos plantaron a William ante una de las mesas del camerino. Lo sentaron en una silla y le metieron en la boca un pañuelo viejo. William forcejeó e intentó gritar, pero el pañuelo ahogaba los sonidos y los payasos lo inmovilizaban. Sentía unas manos en los hombros, en las piernas, en lo alto de la cabeza y bajo la mandíbula, estas últimas lo obligaban a mantener la boca cerrada en torno a la mordaza.

Acto seguido, los payasos se inclinaron sobre él y desplegaron sus largas lenguas exhalando un aliento rancio, con un tufo residual a tabaco y alcohol. William sintió el roce de sus lenguas lamiéndole la cara, restregándole los párpados y las mejillas con sus diminutas púas, explorándole las orejas y los labios y los orificios nasales, cubriéndolo de saliva. Apretó los ojos al notar que la piel empezaba a arderle con un escozor semejante al que provocan las ortigas. Justo cuando pensaba que ya no podría soportarlo más, los payasos dejaron de lamerle. Lo miraron fijamente, y esta vez, en cuanto escondieron las lenguas en las jaulas que eran sus bocas, unas sonrisas genuinas se dibujaron bajo las muecas que tenían pintadas. Al retroceder, dejaron a la vista el reflejo de William.

Otro William le devolvía la mirada desde el espejo, éste pálido, de ojos amarillentos, con una sonrisa permanente y mejillas sonrosadas. El payaso azul le frotó la cabeza con delicadeza y un puñado del pelo oscuro de William se le quedó en la mano. Los otros payasos, imitándolo, deslizaron sus afiladas uñas entre el pelo de William hasta que sólo le quedaron unos cuantos mechones dispersos. El niño contrajo el rostro y las lágrimas corrieron profusamente por sus mejillas, pero la sonrisa de payaso no lo abandonó, de modo que parecía reír incluso mientras lloraba, lloraba como nunca había llorado, lloraba por todo lo que había perdido y ya nunca recuperaría.

—Quiero ir con mi madre —gimoteó William—. Quiero ir con mi padre.

—No es necesario —dijo el payaso azul. Tenía un marcado acento extranjero, como el maestro de ceremonias. Parecía muy viejo—. La familia no es necesaria. Ahora tienes una familia nueva.

—¿Por qué me hacen esto? —preguntó William—. ¿Por qué me han hecho esto en la cara?

—¿Hecho? —preguntó el payaso azul, y el tono de su voz traslucía una sincera sorpresa—. Hecho ¿qué? Hecho nada. Payaso no se aprende. Payaso se elige en el vientre de la madre. Payaso no se forma: payaso es. Payaso no se hace: payaso nace.

Y esa noche, mientras los padres de William buscaban a su hijo por todas partes, el espectáculo continuó; y llegó la policía, y en la carpa el público prorrumpió en carcajadas cuando los payasos entraron con su alegre coche viejo y repartieron globos entre los niños, los detestados niños. Cuando se marcharon, casi todos los espectadores sonreían, salvo los niños más despiertos, que intuyeron que detrás de aquellos llamativos trajes, graciosos coches y pies enormes se escondía algo más que payasos, y que si uno era sensato, no debía reírse de ellos ni interponerse en su camino, y nunca entrometerse en sus asuntos, porque los payasos se sienten solos y disgustados y desean encontrar compañía en su desdicha. Siempre andan buscando, siempre al acecho, siempre en pos de payasos nuevos que se unan a ellos.

El circo Calibán se fue al día siguiente y no quedó ni rastro de su presencia en el pueblo. La policía investigó, pero nadie volvió a ver a William, y un nuevo payaso se añadió al número del circo Talibán cuando éste se instaló en el linde de un bosque en un país muy, muy lejano. Dicho payaso era más pequeño que los otros, y siempre parecía estar mirando al público risueño, buscando a los padres que aún esperaba encontrar pero nunca llegaban.

Y se le cayeron los dientes y le salieron unos garfios blancos y afilados, ocultos tras fundas de plástico, y sus uñas degeneraron en unos muñones duros y amarillos en el extremo de unos dedos blandos y pálidos. Creció hasta convertirse en un joven alto y fuerte, y al final olvidó su nombre y pasó a llamarse sólo «Payaso», y fue un gran payaso. La lengua le creció como la de una serpiente, y con ella saboreó a los niños mientras se reían, ya que los payasos son voraces y tristes y envidian a la humanidad. Viajan de pueblo en pueblo en busca de alguien a quien llevarse, marcando siempre al niño que da una patada en el vientre de su madre, y encontrándolo siempre a su regreso.

Porque el payaso no se hace.

El payaso nace.

Profundidades verdes y oscuras

Nunca deberíamos habernos acercado al embalse de Baal. Tendríamos que habernos mantenido lejos de él, tal como nos habían dicho, tal como siempre nos habían dicho, pero los muchachos siguen a las jóvenes y se someten a sus antojos. Así son las cosas y siempre lo serán. Ver el pasado en retrospectiva es peor que la ceguera, y el placer y el arrepentimiento van de la mano.

El caso es que fuimos allí, Catherine y yo. A mí me había cegado la promesa presente en sus ojos, me habían ensordecido las demandas de mis propios apetitos. Era joven. No entendía las posibles consecuencias de esos apetitos, cómo podían transformarse, mutar, degradarse.

Cómo podían metamorfosearse en el ser que moraba en el embalse de Baal.

Me acuerdo de Catherine a menudo ahora que mi propio fallecimiento se acerca. Me sorprende con la mirada fija en mi imagen reflejada en la superficie del lago próximo a casa. Lanzo una piedra y observo mi cara mientras se descompone entre las ondas, un semblante que se multiplica brevemente a la vez que me veo transportado al último día que pasé con ella. Ahora me cuesta cada vez más separarme de lugares como ése, ya que desde su muerte parte de mí ha estado siempre perdida en aguas oscuras. El dolor de la enfermedad que me devora las entrañas es implacable, pero creo que no esperaré a que el cuerpo me falle del todo. Prefiero reunirme con ella en las profundidades, y allí esperaré a que venga a mí, que una su boca a la mía mientras exhalo el último aliento, y sin embargo he convivido con su pérdida tanto tiempo que la idea de reencontrarme con ella se me hace casi insoportable.

Hubo otras mujeres después de Catherine, aunque ninguna permaneció a mi lado mucho tiempo. No lamenté del todo verlas marcharse. En realidad, descubrí que llegaba a temerlas, y por tanto era incapaz de abrirme plenamente a ellas. Temía sus deseos, su avidez, su capacidad para atraer a un hombre e inducirlo a perderse en la promesa de su carne. ¿No es ésta una confesión espantosa para un hombre? A veces pienso que sí lo es. En otros momentos, en cambio, creo que quizá sólo soy más sincero que la mayoría de las personas de mi sexo. He abierto los ojos y he visto el gusano que se enrosca en la manzana de la tentación.

Así que yo estoy vivo, y Catherine muerta, y su cuerpo nunca será hallado. Yace en el fondo del embalse de Baal, en los confines contaminados, allí donde todo es verde.

De un verde muy oscuro.

En aquel lugar siempre hubo algo extraño. Mucho tiempo antes, tanto que ninguno de los responsables, ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos, vivía aún para contarlo, el río fue desviado por una pequeña cañada. De algún modo —según se

decía, utilizaron barriles de pólvora robados— dinamitaron las orillas y las aguas corrieron ladera abajo hasta el pequeño valle, inundándolo por completo antes de volver a su cauce original casi un kilómetro más adelante. Los vecinos de aldeas lejanas se congregaron para contemplar el acontecimiento, y los únicos sonidos que se oyeron antes de estallar la pólvora fueron el murmullo de las oraciones, el repiqueteo de las cuentas y los sordos golpes metálicos de una cadena procedentes de una casa situada mucho más abajo, mientras en su interior una presencia intentaba liberarse desesperadamente.

Aquellos que se hallaban allí, escuchando y rezando, habían perdido hijos a manos de lo que residía allí abajo. Los había captado a través de su pequeña verja de madera, tentándolos con los magníficos colores y los raros y embriagadores aromas de sus flores. Del mismo modo que las moscas se sienten atraídas por las plantas carnívoras, esos chicos habían entrado allí y habían muerto ahogados en extraños deseos que ellos no podían comprender. Después sus cuerpos fueron enterrados en el jardín, y el olor de las flores se volvió aún más dulce.

Por fin, cuenta la leyenda, cesaron las oraciones, se encendió una mecha y una gran masa de tierra voló por el aire. Las aguas corrieron impetuosamente, aprovechando la brecha, y descendieron hasta la cañada. Lo que antes había vivido en aquel lugar —los animales, los insectos, los árboles y las plantas, todo ser vivo— murió ese día en el torrente lodoso y marrón.

O ésa debía de ser la esperanza de aquellas gentes. Ahora ese lugar conocido como el embalse de Baal era más profundo que ningún otro tramo del río. El sol no penetraba hasta sus profundidades, y allí no nadaba ningún pez. El agua era tan oscura que casi parecía negra, como el petróleo. Incluso era distinto al tacto, más viscoso, y cuando se recogía con las manos ahuecadas, se escurría como la miel entre los dedos. Nada podía vivir en un entorno así. Aun me cuesta creer que algo viva allí abajo.

Porque lo que hay allí abajo no vive.

Existe, pero no vive.

Yo contaba dieciséis años la mañana que fuimos allí juntos por última vez, Catherine y yo. También ella tenía dieciséis años, pero me llevaba tal ventaja que los meses que nos separaban parecían en realidad años, y yo me sentía torpe y desvalido en su presencia. Ahora sé que ya estaba enamorado de ella, de lo que era y de lo que prometía ser. Catherine se hallaba en la orilla de aquel lugar tenebroso, y su resplandor era como una burla en comparación con la oscuridad del embalse. Era rubia y el pelo le caía suelto por los hombros y la espalda, y su piel morena brillaba bajo la luz del sol. Pero cuando miré el agua, no la vi reflejada en la superficie, como si aquella negrura la hubiera devorado ya.

Se volvió hacia mí mientras arrojaba a un lado su ropa y preguntó:

—¿Tienes miedo?

Y yo sí tenía miedo: me daba miedo la quietud del agua. Debería haber fluido rápidamente por el cauce, como la corriente que desembocaba en el embalse desde más arriba, pero no era así. Allí, por el contrario, entraba en un estado de marasmo, un letargo. En su extremo oriental, donde terminaba la cañada inundada y empezaba la pendiente del monte, el río recuperaba parte de su energía, pero el agua parecía contaminada tras entrar en contacto con aquel lugar, ya que ahora, a la luz del sol, se veía en su superficie una fina película de aceite.

También me daba miedo lo que dirían nuestros padres si se enteraban de que estábamos allí, si llegaban a saber qué planeábamos, a sospechar cuáles eran mis intenciones respecto a ella. Eso, a su vez, me llevó al mayor de mis temores: el temor a Catherine. La deseaba con desesperación, con absoluta desesperación. Se me formaba un nudo en el estómago cada vez que la miraba. En ese momento, al verla desnuda por primera vez, apenas pude contener el temblor. Negué con la cabeza.

—No tengo miedo —contesté.

En mi imaginación reproduce las fantasías de la vida que podíamos tener juntos, el matrimonio y los hijos, y el amor, y el roce de su piel. Nos habíamos besado, Catherine y yo, y yo había sentido el contacto de sus labios en los míos hasta que, riendo, se apartó de mí. Sin embargo, en cada beso se entretenía un poco más, sus risas se volvían un poco más vacilantes, su respiración un poco más entrecortada.

Y en cada beso yo vivía y moría.

—¿Estás seguro?

De pie en la orilla, me miraba por encima del hombro. Sonreía, y a su sonrisa asomaba una promesa. Sabía lo que yo pensaba. Siempre lo sabía. De pronto soltó una breve carcajada, respiró hondo y, trazando un arco, se zambulló en el embalse. No se oyó el menor chapoteo. Sencillamente, las aguas se separaron para franquearle el paso; luego se unieron de nuevo detrás de ella. No se formaron ondas en la superficie, ni se alteró el ritmo del agua que lamía la orilla.

Pero no la seguí. Clavé la mirada en aquel remanso negro y me abandonó el valor. Tembloroso, opté por esperarla, notando la hierba afilada bajo mis pies, el viento frío en mi piel, y en mis adentros le pedí con toda mi alma que volviera, para provocarme con su risa, para llamarme junto a ella con la expresión de sus ojos.

Pero no regresó. Transcurrieron los segundos, luego un minuto entero. Mantuve la vista fija en el remanso con la esperanza de atisbar sus contornos dorados justo por debajo de la superficie; sin embargo no había nada. Allí no se oían siquiera los trinos de las aves, ni el zumbido de las moscas. Me acordé de las advertencias, de las leyendas. Otros se habían sumergido en aquellas profundidades y a algunos no se los había vuelto a ver. Después se habían organizado batidas a orillas del río por si las aguas devolvían sus cuerpos, pero eso nunca ocurría. Ya sólo los más valientes, o los más temerarios, iban allí, muchachos que, en recompensa por sus exhibiciones juveniles, esperaban recibir un abrazo, o quizás algo más. Y cuando por fin se

alejaban de allí, cogidos de la mano de otra persona, se prometían no regresar nunca, porque ellos eran los afortunados. Sabían que otros no habían tenido tanta suerte.

Mi amor por ella se impuso, pues, a mi miedo, y cerrando los ojos la seguí a las profundidades.

El agua estaba inconcebiblemente fría, tanto que temí que mi corazón dejara de latir y se congelara dentro de mi cuerpo, y era de una densidad tal que me costaba nadar. Alcé la vista y no vi el sol, aunque se percibía cierta luz. Distinguía mis manos ante mi rostro, pero un resplandor procedente de abajo, no de arriba, las iluminaba. Me revolví en el agua para situarme de cara al lecho del embalse e, impulsándome con las piernas, avancé hacia la fuente de luz.

En el fondo del embalse había una casa.

Era de piedra, con dos ventanas, una a cada lado de la puerta. Tal vez el tejado, en su día, fuera de paja, pero había quedado reducido a listones y tornapuntas. Los restos de una tapia de piedra baja, con una brecha en medio donde antes debió de estar la verja, envolvían como brazos lo que acaso en otro tiempo fuera un jardín. Una chimenea ruinoso señalaba como un dedo acusador hacia el mundo invisible, azul y luminoso, que existía en lo alto. La luz procedía de las ventanas y se desplazaba poco a poco de un lado a otro, como si aquello que la sostenía se hallase de algún modo atrapado y, al igual que un animal en una jaula, hubiese canalizado su locura a través de un movimiento incesante. En torno a la casa crecían hierbajos altos y tupidos, cada uno de seis o siete metros de altura, y se mecían con suavidad en la corriente. Nunca había visto plantas así. Advertí algo raro en ellas y su vaivén me inquietó. Tardé sólo unos segundos en caer en la cuenta de cuál era la causa de mi desazón.

Su ritmo no lo dictaba la corriente del río. Se movían independientemente de él, buscando, sondeando, extendiéndose a través de las aguas oscuras como los tentáculos de una gran criatura marina en pos de su presa. Y en el extremo de un hierbajo se agitaba algo dorado, y entonces vi un amplio halo de cabello refulgir brevemente por efecto de la luz procedente de abajo. Catherine me miraba, sus mejillas hinchadas por el esfuerzo de retener el poco aire que le quedaba, y sacudía la cabeza con desesperación. Tendió las manos cerrando los dedos en ademán de querer agarrarse a mí. Empecé a nadar hacia ella, pero el hierbajo dio una vuelta más en torno a su cuerpo, haciéndola girar, sujetándola aún con más fuerza. Catherine abrió la boca y dejó escapar hacia mí un borbotón de valiosas burbujas. Tenía los ojos a punto de salirse de las órbitas y pareció formar mi nombre con los labios mientras el agua oscura penetraba en su cuerpo. Se sacudió con mayor vehemencia, asestó manotazos contra el tallo, a tirones intentó desprenderse febrilmente. Al cabo de un momento se le anegaron los pulmones, se debilitaron sus forcejeos y, conforme se ahogaba, sus movimientos cesaron. Quedó suspendida en las profundidades, con los brazos extendidos y los ojos abiertos, la mirada fija en la eternidad.

Aun entonces pensé que podía salvarla, que de algún modo podía llevarla a la superficie y ayudarla a expulsar el agua inmunda, que podía insuflarle vida con la

vida de mi propio cuerpo y saborear una vez más su aliento en mi boca. Pero cuando traté de nadar en dirección a ella, empezó a alejarse de mí. Al principio pensé que debía de ser una ilusión óptica, que sencillamente el agua era más profunda de lo que parecía al comienzo, pero la casa en ruinas seguía acercándose a la vez que ella se alejaba de mí. Impotente, la observé mientras el hierbajo la arrastraba a una profundidad cada vez mayor, hasta que, con un último tirón, la metió por la puerta, y comprendí por fin que los hierbajos no crecían en torno a la casa, sino en el interior.

Dentro, la luz dejó de moverse. A través de los restos del tejado vi a Catherine anclada al lecho del río, con el hierbajo todavía firmemente enrollado a su cintura. Se oyó el ahogado y distorsionado golpeteo de una vieja cadena contra la piedra mientras la luz se acercaba a ella, la circundaba y, por último, la envolvía en su abrazo. Adoptó una forma: surgieron brazos y piernas, delgados y pálidos, los músculos consumidos y la piel colgando de los huesos. Vi una melena larga y blanca ondear en el agua. Vislumbré carne desnuda, arrugada por el incesante flujo del agua y salpicada de repulsivas pústulas rojas. Cuando aquello se inclinó en ademán de besar a mi querida Catherine, unos pechos femeninos, viejos, planos y sin vida, se apretaron contra su silueta inmóvil.

Yo ya tenía el tejado casi al alcance de la mano y por primera vez aquel ser pareció adivinar mi proximidad. Se volvió de pronto hacia mí, alzando el rostro, y le vi la boca. Donde debería haber tenido labios y dientes presentaba el agujero redondo y succionador de una lamprea, hinchado y rojo. Lo abría y cerraba con una rápida palpación, paladeando ya a la chica que había atrapado. Por encima de la boca, unos ojos negros, sin párpados, me miraron inexpresivos hasta que el hambre lo venció por fin y, dándose media vuelta, acometió su trabajo. Intenté arrancar un madero del tejado para utilizarlo como arma, pero me flaqueaban las fuerzas y me dolía la cabeza por el esfuerzo de contener la respiración. Tuve la certeza de que me quedaban sólo unos segundos de aire, pero no estaba dispuesto a dejar a Catherine en manos de aquello.

Sin embargo, al empuñar el madero percibí movimiento alrededor. Cosas blancas se estremecieron en la periferia de mi visión. Miré a mi izquierda y vi que los hierbajos más cercanos a mí no se mecían suavemente en el agua. No podían porque se lo impedía la carga que sostenían. Unas hebras verdes ceñían las piernas de un chico, inmovilizándolo donde estaba pese a que él parecía alargar los brazos hacia la superficie; ése llevaba ya mucho tiempo muerto. Se advertían manchas oscuras en torno a sus ojos invisibles, y los contornos de sus huesos se dibujaban como cuchillos bajo la piel. Tenía los labios desgarrados y amoratados allí donde la boca de la lamprea se había prendido a la suya para un último beso.

En torno a mí, muchachos y muchachas flotaban inmóviles en el agua, todos firmemente anclados por medio de los hierbajos que brotaban de la casa en ruinas. Algunos estaban desnudos; otros aún tenían jirones de ropa colgando del cuerpo. Su pelo ondeaba plácidamente en el agua y daban pequeñas brazadas, imitando la vida

incluso en la muerte. Estaban todos allí: todos los perdidos, todos los jóvenes muertos, sus sombras suspendidas en las profundidades, esperando para acoger a uno más entre ellos.

Me asaltó una repentina sensación de lástima y miedo, y abrí la boca, conmocionado por lo que veía. De inmediato el agua me entró a raudales por la nariz y la boca. Sucumbiendo al pánico agité las piernas y me olvidé de Catherine en mi apremio por salvar la vida. No quería morir allí, no quería sentir en los últimos momentos de mi vida el contacto de aquello que moraba en la vieja casa, antes de unirme a los fantasmas de esos chicos en aquellas aguas.

Fue el pánico lo que me salvó la vida. Sentí en el talón el azote de algo gomoso cuando un hierbajo intentó atraparme, pero yo lo dejaba ya atrás a la vez que la luz de abajo se desvanecía y el agua oscura me llenaba los pulmones. Por fin el cielo estalló sobre mí y el dulzor del aire deslumbró mis sentidos.

Durante dos días dragaron el río y sondearon con pértigas las profundidades del embalse de Baal, pero no la encontraron. La habíamos perdido, yo la había perdido, y ella moraría a partir de entonces en un lugar donde corrían aguas verdes y los fantasmas de otros jóvenes, suspendidos en la corriente, la observaban en silencio. Catherine todavía me espera allí abajo, y pronto me reuniré con ella. Desde aquel día he vuelto muchas veces, pese a que ahora está cercado y una verja cierra el paso, y en el terreno colindante han sembrado brezo y plantas venenosas para disuadir a los incautos. La superficie del embalse aún devora la luz, y aquello todavía espera abajo, deambulando ávidamente, un ser hecho de puro apetito, en la muerte tal como fue en la vida. Vive en un mundo donde sólo hay dos colores: el rojo, el color de los labios y la lujuria.

Y el verde.

Un verde muy oscuro.

La señorita Froom, vampiro

Para empezar, existe constancia de que la señorita Froom gozaba de cierto reconocimiento como jardinera de mérito. Sus rosas eran la envidia de más de un militar retirado que, después de toda una vida infligiendo destrucción a los demás, creía haber encontrado de pronto una salida a sus impulsos creativos, inexplorados hasta la fecha, en el cultivo de rosas, afición que adquieren tradicionalmente los hombres en el otoño de su existencia, fomentada casi siempre por sus hastiadas esposas, ya que dicho pasatiempo induce a sus maridos a permanecer fuera de casa durante largos periodos de tiempo. Es una circunstancia poco comentada el hecho de que muchos caballeros jubilados, sin saberlo, han eludido una muerte truculenta a manos de sus esposas por el simple hecho de coger unas podaderas y partir hacia espacios más verdes.

Aun cuando los conocimientos de la señorita Froom se hubiesen reducido exclusivamente a las rosas, le habrían valido un lugar permanente en el acervo popular de la jardinería en el condado. Pero la dama en cuestión cultivaba asimismo extraordinarias calabazas, magníficas zanahorias y unas coles dotadas de la belleza ultraterrena de una puesta de sol en otro mundo. En la feria anual de Broughton, que era para los horticultores del condado lo que Cruft's es para los entusiastas de los perros, la señorita Froom servía de rasero por el cual otros medían sus éxitos y sus fracasos.

Curiosamente, los logros de la señorita Froom despertaban pocas envidias entre sus colegas varones, cosa que no era ajena a su atractivo general. Su edad resultaba difícil de determinar, pero la mayoría sospechaba que pasaba ya de los cincuenta. Tenía el pelo muy oscuro, sin una sola cana, lo que llevaba a las mujeres menos generosas del pueblo a insinuar que ese color sólo era natural si la paleta de nuestro Señor incluía los tintes Bruma de Medianoche y Noche de Otoño. Era una mujer de tez bastante pálida, labios carnosos y ojos que, según la luz, parecían a veces de color azul oscuro y a veces de un verde intenso. Si bien poseía un cuerpo rotundo, tendía a usar una indumentaria bastante conservadora y rara vez enseñaba más allá de su cuello ebúrneo y un ligerísimo amago de senos, contención que, de hecho, se sumaba a su encanto. La señorita Froom, dicho en pocas palabras, era la clase de mujer de quien los hombres hablaban halagüeñamente cuando se veían libres de las restricciones censoras impuestas por la compañía femenina. También era la clase de mujer de quien hablaban las otras mujeres, y quizá no siempre con amabilidad, pese a existir entre ellas más de una que, de haber sido sincera consigo misma, acaso habría sentido por la señorita Froom algo semejante a la innoble admiración de los hombres.

Por detrás de la casa de la señorita Froom, en las afueras del pueblo, discurría un camino desde el que a veces se la veía en su jardín mientras cavaba y podaba a fin de mantener la calidad y la belleza de todo aquello que crecía allí. Siempre rechazaba los ofrecimientos de ayuda masculina, incluso cuando se trataba de las labores más

arduas, explicando con una sonrisa que le gustaba creer que cualquier premio otorgado a su trabajo era enteramente suyo y nada más que suyo. Los hombres se tocaban el sombrero y volvían a ocuparse de sus asuntos, lamentando que se les negara una vez más la posibilidad de pasar una tarde en compañía de la adorable señorita Froom.

Y por eso tal vez dichos caballeros, de haber estado presentes, se habrían sorprendido cuando la señorita Froom, una luminosa tarde de primavera, paró a un joven que pasaba en bicicleta junto a su jardín. El joven, que procedía de Ashburnham, un pueblo vecino, y en esencia desconocía todo lo relativo a la horticultura, y por consiguiente la fama de la señorita Froom, se detuvo y, sin bajarse, reclinó su bicicleta contra la tapia baja. Mirando por encima, vio a una mujer en pantalón beige y blusa blanca apoyada en una pala. El joven, que se llamaba Edward, se concedió un momento para contemplar a aquella mujer. Pese a que lucía el sol, aún hacía fresco; no obstante, ella, por lo visto, era indiferente al frío. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, no muy bien sujeto, y sus labios, muy rojos, contrastaban con la palidez de su piel. Poseía un atractivo notable, pensó Edward, para una mujer tres décadas mayor que él. De hecho, su cara le sonaba, y pensó que tal vez una de sus fantasías más íntimas había cobrado vida ante él, porque tenía la certeza de que una mujer con ese mismo rostro había ocupado su imaginación de un modo muy agradable en algún momento del pasado.

—Me preguntaba si tendría un momento libre —dijo la mujer—. Quiero roturar la tierra para sembrar, pero resulta que los efectos del invierno todavía se dejan notar.

Edward desmontó de su bicicleta, abrió la verja y entró en el jardín de la señorita Froom. Mientras se acercaba a ella tuvo la sensación de que su belleza iba en aumento y cayó en la cuenta de que la miraba un poco boquiabierto. La mujer separó los labios, y Edward alcanzó a ver unos dientes blancos y un asomo de lengua rosa. Intentó hablar, pero sólo salió de su garganta un graznido ronco. Tras carraspear, por fin logró articular una frase relativamente coherente.

—Con mucho gusto la ayudaré, señora —dijo—. Será un placer.

La señorita Froom casi pareció sonrojarse, o al menos sus ademanes se asemejaron a los de una mujer un poco avergonzada; pero sólo un levísimo amago de rubor coloreó sus mejillas, como si no le sobrara la sangre.

—Soy la señorita Froom —se presentó—, pero puedes llamarme Laura. Nadie me llama «señora».

Laura era el nombre preferido de Edward, pese a que no recordaba haberlo pensado antes. Le dijo a Laura su propio nombre y, una vez concluidas las presentaciones, ella le entregó la pala.

—No te llevará mucho tiempo —comentó la señorita Froom—. Espero no estar apartándote de otras obligaciones.

Edward le aseguró que no. A esas alturas ya ni siquiera recordaba para qué había ido al pueblo. Fuera cual fuese el motivo, podía esperar.

Trabajaron, pues, hombro con hombro en el jardín de la señorita Froom, contándose algún que otro detalle de sus vidas pero por lo general en silencio, Edward con el pensamiento puesto sobre todo en la mujer que tenía al lado y el tenue aroma a azucenas que emanaba de su cuerpo.

¿Y la señorita Froom?

Bueno, baste decir que la señorita Froom, a su vez, pensaba en Edward.

Cuando empezó a declinar la luz, la señorita Froom propuso dar por concluido el trabajo e invitó a Edward a entrar para tomar un té. Edward accedió de buena gana, y se disponía a tomar asiento a la mesa de la cocina de la señorita Froom cuando ésta le preguntó si no quería lavarse antes las manos. Esta vez fue Edward quien se avergonzó, pero la señorita Froom lo hizo callar y, tomándole de la mano, lo llevó al piso de arriba, donde lo acompañó hasta su impoluto cuarto de baño y allí le entregó una toalla, un paño y una pastilla de jabón transparente.

—Recuerda —dijo—: hasta los codos, y no te olvides de la cara y el cuello. Te quedarás más a gusto.

En cuanto ella salió, Edward se quitó la camisa y se lavó a conciencia. El jabón despedía un olor un poco raro, pensó, como el suelo de un hospital después de desinfectarlo. No obstante, era sin duda eficaz, porque Edward, cuando acabó de secarse, tuvo la sensación de que nunca había estado tan limpio. Llamaron a la puerta y apareció una mano de la que colgaba una camisa blanca bien planchada.

—Ponte esto —indicó la señorita Froom—. No tiene sentido estar limpio si llevas puesta una camisa sucia. Dejaré la otra en remojo mientras comemos.

Edward cogió la prenda y se la puso. La notó un poco áspera, y tenía unas pequeñas manchas de color herrumbre en la manga y los hombros, pero en comparación con la suya ofrecía un aspecto impecable. A decir verdad, la camisa de Edward no estaba del todo limpia ya antes de iniciar su trabajo para la señorita Froom, y él esperaba que la dama en cuestión atribuyera su lamentable estado a sus esfuerzos en el jardín y no a la dejadez en su higiene personal.

Cuando Edward regresó a la cocina, vio que había sobre la mesa un surtido de quesos y fiambres, así como pastas y galletas variadas, y un gran *plumcake* recién salido del horno que aún humeaba un poco.

—¿Esperaba usted a alguien? —preguntó Edward.

En realidad, Edward tuvo la impresión de que la señorita Froom esperaba a todo un regimiento, y de que había visto despliegues menos espléndidos al final de los partidos de críquet en su pueblo.

—Ah —contestó la señorita Froom—, una nunca sabe cuándo va a tener visitas.

Le sirvió té, y Edward, famélico, se lanzó sobre la comida. Ya iba por el tercer sándwich cuando cayó en la cuenta de que la mujer al otro lado de la mesa no probaba bocado.

—¿No come? —preguntó.

—Padezco cierto trastorno —respondió la señorita Froom— que me limita a la hora de comer.

Edward no insistió. En términos generales desconocía el cuerpo femenino, pero su padre le había enseñado que esa ignorancia era lo correcto. A su modo de ver, no había nada peor para un hombre que pisar sin querer el campo de minas con el letrero MOLESTIAS DE LA MUJER. Edward decidió desviarse hacia derroteros menos peligrosos.

—Tiene una casa bonita —observó.

—Gracias —dijo la señorita Froom.

Siguió otro silencio. Edward, que no tenía por costumbre tomar el té con desconocidas en la cocina de éstas, vestido con camisas ajenas, se esforzaba en mantener viva la conversación.

—¿No está usted...? —empezó—. Mmm, quiero decir, ¿hay un...?

—No —contestó la señorita Froom, atajándolo—. No estoy casada.

—Ah —dijo Edward—. Ya.

La señorita Froom le sonrió. A Edward le pareció que la temperatura en la cocina aumentaba un par de grados.

—Coge un bollo —ofreció la señorita Froom.

Le tendió la bandeja de pastas. Edward eligió una tartaleta de limón. Ésta se desintegró en cuanto la mordió, salpicándolo de migas. La señorita Froom, que se había levantado para servirle más té, volvió a dejar la tetera donde estaba y, con delicadeza, le sacudió la pechera con la palma de la mano.

Edward casi se atragantó con la tartaleta.

—Te traeré un poco de agua —dijo la señorita Froom, pero cuando se dio media vuelta, se tambaleó un poco, como si fuera a caerse.

Edward se apresuró a levantarse y la sujetó por los hombros. A continuación la ayudó a sentarse. Se la veía más pálida que antes, pensó, pese a tener los labios aún más rojos.

—Lo siento —se disculpó ella—. Últimamente he estado un poco débil. El invierno ha sido duro.

Edward le preguntó si necesitaba un médico, pero la señorita Froom respondió que no. Sí le pidió, en cambio, que fuera al frigorífico a buscar la botella que estaba junto a la leche. Edward así lo hizo y, al abrir la nevera, notó el interior ciertamente muy frío; regresó con una botella de vino tinto.

—Sírreme un poco, por favor —pidió la señorita Froom.

Edward echó el líquido en una copa. Era más viscoso que el vino y desprendía un olor leve pero claramente desagradable. Le recordó a una carnicería.

—¿Qué es? —preguntó mientras la señorita Froom tomaba un trago largo.

—Sangre de rata —contestó la señorita Froom a la vez que se limpiaba un hilillo del mentón con una servilleta.

Edward estaba seguro de haber oído mal, pero por el hedor procedente de la copa

supo que no era así.

—¿Sangre de rata? —preguntó, incapaz de disimular cierto tono de repugnancia—. ¿Por qué bebe sangre de rata?

—Porque es lo único que tengo —contestó la señorita Froom, como si la respuesta fuera evidente—. Si tuviera algo de mejor calidad, lo bebería.

Edward se preguntó si de verdad sería muy difícil adquirir algo con mejor sabor que la sangre de roedor, y llegó a la conclusión de que no podía serlo en absoluto.

—¿Y por qué no..., esto..., vino? —sugirió.

—Bueno, el vino no es sangre, ¿verdad que no, querido? —respondió afablemente la señorita Froom, empleando el tono propio de un maestro con los niños más atrasados de la clase, esos que beben de los tinteros y calculan mal el tiempo que se tarda en llegar al lavabo.

—Pero ¿por qué sangre? —quiso saber Edward—. O sea, ya me entiende, no es lo que la gente suele tomar.

Ahora la señorita Froom bebía de la copa a sorbos discretos, casi con desagrado.

—Imagino que tienes razón, pero es lo único que puedo beber. Es lo único que me da sustento. Sin esto moriría. Cualquier sangre me sirve, aunque la de cabra no me gusta mucho. Tiene un sabor un poco fuerte. Y la sangre de rata, lógicamente, es el último recurso.

Edward se dejó caer pesadamente en la silla.

—Esto te supera un poco, ¿verdad? —preguntó la señorita Froom. Entonces le dio unas suaves palmadas en la mano. Tenía la piel casi translúcida. Edward pensó que se le transparentaban los huesos.

—¿Qué clase de persona bebe sangre? —preguntó Edward, cabeceando horrorizado sólo de pensarlo.

—No se trata de una persona —contestó la señorita Froom—. Creo que ya no puedo considerarme eso. Hay otra palabra para lo que yo soy, aunque no me gusta oírlo. Tiene unas connotaciones tan... negativas.

Edward tardó un momento en deducir la palabra por sí solo. No destacaba por su inteligencia, pero ése era un rasgo de él que a la señorita Froom le gustaba.

—¿Es la palabra...? —empezó Edward, pero la señorita Froom, con un ligero respingo, lo interrumpió sin darle tiempo a pronunciarla.

—Sí —dijo—. Ésa es.

Edward se apartó de inmediato de ella para dejar el mayor espacio posible entre ambos, y enseguida cayó en la cuenta de que había retrocedido hasta un rincón.

—No se acerque —instó. Se llevó la mano bajo la camisa y extrajo un pequeño crucifijo de plata. Medía poco más de un centímetro de largo, y le costó sostenerlo entre el pulgar y el índice sin ocultarlo por completo.

—Bah, no seas tonto —protestó la señorita Froom—. No voy a hacerte daño. Y guarda eso. De todos modos, no da resultado.

Edward mantuvo el crucifijo ante sí por un momento; al final, un tanto

tímidamente, volvió a metérselo bajo la camisa. Aun así, permaneció lo más alejado posible de la mujer sentada a la mesa, ahora vagamente amenazadora. Miró alrededor en busca de posibles armas en caso de ataque, pero el único objeto contundente que vio fue el *plumcake*.

—¿No es verdad, pues, eso de los crucifijos y demás? —preguntó.

—No —respondió la señorita Froom, aparentemente un poco ofendida.

—¿Y lo de que sólo pueden salir por la noche?

—Edward —dijo ella, cargándose de paciencia—. Acabamos de pasar la tarde trabajando en el jardín.

—Ah, sí, es verdad —exclamó Edward—. ¿Y la estaca en el corazón?

—Eso sí da resultado —respondió la señorita Froom—. Daría resultado con cualquiera, ¿no? Supongo que lo mismo podría decirse sobre la decapitación, pero lo cierto es que eso tampoco lo he probado.

—¿Y las corrientes rápidas de agua?

—He ganado medallas en natación —contestó la señorita Froom—. Cuando era pequeña.

—¿El ajo? —preguntó Edward, esperanzado.

—Nunca me ha gustado —dijo la señorita Froom—, salvo en los guisos.

—¿Y eso de dormir en un ataúd?

—Un poco de seriedad —reprendió la señorita Froom.

Edward se detuvo a pensar por un momento.

—Oiga —dijo—, aparte de eso de beber sangre, ¿está usted segura de que es, bueno, un...? Ya sabe.

—Verás —respondió la señorita Froom—, «eso de beber sangre», como tú dices, representa una gran parte de lo que supone ser un..., lo que ya sabes. Además, soy muy vieja, más de lo que aparento, más, incluso, que este pueblo. Soy lo que soy y lo he sido durante mucho tiempo.

—Pero..., según tengo entendido, los de «su especie» atacan a las personas, ¿no?

—Yo no —aseguró la señorita Froom—. Me gusta la vida tranquila. Si te da por morder a la gente y beberte su sangre..., pues, la verdad, al final alguien acabará enterándose. Es más fácil alimentarse de animales del bosque, algún que otro gato, o de tomar, quizás, incluso un sorbo del cuello de alguna que otra vaca, aunque eso no es muy higiénico. —Dejó escapar un sonoro suspiro—. Por desgracia, mis escrúpulos en cuanto a alimentarme de personas me han llevado a perder las fuerzas gradualmente en las últimas décadas. Ya ni siquiera sé si podría mantener inmóvil a una vaca, así que ahora tengo que limitarme a las ratas. Has de saber que hacen falta cincuenta ratas para alcanzar el valor nutritivo de sólo medio litro de sangre humana. ¿Sabes lo que cuesta atrapar cincuenta ratas?

Edward opinó que, en efecto, debía de ser muy difícil.

—Pero con medio litro puedo vivir unos cuantos meses si me ando con cuidado —afirmó—. O al menos antes podía; ahora estoy más débil que nunca. Pronto

empezaré a envejecer, y entonces...

Se calló. Mientras Edward la observaba, una lágrima resbaló por la mejilla pálida de la señorita Froom. Dejó sólo un rastro de humedad a su paso, como un diamante deslizándose lentamente por una placa de hielo.

—Gracias por tu ayuda en el jardín —dijo en un susurro—. Quizá sea mejor que te marches ya.

Edward se quedó mirándola sin saber cómo reaccionar.

—Y otra cosa, Edward —añadió—. Te ruego que no le comentes esto a nadie. Me ha parecido que podía confiar en ti, pero ha sido una debilidad por mi parte y tampoco es justo. Sólo espero que seas tan honorable como apuesto, y tan honrado como amable.

Dicho esto, escondió la cabeza entre las manos y no volvió a hablar.

Edward abandonó su rincón y se acercó a ella. Con delicadeza, apoyó una mano en el hombro de la señorita Froom. La notó muy fría.

—¿Medio litro? —dijo por fin.

Poco a poco, la señorita Froom dejó de sollozar.

—¿Cómo? —preguntó.

—Ha dicho que medio litro de sangre le basta para aguantar varios meses. —Hablabla en voz muy baja y un poco vacilante—. Medio litro no es mucho, ¿no?

La señorita Froom lo miró, y él se ahogó en sus ojos.

—No puedo pedirte eso —respondió.

—Usted no me lo ha pedido —precisó Edward—. Se lo he ofrecido yo.

La señorita Froom, en silencio, deslizó su mano fría por el rostro de Edward y le acarició los labios con los dedos.

—Gracias —susurró—. Tal vez pueda ofrecerte algo a cambio.

Rozándose el pecho con la mano, se desabrochó un botón de la blusa y dejó más a la vista un trozo de aquel legendario busto que había quitado el sueño a más de un cultivador de rosas frustrado. Edward tragó saliva con dificultad mientras ella, con gentileza, lo obligó a sentarse una vez más en la silla de la cocina.

—¿Te importaría que bebiera un poco ahora? —preguntó.

—No, en absoluto —contestó Edward, pese a temblarle un poco la voz—. ¿De dónde quiere sacarla?

—Da igual —respondió la señorita Froom—. El cuello está bien, pero no quiero dejarte marcas visibles. Quizá... ¿la muñeca?

Y le subió la manga, dejando al descubierto su brazo limpio y pecoso.

Edward asintió con la cabeza.

—¿Me dolerá? —preguntó.

—Sólo el pinchazo, al principio —explicó la señorita Froom—. Luego ya no sentirás nada.

La señorita Froom abrió la boca, y él vio que tenía los colmillos un poco más largos que una persona normal. Se los acarició con la lengua, y Edward sintió un

acceso de miedo. La boca de ella descendió sobre él y dos punzadas de dolor idénticas le traspasaron el antebrazo. Ahogó una exclamación, pero el dolor remitió enseguida y lo invadió una especie de calor, acompañado de un placentero sopor. Cerró los ojos y acudieron a su mente imágenes hermosas. Soñó que estaba con la señorita Froom, unidos ambos en una maravillosa intimidad, y que ella lo amaba profundamente, incluso mientras se sumía en un espacio rojo abismal y sombrío.

Cuando Edward murió, la señorita Froom, restauradas ya sus fuerzas, lo llevó al sótano. Allí trabajó en él, retirando los órganos principales antes de colocar su cuerpo en una gran prensa de uva. Cuando lo tuvo del todo exprimido, sacó lo que quedaba de él, separó los huesos y los introdujo en una trituradora. Recogió el fino polvo y lo repartió en tarros, para poder mezclarlo con la tierra durante las semanas siguientes y asegurarse así otra excelente cosecha de hortalizas y rosas para el año venidero. Por último, se deshizo de la bicicleta de Edward lanzándola a un pantano que se hallaba a corta distancia de su casa. Cuando hubo acabado, se obsequió con una copa de su nueva provisión, rozándose el cuello con los dedos al recordar el momento en que cató al joven visitante.

Los hombres, pensó la señorita Froom. Realmente eran los seres más dulces.

El abismo de Wakeford

*La verdad de la naturaleza reside
en las minas y cuevas profundas.*

Demócrito

Los dos hombres observaron el vacío bajo ellos. A sus espaldas, el sol se elevaba lentamente, contrapunto del viaje que se disponían a emprender. Se oía el reclamo de las alondras, pero parecía un sonido lejano. Allí, en medio de aquellas montañas desoladas, no volaba ave alguna. La única señal de vida que habían visto durante su ascenso era una cabra que, a saber cómo, se había quedado sola en la ladera del monte Bledstone y en ese momento concentraba sus esfuerzos en reunirse con sus congéneres en un entorno más acogedor. Aún la vieron desplazarse con cuidado entre las peñas y la rocalla cuando se volvieron hacia el sol. Pese a la seguridad de su paso, parecía desconfiar del terreno, y no sin razón: los dos hombres habían sufrido penosos traspiés mientras avanzaban, y Molton, el mayor y más corpulento de los dos, había perdido la brújula en una caída especialmente dolorosa.

Fue Molton quien en ese momento se quitó la gorra y, sujetándola con firmeza por la visera, empezó a abanicarse suavemente.

—Parece que va a apretar el calor —comentó.

Desde donde se hallaban veían surgir de la penumbra nocturna campos verdes y muros de piedra conforme clareaba. El lejano chapitel de la única iglesia de Wakeford cobró forma ante sus ojos, circundado por las pequeñas casas de obra vista de sus feligreses. Pronto la gente empezaría a moverse y se oiría el ruido de las carretas en las callejas, pero de momento el pueblo estaba en silencio. Molton, que había nacido y se había criado en Londres y se consideraba en gran medida un hombre urbano, se preguntó quién podía vivir en un sitio así. Aquello era demasiado tranquilo para él, demasiado provinciano, y carecía de todas las distracciones de las que dependía para su entretenimiento.

Le llegó un balido y, protegiéndose los ojos de la luz, intentó descubrir por dónde caminaba la cabra. La vio encaramada a una roca pequeña, tanteando el terreno ante sí con la pezuña. Cada vez que apoyaba todo su peso en el suelo se desprendían guijarros que iban levantado polvo a su paso.

—Pobre desdichada —comentó Molton—. Pronto tendrá hambre.

Se tiró del bigote y, al notar que lo tenía lleno de arenilla, empezó a limpiárselo con un pequeño peine.

El otro hombre no apartaba la mirada de las fauces abiertas a sus pies. Medía unos quince centímetros menos que Molton e iba bien afeitado, pero su porte, como el de su compañero, delataba un origen militar. Se llamaba Clements y, básicamente

por insistencia suya, los dos habían viajado a Wakeford. Ambos poseían cierta experiencia en escalada, sobre todo en los Alpes, pero fue Clements quien planteó que esas aptitudes podían serles igual de útiles bajo tierra.

—¿A quién te refieres con pobre desdichada? —preguntó Clements.

—A la cabra —respondió Molton—. Parece que se ha quedado ahí atrapada.

—Ya encontrará la manera de bajar. Siempre lo consiguen.

Molton no pareció muy convencido. Era el más cauto de los dos y sedentario por naturaleza, al menos en comparación con Clements, que tenía una actitud más vigorosa ante la vida. No obstante, los dos compartían la fascinación por los ascensos y los descensos, lazo fortalecido por la fe de ambos en el valor de una buena cuerda.

Las aptitudes requeridas por los montañeros, y el equipo utilizado, habían avanzado poco en trescientos años de escalada. Era esencial un sólido bastón alpino, y los montañeros de la Europa continental eran partidarios también de los crampones. Los británicos, entre ellos Clements y Molton, prescindían de los crampones en favor de dos filas de clavos de triple cabeza en las suelas de las botas, pero casi todos coincidían en que las cuerdas no eran algo que debiera usar un caballero. Se las consideraba un utensilio poco masculino, y además potencialmente peligroso.

Clements y Molton habían empezado a creer en las ventajas de la cuerda después de un encuentro en Londres, hacía unos años, con el legendario científico y escalador irlandés John Tyndall. En 1858, Tyndall había coronado con éxito su primera ascensión en solitario al monte Rosa sin la ayuda de guías, porteadores ni provisiones, sin más sustento que un bocadillo de jamón y un termo con té. Sólo los críticos más insensatos habrían osado poner en tela de juicio la valentía de ese hombre. En 1860 suscitó una notable controversia al atribuir la causa de la muerte de dos ingleses y uno de sus guías en la escarpa alpina de Col du Géant al uso inadecuado de las cuerdas. Clements y Molton habían leído la carta de Tyndall al *Times* con relación al accidente y la correspondencia que ésta desencadenó de inmediato. Cuando, en la primavera de 1861, Tyndall invitó al escalador y guía alpino Auguste Balmat a dar una charla en el Museo Británico, Clements y Molton asistieron, y después disfrutaron de una cena con Tyndall. Para cuando éste acabó con ellos, les faltó tiempo para salir en busca del fabricante de cuerda más cercano y ponerlo a tejer kilómetros de resistente arpillera.

De ahí que Clements y Morton se hallaran en aquel momento equipados con lo que se consideraba por entonces el atuendo idóneo para un descenso bajo tierra: robustas botas, resistentes prendas de tweed y gruesos guantes de cuero. Unas cuerdas yacían enrolladas a sus pies, junto con dos mochilas que contenían agua, algo de pollo asado, dos barras de pan recién hecho y una petaca con borgoña. Llevaban cuatro farolillos y combustible suficiente para proporcionarles luz durante unas doce horas, aunque no esperaban pasar bajo tierra ni la mitad de ese tiempo.

La mirada de Molton se deslizó por el paisaje rocoso y finalmente fue a posarse, como un cuervo, en una estaca de madera hincada en el suelo a cierta distancia a su

derecha.

—¿Y eso qué será? —preguntó, señalando con la mano derecha.

Clements entornó los ojos y se acercó a la estaca. Medía más o menos un metro de altura y estaba profundamente clavada. De lo alto colgaba una argolla metálica, adornada con hebras de cuerdas viejas.

—Parece un poste de amarre —aventuró Clements.

—Vaya un lugar más extraño para atar a un animal —respondió Molton.

Clements se encogió de hombros.

—La gente de por aquí es extraña.

Se frotó las manos y retrocedió hasta la abertura en la roca.

—Bien, pues —dijo—. En marcha.

Mientras Clements anclaba la cuerda, Molton inspeccionó el equipo y probó los farolillos.

—¿Qué profundidad has dicho que tenía esto?

—No lo sé —respondió Clements—. Unos sesenta metros, quizás.

—Ya. No puede decirse que unas decenas de metros sean un gran abismo.

—Es un cálculo aproximado —aclaró Clements—. Podrían ser más. Nadie lo sabe. Es territorio inexplorado.

La boca del abismo de Wakeford, como se lo conocía en la zona, era una hendidura de unos quince metros en la cara sur del monte Bledstone, semejante a una cicatriz en la tierra que nunca se había cerrado del todo. En su punto más ancho alcanzaba unos siete metros, estrechándose en ambos extremos hasta reducirse a sólo unos centímetros, antes de desaparecer entre las rocas peladas. Desde el borde, mirando hacia abajo, sólo se veían los primeros cinco metros del interior, ya que más allá la curvatura de la roca impedía el paso del sol.

No estaba del todo claro qué había causado esa anomalía geológica y, de hecho, pocos en la región tenían interés en averiguar nada más al respecto. La noche anterior, Clements y Molton, mientras cenaban en la única posada de Wakeford, habían intentado sondear las profundidades del saber local acerca del agujero abierto en la ladera. A cambio de sus esfuerzos, los obsequiaron con un revoltijo de mitos, cuentos chinos y supersticiones locales. Según contaban, explicó un parroquiano del establecimiento, el abismo fue en un tiempo lejano la guarida de un dragón. Otro sostuvo que antes lo llamaban Agujero del Diablo, nombre más vinculado a la propensión de los lugareños al humor chusco que a un posible origen satánico. Se hablaba de sacrificios drúidicos, de nobles señores muertos hacía mucho tiempo que ataban animales a las rocas a fin de apaciguar los apetitos de aquello, fuese lo que fuese, que se escondía allí dentro. Conforme avanzó la velada, y corrió más copiosamente la cerveza, los detalles de los relatos se exageraron cada vez más, hasta el punto de que un oyente crédulo habría podido pensar que el monte Bledstone albergaba toda suerte de fenómenos demoniacos conocidos y por conocer.

Finalmente, cuando los dos ex militares apuraban sus cervezas dispuestos a irse a

dormir, un granjero ocupó el asiento más cercano a ellos. Era un hombre menudo, con las facciones ajadas y oscuras de alguien que se ha pasado la mayor parte de la vida al aire libre enfrentado a los elementos en toda su crudeza. Los otros hombres y mujeres presentes en el bar no lo saludaron por su nombre, pese a observarlo atentamente mientras cruzaba el local en dirección a los dos forasteros.

—Caballeros, he oído que tienen ustedes la intención de visitar mañana el abismo —dijo.

Molton respondió que sí, que en efecto así era.

—¿Tiene alguna otra leyenda que añadir a nuestra colección? —preguntó Clements—. Me da la impresión de que no son pocas las que ya hemos acumulado.

Su voz denotaba impaciencia. Al principio, Clements creyó que obtendría algún dato útil que los ayudara en su exploración, pero las dos horas pasadas en la mejor compañía que Wakeford podía ofrecer no sólo no le habían aportado el menor conocimiento, sino que además le habían vaciado el bolsillo y lo habían agotado.

—No, yo no soy muy dado a las leyendas —contestó el granjero—. Pero mis tierras están al pie del monte Bledstone y sin duda mañana pasarán ustedes por allí de camino al abismo.

—Descuide, no nos olvidaremos de cerrar las verjas —aseguró Molton.

El granjero tomó un sorbo de cerveza.

—No son las verjas lo que me preocupa —respondió—. Como he dicho, no tengo ninguna leyenda que contarles, pero sí sé una cosa: hubo un tiempo en que los rebaños pastaban en la falda del Bledstone. Y ya no lo hacen.

Clements se encogió de hombros.

—Hemos visto el monte de lejos. No parece que haya allí muchos pastos.

—Las ovejas, y las cabras aún más, encuentran comida en los lugares más áridos —replicó el granjero—. Ésta es una tierra dura, y no podemos andarnos con remilgos a la hora de llenarle la tripa a nuestro ganado. Pero yo he perdido animales en el Bledstone y nunca he vuelto a encontrar a ninguno, tanto es así que ahora me costaría obligar incluso a las ovejas a pastar en ese monte. Aquello no les gusta, así que las dejo donde están.

Molton y Clements cruzaron una mirada, y el granjero percibió su escepticismo.

—Caballeros, no espero que hagan ustedes mucho caso de lo que tengo que decirles. Vienen de la ciudad. Y además son militares, diría yo. Se creen que lo han visto todo, y puede que hayan visto mucho, no lo dudo. Pero en las rocas de ese monte he encontrado sustancias, sustancias pegajosas bajo el sol de la mañana, como si algo hubiera pasado por allí de noche. He encontrado cuerpos de pájaros vaciados de vida. Si hablan con otras personas aquí presentes, las que esta noche han preferido guardar silencio, les contarán lo mismo.

—Memeces —dijo Clements con desdén.

Molton, siempre muy diplomático, buscó un tono más conciliador.

—¿Alguien ha visto algo alguna vez? —preguntó—. Es decir, está muy bien que

nos cuente esas cosas, pero a Clements no le falta razón: podría haber un centenar de explicaciones para lo que usted acaba de contarnos, y ninguna sería especialmente extraña.

El granjero negó con la cabeza. Parecía indiferente a las dudas expresadas por los otros dos hombres, como si su certidumbre fuera tal que hacía tiempo que había aprendido a ocultar su frustración con quienes preferían desoír sus advertencias.

—No —dijo—, yo no he visto nada, y en todo caso ahora se toman precauciones para mantenerlo a raya. Lo que sea que hay allí abajo sabe que no le conviene mostrarse, pues se arriesga a que se revele su existencia o lo cacen. Yo diría que sólo se aventura a salir cuando está desesperado y puede vivir mucho tiempo con la más frugal de las comidas. Lleva una eternidad en el abismo y ya debe de ser viejo, más viejo de lo que imaginamos cualquiera de nosotros. ¿Por qué ha de costarles tanto creérselo? Por lo que yo he oído no paran de descubrirse criaturas nuevas, animales cuya existencia nadie había imaginado habitando siquiera discretamente en rincones remotos. ¿Por qué no aquí, bajo tierra?

A sabiendas de que no le convenía, Clements se dejó arrastrar a la discusión y dijo:

—Acepto que esas cosas son posibles, pero ¿por qué nadie ha encontrado nunca nada? Sin duda alguien debería haber visto a un animal así, aunque fuera de lejos. Incluso las criaturas nocturnas más huidizas se dejan ver en algún momento.

—Porque este ser no es como los otros —se limitó a responder el granjero—, que son pobres animales sin inteligencia. Unos pueden ser más astutos que otros, pero en última instancia no pueden compararse a nosotros. Lo que hay allí abajo ha aprendido a mantenerse oculto. Diría que es sensible a nosotros. Ha aprendido a esperar.

Y dicho esto se marchó, y Molton y Clements se acabaron la cerveza solos antes de despedirse del posadero con una ligera inclinación de cabeza y retirarse a la cama.

Ahora se hallaban al borde del abismo, y casi habían olvidado todos esos cuentos de borrachos desfachatados y granjeros timoratos. Cuando Clements concluyó su tarea, los dos intercambiaron funciones, y cada uno examinó los preparativos del otro. Tras verificar que todo estaba en orden, Molton se agarró a la cuerda y, después de detenerse brevemente en el contorno de la sima, se descolgó hacia el vacío. Al cabo de un momento Clements sintió un doble tirón en la cuerda. Se acercó al borde y, levantando la voz, preguntó:

—¿Todo bien?

—Estupendo —fue la respuesta.

Clements no veía a Molton, debido a la inclinación del acceso al abismo, pero creyó distinguir una pizca de luz artificial.

—Tienes que ver esto, muchacho —prosiguió Molton—. Cuando te toque, claro está.

Transcurridos unos minutos, Clements se había reunido con su compañero en una ancha repisa de roca que descollaba de la pared de la sima, de tal forma que las dos luces idénticas de sus farolillos quedaron suspendidas en la negrura. En su asombro ante lo que tenían alrededor, ninguno de los dos despegó los labios.

Estaban en una catedral de piedra. El abismo, estrecho en su entrada, empezaba a ensancharse allí donde ya no penetraba la claridad del sol, y alcanzaba una circunferencia de decenas de metros. A la luz de los farolillos, contemplaron prodigiosas estalactitas que colgaban como cera fundida. Los cristales resplandecían, rodeados de grandes cascadas de piedra inmóviles. El aire era de una frescura extraordinaria, con un mínimo grado de humedad.

—Cuidado, viejo —advirtió Molton cuando su compañero se acercó peligrosamente al extremo de la cornisa. Clements se detuvo, sus talones casi en el borde mismo de la piedra. Los ojos le brillaban con intensidad a la luz vacilante.

—Dios mío —susurró—. Mira.

Las paredes de la caverna presentaban un sinfín de pinturas que casi llegaban a la hendidura en la tierra por la que habían entrado. Clements veía imágenes de hombres y mujeres: algunos corrían; otros yacían desgarrados y semiconsumidos, sombreados sus restos por medio de amarillos claros y rojos tenues. Las representaciones eran toscas, casi simbólicas. Las caras se insinuaban con triángulos y la ropa con manchas de color, de modo que las imágenes, vistas de cerca, habrían sido casi ininteligibles. Sin embargo, a cierta distancia se distinguían con toda nitidez.

Molton, manteniendo en alto su propio farolillo, se acercó al hombre de menor estatura. La luz conjunta reveló más pinturas, confirmando el gran alcance de la obra.

—¿Quién habrá hecho esto? —preguntó Molton.

—Es más, ¿cómo se ha hecho? —añadió Clements, y se dirigió hacia su izquierda para ver hasta dónde llegaba la obra de arte—. Esto parece muy antiguo. Un hombre necesitaría andamios para pintar en esa pared de roca. Quizás incluso...

Se calló. Estaba en el extremo más alejado del saliente, pero los dibujos continuaban. Pese a que se hallaba a sólo unos centímetros del borde y allí la pared caía cortada a pico, las imágenes se extendían vertical y horizontalmente.

—Increíble —comentó.

—¡Qué hallazgo! —exclamó Molton—. Es asombroso, sencillamente asombroso.

Clements, sin contestar, se tendió boca abajo, ató la cuerda en el asa del farolillo y lo bajó poco a poco. Quince metros más abajo, el farolillo se posó sobre lo que, según vieron, era una repisa mucho mayor, que parecía abarcar al menos la mitad de la circunferencia de la caverna.

—¿Tú qué crees, viejo? —preguntó Molton—. ¿Quieres seguir adelante? ¿Te has fijado en ese olor tan raro mientras descendíamos?

—Como a petróleo, pero peor —convino Molton—. Muy desagradable.

—Era reciente, como si lo hubiesen vertido por el borde hace no mucho. ¿Por qué habrán hecho una cosa así?

Sopesó el hacha que sostenía en la mano.

—¿Para disuadirnos? —sugirió Molton.

—Para disuadir a algo —contestó Clements—. Quizá lo de las «precauciones» se refería a eso.

—Tardaríamos mucho en volver al pueblo —apuntó Molton—. Y, además, ¿qué les diríamos?

—Nada que no sepan, supongo —dijo Clements.

—Bueno, ya que estamos aquí, saquémosle el máximo provecho a la visita —concluyó Molton.

Una vez más encabezó la marcha, resoplando un poco mientras descendía por la cuerda. Clements vio menguar y menguar su luz, como una fuerza vital en lenta disminución. Apartó ese pensamiento de su cabeza. Su compañero ya casi había llegado, se dijo. Otros tres metros, dos...

De pronto sintió un poderoso tirón y la cuerda casi lo arrastró consigo. Apuntalando la suela de la bota en un hueco que había en la roca, intentó frenar su avance al tiempo que percibía el olor a cuero quemado que despedían sus propios guantes. Por alguna razón, Molton debía de haberse caído. Tal vez no había conseguido posarse en la repisa, o habían calculado mal el peso que el saliente podía soportar.

—¡Aguanta! —exclamó—. ¡Aguanta, Molton! Te tengo.

Pero entonces la cuerda se detuvo casi tan repentinamente como había empezado a tirar. Respirando con dificultad, Clements la ató con firmeza a una estalagmita y, a rastras, se acercó al borde. Farolillo en mano, se asomó y vio la luz de Molton en la repisa inferior. También estaba allí la cuerda, serpenteando hasta perderse entre las sombras adonde no llegaba el resplandor del farolillo.

—¿Molton? —llamó a voz en cuello.

No hubo respuesta.

Volvió a intentarlo, y le pareció oír un forcejeo abajo.

—¡Eh! ¡Molton!

El ruido cesó.

Clements se detuvo a pensar un momento. Era evidente que Molton estaba herido, o algo peor, aunque Clements no tenía la menor idea de cómo se había producido el accidente. Tendría que descender y auxiliar a su compañero de la mejor manera posible antes de salir en busca de ayuda al mundo exterior. La mayor parte de la comida estaba en la mochila de Molton, pero Clements tenía el botiquín de primeros auxilios, así como parte del pollo. Se lo dejaría todo a Molton y después subiría, pensó mientras verificaba la cuerda antes de bajar para reunirse con su amigo.

Descendió con cuidado, ahora atento a lo que pudiera encontrarse abajo. A un metro de la repisa se detuvo. Allí la pared de piedra de la sima era más desigual, con huecos y grietas. La repisa, no obstante, era relativamente lisa. La gorra de Molton se hallaba allí junto a los restos del farolillo, hecho añicos por el impacto.

Clements se deslizó por el metro restante de cuerda y apoyó con cautela los pies en la roca. Le pareció firme, tal como preveía. Al fin y al cabo, no había oído que se desprendiese nada cuando la cuerda empezó a quemarle los guantes. Fuera cual fuese la causa del accidente, la repisa no había cedido bajo el peso de Molton.

Clements plantó los pies firmemente en la roca y a continuación buscó el rastro de su amigo. Cogió la cuerda y empezó a seguirla por la repisa hasta detrás de un afloramiento de roca. Allí desaparecía en el interior de algo semejante a una estrecha caverna, accesible a través de una hendidura en la pared.

Con el farolillo en alto, Clements se acercó a la entrada.

—¿Molton? —llamó.

Una vez más oyó movimiento. Tendió el brazo para iluminar el espacio interior...

Y alcanzó a ver la mitad superior del cuerpo de Molton tendido en el suelo. Tenía el rostro vuelto hacia Clements, y los ojos muy abiertos. La sangre manaba de las comisuras de su boca, y sin embargo los labios parecían adheridos mediante una sustancia blanca y pegajosa. Molton tendía la mano derecha, y Clements se disponía a entrar en la caverna a cogérsela cuando el cuerpo del hombre de mayor edad se estremeció y se deslizó unos centímetros a la derecha. Clements alzó el farolillo y vio que las piernas de Molton casi habían desaparecido completamente por un orificio en la pared de la caverna, desde donde una fuerza invisible tiraba de ellas. Allí había más pinturas, pero Clements apenas reparó en ellas al dejar el farolillo en el suelo y agarrar a su compañero por debajo de los brazos. Tampoco dedicó un solo instante a examinar los huesos esparcidos por el suelo, cuyo estado de corrosión era prueba de su antigüedad.

—Ya te tengo —dijo—. Ya te tengo.

Notó otro tirón en el cuerpo de Molton que lo introdujo en el agujero casi hasta la cintura, donde el rueda de su vientre impidió que continuara desapareciendo. Lo que tiraba de él, fuera lo que fuese, cejó en sus esfuerzos, alertado por la voz de Clements o por el hecho de que era incapaz de acabar de meter a su presa en la guarida.

Molton agarró con fuerza el brazo de Clements.

—No te va a llevar a ningún sitio, viejo —dijo Clements—. No te preocupes, no te soltaré.

Agarró más firmemente a Molton por el pecho.

—A la de tres —dijo—. Uno. Dos.

Molton se puso tenso cuando Clements tiró.

—¡Tres!

Un líquido tibio salpicó el rostro de Clements, que quedó momentáneamente cegado justo en el instante en que Molton quedaba liberado. Los dos hombres fueron a dar a trompicones contra la pared. Molton temblaba descontroladamente mientras Clements trataba de recuperar la visión. Poco a poco, Clements notó que Molton se quedaba inmóvil. Bajó la vista y vio que la vida abandonaba los restos de su compañero.

Lo que quiera que había arrastrado a Molton hasta el agujero se había resistido a renunciar a su presa, ya que la mitad inferior de su cuerpo había desaparecido casi por completo; quedaba sólo una porción de la pierna izquierda, que parecía pudrirse ya hasta el hueso, licuándose ante los ojos de Clements.

Clements se apartó atropelladamente, y a duras penas consiguió no vomitar el desayuno.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¡Dios santo!

Y a la luz del farolillo atisbó movimiento a través del agujero al pie de la roca. Unos cuantos ojos negros resplandecieron, y Clements vio que unos palpos sondeaban el aire y que de unos colmillos alargados goteaba veneno. Un intenso hedor pareció elevarse del interior de aquella cámara, y acto seguido aparecieron unas patas, con púas y artejos, de más de un palmo de largo cada una, y tras ellas apareció la araña, que se contorsionaba para salir por el agujero. Clements vio a otras arañas moverse por detrás, oyó la sorda fricción de sus cuerpos al rozarse. Respondió con la mejor arma que tenía a mano. Cogió el farolillo y lo arrojó con todas sus fuerzas a las criaturas que asomaban por el agujero. El farolillo se hizo añicos al instante, las llamas se propagaron por la pared de la caverna y el petróleo candente salpicó a las arañas mientras Clements huía, aprovechando la luz de las llamas para localizar la cuerda suspendida ante él. La agarró y empezó a trepar, atento a cualquier sonido procedente de abajo, hasta que notó la repisa superior al alcance de los dedos. Allí se detuvo, y con la navaja cortó la cuerda que descendía antes de encender su otro farolillo con la intención de prepararse para el último tramo del ascenso que le llevaría de regreso al mundo que conocía. Se puso en pie y dio un único tirón a la cuerda colgante. Tras una momentánea resistencia cayó de lo alto y quedó enrollada a sus pies.

Clements alzó la vista y oyó el balido de una cabra.

Pobre desdichada. Pronto tendrá hambre.

Llegaron ruidos de abajo, el ligerísimo roce de la carne con la piedra, y supo que aquellas criaturas empezaban a escalar la pared de roca. Al oír que algo rascaba la roca por encima de él estrechó el hacha contra el pecho. Levantó la mirada y creyó detectar movimiento entre las sombras. Una roca se desprendió a cierta distancia a su derecha, y si bien escuchó con atención, no la oyó llegar al fondo de la caverna. Ahora había movimiento en torno a él y se acercaba lentamente a la repisa en la que estaba sentado. A la luz del farolillo se puso de rodillas y oyó aproximarse a las arañas. El veneno goteaba ya sobre él desde unos colmillos invisibles en lo alto.

Clements se puso en pie. Percibió que las criaturas se habían detenido y supo que se disponían a atacar. Pensó en Molton, y en sus ratos juntos.

—Deberíamos habernos quedado en las montañas, viejo —dijo en voz alta—. Deberíamos habernos quedado donde llegaba la luz del día.

Y dicho esto dio un paso al frente desde el borde de la repisa, sin soltar el farolillo, e iluminó por fin las profundidades del abismo de Wakeford.

No sé por qué siento que debo confesarte esto. Tal vez sea porque no te conozco, y tú no me conoces a mí. No tienes ninguna idea preconcebida sobre mí. Nunca hemos hablado, y puede ser que nunca volvamos a hablar. De momento, no tenemos nada en común, salvo palabras y silencio.

Últimamente he pensado mucho en el silencio, en los espacios en blanco en mi vida. Soy, supongo, un hombre contemplativo por naturaleza. Sólo puedo escribir cuando hay quietud. Todo sonido, incluso la música, supone una distracción importuna, y eso que soy un amante de la música.

No, permíteme que me corrija. «Y eso que *era* amante de la música». Ahora ya no puedo escucharla y la quietud que la ha sustituido no me aporta paz. Percibo en ella una tensión, una permanente amenaza de perturbación. Siempre espero volver a oír aquellos sonidos: la tapa del piano al levantarse, las notas elevándose de la vibración de las cuerdas, el eco amortiguado de una tecla desafinada. De pronto me despierto en las horas más oscuras de la noche, únicamente para aguzar el oído, pero sólo percibo esa amenazadora quietud.

No siempre ha sido así.

Audrey y Jason murieron el 25 de agosto. Era un día soleado, así que la última vez que los vi vivos, Audrey llevaba un vestido de verano amarillo claro y Jason un pantalón corto y una camiseta. La camiseta también era amarilla. Audrey acompañaba a Jason a clase de natación. Le di un beso de despedida a Audrey y alboroté el pelo a Jason, y ella prometió que traería algo para el almuerzo. Audrey tenía treinta y cinco años; Jason ocho, sólo uno más que su hermano David. Murieron porque un camionero dio un volantazo en una curva para esquivar un zorro, sólo a dos o tres kilómetros de casa. Fue una estupidez, pero, visto en retrospectiva, casi comprensible. Chocó de frente con el coche de ellos, y murieron en el acto.

Hace cosa de un mes, poco después del segundo aniversario de sus muertes, me ofrecieron un empleo. Un ayuntamiento de la zona había recibido una partida de dinero imprevista destinada al presupuesto para las artes, así que pasó de no tener presupuesto para las artes a tener un poco. Por miedo a que incluso esa pequeña asignación desapareciera al año siguiente si no se daba uso a la del año en curso, las sensatas autoridades municipales pusieron un anuncio solicitando los servicios de alguien que enseñara a sus ciudadanos los rudimentos de la escritura creativa, que diera charlas en los colegios locales y que, en el transcurso del año, recopilara en un volumen muestras de las aptitudes descubiertas y fomentadas gracias a la presencia de un escritor en el pueblo. Solicité el puesto y me aceptaron, como cabía esperar. Pensé que podría ayudarnos. Cada día, camino de la escuela, David tenía que pasar por el lugar donde habían muerto su madre y su hermano. También yo tenía que pasar

por allí cada vez que me veía obligado a salir de casa. Pensé que tomarnos un respiro podía irnos bien a los dos.

Pero no fue así, claro está.

Nuestros problemas comenzaron a las dos semanas de llegar a la casa nueva; mejor dicho, la casa vieja, porque presentaba un estado un poco ruinoso. El coste del alquiler era un complemento a mi salario, y se contrató a un hombre del pueblo para que llevara a cabo ciertas reformas básicas. Nos la había encontrado un agente inmobiliario de la ciudad, quien nos aseguró que era una excelente finca a un precio que no excedería el presupuesto del ayuntamiento. El operario, un tal Frank Harris, había iniciado las obras antes de instalarnos allí, pero aún quedaba trabajo por hacer. Era una casa de piedra gris, de dos pisos, con cocina, salón y un aseo en la planta baja, y tres dormitorios y un cuarto de baño arriba. Faltaba por pintar casi todas las paredes, y en algunos suelos el barniz todavía estaba pegajoso. Llevamos unos cuantos muebles, pero se los veía perdidos e incómodos en aquel marco desconocido, como invitados que, por alguna razón, se han equivocado de fiesta.

Aun así, al principio David pareció disfrutar la experiencia de la mudanza. En ese sentido los niños son muy adaptables. Exploró, hizo amigos, decoró su habitación con cuadros y pósters, y trepó a los enormes árboles del fondo del jardín. A mí, por el contrario, me asaltó una soledad atroz, porque en aquel entorno extraño sentí exacerbarse, no reducirse, la ausencia de Audrey y Jason. Tomé la costumbre de escribir en el jardín, con la esperanza de que la luz del sol disipara mi mal estado de ánimo. A veces surtía efecto.

Recuerdo con total claridad la primera noche que sucedió. Me desperté a oscuras y oí el sonido del piano en el salón. Era una de las pocas cosas que había dejado el propietario de la casa, junto con la gran mesa de roble de la cocina y un par de hermosas estanterías de caoba que ocupaban unos huecos de idéntico tamaño en el salón. Me levanté, adormilado aún, mientras las notas del piano desafinado resonaban como mazazos en mis nervios, y al bajar encontré a David solo en medio del salón. Pensé que tal vez era sonambulismo, pero estaba despierto.

Siempre estaba despierto cuando eso ocurría.

Lo había oído hablar solo mientras yo bajaba, pero se calló en cuanto llegué al salón, y también se interrumpió el sonido del piano. Aun así, mientras bajaba por la escalera, capté algún fragmento de su conversación, sobre todo «Sí» y «No». Como si alguien le hiciera preguntas y él respondiera de mala gana. Hablaba tal como se dirigía a las personas que no conocía muy bien, o ante las que se sentía cohibido, o cauto.

Pero esa conversación unilateral no fue lo más extraño de aquello. Lo extraño

fueron los acordes de piano. Has de saber que David nunca ha tocado el piano. Era Jason, el hermano que había perdido, quien tocaba. David no sabía nada de música.

—¿David? —dije—. ¿Qué pasa?

Por un momento no contestó, y de no ser porque la habitación estaba vacía excepto por nosotros dos, yo habría jurado que alguien acababa de advertirle que no dijera nada.

—He oído música —contestó.

—Yo también la he oído —dije—. ¿Eras tú quien tocaba?

—No —respondió.

—¿Quién era, pues?

Él negó con la cabeza y me apartó para pasar a mi lado, decidido a subir por la escalera camino de su habitación. Profundas arrugas surcaban su frente.

—No lo sé —dijo—. Yo no tengo nada que ver con eso.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, le pregunté a David qué había visto mientras estaba en el salón. A la luz del día parecía más dispuesto a hablar de lo ocurrido.

—Un niño —contestó David al cabo de un rato—. Tiene el pelo oscuro y los ojos azules. Es mayor que yo, pero no mucho. Me habla.

—¿Lo habías visto antes?

David asintió.

—Una vez, al fondo del jardín. Estaba escondido entre los arbustos. Me pidió que me acercara. Dijo que podíamos jugar a un juego que él conocía, pero yo no quise. Y anoche oí el piano y bajé para ver quién tocaba. Pensé que era Jason. Olvidé que...

—Su voz se apagó gradualmente.

Tendí la mano y le alboroté el pelo.

—No pasa nada —dije—. A veces yo también me olvido.

Pero cuando le toqué la cabeza, me temblaba la mano.

David dejó la cuchara en el tazón de copos de maíz intactos y reanudó su historia.

—El niño estaba sentado al piano. Me pidió que fuera a sentarme con él. Quería que lo ayudara a terminar una canción. Dijo que luego podíamos salir a jugar juntos. Pero yo no fui.

—¿Por qué David? —pregunté—. ¿Por qué no fuiste?

—Porque me da miedo —respondió David—. Parece un niño, pero no lo es.

—David, ¿se parece a Jason? —pregunté.

A David se le heló la expresión al mirarme.

—Jason está muerto —contestó—. Murió con mamá en el accidente. Es sólo que me olvidé, ya te lo he dicho.

—Pero ¿lo echas de menos?

Asintió con la cabeza.

—Lo echo mucho de menos, pero ese niño no es Jason. Puede que a veces se le parezca, pero no es Jason. Jason no me daría miedo.

Dicho esto, se levantó y dejó el tazón de cereales en el fregadero. Yo no sabía qué decir ni qué pensar. David no era un niño que anduviera inventándose cosas, y no sabía mentir. Mi única conclusión fue que padecía una especie de reacción retardada a la muerte de su hermano. Era preocupante, pero no me parecía un problema irresoluble. Había personas con quienes podíamos hablar, expertos a quienes consultar. Al final todo saldría bien.

David permaneció un momento junto al fregadero; luego se volvió hacia mí como si hubiera tomado una decisión.

—Papá —dijo—. El señor Harris me ha contado que en esta casa pasó algo malo. ¿Es verdad?

—No lo sé, David —contesté, y era cierto. Había visto que David hablaba con Frank Harris mientras éste trabajaba en la casa. A veces le permitía a David que lo ayudara con pequeñas tareas. Parecía un buen hombre, y a David le venía bien trabajar con las manos, pero a partir de ese momento empecé a replantearme la conveniencia de dejar a mi hijo a solas con él.

—El señor Harris dice que hay que tener cuidado con ciertas zonas de la casa —prosiguió David—. Dice que tienen recuerdos muy lejanos, que las piedras conservan esos recuerdos y a veces la gente, sin proponérselo, puede reavivarlos.

—El señor Harris —contesté, procurando evitar que la ira asomara a mi voz— está aquí para ocuparse de las obras, David; su trabajo no es asustar a nadie. Voy a tener que hablar con él.

Dicho esto, David movió la cabeza en un triste gesto de asentimiento, cogió su cazadora y su bolsa de deporte del recibidor y recorrió el sendero del jardín para esperar el autobús. El colegio del pueblo, donde David empezaría en otoño, organizaba actividades de verano para los niños tres días por semana, y David había aceptado con entusiasmo la oportunidad de jugar al críquet y al tenis bajo el sol.

Me disponía a acercarme a David cuando vi otra silueta arrodillada junto a él, obviamente hablándole con semblante muy serio y preocupado. Era un anciano de cabello plateado y con manchas de pintura en el mono azul. Era Frank Harris, el operario. Se irguió y le dio unas suaves palmadas a David en la cabeza; luego esperó con él hasta que llegó el autobús.

Abordé a Harris cuando éste abría la puerta de la calle con la llave de reserva. Lo noté un poco confuso cuando empecé a hablar.

—Tengo que hablar con usted de un asunto muy serio, señor Harris —dije—. Me refiero a esas historias que ha estado contándole a David sobre la casa. Mire, tiene pesadillas, y puede que usted sea el causante.

El señor Harris dejó el bote de pintura y me miró sin inmutarse.

—Lamento que piense así, señor Markham. No era mi intención provocarle pesadillas a su hijo.

—Dice que usted le contó que pasó algo malo en esta casa.

—Sólo le he dicho a su hijo que se ande con cuidado.

—Cuidado ¿con qué?

—Es sólo que... En fin, las casas viejas tienen su historia, a veces buena, a veces mala. Y cuando se instalan en ellas personas nuevas, y traen vida nueva, la historia de la casa se altera y modifica. Así, una historia mala, con el paso del tiempo, se convierte lentamente en una historia buena. Las cosas son así. Pero la casa donde usted vive no ha experimentado esa clase de cambio. No ha tenido tiempo.

Ahora era yo quien parecía confuso.

—No lo entiendo —dije.

—La gente que le encontró esta finca no comprobó su historia —dijo Harris—. Simplemente se encontraba en la zona adecuada y pedían el precio adecuado, y el agente del pueblo se alegró tanto de alquilarla que no consideró oportuno estropear un buen trato abriendo la boca. Nadie de por aquí se habría planteado jamás alquilar o comprar esta casa, o recomendársela siquiera a una persona de fuera. De hecho, yo he sido el único que se ha prestado a trabajar aquí. No es una buena casa para criar a un niño, señor Markham. No es bueno dejar que un niño viva en una casa donde terminó la vida de otro menor.

Me recosté en la pared, agradeciendo tener donde apoyarme.

—¿Un menor murió en esta casa?

—Lo mataron en esta casa —corrigió—. Este noviembre hará treinta años. Vivía aquí un tal Victor Parks, y cometió el asesinato en su dormitorio. La policía lo sorprendió intentando enterrar los restos en la orilla del río.

—Dios mío —dije—. No lo sabía. Ni siquiera había oído hablar de Victor Parks.

—No se lo ha contado nadie, señor Markham, así que no podía saberlo —prosiguió Harris—. Para cuando alquiló usted la casa, ya era demasiado tarde. En cuanto a Parks, está muerto. Tuvo un ataque al corazón en su celda la misma noche que lo condenaron a cadena perpetua. Había vivido en esta casa toda su vida y la casa pertenecía a su familia desde hacía dos generaciones. Quizá la perspectiva de terminar su existencia atrapado en esa pequeña celda, lejos de todo aquello que le era conocido, lo superó. Personalmente, espero que su castigo en la otra vida sea más largo.

Algo cambió en su voz. Se le tensó, como si pugnara con una emoción no deseada.

—Ese tal Victor Parks era un hombre poco corriente —dijo—. Era sacristán en la iglesia y colaboraba con el entrenador del equipo de fútbol del pueblo. En muchos sentidos era un ciudadano modélico. La gente lo respetaba. Le confiaba a sus hijos.

Harris se interrumpió, y aquellos ojos viejos se llenaron de dolor con el recuerdo. Al oír lo que dijo a continuación apreté involuntariamente los puños.

—También daba clases, señor Markham. Enseñaba a los niños a tocar el piano.

Enmudecí. No quería oír eso. Era un disparate. Harris le había contado a David esa historia, y David, basándose en unos cuantos detalles, había creado una fantasía en la que se combinaban su hermano muerto y la víctima de aquel tal Victor Parks.

Intenté rescatar un mínimo de sentido de todo aquello, volver a la realidad.

—Puede que todo eso sea cierto, pero no cambia el hecho de que obviamente esas historias alteran a David. Anoche lo encontré en el salón. Creyó que había un niño sentado al piano, y que el niño le hablaba.

Harris se inclinó para recoger el bote de pintura. Me disponía a decirle que no se molestara, que sus servicios ya no eran necesarios, cuando habló de nuevo.

—Señor Markham —dijo cuando se irguió—. Yo no le he contado a David lo que sucedió en esta casa. Él no sabe nada de Victor Parks ni de lo que ocurrió aquí. Si ha oído algo sobre eso, se lo ha contado otra persona. David dice que ve a un niño, y usted piensa que él cree que ése es el niño asesinado, pero Parks no mató a un niño. Mató a una niña. Lo que ve, sea lo que sea, señor Markham, tanto si es producto de su imaginación como si no, no es la niña que Parks asesinó.

Me aparté para dejarlo pasar, y la siguiente pregunta salió de mí tan inesperadamente que por un momento creí que la había formulado una tercera persona invisible.

—¿Cómo se llamaba la niña, señor Harris? ¿Cuál era el nombre de la pequeña que murió aquí?

Pero cuando las palabras salieron de mis labios ya creía conocer parte de la respuesta, y finalmente comprendí por qué aquel hombre había accedido a trabajar en casa.

—Lucy —contestó—. Se llamaba Lucy Harris.

No le pedí a Frank Harris que se marchara. No pude, no después de lo que me había contado. Ni siquiera podía imaginar qué debía de sentir trabajando en el lugar donde su hija había perdido la vida. ¿Qué lo inducía a regresar allí un día tras otro? ¿Por qué se atormentaba de esa manera?

Deseé preguntárselo, pero me callé. Creo que en cierto modo lo entendía. Era el mismo impulso que me llevaba a mí a ponerme excusas para pasar en coche por el punto donde Audrey y Jason murieron. Era una manera de mantener un contacto con lo que ellos habían sido, como si una parte de ellos permaneciese allí y encontrara la manera de acceder a mí.

O quizá tenía la esperanza de verlos algún día al pasar por allí, aunque fuera brevemente, atrapados entre los vivos y los muertos, antes de desvanecerse para siempre.

Durante un tiempo David no volvió a tener pesadillas ni a deambular por las noches. Frank Harris terminó la mayor parte de su trabajo en la casa y se marchó temporalmente, pero no sin intentar hablarme antes otra vez de su preocupación por David. No le di importancia. Aquello se había acabado. El problema había quedado atrás y David volvía a ser el de siempre, con la ayuda de aquellos días cálidos en que jugaba en los campos verdes en compañía de otros niños, lejos de la casa donde había muerto una niña. Yo daba mis clases, y mis propios textos avanzaban. Pronto, David empezaría el curso en el colegio, y el ritmo normal de nuestras nuevas vidas se asentaría por fin.

Pero la noche anterior al primer día de curso, David se acercó y me despertó para que escuchara el sonido del piano.

—Es él —susurró.

Incluso en la oscuridad vi el brillo de sus lágrimas.

—Quiere que lo siga al lugar oscuro, pero yo no quiero ir. Voy a decirle que se vaya. Voy a decirle que me deje en paz para siempre.

A continuación se dio la vuelta y salió a toda prisa de la habitación. Me levanté de un salto y lo seguí, pidiéndole que se detuviera, pero él corría ya escalera abajo. Antes de que mi pie pisase siquiera el primer peldaño, David ya había entrado en el salón, siguiendo el sonido del piano, y al cabo de unos segundos oí su voz.

—¡Márchate! Tienes que dejarme en paz. No iré contigo. ¡Éste no es tu sitio!

Y una segunda voz contestó:

—Éste sí es mi lugar, y tú harás lo que yo te diga.

Cuando llegué al pie de la escalera, había un niño sentado en la banqueta del piano. David tenía razón: se parecía un poco a Jason, como si alguien, tras recibir una descripción superficial del hijo que yo había perdido, hubiera construido a partir de eso una imitación imperfecta. Pero todo lo bueno de Jason, todo su resplandor, estaba ausente en ese ser. Sólo quedaba el cascarón de un niño que quizás en otro tiempo fue el mío, y algo oscuro se movía dentro de él. Llevaba la misma camiseta amarilla y el pantalón corto que vestía Jason el día de su muerte, sólo que no le quedaban bien. Parecían venirle pequeños, y estaban manchados de tierra y sangre.

Y la voz no era la voz de un niño. Hablaba con el timbre de un hombre, grave y amenazador. Casi resultaba ofensivo en un cuerpo tan pequeño.

—Juega conmigo, David —dijo—. Ven a sentarte a mi lado. Ayúdame a acabar mi canción, y luego te enseñaré mi sitio especial, mi sitio oscuro. Obedece. Ven conmigo y jugaremos juntos para siempre.

Entré en el salón y el niño me miró. Al hacerlo, cambió, como si, distraído por mí, fuera ya incapaz de concentrarse. Ya no era un niño. Ya no era nada humano. Era viejo, un viejo encorvado y descompuesto, de cráneo calvo y piel muy blanca y arrugada. Los jirones de un traje oscuro colgaban de lo que quedaba de su cuerpo y

tenía unos ojos negros de expresión lujuriosa. Se llevó los dedos a los labios y se lamió las yemas.

—Éste es mi sitio —dijo—. Los niños vienen a mí. Dejad que los niños vengan a mí...

Agarré a David y, de un tirón, lo coloqué detrás de mí para obligarlo a retroceder hacia el pasillo. Lo oí llorar.

Aquel ser me sonrió mientras se tocaba el cuerpo, y supe lo que tenía que hacer.

Había un mazo en el pasillo. Harris lo había dejado allí, junto con otras herramientas que pensaba llevarse más adelante. Tendí la mano hacia el mazo, sin apartar la mirada del ser que esperaba en la banqueta del piano. Su forma se desvanecía ya cuando lancé el primer mazazo; vi que lo traspasaba y alcanzaba el piano. Golpeé la madera y el marfil una y otra vez, gritando y aullando. Seguí asestando un mazazo tras otro hasta que casi todo el piano yacía hecho pedazos en el suelo. Entonces saqué los restos al jardín y, en la oscuridad, les prendí fuego. David me ayudó. Juntos, observamos cómo se convertía en ceniza y madera ennegrecida.

Y en cierto momento creí ver que entre las llamas se retorció una figura, un hombre de traje oscuro que ardía lentamente en el aire nocturno, hasta que al final lo dispersó el viento.

Ahora soy yo quien tiene pesadillas, y yo quien, en vela, aguza el oído en plena noche. Detesto el silencio, pero temo más aquello que puede perturbarlo. En mis sueños veo a un ser con un traje hecho jirones que atrae a los niños a sitios oscuros, y oigo los acordes de un nocturno. Llamo a los niños. Intento detenerlos. A veces me acompaña Frank Harris, ya que compartimos esos sueños e intentamos prevenir a los pequeños. En su mayoría nos hacen caso, pero a veces la música suena, y un niño los invita a jugar a un juego.

Y ellos lo siguen a la oscuridad.

El capricho del señor Gray

Era, sin duda, dijo mi mujer, lo más feo que había visto en su vida.

Tuve que darle la razón, cosa que, en términos generales, no era una circunstancia corriente en nuestra relación. Eleanor, conforme se adentraba en la etapa final de la mediana edad (con la gracia y la desenvoltura, debo añadir, de una comitiva fúnebre entrando a trompicones en un cementerio), mostraba una creciente intolerancia con todo punto de vista que discrepase del suyo. Inevitablemente, el mío parecía discrepar más a menudo que el de la mayoría de la gente, y por tanto cualquier forma de concordia era motivo de profunda, aunque muda, celebración.

Norton Hall era una adquisición magnífica, una residencia campestre de finales del siglo XVIII con jardines paisajistas y veinte hectáreas de excelentes tierras. Era una joya arquitectónica, y resultaría un excelente hogar para nosotros, ya que no era tan grande para resultar inmanejable pero sí lo suficiente para poder eludirnos durante buena parte del día. Por desgracia, como mi mujer había observado acertadamente, el capricho arquitectónico al fondo del jardín ya era otro cantar. Feo y brutal, se componía de columnas rectangulares no ornamentadas y una austera cúpula blanca rematada por una cruz. No disponía de escalera alguna, y la única manera de acceder al interior era, al parecer, trepar a la base. Incluso los pájaros lo evitaban y preferían posarse en un roble cercano, donde gorjeaban nerviosamente entre sí como solterones en un baile parroquial.

Según el agente, uno de los anteriores propietarios de Norton Hall, un tal señor Gray, había construido el capricho en conmemoración de su esposa fallecida. Pensé que el hombre no debía de apreciar mucho a su esposa si era eso lo que había construido en su recuerdo. Yo mismo no sentía excesivo afecto por mi esposa la mayor parte del tiempo, pero ni siquiera la detestaba tanto como para erigir tamaña monstruosidad en su memoria. Como mínimo habría suavizado algunos de los contornos y colocado un dragón en lo alto para recordar al difunto ser querido. La base presentaba ciertos desperfectos, causados por el señor Ellis, el anterior dueño de la casa, pero por lo visto en algún momento cambió de idea y abandonó su intención inicial, por lo que la zona afectada había sido reparada y repintada.

En conjunto era un verdadero horror.

Mi primer impulso fue destruir aquella condenada construcción, pero en las semanas posteriores empecé a verle cierto encanto al capricho. No, «encanto» no es la palabra. Empecé más bien a intuir que aquello tenía una finalidad aún desconocida para mí, y que no sería prudente intervenir hasta saber algo más al respecto. En cuanto al motivo que me llevó a concebir esa idea, puedo identificar un incidente en concreto ocurrido unas cinco semanas después de instalarnos en Norton Hall.

Yo había cogido una silla y la había colocado en el árido suelo del capricho, ya que era un hermoso día de verano y aquella construcción ofrecía tanto sombra como una vista agradable. Justo cuando me acomodaba con el periódico, se produjo un

suceso francamente extraño: el suelo se movió, como si, por un instante, hubiera pasado de sólido a líquido y una marea oculta hubiera causado ondas en la superficie. La luz del sol palideció y se debilitó, y unas sombras movedizas envolvieron el paisaje. Fue como si me hubieran puesto ante los ojos una gasa procedente del lecho de un enfermo, porque percibí en el aire un tenue olor a putrefacción. Me levanté de inmediato, a causa de lo cual experimenté cierto mareo, y vi entre los árboles a un hombre que me observaba.

—Hola —dije—. ¿En qué puedo servirle?

Era alto y vestía traje de tweed: un individuo de aspecto claramente enfermizo, pensé, de rostro enjuto y ojos oscuros e inquietantes. Y juro que lo oí hablar, pese a que no movió los labios. Lo que dijo fue:

—Deja en paz el capricho.

En fin, debo admitir que, aun en mi estado de debilidad, me pareció un poco extraño. No estoy acostumbrado a que un absoluto desconocido me hable así. Incluso Eleanor tiene la delicadeza de anteponer a sus órdenes un «¿Te importaría?», seguido de algún que otro «Por favor» o «Gracias» para atenuar el golpe.

—Oiga —contesté—, soy el dueño de estas tierras. Usted no tiene derecho a presentarse aquí y decirme qué puedo o no puedo hacer en mi propiedad. Además, ¿quién es usted?

Pero que me aspen si no repitió las mismas cinco palabras.

—Deja en paz el capricho.

A renglón seguido, el individuo se dio media vuelta y desapareció entre los árboles. Me disponía a ir tras él para acompañarlo hasta la salida de la finca cuando oí un movimiento en la hierba a mis espaldas. Giré en redondo, medio esperando que aquel hombre apareciera de pronto también allí, pero era Eleanor. Por un momento formó parte del paisaje alterado, un espectro entre espectros, y luego, poco a poco, todo volvió a la normalidad y ella fue una vez más mi esposa en otro tiempo amada.

—¿Con quién hablabas, querido? —preguntó.

—Un tipo rondaba por aquí —contesté, señalando con el mentón en dirección a los árboles.

Ella miró hacia el bosque y se encogió de hombros.

—Pues ahora no hay nadie. ¿Estás seguro de haberlo visto? Quizá te ha alterado el calor, o algo peor. Deberías ir al médico.

Y así estaban las cosas. Yo era Edward Merriman: marido, dueño de la finca, hombre de negocios y posible demente a ojos de mi mujer. A ese paso, no tardaría en tener a un par de forzudos sentados sobre mi pecho en espera de que llegara el furgón del manicomio, mientras mi esposa, derramando quizás una pequeña lágrima de cocodrilo en expresión de pesar, firmaba los papeles del ingreso.

Tuve la impresión, no por primera vez, de que Eleanor había perdido algo de peso en las últimas semanas, o tal vez fuera sólo efecto de cómo iluminaba su cara la luz que se reflejaba en el capricho. Le confería cierto aspecto de avidez, realzado por un

brillo en los ojos que yo no había visto antes. Me llevó a pensar en un ave rapaz y, por alguna razón, esa imagen me provocó un estremecimiento. La seguí a casa para tomar el té, pero no pude probar bocado, en parte debido a su manera de mirarme por encima de los bollos, como un buitre impaciente aguardando a que un pobre desdichado entregue su alma, pero también porque hablaba sin parar del capricho.

—¿Cuándo vas a encargar la demolición, Edgar? —empezó—. Quiero que sea lo más pronto posible, antes de que llegue el mal tiempo. ¡Edgar! Edgar, ¿me escuchas?

Entonces me agarró del brazo con tal fuerza que, sobresaltado, dejé caer la taza, y los fragmentos de porcelana clara quedaron esparcidos por el suelo de piedra como vestigios de sueños juveniles. La taza formaba parte de nuestra vajilla de boda, pero su pérdida no pareció preocupar a mi mujer como la habría alterado en otro tiempo. De hecho, casi ni pareció reparar en la taza rota, o en el té que se filtraba lentamente por las grietas del suelo. No me soltó, y sus manos eran como garras, largas y huesudas, con uñas duras y afiladas. Varias venas gruesas y azules surcaban el dorso como serpientes entrelazadas, parecía que fueran a salirse de la piel. Sus poros exudaban un olor acre, y me costó no arrugar la nariz en un gesto de repugnancia.

—Eleanor —pregunté—, ¿estás enferma? Tienes las manos muy delgadas y, viéndote la cara, diría que has perdido peso.

De mala gana, retiró la mano de mi brazo y desvió la mirada.

—No digas tonterías, Edgar —contestó—. Estoy como una rosa.

Pero la pregunta pareció incomodarla, porque de inmediato empezó a trajinar en los armarios, armando tal alboroto que sin duda era fruto del enfado más que de un objetivo real. La dejé con lo suyo y, frotándome el brazo allí donde me lo había apretado, pensé en la naturaleza de la mujer con quien me había casado.

Esa tarde, a falta de algo mejor que hacer, fui a la biblioteca de la casa. Norton Hall había sido puesta a la venta por una hermana del difunto señor Ellis, y la biblioteca y la mayor parte del mobiliario que había en ella estaban incluidos en la transacción. Por lo visto, el señor Ellis había acabado mal: según las habladurías locales, su mujer lo abandonó y él, sumido en una depresión, se pegó un tiro en la habitación de un hotel de Londres. La mujer ni siquiera asistió al entierro del pobre desgraciado. De hecho, entre nuestros vecinos más fantasiosos aún se especulaba con la hipótesis de que el señor Ellis hubiera eliminado a su buena esposa, aunque la policía nunca pudo acusarlo de nada. Siempre que se encontraban en un descampado unos huesos especialmente propicios, o un perro curioso los desenterraba en la orilla de un río, el señor Ellis y su desaparecida esposa eran mencionados en la prensa local, y eso a pesar de que habían transcurrido ya veinte años desde su muerte. Un hombre más supersticioso habría renunciado a la compra de Norton Hall en tales circunstancias, pero no era ése mi caso. De todos modos, por lo que supe del señor Ellis, parece que fue un hombre inteligente y, por tanto, si mató a su mujer, era poco probable que dejara sus restos en algún lugar de la casa donde alguien pudiera tropezar con ellos y pensar: «Caray, aquí pasa algo».

Sólo había visitado la biblioteca una o dos veces —no soy muy aficionado a los libros, la verdad sea dicha—, y me había limitado a echar un vistazo a los títulos y sacudir el polvo y las telarañas de los volúmenes más antiguos. Por consiguiente, me sorprendió encontrar un libro en una mesa pequeña junto a un sillón. Al principio pensé que quizá lo había dejado allí Eleanor, pero ella era menos lectora incluso que yo. Lo cogí y lo abrí al azar por una página escrita a mano con letra elegante y muy apretada. Retrocedí hasta la portadilla y encontré la inscripción: *Un viaje por Oriente Medio de J. F. Gray*. Una fotografía pequeña y ajada señalaba la página. Cuando la miré, no pude por menos de sentir un desagradable escalofrío en la espalda. El hombre de la fotografía, obviamente el J. F. Gray del título, guardaba un asombroso parecido con el tipo que un rato antes rondaba por el jardín ofreciendo consejos que nadie le había pedido respecto al capricho. Pero eso no era posible, pensé: al fin y al cabo, Gray había muerto hacía cincuenta años y probablemente tenía otras cosas en la mente, como los coros eternos o los sarpullidos causados por el calor, en función de la vida que hubiera llevado en este mundo. Arrinconé el pensamiento en el fondo de mi mente y volví a fijar la atención en el libro. Resultó que era mucho más que un diario del viaje de Gray a Oriente Medio.

Era, de hecho, una confesión.

Al parecer, John Frederick Gray, en una visita a Siria en 1900, había adquirido, haciendo valer el robo, los huesos de una mujer de quien se creía que era Lilit, la primera esposa de Adán. Según Gray, que poseía cierto conocimiento de los textos apócrifos bíblicos, Lilit era supuestamente un demonio, la bruja original, símbolo del temor masculino al poder femenino desbocado. Gray oyó hablar de dichos huesos a un individuo de Damasco que le vendió parte de lo que, según él, era la armadura de Alejandro Magno, y que posteriormente lo mandó a una aldea en la región más septentrional del país, donde se decía que los huesos permanecían guardados en una cripta cerrada a cal y canto.

El viaje fue largo y difícil, aunque tales desafíos suelen ser un incentivo para individuos como Gray, para quienes un sillón cómodo y una buena pipa son vicios equiparables a los actos de los sodomitas. Pero cuando Gray llegó a la aldea con sus guías, se encontró con que los lugareños no lo acogieron bien. Según su diario, los aldeanos le dijeron que los forasteros, y muy en especial las mujeres, tenían prohibida la entrada en la cripta. Le pidieron a Gray que se marchara, pero éste acampó esa noche a cierta distancia de la aldea y reflexionó acerca de lo que le habían dicho.

Pasaba ya la medianoche cuando un desarrapado de la aldea se acercó al campamento y anunció a Gray que, por una módica suma, estaba dispuesto a extraer de su sepultura el féretro con los huesos y entregárselo a él. Era un hombre de palabra. Regresó al cabo de una hora, cargado con un féretro muy ornamentado y a todas luces antiquísimo que, según dijo, contenía los restos de Lilit. La caja medía más o menos un metro de largo, medio metro de ancho y un par de palmos de alto, y estaba firmemente cerrada. El ladrón le explicó a Gray que la llave permanecía

siempre en poder del imán de la aldea, pero eso al inglés no le preocupó. La leyenda de Lilit era un mito, una simple invención de hombres temerosos, pero Gray pensó que, a su regreso, podía vender el hermoso féretro como curiosidad. Lo embaló junto con las demás adquisiciones que había hecho y apenas volvió a pensar en él hasta que llegó a Inglaterra y se reunió con su joven esposa, Jane, en Norton Hall.

Gray empezó a notar un cambio en el comportamiento de su mujer poco después de llegar los huesos a su casa. Jane adelgazó de una manera extraña, casi hasta la escualidez, y comenzó a mostrar un interés malsano por los restos de la caja. Una noche, cuando Gray creía que ella dormía en su cama, la encontró hurgando en el candado con un cincel. Cuando intentó quitarle la herramienta, ella le lanzó una feroz estocada y acto seguido asestó un último golpe al candado, que cayó al suelo partido en dos. Antes de que él pudiera detenerla, Jane había abierto bruscamente la tapa y dejado a la vista el contenido: unos huesos viejos y parduscos formando un ovillo, con jirones de piel todavía adheridos, y un cráneo semejante al de un reptil o un ave, estrecho y alargado, pese a que aún conservaba indicios de una humanidad a medio desarrollar.

Y de repente, según Gray, los huesos se movieron. Al principio fue un ligerísimo desplazamiento, resultado acaso del reacomodo de los huesos tras la súbita alteración, pero pronto pasó a ser algo más acusado. Los dedos se estiraron como accionados por músculos y tendones invisibles; luego los huesos de los dedos de los pies tamborilearon en los costados del féretro. Por último, el cráneo giró sobre sus vértebras visibles y aquellos maxilares parecidos a un pico de ave se abrieron y cerraron con un leve chasquido.

El polvo contenido en el féretro empezó a elevarse y enseguida un vapor rojizo envolvió los restos. Pero el vapor no procedía del féretro, sino de la esposa de Gray: brotaba de su boca igual que un torrente, como si su sangre, ahora seca y convertida en polvo, fuera extraída de sus venas. Ante la mirada de Gray, Jane se consumió gradualmente, la piel de su cara fue arrugándose y rasgándose como el papel, y sus ojos se veían cada vez más desorbitados, a medida que el ser del féretro le chupaba la vida. A través de la bruma, Gray alcanzó a ver aquel rostro aterrador mientras se reconstituía. Unos ojos redondos, de color negro verdoso, lo devoraron ávidamente, la piel apergaminada pasó de gris a un negro escamoso, y los maxilares en forma de pico saborearon el aire, abriéndose y cerrándose con un sonido similar al crujir de huesos. Gray percibió el deseo de aquel ser, su vil necesidad sexual. Lo consumiría, y él agradecería sus apetitos a la vez que sus garras se hundían en él y su pico lo cegaba y sus extremidades lo envolvían en un último abrazo. Sintió cómo su cuerpo respondía a aquella llamada, se acercaba más al ser emergente, y en ese preciso instante una fina membrana cubrió los ojos de la criatura, como el parpadeo de un lagarto, y su hechizo se rompió brevemente.

Gray volvió en sí y, abalanzándose sobre el féretro, bajó la tapa con violencia sobre la cabeza de la criatura. Sintió los golpes y las embestidas de aquel ser inmundo

en el interior mientras cogía el cincel y lo encajaba en las argollas del candado para cerrar firmemente el féretro. El vapor rojo desapareció en el acto, los forcejeos de aquel ser remitieron y, ante sus ojos, su querida esposa se desplomó en el suelo y exhaló el último aliento.

Sólo quedaba una página de la narración, y en ella se explicaba con detalle los orígenes del capricho: la excavación de sus profundos cimientos, la colocación del féretro en el fondo, y la construcción del propio capricho encima a fin de retener allí a Lilit para siempre. Era una historia absurda, claro está. Tenía que serlo. Era una fantasía, una invención de Gray para asustar a los criados o conseguir alguna mención en la prensa sensacionalista.

Y sin embargo esa noche, cuando me acosté junto a Eleanor, no dormí y percibí en ella un estado de vigilia que me inquietó.

Los días posteriores no consiguieron apaciguar mis sentimientos de infelicidad, o mejorar la relación entre mi mujer y yo. No podía evitar volver una y otra vez al relato de Gray, por más que inicialmente se me antojara una insensatez. Soñaba con cosas invisibles que golpeteaban en la ventana de nuestro dormitorio, y cuando, en sueños, me acercaba al cristal para averiguar la causa del ruido, una cabeza alargada con un brillo ávido en sus oscuros ojos de depredador salía de la oscuridad y rompía el cristal para devorarme. Mientras luchaba con aquello, sentía el roce de sus pechos caídos y sus piernas alrededor en una pantomima del ardor de una amante. Entonces me despertaba y descubría una leve sonrisa en el rostro de Eleanor, como si conociera mi sueño y en secreto le complaciera su efecto sobre mí.

A medida que nos distanciábamos, yo tendía a pasar más tiempo en el jardín, o deambular por los confines de mis tierras, medio esperando ver al anónimo visitante que tanto se parecía al desventurado J. F. Gray. En una de esas ocasiones divisé una figura en bicicleta que se afanaba cuesta arriba hacia la verja de Norton Hall. Tuve la impresión de que el agente Morris flotaba literalmente en el horizonte; era un hombre corpulento y su considerable cintura, unida a la turbia visibilidad del caluroso día, le confería el aspecto de un enorme buque negro que asomaba despacio en lontananza. Al final pareció comprender la inutilidad de su continuado esfuerzo para imponerse a la cuesta sobre dos ruedas (con la gravedad decidida, por lo visto, a frustrar sus empeños) y, tras apearse, empujó su bicicleta en el último tramo hasta llegar por fin a la verja.

El agente Morris era uno de los dos policías asignados a la pequeña comisaría de Ebbingdon, el pueblo más cercano a Norton Hall. Él y su sargento, Ludlow, tenían la responsabilidad de mantener el orden no sólo en Ebbingdon, sino también en las aldeas vecinas de Langton, Bracefield y Harbiston, así como en las inmediaciones, tarea que llevaban a cabo combinando un ruinoso coche de policía, un par de bicicletas y la vigilancia de la población local. Yo sólo había hablado con Ludlow en

unas cuantas ocasiones, y me había parecido un hombre más bien taciturno. Morris, en cambio, se dejaba ver más regularmente en la carretera que discurría junto a nuestra finca y sentía mayor inclinación que su superior a pasarse y charlar un rato (a la vez que recobraba el aliento).

—Hace calor —comenté.

El agente Morris, enrojecido a causa del esfuerzo, se enjugó la frente con la manga de la camisa y coincidió en que sí, sin duda era un día sofocante. Le ofrecí un vaso de limonada casera si estaba dispuesto a acompañarme hasta la casa, y aceptó de buen grado. Hablamos de asuntos locales durante el breve paseo, y lo dejé junto al capricho mientras yo entraba en la cocina para servir la limonada. No se veía a Eleanor por ninguna parte, pero la oí moverse de aquí para allá en el desván, armando un barullo espantoso mientras apartaba y dispersaba cajas de embalaje. Decidí no molestarla con la noticia de la llegada de Morris.

Fuera, el policía se paseaba con ociosidad en torno al capricho, con las manos cruzadas a la espalda. Al reunirme con él le entregué la limonada, con el hielo crujiendo sonoramente en el vaso, y lo observé tomar un largo trago. Tenía grandes manchas de sudor en las axilas y la espalda, de un azul más intenso en contraste con el tono claro de la camisa, como un mapa en relieve de los océanos.

—¿Qué le parece? —pregunté.

—Está buenísima —contestó, pensando que me refería a la limonada—. Es justo lo que recomienda el médico para días como hoy.

Lo corregí.

—No, me refería al capricho.

Morris desplazó ligeramente el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y agachó la cabeza.

—La verdad es que no es a mí a quien corresponde decirlo, señor Merriman —respondió—. No puede decirse que sea un experto en estas cuestiones.

—Sea o no un experto, tendrá una opinión.

—Pues para serle sincero, señor Merriman, no me entusiasma. Nunca me ha entusiasmado.

—Habla como si hubiese tenido algo que ver con él en otras ocasiones —señalé.

—Hace ya tiempo —dijo con cierta cautela—. Al señor Ellis...

Su voz se apagó de forma gradual. Esperé. Estaba deseoso de interrogarlo más a fondo, pero quería dar la impresión de que curioseaba sin más.

—He oído —dije por fin— que su mujer desapareció, y que poco después el pobre hombre se quitó la vida.

Morris tomó otro sorbo de limonada y me miró con atención. Era fácil infravalorar a un hombre así, pensé: su torpeza, su peso, sus esfuerzos con la bicicleta, todo ello resultaba bastante cómico a simple vista. Pero el agente Morris era un hombre sagaz, y su nulo avance en el escalafón no se debía a deficiencias en su personalidad o su trabajo, sino al deseo de permanecer en Ebbingdon y atender a

quienes estaban bajo sus cuidados. Ahora me tocó a mí moverme inquieto bajo su mirada.

—Eso cuentan —dijo Morris—. Iba a decir que al señor Ellis tampoco le entusiasmaba mucho el capricho. Quería demolerlo, pero las cosas se torcieron y..., en fin, usted ya conoce el resto.

Pero, por supuesto, yo no lo conocía. Sólo sabía lo que había averiguado por las habladurías locales, e incluso eso, como recién llegado que era, me lo habían transmitido a pequeñas dosis. Se lo expliqué a Morris, y él sonrió.

—Cotilleos discretos —comentó—. Menuda novedad.

—Ya sé cómo son las cosas en las aldeas —dije—. Imagino que si dejara nietos aquí, también a ellos los tratarían con cierto recelo.

—¿Tiene usted hijos, pues?

—No —contesté, incapaz de disimular un asomo de pesar en la voz. Mi esposa no era una mujer especialmente maternal, y por lo visto la naturaleza había coincidido conmigo en esa apreciación.

—Es curioso —dijo Morris, sin dar señales de haber advertido alteración alguna en mi tono—. Hace mucho tiempo que no hay niños en Norton Hall, no desde antes del señor Gray. Tampoco el señor Ellis tuvo hijos.

No era un tema en el que yo deseara ahondar, pero la alusión a Ellis me permitió encauzar la conversación hacia derroteros más interesantes, y aproveché la oportunidad quizá con demasiado fervor.

—Dicen..., bueno, dicen que tal vez el señor Ellis mató a su mujer.

Enseguida me avergoncé de haber hablado tan abiertamente, pero a Morris no pareció importarle. De hecho, dio la impresión de que agradecía mi sinceridad al plantear el tema sin tapujos.

—Hubo sospechas —admitió—. Lo interrogamos, y vinieron dos inspectores de Londres a hacer indagaciones, pero fue como si ella hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Registramos la finca, y todos los campos y tierras de alrededor, pero no encontramos nada. Corrieron rumores de que ella tenía un amante en Brighton, así que le seguimos el rastro y lo interrogamos a él. Nos contó que hacía semanas que no la veía, si es que uno puede dar crédito a la palabra de un hombre que se acuesta con la mujer de otro. Al final tuvimos que aparcar el asunto. No había cadáver, y sin cadáver no hay delito. Después el señor Ellis se pegó un tiro, y la gente sacó sus propias conclusiones sobre lo que quizá le había ocurrido a su mujer. —Apuró la limonada y me entregó el vaso vacío—. Gracias. Ha sido muy refrescante.

Le contesté que no había de qué y lo observé mientras se disponía a montar de nuevo en su bicicleta.

—¿Agente?

Interrumpió sus preparativos.

—¿Qué cree usted que fue de la señora Ellis?

Morris cabeceó.

—No lo sé, señor Merriman, pero sí sé una cosa. Susan Ellis ya no se pasea por este mundo. Se halla bajo tierra.

Y dicho esto, se alejó pedaleando.

A la semana siguiente un asunto de negocios inaplazable me llevó a Londres. Tomé el tren y me pasé la mayor parte del día, que fue frustrante, hablando de cuestiones económicas. La frustración se vio agravada por un creciente malestar, tan presente que durante esas horas en Londres sólo pude concentrar una parte de mi atención en mis finanzas, mientras destinaba la otra parte a la naturaleza del mal que parecía haber contaminado Norton Hall. Aun sin ser supersticioso, la historia de nuestra nueva casa empezaba a inquietarme. Cada vez con mayor regularidad tenía pesadillas, acompañadas siempre del golpeteo de unas garras y los chasquidos de unos maxilares; y en ocasiones, cuando por fin me despertaba, veía la imagen de Eleanor inclinada sobre mí, con los ojos brillantes, como si supiera algo, y sus pómulos amenazaban con traspasar la piel tersa de su rostro como hojas de cuchillo. Además, el libro de Gray sobre sus viajes había desaparecido inexplicablemente, y cuando le pregunté a Eleanor al respecto, percibí que me mentía al negar que conocía su paradero. Tanto el desván como el sótano eran un caos de cajas volcadas y papeles desechados, desorden que contradecía las afirmaciones de mi mujer cuando sostenía que su única intención era «reorganizar» nuestro entorno.

Al final se produjeron también cambios perturbadores en los aspectos más íntimos de nuestra vida conyugal. Tales cuestiones deben quedar entre un hombre y su mujer, pero baste decir que nuestras relaciones eran más frecuentes —y, al menos por parte de mi mujer, más feroces— que nunca. Había llegado a un punto en que prácticamente temía apagar la luz, y procuraba mantenerme alejado del dormitorio hasta bien entrada la noche con la esperanza de que Eleanor estuviese ya dormida cuando yo ocupara por fin mi lugar junto a ella.

Pero Eleanor casi nunca estaba dormida, y sus apetitos eran terribles de tan insaciables.

Esa noche ya había oscurecido cuando llegué a casa, pero aún vi las huellas del vehículo en el césped, y un hoyo abierto donde antes estaba el capricho. Los restos de aquella construcción formaban un revoltijo de hormigón y plomo en la grava junto a la casa, allí abandonados por los responsables de su demolición. Ahora se veía claramente la insignificancia de los cimientos y que la estructura era sólo pura apariencia, una manera de cubrir la fosa que yacía debajo. Al borde del hoyo se alzaba una figura con un farolillo en la mano. Cuando se volvió hacia mí, sonrió; era una sonrisa horrenda, pensé, mezcla de lástima y maldad.

—¡Eleanor! —exclamé—. ¡No!

Pero ya era tarde. Se dio la vuelta y empezó a descender por una escalera de mano y rápidamente perdí de vista la luz. Solté el maletín y atravesé a toda prisa el jardín

con el pecho agitado y el vientre atenazado por una creciente sensación de pánico hasta llegar al borde del hoyo. Abajo, Eleanor, escarbando en la tierra con las manos, dejaba poco a poco al descubierto la figura esquelética de una mujer hecha un ovillo, sus restos envueltos aún por un raído vestido rosa, y supe intuitivamente que era la señora Ellis y que las sospechas del agente Morris eran ciertas. No había huido de su marido, sino que éste la había sepultado allí, después de acceder ella, excavando, al hoyo oculto bajo el capricho; él la había matado y, luego, en un arrebató de horror y remordimiento, se había quitado la vida. La señora Ellis tenía el cráneo ligeramente alargado en torno a la nariz y la boca, como si una espantosa transformación se hubiese detenido con su repentina muerte.

Para entonces Eleanor, a fuerza de hurgar, había desenterrado un pequeño féretro, oscuro y ornamentado. Empecé a descender por la escalera mientras ella, usando una palanca, desprendía el enorme candado que Gray había colocado en el féretro antes de sepultarlo. Yo ya estaba en los últimos peldaños de la escalera cuando oí que algo se rompía, y Eleanor, con una exclamación triunfal, abrió la tapa. Allí, tal como Gray lo había descrito, yacían los restos aovillados, con aquel cráneo extraño y alargado. El polvo se elevaba ya y una tenue emanación roja de vapor salía de la boca de Eleanor. Su cuerpo se convulsionó como si la sacudieran unas manos invisibles. Sus ojos, muy blancos, se le hincharon en las cuencas mientras que sus mejillas parecía que se le hundían en la boca abierta, a la vez que se le dibujaban bajo la piel, claramente, los contornos del cráneo. La palanca cayó de sus dedos y la cogí. Apartando a Eleanor de un empujón levanté la palanca por encima de la cabeza y me planté junto al féretro. Un rostro negro grisáceo con grandes ojos de color verde oscuro y unas concavidades por orejas me miró, y sus afilados maxilares en forma de pico emitieron un chasquido cuando aquel ser se irguió hacia mí. Se aferró con las garras a los costados de su prisión en un esfuerzo por levantarse, y su cuerpo era una burla de todo lo que había de hermoso en una mujer.

Su aliento olía a cosas muertas.

Cerré los ojos y descargué un golpe. Algo gritó, y el cráneo se quebró con un ruido hueco y húmedo semejante al que produce un melón al abrirlo. La criatura cayó de espaldas, emitiendo un sonido sibilante, y cerré la tapa con violencia. A mis pies, Eleanor yacía inconsciente, y poco a poco la última voluta de vapor rojo se escapó de entre sus dientes. Tal como Gray había hecho años antes, utilicé la palanca para trabar las argollas del cierre. Dentro de la caja se oyó un martilleo furioso, y la palanca se agitó en su sitio con inquietantes sacudidas. Aquel ser prorrumpió en sucesivos alaridos, gritos largos y agudos como los chillidos de los cerdos en el matadero.

Me cargué a Eleanor al hombro y, con cierta dificultad, trepé por la escalera hasta la superficie a la vez que los ruidos procedentes del féretro se desvanecían gradualmente. La llevé en coche a Bridesmouth, donde la dejé al cuidado del hospital del pueblo. Permaneció inconsciente durante tres días y, cuando despertó, no recordaba nada del capricho ni de Lilit.

Mientras ella estaba en el hospital organicé nuestro regreso definitivo a Londres y la clausura de Norton Hall. Y después, una tarde soleada, me quedé a observar cómo revestían de cemento reforzado con acero el hoyo del jardín. En la fosa propiamente dicha echaron más cemento, tres contenedores que la llenaron hasta la mitad. A continuación los albañiles iniciaron la construcción de un segundo capricho para cubrir el agujero, más grande y más ornamentado que el anterior. Aquello me costó los ingresos de medio año, pero no tuve la menor duda de que valía la pena. Finalmente, mientras Eleanor continuaba su convalecencia en compañía de su hermana en Bournemouth, fui testigo de la colocación de las últimas piedras del capricho, antes de que los albañiles empezaran a retirar su equipo del jardín.

—Deduzco que a la señora no le gustaba el otro capricho, señor Merriman —comentó el capataz mientras contemplábamos la puesta de sol sobre la nueva construcción.

—Me temo que no encajaba con su ánimo —contesté.

El capataz me miró con perplejidad.

—Son raras, las mujeres —prosiguió al cabo de un momento—. Si de ellas dependiera, gobernarían el mundo.

—Si de ellas dependiera —repetí.

«Pero no será el caso», pensé.

Al menos si yo puedo evitarlo.

El dolor empezó a molestarla casi en cuanto se subió al tren. Normalmente planeaba bien esas cosas. ¿Cómo no iba a hacerlo después de tantos años? Sin embargo, aquél había sido uno de esos días espantosos en que nada salía según lo previsto. En principio su intención era coger el tren de las cinco, y así ya habría estado tranquila en casa con la puerta bien cerrada y todo un fin de semana de paz e intimidad por delante para recuperarse de ese malestar de todos los meses. Pero en la oficina se había producido una crisis y Dominic, su jefe, se había visto obligado a convocar una reunión de urgencia. Dos días antes del plazo de entrega, uno de los clientes más importantes de la agencia había decidido que ciertos elementos de la nueva campaña publicitaria eran «inapropiados» y debían revisarse. A consecuencia de eso se impuso una sesión intensiva de trabajo que se alargó hasta pasadas las siete, y para cuando salió a la calle, el hermoso día de otoño se sumía lentamente en las sombras.

Ya sintió que le venía al abandonar el edificio y encaminarse hacia la estación: cierta desazón, cierta alteración, una peculiar sensibilidad en el vientre y los pechos. Su habitual mal genio se agudizó aún más, y estuvo a punto de arrancarle de un mordisco la cabeza al perezoso taquillero, más preocupado, el muy imbécil, por elegir los números de lotería que por asegurarse de que ella se subiera a tiempo a su tren, cuando además el pitido de cierre de las puertas, fuera de su vista, anunciaba ya la inminente partida. Tuvo que correr para cogerlo, y eso no había contribuido a mejorar las cosas en absoluto. Las carreras, el nerviosismo, los bufidos a tarados no hacían más que exacerbar el problema.

Tomó asiento en el penúltimo vagón. El lavabo estaba en el último, al fondo de todo, pero las luces del vagón no iban bien, y se apagaban y encendían con un zumbido rabioso, como si hubiera enjambres de abejas atrapados en las bombillas fluorescentes, por lo que no le quedó más remedio que sentarse un poco más adelante de lo que habría deseado. Así y todo, quizá no hubiera ningún problema. Aún no le había llegado, pero faltaba poco.

El tren salió despacio de la estación. Los otros pasajeros leían libros y periódicos, o hablaban de estupideces en voz alta por sus móviles, y si bien la irritaban todavía más con su desconsideración, al menos le proporcionaban una distracción momentánea, una válvula de escape a su frustración. Ella misma tenía un teléfono, por supuesto, pero lo mantenía desconectado en trenes y autobuses a no ser que fuera absolutamente necesario, y aun entonces lo ponía en modo vibración y salía del vagón para contestar. Ella protegía muy celosamente su intimidad y la asombraba una y otra vez que la gente estuviera dispuesta a airear entre desconocidos, a voz en cuello, los detalles más íntimos de sus vidas. Sus padres habrían preferido morirse a entablar una conversación privada en presencia de personas ajenas. De hecho, sus padres rara vez hablaban por teléfono de algo que tuviera una mínima trascendencia. En ese sentido estaban decididamente chapados a la antigua. Si algo era importante,

convenía hablar de ello cara a cara. Sus comunicaciones telefónicas, salvo en casos excepcionales como un fallecimiento o una enfermedad, casi nunca se prolongaban más de uno o dos minutos. Su hija había aprendido de ellos el valor de la discreción en ciertos asuntos.

Le dolían los oídos a causa de tanto vocerío. En esos días del mes siempre parecía tener los sentidos aguzados, tanto que incluso le costaba soportar ruidos moderadamente sonoros, y percibía más que de costumbre determinados olores y sabores. Se preguntaba si ella era la única que experimentaba esos estados. En cuanto a esas sensaciones sólo podía presuponer que su caso no era insólito, pues aun cuando no hubiera sido solitaria por naturaleza, jamás se le habría ocurrido hablar de tales asuntos con otras personas.

Los pueblos desfilaban rápidamente al otro lado de la ventanilla. Se cumplía el horario previsto. Se permitió exhalar un suspiro de alivio y respiró hondo. En ese momento algo se tensó dentro de ella. Hizo una mueca de dolor y cambió de posición en el asiento. «Maldita sea», pensó. El tren aminoró la velocidad y vomitó más pasajeros en otra estación. En esos pueblos pequeños rara vez se subía gente, y ella acostumbraba viajar la mayor parte del trayecto en vagones vacíos, sobre todo porque su destino era la última parada de la línea, y su casa se hallaba a tiro de piedra de la estación. Eso le permitía dormir un poco más por la mañana, y le hacía más soportable el viaje de regreso a casa.

Cerró los ojos. A veces se sentía sola viviendo en una aldea donde conocía todas las caras, donde todos los apellidos se repetían docenas de veces en forma de primos, hermanos, tíos, abuelos. Sus padres siempre se habían mantenido un tanto al margen de la vida de la comunidad y defendían la idea de que para tener buenos vecinos hace falta una buena valla, cosa que ella agradecía. Las diversas reuniones, campañas benéficas, fiestas en jardines y festejos no eran lo suyo, y ese deseo de mantenerse a distancia le había granjeado cierta reputación en la aldea, sobre todo porque también eludía educadamente las atenciones masculinas. No tenía la menor intención de salir con un hombre de la aldea, de darle acceso a los secretos de su vida. Conocía a esos hombres demasiado bien, y no sentía ningún deseo de convertirse en una de sus conquistas. Había disfrutado de alguna que otra relación en la ciudad, pero ninguna duradera. Le gustaban los hombres dispuestos a respetar las distancias cuando ella lo necesitaba, que querían su propio espacio tanto como ella deseaba el suyo, pero esos hombres eran más difíciles de encontrar de lo que cabía pensar. Debido a las exigencias que ella planteaba, atraía sobre todo a aquellos que buscaban ligues informales de una noche, o a otros que, aun sosteniendo que entendían su deseo de independencia, al cabo de un tiempo, inevitablemente, empezaban a sentirse incómodos con esa situación y trataban de imponer sus propias reglas. Ella no había tardado en descubrir que cuando un hombre afirmaba valorar la independencia de una mujer, quería decir en realidad que valoraba la suya propia y que se la consentiría a ella sólo en la medida en que a él le conviniera.

Quedó atrás otra estación, y eso la acercaba un par de kilómetros más a su casa. El persistente dolor era cada vez más intenso, y notaba un sabor a cobre en la boca. Detestaba el ciclo, sus ineludibles molestias. Era un verdadero castigo, pero, como su madre le había dicho en aquellos primeros meses de la adolescencia, tan fastidiosos, «lo que no puede curarse debe soportarse». Volviendo la vista atrás, recordó la conmoción y el asombro que sintió al tomar conciencia de que su propio cuerpo podía hacerle eso, podía herirla desde muy dentro y causarle malestar, dolor y bochorno, a pesar de que su madre la aleccionó sobre lo que debía hacer y cómo prepararse para eso a fin de que no la pillara por sorpresa. Siempre era más fácil sobrellevarlo en casa, había dicho su madre, rodeada de objetos familiares, pero una no podía permitir que esa circunstancia rigiera su vida. Aun así, durante los primeros meses fue eso precisamente lo que ocurrió: sentía gratitud y alivio en cuanto lo superaba, pero esa sensación duraba sólo una o dos semanas, hasta que se iniciaba, una vez más, su inevitable aproximación. Para las otras chicas era distinto: parecían adaptarse a los cambios operados en sus cuerpos, y ella las envidiaba. Sencillamente no era capaz de hacer lo mismo.

El tren llegó a Shillingford, la última parada antes de la suya. Pronto podría cerrar la puerta con llave y quedarse entre las paredes de su casa todo el fin de semana. El lunes aquello habría terminado y reanudaría su vida normal.

Al arrancar el tren se abrió la puerta delantera del vagón y entraron dos jóvenes. No debían de tener siquiera veinte años, aunque uno lucía una línea de descuido vello facial sobre el labio superior, un triste simulacro de bigote que le confería un aspecto sospechoso, no muy de fiar. Su acompañante, más alto y robusto, tenía acné en el mentón, con algún grano ensangrentado de tocárselo. Vestían cazadoras de cuero baratas y vaqueros holgados y acampanados.

—¿Todo bien, encanto? —dijo uno de los muchachos.

Ella no lo miró, pero lo veía reflejado en el cristal. Era el del bigote. Ninguno de los dos se había sentado. Allí de pie, alargando el cuello, pretendían examinarle la cara y el cuerpo. Ella se ciñó un poco más el abrigo.

—Eh, no hagas eso —dijo el de los granos—. Déjanos verte.

Ella se mordió el labio. Sintiendo que algo se contraía en su interior, dio un pequeño respingo. Empezó a picarle la piel.

—Vamos, sonríe —instó el del bigote—. Tan mal no estarás. Tengo una cosa que te hará sonreír —dijo y dejó escapar una risita.

—Será tortillera —comentó el otro, y rió su propia ocurrencia.

—Qué va —replicó su compañero—. No es tortillera. Las tortilleras son feas. Ésta no está tan mal. —La señaló con el mentón—. ¿Verdad que no eres tortillera?

—Piérdete —respondió ella, a su pesar. No quería verse arrastrada a una discusión, pero habían elegido la peor tarde para meterse con ella. Sólo después de hablarles comprendió lo peligroso que podía ser contrariarlos, provocarlos.

—¡Uy, qué mal humor! —dijo el del bigote a su amigo—. Debe de estar en ese

momento del mes. Todas se ponen un poco así. —Volvió a centrar su atención en ella—. ¿Es eso, ricura? ¿Estás así por el mes? ¿Por la regla? —Su sonrisa se desvaneció lentamente, dando paso a algo mucho más desagradable—. No me fastidies —añadió en voz tan baja que ella pensó que no lo había oído bien, hasta que lo repitió—: No se te ocurra fastidiarme...

De pronto el tren paró en seco. Por un momento reinó el silencio, hasta que una voz sonó por el sistema de megafonía:

—Pedimos disculpas a todos los pasajeros por este pequeño retraso. Se debe a una avería momentánea que hay más adelante en el sistema de señales de la línea, razón por la cual tendremos que esperar a que pase el tren con rumbo sur antes de continuar. Una vez más les pedimos disculpas por cualquier molestia ocasionada. En breve volveremos a ponernos en marcha.

Ella no se lo podía creer. Apretó la cara contra la ventanilla y casi le pareció ver las luces de su estación a lo lejos. Podía ir a pie a su casa desde allí, pero las antiguas puertas accionadas manualmente habían desaparecido hacía mucho tiempo, y ella, como todos los demás pasajeros, era prisionera de la nueva tecnología. Sintió náuseas, y en su boca se intensificó el sabor a cobre. Fuera ya había oscurecido. Miró el cielo nocturno. Aunque no se veían las estrellas, un revelador asomo de brillo aparecía ya por el norte a medida que las nubes se despejaban. Aquello se ponía feo, muy feo. Oía los susurros de los chicos, y se arriesgó a lanzarles una mirada. El de los granos la observaba, y ella advirtió la lujuria en sus ojos.

—Agggghhh.

Su gemido de dolor interrumpió la conversación de los chicos. Ella hizo una mueca. Semejante retraso le resultaba ya insufrible. Vaya incordio. Casi aulló de frustración. No tenía otra elección: se levantó, agarró su maletín y se encaminó hacia el último vagón. Si conseguía llegar al lavabo, podría hacer allí lo que fuera necesario y quedarse dentro esperando a que el tren llegara a la estación; luego se escabulliría al andén por la puerta de atrás, eludiendo a los dos jóvenes y el hedor de su deseo. Salió al espacio entre los vagones, abrió la puerta y entró en el coche vacío, donde la recibió el insoportable zumbido de las luces y le dolieron los ojos por el parpadeo de las bombillas.

Detrás de ella, los adolescentes cruzaron una mirada y la siguieron hacia el vagón.

Se llamaban Davey y Billy. Davey era el mayor, el más listo, y estaba orgulloso de su vello facial, cultivado con tanto empeño. A veces el bigote establecía la diferencia entre ser atendido en un bar o no, y estaba orgulloso de él. Billy era más corpulento que su amigo, pero más tonto y brutal. Con frecuencia veían a mujeres en los trenos nocturnos, algunas ya un tanto marchitas, que difícilmente opondrían gran resistencia, pero por alguna razón la oportunidad que buscaban nunca se les había presentado hasta ese momento. La mujer estaba sola, el tren había parado: aunque

gritara, nadie la oiría. Era una situación idónea.

Entraron en el vagón. Los fluorescentes parpadearon y zumbaron por última vez antes de apagarse del todo, y la luz artificial dio paso a la luminiscencia de la luna cuando el gran disco blanco salió de detrás de las nubes e iluminó el bosque, los campos y la carrocería plateada del tren parado. El lavabo se hallaba ante ellos, en el extremo opuesto. No debía de tener una cerradura muy sólida. En los trenes las cerraduras nunca lo eran.

Estaban a medio vagón cuando oyeron un ruido a sus espaldas. Algo se movió entre dos asientos, hasta entonces oculto a los jóvenes por las sombras, pues la luz de la luna aún no había penetrado allí. Se volvieron a la vez que aquello se desplegaba y erguía poco a poco, más alto que ellos e infinitamente más poderoso. Un intenso olor animal impregnaba el aire del vagón, y oyeron un gruñido semejante al que emitiría un perro si alguien amenazara con quitarle un hueso de entre las patas. Cuando a Davey se le acostumbró la vista a la penumbra, vio unas garras en unos pies más largos que unos pies humanos, cubiertos de un fino vello oscuro que brillaba a la luz de la luna, y unas patas musculosas muy flexionadas por la rodilla, debajo de una entrepierna plana, un vientre terso y unos pechos pequeños y pálidos. Ante sus ojos, surgió más vello de los poros de aquella piel, invadiendo los espacios blancos y ennegreciéndolos. Jirones de un vestido colgaban de los brazos y la espalda de aquella figura, y, mientras las uñas de los dedos se curvaban, Davey creyó ver en ellas restos de laca morada. El vello del torso era más espeso que el de las piernas y el vientre, y los pechos desaparecieron lentamente bajo él. Además de ser más denso, estaba salpicado de blanco y gris, como si llevara sobre los hombros una gran capa.

De repente aquello surgió de la oscuridad y avanzó despacio hacia ellos, y la cara de la mujer quedó iluminada por la luna. Sus facciones aún estaban en plena mutación, así que Davey la reconoció claramente, como si fuera una silueta atisbada en un espejo de feria, distorsionada y sin embargo reconocible. Su rostro se alargaba, las puntas de sus orejas se estiraban y cubrían de vello, su nariz y su mentón se dilataban para formar unas fauces lupinas, los dientes eran cada vez más afilados y despedían un resplandor blanquecino, y de sus puntas goteaban espesos hilos de saliva y sangre. Sus manos, con los dedos nudosos y provistos de garras, se aferraron a los bordes del asiento de delante a la vez que su cuerpo se estremecía. Completada ya prácticamente la metamorfosis, Davey oyó salir cuatro palabras de lo más hondo de su garganta cuyo significado le resultó casi incomprensible en cuanto el animal se impuso a la mujer.

Casi.

—Ese momento del mes —dijo ella, y a continuación Davey creyó oír algo semejante a una risa, antes de transformarse también en un gruñido rebotante de voracidad y augurios de muerte.

Los ojos de la mujer se tornaron amarillos, y en sus profundidades se reflejó la luna llena. Levantó la cabeza y aulló en el instante en que los chicos, ya demasiado

tarde, pretendieron echarse a correr. Davey apartó a Billy de un empujón y se aprovechó de su menor tamaño para escabullirse antes de que Billy se diera cuenta siquiera de lo que hacía. Un salpicón caliente alcanzó a Davey en el pelo y la espalda cuando la vida de Billy terminó de un zarpazo, pero siguió adelante, sin mirar atrás, concentrando la vista en el rectángulo de cristal que había frente a él y el tirador plateado de la puerta. Lo tenía casi al alcance de la mano cuando un gran peso cayó sobre su espalda y lo derribó. El tren se puso en marcha con una sacudida al mismo tiempo que Davey sentía un cálido aliento en la piel y unos dientes afilados en la nuca. En sus momentos finales tomó conciencia, curiosamente, de que siempre había temido a las mujeres. Ahora, por fin, le pareció entender la razón.

Y Davey gritó mientras ocupaba su lugar en el gran ciclo de la vida y la muerte, y el color rojo inundaba el mundo.

NOCTURNOS: UN COLOFÓN

El lecho nupcial

Ay, qué promesas hacemos en el arrebato de la pasión, cuando se nos corta la respiración y nos tiembla el vientre. Atraídos por el calor de otro —el aroma de ella, la fuerza de él—, la lengua nos traiciona y las palabras salen atropelladamente de nuestras bocas. El acto pasa a ser indiscernible de la intención y la verdad se confunde con la mentira, incluso para nosotros mismos.

¿Decimos esas cosas porque las creemos realmente? ¿O creemos que al decir las en voz alta pueden hacerse realidad? Y si se nos pone a prueba, ¿cuántos de nosotros podemos decir que nos atenemos a nuestros compromisos, que no nos retractamos, que no renegamos de nuestras promesas? Cuando nuestra pareja envejece y se vuelve más lenta, cuando la luz de sus ojos se atenúa y nuestro ardor se enfría, ¿cuántos de nosotros no sentimos la tentación de volver la espalda y buscar el placer en otra parte?

Yo no. Siempre fui fiel.

Me atuve a mi compromiso con ella, y ella se atuvo al suyo, a su manera.

Recuerdo ver ondear su larga melena, cómo la línea de sus labios esboza una sonrisa de diversión y asoma a sus ojos una promesa tácita. Es hermosa, y siempre lo será. Nunca envejecerá, nunca se la recordará distinta de la joven radiante que es ahora, tal como está ante mí y dice:

—¿Me quieres? ¿Me querrás siempre?

—Sí —contesto—. Sí, y otra vez sí.

—¿Incluso cuando esté vieja y gris y tenga que desnudarme en la oscuridad para no asustarte?

Me río.

—Incluso entonces —respondo.

Me abofetea en broma y hace un mohín.

—Ésa era la respuesta equivocada, y tú lo sabes. Dime la verdad: si yo cambiara, si perdiera la belleza que ahora pueda tener, ¿aún me querrías? ¿Aún serías mío?

Tiendo las manos hacia ella, y forcejea un poco entre mis brazos antes de sucumbir.

—Escúchame —digo—. Te amaré pase lo que pase, y siempre querré estar contigo. ¿Habría esperado tanto si no sintiese esto por ti?

Sonríe y me besa suavemente en la mejilla.

—Sí —susurra—, has tenido mucha paciencia. Sabes que quiero que sea especial. Quiero entregarme a ti en nuestra noche de bodas. Quiero estar contigo en mi lecho nupcial.

Faltaban dos semanas para nuestra boda y había pasado un año desde el compromiso. Nuestra casa ya estaba construida y amueblada, la casa en la que criaríamos a nuestros hijos y envejeceríamos juntos. Allí nos esperaba vino en licoreras, y el carruaje de su padre, y un colchón de plumas en el que ella yacería. Se cortarían flores y su aroma se fundiría con el de ella en la luz de la mañana.

La acompañé a casa de su padre, entre campos de laurel y adelfillas, de penstemon y raíz de unicornio, donde el viento esparcía semillas por el aire y las transportaba de aquí para allá. El sol se ponía, y los cuervos se perfilaban contra el cielo rojo como fragmentos de estrellas negras en lenta deriva a través del firmamento. Sentía el calor de su mano en la mía mientras avanzábamos, y ella se deslizaba suavemente por los trigales, cuyos largos tallos se cerraban a sus espaldas y cubrían todo rastro como si nunca hubiera estado allí.

La dejé ante la puerta de la casa de su padre después de un último beso.

Y ya nunca volvimos a hablar.

Aún ahora los veo: una hilera de hombres a través de los campos junto a mí, bastones en mano, los perros ladrando a su lado. Golpeamos con firmeza las matas y la hierba, y al hacerlo dejamos a la vista tierra oscura e insectos en plena huida. No hay viento, ni brisa. El mundo está quieto, como si al fallecer ella se le hubiera privado de vida. Abrimos caminos como langostas a través de los trigales, aplastando los tallos con nuestros pies. Buscamos durante dos días sin resultado, y al tercero la encontramos.

Un grupo de hombres se reúne a la entrada de una arboleda de fresnos; junto a ellos aúllan los perros. Me acerco corriendo y, cuando la veo, intento apartarlos a empujones, obligarlos a volverse. No quiero que la vean, porque ella habría aborrecido mostrarse así: su piel clara lacerada, su ropa ensangrentada, su pelo convertido en una maraña llena de hojas y ramas. Tiene los ojos entreabiertos, de modo que por un momento da la impresión de estar saliendo perezosamente de un profundo y plácido sueño, detenido para siempre en la falsa esperanza de un nuevo amanecer. Pego al hombre más cercano a mí, y él absorbe mis golpes, cerrando en torno a mí sus fuertes manos, apartándome de allí con delicadeza. Se la llevan del campo envuelta en una sábana blanca limpia y la colocan en una carreta, y los hombres la siguen hasta la aldea, sus cabezas gachas, los perros ya en silencio.

La enterramos en el pequeño cementerio situado al norte en lo alto de un promontorio, al pie de un sauce que crece allí en una elevación del terreno, y la lluvia y la tierra caen sobre su féretro cubriéndolo. Soy el último en separarme de ella. Aguardo allí con la esperanza de que todo sea un espantoso error celestial, de que el sol asome entre las nubes y caliente este lugar devolviéndola a la vida, de que el sonido de su voz surja de debajo del suelo. Entonces llamaré a los otros y apartaremos la tierra bajo la que está sepultada, cavando con las manos desnudas. Y

levantaremos la tapa y ahí estará ella: jadeando, aterrorizada, pero viva.

Sin embargo no se oye nada, y al final me doy la vuelta y salgo del camposanto detrás de los demás.

Lo localizaron al cabo de una semana: un vagabundo, un apátrida. Siguieron su rastro a lo largo de kilómetros y kilómetros, cruzando arroyos y bosques, hasta que por fin lo acorralaron en un viejo molino. Se había llevado un mechón de pelo de ella y lo había atado a una cinta hecha con el dobladillo de su vestido. Guardaba muchas cintas como ésa en su vieja bolsa marrón, unidas a los mechones de las chicas que había asesinado. Lo ahorcaron por lo que había hecho, y él sonrió en el patíbulo.

Pero a mí su final no me proporcionó la menor satisfacción, ya que su sufrimiento en esos momentos postreros, por grande que fuese, nunca me la devolvería. Ella se había ido, me la habían arrebatado, y ya nunca estaríamos juntos. Después de darle sepultura no comí durante una semana, y sólo bebí agua de una vieja taza de latón. Dormía con las rodillas encogidas contra el pecho, esperando aliviar así mi dolor, pero el dolor nunca desaparecía. Tenía sueños inquietantes, donde el pasado se entrelazaba con un futuro que ya jamás existiría, y me despertaba en la cama vacía, consciente de que siempre permanecería así.

Y sin embargo llegué a apreciar el momento en que me despertaba al nuevo día, porque entonces deseo y realidad eran por un instante una sola cosa. Me quedaba inmóvil, con los ojos entreabiertos imitando de forma extraña la expresión de mi novia perdida, como si al hacerlo pudiera fundirme con ella, como si también a mí fueran a llevarme a otro lugar donde podría unirme con ella.

A la octava noche me llamó.

Salí de un agotador sueño y oí el viento entre los árboles y el reclamo de un animal, sólo que nunca había oído a un animal emitir un reclamo como aquél. Se percibía en él un extraño anhelo, así como una dulzura que por alguna razón me resultó familiar. Debilitado por la falta de alimento, me acerqué con paso vacilante a la ventana y observé el mundo que, a oscuras, apenas se veía. Vi ramas oscilantes y ventanas sin luz, calles silenciosas y el gran chapitel de la iglesia. Más allá se hallaba el camposanto, las tumbas distribuidas a lo largo y ancho del promontorio, los muertos velando por los vivos.

Algo titiló entre las lápidas, entre las ramas de un viejo sauce: luz y algo más que luz, forma y algo menos que forma. Aquello permanecía suspendido por encima del suelo y supe que debajo había una pila de tierra recién removida, y sobre ella flores aún no del todo marchitas. Intenté distinguir facciones en medio de ese resplandor, detectar en él algún atisbo de su presencia, pero me hallaba demasiado lejos. Abrí la ventana y el viento me trajo su voz, que pronunciaba mi nombre. Del centro de la luz surgió una voluta y pareció hacerme señas para que me acercara. Retrocedí, deseando acudir a ella pero a la vez temiendo desesperadamente perder de vista aquella prodigiosa luz. Sentí un extraño calor en mi cuerpo, como si la forma desnuda de otro se apretara contra mí. Me pareció percibir su aroma, y su pelo me rozó la mejilla

suavemente. Quería acudir a ella, y casi estaba en la puerta cuando me flaquearon las piernas y me asaltaron unas tremendas náuseas. Me desplomé a la vez que tendía la mano hacia el picaporte, que arañaba el metal con los dedos. Solté un grito de desesperación y me desplomé. Me golpeé la cabeza en el suelo, su voz se apagó, y su luz se extinguió al envolverme la negrura.

Me encontraron tendido junto a la puerta a primera hora del día siguiente. Llamaron al médico, un hombre amable que me dijo que, a pesar de mi dolor, debía procurar comer. Pareció sorprenderse cuando accedí de inmediato y me trajeron una sopa ligera. Hice lo posible por retener la mayor parte, pero tenía el estómago débil y se rebeló contra el primer bocado de comida después de tanto tiempo. Más adelante ese día conseguí ingerir un poco de caldo y algo de pan seco. Luego, entumecido, caminé desde la cama hasta el aguamanil de mi tocador e intenté afeitarme, pero la mano me temblaba de tal modo que me corté en la mejilla y fui incapaz de concentrar la mirada en lo que hacía. Me eché agua a la cara para limpiarme la sangre y el jabón, y cuando levanté la cabeza, ella estaba detrás de mí. Vi su imagen en el espejo mientras iba de aquí para allá por la habitación, doblando ropa y tarareando para sí. Oí sus pies desnudos al caminar sobre el suelo, y el susurro del algodón de su camisón al rozar los pies de la cama.

Cuando me volví para hablar, la habitación estaba vacía.

Esa noche vino a mí, porque yo no podía ir a ella. Al principio pensé que era la luz de la luna a través de la ventana, que creaba fantasmas a partir de las ramas de los árboles. Pero entonces oí el golpeteo en el cristal, y cuando me levanté de la cama, vi su cara bajo el velo, la blancura de sus dedos, que rascaban el cristal, el encaje del cuello de su vestido de novia, con el que la habían sepultado, y la turgencia de sus pechos debajo. Abrió la boca y dejó a la vista la rojez interior, y se lamió los labios con la lengua. Iba descalza y no proyectaba sombra alguna sobre el suelo, varios metros más abajo. En sus ojos oscuros se advertía una expresión de avidez.

—¿Me quieres? —susurró, y esa avidez en la mirada se manifestó también en su voz—. ¿Me querrás siempre?

—Sí —contesté con la voz quebrada a causa del deseo que sentía por ella, y ella por mí—. Sí, y otra vez sí.

—Quería que fueras el primero —dijo—. Quería que fuera algo especial.

De pronto una imagen cobró forma ante mis ojos: su cuerpo sobre la hierba verde, con el vestido roto, la piel expuesta a la vista.

Todo perdido, amor mío, todo perdido.

—Y lo será —prometí. A tientas, forcejeé con el pasador y abrí la ventana. El aire fresco de la noche entró impetuosamente en la habitación trayendo consigo el aroma de los árboles, de las flores y de la tierra húmeda, revuelta. Pero cuando tendí las manos hacia ella, se apartó de mí, atraída de regreso al lugar del que había salido, y me indicó con señas que la siguiera a la vez que se desvanecía su luz. Su forma se desintegró, la rojez de su boca se perdió en el resplandor, hasta que sólo quedó un

brillo trémulo en el promontorio por detrás de la iglesia, y finalmente desapareció por completo.

El día en que debería haberse celebrado nuestra boda desayuné despacio, obligándome a retener cada bocado. El médico regresó y dictaminó mi notable mejoría, pese al escaso tiempo transcurrido. Me vestí y, más tarde, almorcé con mi familia, tonificándome con una copa de vino tinto. Esa tarde di un paseo a solas e hice mis preparativos antes de regresar a casa. Después de la cena me disculpé y me retiré a mi habitación. Allí esperé, sentado en la cama en silencio, todavía vestido, hasta que los demás se fueron a dormir y se impuso la quietud. Entonces abandoné sigilosamente la casa y recorrí las calles hasta el camposanto.

Los enterradores guardaban sus herramientas en una caseta junto a la verja del cementerio, y de allí saqué lo que necesitaba. El lugar donde ella yacía aún no estaba señalado con una lápida, pero yo sabía dónde encontrarla, sabía que ella aguardaba allí donde las ramas del sauce acariciaban la tumba. La luz ya empezaba a formarse y su voz me llamaba desde arriba y desde abajo. Dejé el abrigo a un lado y comencé a cavar. La tierra seguía blanda, suelta, y cuando me acerqué al ataúd, oí un sonido semejante a los arañazos de unos dedos en la madera. Cavé más deprisa, esparciendo la tierra en grandes arcos por encima del hombro, hasta que por fin vi el nombre en la pequeña placa metálica y el brillo apagado de los tornillos que sujetaban la tapa. A esas alturas los sonidos del interior eran más desesperados y me apresuré por miedo a que ella se hiciera daño en las manos. Hiqué la palanca bajo la tapa y la accioné. Primero se desplazó un poco y al cabo de un momento cedió con un sonoro crujido, y ella quedó a la vista ante mí.

Sus manos cruzadas sobre el vientre, las cuentas del rosario entrelazadas en los dedos.

Sus ojos cerrados bajo el velo, sus labios pálidos.

Su piel, antes impoluta, ahora de un color extraño.

Seguía siendo mi amor, y siempre lo sería. Le había prometido que la amaría pasara lo que pasara. La naturaleza seguirá su curso en todos nosotros y el tiempo nos marchitará, pero el amor perdura.

La levanté y la estreché entre mis brazos. Un ligero vestigio de su perfume flotaba aún en el aire, pensé a la vez que apartaba un escarabajo de su frente. La besé con ternura, y aunque sus labios permanecieron inmóviles, oí el susurro de su voz.

¿Me quieres? ¿Me querrás siempre?

—Sí —contesté—. Sí, y otra vez sí.

Y no volvió a hablar mientras la sacaba de la tumba y la llevaba en brazos por las calles en silencio. En cierto punto tropecé y casi me caí, porque aún no me había restablecido plenamente de mis privaciones, pero recobré el equilibrio y la estreché aún más fuerte. Estaba fría, pero era una noche fría. Pronto volvería a recuperar el calor.

Una lámpara ardía en la ventana de la pequeña casa mientras avanzábamos hacia

ella. Dentro había jarrones con flores que llenaban las habitaciones con su perfume, el cual se mezclaba con el aroma de mi novia. Nos detuvimos en el umbral, los dos, para contemplar las sábanas blancas, las almohadas ahuecadas, el colchón de plumas que nos acogería en aquella nuestra noche de bodas.

Con delicadeza, le besé la mejilla fría.

—Bienvenida, amor mío —susurré, y por fin yací con ella en su lecho nupcial.

El hombre de los Segundos Quince

Asquith se había perdido.

No, eso no es del todo cierto. Asquith, si hubiera habido alguien más por allí y le hubiera preguntado dónde estaba, habría contestado con un margen de error no superior a treinta kilómetros, lo que en rigor significaba que, más que haberse perdido, se había «desviado» de su camino, pero eso no le servía de gran consuelo. La lluvia azotaba con fuerza el parabrisas y las escobillas, sin apenas dar abasto, se limitaban a extender el agua en una fina capa sobre el cristal. Los faros le mostraban atisbos de aulaga y árboles altos. De vez en cuando otro coche salía de una curva y lo deslumbraba por un momento, y sus ocupantes, invisibles para él, seguían su camino, probablemente seguros del rumbo que los llevaría a su destino, a diferencia de él, desorientado en esas carreteras del sudoeste de Inglaterra.

En susurros, Asquith maldijo los huesos de esa gente.

El encuentro de los Segundos Quince del Maldon College había sido ese año, como siempre, una juerga desenfadada, destacando sobre todo por el nivel de daños causados en la residencia del anfitrión y la cantidad de dinero despilfarrada en alcohol y comida, aunque el dinero no era motivo de preocupación para los antiguos alumnos de Maldon. Los pobres no estudiaban en centros como aquél. En Maldon incluso el jardinero era más rico que sus colegas de oficio, ya que la institución se inspiraba en la convicción de que uno recibía aquello por lo que pagaba. Por desgracia, si bien Maldon podía permitirse el coste del personal más capacitado, a menudo debía aceptar a alumnos con el banco genético más bajo, ya que la aptitud intelectual era una consideración menor a la hora de ingresar en Maldon. Afortunadamente, esas carencias rara vez representaban un obstáculo para los avances en la vida de sus alumnos, ya que en su caso los logros académicos quedaban en segundo plano, por detrás de la riqueza, el apellido y un negocio familiar oportunamente elástico relacionado con el traspaso de dinero ajeno de un lugar a otro a cambio de una sustanciosa comisión.

En honor a la verdad debe reconocerse que Asquith no era esa clase de individuo. Como en la mayoría de las cosas, él se situaba en el término medio: inteligencia corriente, físico corriente, dotes para el deporte corrientes. En esencia, era un hombre que encajaba bien en los Segundos Quince y lograba mantenerse en ese espacio sin grandes dificultades, a la vez que envidiaba para sus adentros los logros y aptitudes de quienes pertenecían a los Primeros Quince. Así y todo, aquel rechazo se remontaba a más de dos décadas atrás, y en la actualidad las actividades de los Segundos Quince se restringían a fines de semana etílicos cada dos años. Asquith, que siempre había pensado que podía llegar a ser un gran aficionado a la caza y la pesca, pese a que su trabajo en la City le dejaba poco tiempo tanto para lo uno como para lo otro, había disfrutado especialmente en este último encuentro, porque le dio la oportunidad de salir a cabalgar con los perros de la finca, disparar perdigones a

urogallos y participar en la captura y sacrificio de un tejón del que se creía, con toda probabilidad erróneamente, que propagaba cierta enfermedad.

Ahora, mientras conducía, Asquith se planteaba la adquisición de un arma grande que le permitiera desarrollar su recién descubierto entusiasmo con mayor regularidad. Se imaginaba ya una culata de nogal y dos cañones cuando embistió con el coche un obstáculo en la carretera, y el impacto se transmitió a través del chasis del vehículo con un desagradable estremecimiento. Pisó el freno a fondo, se tomó un momento para serenarse, y apagó el motor dejando encendidos sólo los faros. De mala gana abrió la puerta y se expuso a la furia de los elementos. Con la cabeza inclinada rodeó el coche y se agachó para examinar el parachoques y el resbaladizo asfalto bajo las ruedas. Allí no había nada, pensó, o al menos en un primer momento no lo vio, pero cuando se fijó más detenidamente, descubrió lo que parecía el pelo gris de un animal prendido en la calandra del radiador. Asquith tendió la mano para tocarlo y advirtió que no era pelo, sino una tela basta. La agarró con firmeza a fin de retirarla, pero algo blando y húmedo rezumó en su mano y él apartó los dedos de inmediato. Se acercó la mano a la cara y, con repugnancia, creyó percibir en su propio cuerpo un olor a putrefacción.

Acuclillándose, se valió de la estilográfica para desprender del metal aquella desagradable materia. Por fin, ésta cayó al suelo, y Asquith hincó en ella con cuidado el mango de la pluma. Parecía carne: carne asada en exceso, podrida. Era imposible separar de ella la tela gris, como si se hubiese incrustado en la carne misma y hubiese sido absorbida en la descomposición.

Por un momento, Asquith se planteó tirar la estilográfica, lamentando haberla utilizado para desenganchar aquel objeto fétido, y lamentando aún más —después de examinarlo atentamente— haberse ensuciado los dedos con aquello. Se irguió y, extendiendo la mano bajo la lluvia, se frotó los dedos entre sí a fin de eliminar todo resto de materia u olor; luego se los secó con un paño de la guantera del coche.

Sólo entonces, una vez disipada la conmoción, empezó a establecer la conexión entre el fragmento de materia y su posible origen. Miró alrededor y le pareció oír algo en la maleza. Aunque no era por naturaleza un hombre sensible, Asquith tuvo por un momento la inquietante sensación de que lo observaban desde los arbustos.

—Hola —llamó—. ¿Hay alguien ahí?

Esta vez lo oyó con toda claridad: un correteo, el ruido de unas ramitas al partirse, un susurro entre las ramas, cada vez más débil a medida que la víctima de su embestida se adentraba en los confines más oscuros del bosque. Asquith no se planteó siquiera seguirla. Optó por retroceder hacia su coche, sentarse al volante y tender la mano hacia la llave de contacto con la intención de seguir su camino.

Las llaves del coche habían desaparecido.

Asquith buscó en el suelo, vació la guantera y se palpó dos veces los bolsillos. Salió de nuevo bajo la lluvia y se sacudió con la esperanza de oír el tranquilizador tintineo del metal en algún lugar de su persona, pero sólo hubo silencio. Volvió sobre

sus pasos, examinando con atención la calzada en torno al coche, pero no encontró nada. Al cabo de diez minutos en un estado de creciente angustia desistió y en un gesto de frustración golpeó el capó con las dos manos. Bajando la frente hacia los brazos, dejó que la lluvia le azotara la cabeza medio calva, como si se castigara por su estupidez. Llevaba un rato en esa posición cuando oyó, otra vez, un ruido procedente de los arbustos y sintió la presencia entre el follaje. Por un instante, la ira se impuso al miedo y empezó a hablar a voz en grito.

—¡Maldito seas! —vociferó—. Devuélveme las llaves. Sé que las tienes tú, y sé que estás ahí. Dámelas.

No obtuvo respuesta.

Asquith, recordando la vieja máxima de que se cazan más moscas con miel que con vinagre, consiguió suavizar el tono antes de volver a hablar.

—Oye —dijo—, si te he hecho daño, lo siento. Te llevaré con mucho gusto al hospital más cercano, pero para eso necesito las llaves. Si no..., en fin, los dos nos quedaremos aquí inmovilizados, y eso no nos conviene ni a ti ni a mí, ¿verdad que no?

Aguardó, pero no pasó nada.

De pronto lo oyó: el suave tintineo de sus llaves. Aquello que se ocultaba en la oscuridad se mofaba de él, lo provocaba. Mientras él se preocupaba por la suerte que pudiera haber corrido la víctima del atropello, el individuo en cuestión —y Asquith no dudó ni por un momento de que se trataba de una persona, porque los conejos, los ratones de campo y las ratas no desaparecían entre los arbustos después de ser arrollados por un coche, trazaban luego un círculo completo en torno al vehículo y, en venganza, robaban las llaves al conductor— había maquinado, por lo visto, la manera de dejarlo aislado en una carretera comarcal en plena tormenta. Era a todas luces una persona que poseía al menos una inteligencia moderada, aunque, a juzgar por el hedor en los dedos de Asquith, no rebosaba salud.

—¡Condenado! —exclamó Asquith—. ¡Maldito seas!

Dicho esto, regresó junto al asiento del conductor, se inclinó hacia el interior del coche y tiró de la palanca del maletero. Rodeó el automóvil y sacó su hierro del nueve preferido de la bolsa de golf; armado con él, avanzó hacia los arbustos.

—Ahora atiende —dijo—. Me he disculpado por lo sucedido. Te he ofrecido ayuda. Quiero las llaves del coche. Dámelas.

Las llaves salieron volando de los arbustos y fueron a caer en la franja de hierba junto a la carretera. Una sensación de alivio se dibujó en el rostro de Asquith. Poco a poco avanzó hacia ellas, empuñando aún el palo de golf con la mano derecha. Se agachó sin apartar la vista de la maraña de ramas y hojas que había ante él y tendió la mano para coger las llaves.

Se movieron.

Por un momento Asquith no dio crédito a lo que había visto. Las llaves habían brincado, casi como si tuvieran vida propia. Se apresuró a alargar el brazo para

alcanzarlas, pero de nuevo se alejaron de él, y en esta ocasión vio el fino hilo atado al llavero. Lo intentó por última vez, pero ya estaban entre los arbustos. Asquith captó un último destello del metal húmedo y brillante, y desaparecieron.

Sin pararse a pensar, Asquith fue tras ellas.

Las ramas le rompieron la chaqueta y sintió los arañazos de las espinas en la cara, pero no le importó. Golpeó los molestos arbustos con el palo de golf, abriéndose paso hasta llegar a una zona más despejada, y se vio de pronto en el monte bajo del espeso bosque que flanqueaba la carretera a ambos lados. Las hojas caídas se mezclaban con densos helechos, y tropezó con las piedras ocultas por la vegetación. Allí llovía menos, por la relativa protección que ofrecía el ramaje. Percibía movimiento alrededor cuando las gotas que traspasaban la enramada caían en las plantas, haciéndolas temblar ligeramente, como si temieran lo que estaba a punto de ocurrir. Más adelante Asquith vio que un árbol joven se estremecía, como si volviera a su sitio tras haberlo alterado el paso de un cuerpo de cierto tamaño. Asquith se enjugó la cara con la manga de la chaqueta para secarse los ojos. Parte de la adrenalina empezaba a diluirse, y sintió los primeros asomos de auténtico miedo. Podía regresar a la carretera, pensó, quizás echar el seguro de las puertas y esperar a que pasara otro coche. Pero no había visto otro coche en los últimos quince kilómetros de viaje, y eran ya más de las doce de la noche en una carretera secundaria de una parte del país desconocida para él. A saber cuánto tiempo tendría que esperar, sentado en el coche, mojado, con las puertas cerradas, la mirada fija en los arbustos y árboles que crecían junto a la carretera, temiendo quedarse dormido por si lo despertaba un golpeteo en la ventanilla y, al volverse, veía...

Veía ¿qué? Ésa era la gran pregunta. Asquith pensó de nuevo en el olor de sus dedos después de tocar la tela adherida al coche. Tal vez no procedía directamente del cuerpo que él había embestido, pero, en tal caso, ¿qué hacía un individuo anónimo cruzando la carretera en plena noche cargado de carne podrida? Por alguna razón eso era casi tan horrendo como la posibilidad de que el individuo en cuestión padeciera alguna enfermedad espantosa causante de la putrefacción que Asquith había oído. No tenía noticia de la existencia de casos de lepra en el sudoeste de Inglaterra, pero eso nunca se sabía. Algunas de esas comunidades estaban muy aisladas. Sólo Dios sabía qué podían esconder. A veces, uno leía historias horripilantes en la prensa.

No, había llegado hasta allí, y provisto del palo de golf. Asquith era un hombre corpulento, y aunque ahora ya no se cuidaba mucho, en su juventud había jugado al rugby varios años con los Segundos Quince. Parte de esa robustez aún era visible en sus hombros y pecho. Tenía la relativa certeza de que aún podía cuidar de sí mismo, y su presa estaba herida. Lamentó no disponer todavía de una escopeta, ansiada durante tanto tiempo. Un palo de golf no era ni remotamente igual de persuasivo ni de tranquilizador.

Asquith se acercó al árbol joven y lo apartó con cuidado. Al otro lado se extendía un claro de unos dos metros y medio de diámetro densamente rodeado de árboles.

Ramas muertas cubrían el suelo, y entre ellas asomaba aquí y allá algún helecho. En medio del claro vio sus llaves. Asquith avanzó: un paso, luego otro, sin dejar de mirar el círculo de árboles alrededor. La lluvia había amainado. Pronto cesaría por completo.

—¿Dónde estás? —preguntó—. ¿Crees que voy a caer otra vez en esa trampa?

Bajó el palo de golf y, alargando el brazo, plantó firmemente la empuñadura de goma en el centro del llavero. Sintió cómo se movían las llaves cuando su torturador trató de apartarlas, pero enseguida cesó la resistencia y se quedaron inmóviles.

—Ya no eres tan listo, ¿eh? —preguntó Asquith.

Levantó el pie derecho, dio un tercer y firme paso y sintió que el suelo cedía bajo él. Alrededor, por todas partes, oyó crujidos, y de pronto, al abrirse la trampa, notó que se caía en la oscuridad y vio cómo se alejaba de él el contorno del agujero. Percibió olor a tierra húmeda, y las raíces de los árboles le rozaron la cara. Su cabeza impactó fuertemente con una roca que sobresalía, y cuando, aturdido y sangrante, aterrizó en el suelo de piedra y tierra, lo traspasó un intenso dolor. Algo se hincó violentamente en su costado y le atravesó la piel. Tendió la mano para apartarlo, y sus dedos se cerraron en torno a un trozo de hueso. Era la mitad de un fémur humano. Apenas distinguió la forma cuando lo levantó para verlo a la luz de la luna.

Por encima del hueso apareció entonces una cabeza. Asomaba por el borde del agujero, recortada contra el cielo, y lo miraba. Asquith sintió una repentina debilidad, y notó el sabor de la sangre en los labios. Sin embargo, aún en su mermado estado, le pareció advertir que aquélla era una cabeza deforme, grotescamente delgada, con unas orejas muy grandes y puntiagudas que le recordaron a las de un murciélago. Oyó por encima de él una especie de gorjeo, como si aquel ser se congratulara de su obra. A continuación, el ser se retiró y sólo quedaron oscuridad y silencio.

Asquith no supo cuánto tiempo había permanecido inconsciente. El reloj de pulsera se le había roto al caer al suelo, pero, en todo caso, era incapaz de verlo porque ya no llegaba la luz de la luna; al parecer, habían vuelto a cubrir el orificio con ramas y hojas mientras él yacía sin conocimiento. Respiró hondo, y casi vomitó al oler el hedor que lo envolvía. Intentó moverse, pero un lancinante dolor le subió desde el pie y de inmediato supo que se había roto el tobillo. También tenía una lesión en la mano izquierda, como mínimo un grave esguince. Se incorporó apoyándose en la mano derecha y notó que se le hundía en algo blando. El olor a podrido se intensificó.

Asquith se llevó la mano al bolsillo para sacar las cerillas con la esperanza de formarse una idea de su entorno. Aun con las extremidades dañadas, confiaba en sus fuerzas. Cuando jugaba para los Segundos Quince, se distinguía por su capacidad para sobrellevar el más brutal de los castigos y después sacudirse el polvo y perseverar hasta el final. Había jugado partidos con una costilla hundida, la nariz rota

y la camiseta blanca teñida de rojo a causa de un corte en el cuero cabelludo. Según como se mirara, tampoco había pasado tanto tiempo. Esos triunfos no eran aún historia remota.

Sin querer, mientras revolvía en el bolsillo de la chaqueta, desplazó la mano izquierda ligeramente por el suelo, y una punzada de dolor le recorrió el brazo. Asquith gimió, y oyó en respuesta un leve gorjeo.

Se quedó inmóvil en el acto.

—¿Quién hay ahí? —preguntó. Su voz reverberó, y dedujo que el agujero era mucho mayor de lo que le había parecido. Pese a la oscuridad, percibió que se extendía a derecha e izquierda.

Volvió a oír el gorjeo, esta vez más cerca. Asquith movió los dedos y notó que se cerraban en torno a algo metálico: el palo de golf. Esperó, intentando adivinar la posición de aquella presencia dentro del agujero.

—¿Quién eres? —dijo—. ¿Qué eres?

El sonido fue en aumento, y Asquith arremetió surcando el aire de derecha a izquierda con el pesado palo. Notó que impactaba en el cráneo de la criatura, y una tela basta le rozó la mano al caer. Volvió a levantar el palo y lo descargó repetidamente a la vez que sentía cómo un líquido tibio le salpicaba la cara en la oscuridad. Siguió golpeando hasta que por fin aquello se quedó quieto y el gorjeo cesó.

Asquith se reclinó y respiró hondo, indiferente al olor, sólo dando gracias por estar vivo. Dejó el palo a un lado y encontró las cerillas. Sosteniendo la caja con cuidado entre las rodillas, sacó un solo fósforo. Tarde o temprano alguien acudiría en su ayuda, lo sabía. Conservaba sus fuerzas. Llamaría a gritos, y no dejaría de llamar hasta que lo oyesen, o hasta que no le quedara voz para gritar. Sobreviviría. Quizá no hubiera conseguido acceder a los Primeros Quince, pero por Dios que estaría presente en el siguiente encuentro de los Segundos, y menuda historia tendría para contar.

Y en ese momento volvió a oír el gorjeo, primero a su izquierda y luego a su derecha, arriba y a sus espaldas, un gran coro elevándose con indignación y avidez, subiendo de volumen, y al gorjeo se sumaron otros sonidos: aleteos y chasquidos de dientes.

Asquith encendió el fósforo, y en su vacilante resplandor alcanzó a ver piel gris y correosa, cráneos oblongos, dientes blancos y afilados en fauces semejantes a hocicos, dientes en ángulos obtusos que al unirse quedaban superpuestos y a la vista. Vio ojos rojos, y pechos caídos en las hembras. Siguió con la mirada unos brazos delgados que se extendían por el contorno de alas oscuras hasta terminar en dedos largos en forma de garras, sus uñas como medias lunas amarillentas enroscadas sobre la noche negra de la palma de las manos.

Y Asquith supo que no sobreviviría, y en aquellos momentos finales se preguntó si tal vez esa situación no se habría producido en caso de haber poseído las aptitudes necesarias para acceder a los Primeros Quince. El fósforo le quemó los dedos, y, sin

embargo, lo sostuvo hasta que por fin ya no soportó el dolor, sumiéndose entonces de nuevo en la oscuridad. De pronto el aire alrededor bulló de movimiento, y Asquith sintió hincarse unos dientes en él y rezó para que el final llegara pronto.

Y su plegaria fue atendida.

La posada de Shillingford

Mucho tiempo atrás había existido en Shillingford una posada. El pueblo se hallaba en un cruce de caminos: carreteras secundarias en la actualidad, pero antaño arterias principales de norte a sur y de este a oeste en esa parte del país. Con la aparición de las grandes carreteras nacionales, el pueblo perdió importancia, pero fueron las autovías, que atravesaban los campos ciegamente, asolando y contaminando, la razón por la que al final sonó el toque de difuntos para Shillingford y su única fuente de alojamiento y comidas. La posada quedó olvidada en lo alto de un pequeño monte a menos de un kilómetro del límite este del pueblo, una reliquia de otros tiempos. Sólo un letrero de madera, casi devorado del todo por la humedad y la podredumbre, indicaba al viajero de paso que aquél era un lugar donde comer y descansar brevemente en el viaje de la vida.

Pero si ese viajero se hubiese tomado el tiempo necesario para seguir cuesta arriba el camino invadido por las malas hierbas, quizás habría percibido algo extraño en aquel frío edificio de piedra: el leve olor a quemado que aún flotaba en el aire; sus paredes ennegrecidas; el agujero chamuscado en el tejado de pizarra. Tal vez, a fin de cuentas, no fueron las autovías las que pusieron fin a la hospitalidad ofrecida por la posada. Tal vez si uno se detenía a escuchar las habladurías locales, también se enterara de que el incendio que destruyó la posada de Shillingford no se debió a un accidente, sino que fue provocado, aunque incluso el investigador más tenaz tendría dificultades para reunir pruebas suficientes si se proponía atribuir culpas por el incidente. En realidad, eran muchos los presentes la noche que la posada ardió, así que la responsabilidad de lo ocurrido podría calificarse, justificadamente, de colectiva.

Obsérvese el uso de la palabra «responsabilidad». No culpa. Nadie se sintió nunca culpable de la destrucción de la posada de Shillingford, ni se reflejó en ningún rostro el menor arrepentimiento mientras el edificio, y su posadero, sucumbían a las llamas. La policía investigó el asunto, claro está, con la ayuda del alguacil local, quien procuró por todos los medios asegurarse de que el veredicto alcanzado en cuanto al fallecimiento del posadero, Joseph Long, fuese el de muerte accidental.

¿Y por qué tuvo que morir? Eso, lamentablemente, es otra historia, y no tiene por qué preocuparnos ahora. Baste decir que unas cuantas jóvenes desaparecieron en la localidad y que las sospechas sobre su desaparición se centraron en el posadero. Nunca hubo pruebas suficientes para acusarlo de nada, ni se encontraron los cadáveres. Se dijo, no obstante, que muchos viajeros hambrientos habían elogiado al señor Long sus empanadas de carne, comentando que tenían un sabor peculiar, aunque no desagradable. El señor Long, sonriendo tímidamente, se atribuía el mérito y explicaba que las preparaba él mismo en la cocina. Los vegetarianos, todo hay que decirlo, encontraban un tanto limitado el menú de la posada (aunque, como alguien comentó una vez con humor negro, si bien era posible que no hubiera vegetales en las

empanadas, era muy probable que sí contuvieran vegetarianas).

La posada de Shillingford era a todos los efectos un negocio de un solo hombre. Joseph Long hacía las camas de las cinco pequeñas habitaciones y llevaba la ropa sucia a una mujer del pueblo que se la devolvía, limpia y planchada, tres veces por semana. Long había estado casado en otro tiempo, pero afirmaba que su mujer y él no se llevaban bien y que al final ella lo abandonó para irse a vivir a Francia. Una vez más las habladurías locales insinuaban que ella ofrecía sus favores a los huéspedes de la posada, y que él la había castigado por su infidelidad y se había librado de sus restos en una bañera (pues en una ocasión se oyó comentar a un huésped de la posada que la bañera de la habitación número tres presentaba ciertas marcas que, según afirmó, eran quemaduras de ácido).

Así pues, la posada se consumió, y Joseph Long murió con ella. Curiosamente, el propio pueblo empezó a morir no mucho después, cuando los jóvenes se marcharon y los viejos se quedaron, yendo de casa a la tienda, de la tienda a la iglesia, y al final de la iglesia al cementerio, donde ocuparon su última morada. En Shillingford se veían pocas luces encendidas, y aquellos viajeros que tenían la desgracia de verse obligados a recorrer su agrietada calle principal a menudo se estremecían un poco por lo inhóspito del lugar.

Por fin, en los últimos años del siglo pasado, recayó en Shillingford un poco de buena suerte, para entonces muy necesitada. Se construyó un parque de atracciones en las afueras de Morningdale, un pueblo a ocho kilómetros al oeste, con vertiginosas montañas rusas y atracciones que inducían al mareo. La carretera entre Morningdale y la autovía subió de categoría, y como Shillingford era el único pueblo en ese tramo, también se benefició de las mejoras. Además de la carretera, se edificaron nuevas casas y se abrieron pequeñas tiendas con la esperanza de atraer tanto a la clientela local como a la de paso.

Y un tal Vincent Penney compró y restauró la posada de Shillingford y celebró su gran inauguración invitando a los vecinos del pueblo a una copa y unos embutidos. Los habitantes de Shillingford, gente que nunca rechazaba algo ofrecido de balde, recorrieron oportunamente la cuesta hasta la posada, disfrutaron de la generosidad del señor Penney durante el rato que les llevó terminarse los embutidos, y sin pérdida de tiempo se marcharon para no volver nunca más. Su breve visita no hizo más que confirmar la opinión de que en la posada de Shillingford había algo anómalo, y eso no se arreglaría por más que la decoraran con elegantes moquetas y revestimientos de madera.

Por esa razón, mientras Shillingford prosperaba poco a poco, pareció que la inversión del señor Penny estaba condenada a no recibir recompensa alguna. En los meses de verano acumuló pequeñas pérdidas, y durante los meses de invierno acumuló grandes pérdidas. Nunca conseguía ocupar simultáneamente las cinco habitaciones situadas encima del bar, y aquellos que decidían pasar allí la noche se quejaban de malos olores y problemas con los desagües, que escupían inmundicias al

encender los grifos del agua caliente. Dos años después de la gran inauguración. Vincent Penny decidió vender el negocio y poner fin así a sus pérdidas, eso en el supuesto de que encontrara a alguien dispuesto a quedarse con el establecimiento. Al no aparecer comprador, el señor Penny cerró la posada y se marchó a España. Dejó el asunto en manos de sus abogados, que pronto relegaron la venta a los espacios inferiores de su lista de prioridades, de donde ya difícilmente saldría, más aún cuando otro incendio —esta vez con el sello de una sola mano, posiblemente no ajena a la dinastía Penney y el deseo de cobrar el dinero del seguro— devolvió la posada a su anterior estado ennegrecido.

Poco después de las once de una fría noche de noviembre, el señor Adam Teal se encontró en la otrora deprimente calle mayor de Shillingford, transformada ahora en una calle mayor sólo un tanto deprimente gracias a la llegada de una o dos empresas relacionadas con el turismo. A su lado, en el asiento del acompañante de su coche, llevaba una guía muy antigua y muy desfasada de esa región, que le dejó su antecesor jubilado, el señor Ormond. Teal era la *rara avis* más rara de todas: un agente de seguros con conciencia, lo cual significaba que lo apreciaban más sus clientes que sus jefes, motivo por el que lo habían trasladado de Londres a una zona rural con la idea de que endosara pólizas potencialmente menos ruinosas para la compañía a ese tipo de personas que guardan el dinero en latas de galletas entre migas rancias y excrementos de ratón.

Pero, como sucede con los hombres que se enorgullecen de cierta virtud, Teal también tenía cierto vicio que la compensaba. Era, por usar esa peculiar expresión, un tanto «faldero», y sabía que su trabajo le proporcionaba de vez en cuando la oportunidad de satisfacer el gusto por relaciones relativamente anónimas. Teal no estaba casado y, por tanto, consideraba esos flirteos algo inocuo en general; además, su escrupulosa actitud ante el trabajo le permitía convencerse de que no eran síntoma de una mayor decadencia moral.

Aun así, aquél había sido un día improductivo más en una sucesión de días improductivos, que pendían pesadamente en torno al cuello de Teal como una soga. A esas horas ya estaba cansado y famélico, y según su guía, el único alojamiento en cincuenta kilómetros a la redonda, aparte de los hoteles del parque de atracciones vacío, se hallaba en la aldea de Shillingford.

Teal siguió las indicaciones de la guía y pronto llegó a una tortuosa carretera señalada por un cartel en visible estado de deterioro. Serpenteaba a través de un denso bosque hasta llegar por fin a la pequeña posada, con luz en las ventanas de abajo pero no, al parecer, en las del piso superior. Teal aparcó, tomó su bolsa de viaje del asiento de atrás y llamó sonoramente a la puerta con el puño. Poco después oyó el sonido de una llave en la cerradura, la puerta se abrió de par en par y reveló los restos humeantes de un fuego en una pequeña chimenea, tres sillones alrededor y, a la

derecha, un mostrador con cinco casillas detrás, cuatro de las cuales contenían llaves numeradas. La llave de la tercera habitación no estaba.

Un hombre asomó la cabeza por detrás de la puerta. Medía un palmo más que Teal, y una espesa barba y una mata de pelo alborotado cubrían gran parte de su cara. Llevaba un abrigo encima del camión e iba descalzo, con los pies recubiertos de una capa de tierra.

—Pase, pase —dijo—. Es usted bienvenido, ciertamente bienvenido.

Teal entró, y el posadero cerró la puerta a sus espaldas.

—Ocupará la número dos —anunció, y le entregó a Teal una llave con ese número tallado en el ensanchamiento de la base.

—¿No quiere inscribirme en el registro? —preguntó Teal.

—No es necesario —contestó el posadero—. Es usted el único huésped, y ya es tarde. Ahora es mejor que vaya a su habitación, ya nos ocuparemos mañana de esos detalles.

El agente de seguros no protestó. El posadero lo llevó al piso superior, donde lo hizo pasar a una habitación amplísima pero amueblada sólo con lo justo: una cama de matrimonio, una butaca maltrecha y un armario con capacidad suficiente para acomodar todos los trajes de escena de una compañía teatral de tamaño medio. Una puerta abierta daba a un cuarto de baño que contenía un plato de ducha y una bañera, un inodoro y un lavabo enorme. A la derecha del lavabo, una puerta comunicaba con la habitación contigua.

«Curioso», pensó Teal. Probó la puerta, pero estaba bien cerrada. No había llave en el ojo de la cerradura.

—Que duerma bien, señor Teal —dijo el posadero desde el umbral de la puerta de la habitación, y tal era la gratitud que sintió el huésped por disponer de una habitación y una cama caliente que ni siquiera se le ocurrió preguntar al posadero cómo había averiguado su nombre. Pero sí pidió algo de comer, y se le prometió un surtido de quesos con algo de pan y una gran tetera.

—Se nos ha acabado la empanada —explicó el posadero—. No consigo los ingredientes.

Dicho esto, se marchó en busca del modesto refrigerio para su huésped.

Teal se preparó para acostarse, y ya casi se había dormido de pie cuando oyó que colocaban una bandeja en el suelo ante la puerta y llamaban suavemente. Cuando llegó a la puerta, el posadero ya se había ido, pero allí lo esperaba la comida, y una tetera metálica con té fuerte y humeante. Comió un poco de pan y queso, y se permitió una única taza de té con mucha leche antes de retirarse por esa noche.

Menos de una hora después de cerrar los ojos lo despertaron unos ruidos procedentes de la habitación a su izquierda. Al parecer, alguien arrastraba muebles, y Teal consideró ofensivo que el huésped de al lado perturbara su sueño con tan

desconsiderado comportamiento. Supuso que algún viajero había llegado poco después que él buscando cobijo para la noche, pero no concebía qué podía inducir al individuo en cuestión a reorganizar su habitación nada más llegar. En pijama, se levantó de la cama, abrió la puerta y salió al pasillo. Con paso enérgico se acercó a la habitación número tres y aporreó la puerta. Dentro los ruidos cesaron al instante, y Teal creyó oír que unos pasos se aproximaban a la puerta desde el otro lado. Eran unos pasos ligeros que parecían dados por unos pies mojados, como si el individuo en cuestión se hubiera bañado recientemente. La puerta no se abrió, y sin embargo Teal sabía que el nuevo huésped escuchaba al otro lado de la madera.

—Oiga —dijo—, le agradecería que no hiciera ruido. Quiero dormir.

No hubo respuesta. Teal, sin más válvula de escape para su frustración, exhaló un sonoro suspiro y se dispuso a regresar a su habitación. Al volverse, resbaló y casi perdió el equilibrio. Apoyándose en la pared, bajó la vista y vio que una sustancia pegajosa y transparente se había adherido a la planta de sus pies. Por su consistencia, semejaba cola para papel pintado, pero olía infinitamente peor. Teal intentó ver de dónde procedía y descubrió que, por lo visto, salía por debajo de la puerta de la habitación número tres. Con cuidado, retrocedió y restregó los pies en una alfombra del pasillo para limpiárselos. Luego, perplejo e intranquilo, regresó a su habitación y cerró la puerta por dentro. Usando la ducha de teléfono, acabó de limpiarse los pies y se fue a la cama. No volvió a oírse ningún ruido en la habitación contigua y, al cabo de un rato, Teal sintió que empezaba a invadirlo el sueño otra vez.

De repente abrió los ojos. Tardó un momento en registrar el sonido: era menos audible que antes, como si el causante deseara a toda costa evitar que lo descubrieran. Oyó un piñoneo, las espigas del mecanismo de una cerradura; luego un débil chirrido. Teal miró primero hacia la puerta de su habitación, pero parecía bien cerrada. Dirigió entonces la atención al cuarto de baño. La puerta también estaba cerrada, pero Teal oyó claramente al otro lado algo que se desplazaba por el suelo embaldosado. Empezó a molestarle un olor, y lo identificó: era el de la sustancia que había salido antes por debajo de la puerta de la habitación contigua.

Teal se levantó de un salto y, al no encontrar a mano arma más idónea, esgrimió la lamparilla de latón de la mesilla de noche, arrancando antes el enchufe de la toma. Con la garganta seca y las manos trémulas se acercó a la puerta cerrada del cuarto de baño.

—Oiga usted, el que está ahí dentro —dijo, y le complació observar que la voz no le temblaba tanto como las manos—. Estoy armado. Le aconsejo que vuelva a su habitación de inmediato o no me quedará más remedio que llamar al posadero o, peor aún, ocuparme personalmente de este asunto y obligarlo yo mismo a regresar a su cuarto.

Teal sintió algo caliente y pegajoso en los pies y se apresuró a retroceder para evitar el aluvión de fluido viscoso que ahora manaba despacio del cuarto de baño. La presencia invisible golpeó la puerta, haciéndola temblar, y Teal, paralizado a su pesar,

vio que el picaporte empezaba a girar lentamente. Tras arrojar a un lado la lámpara, Teal agarró el picaporte y tiró de él con todas sus fuerzas. El ojo de la cerradura del baño rezumaba también aquel líquido transparente, y a Teal le resbalaron las manos. Sintió que un grito escapaba de sus labios y empezó a vociferar.

—¡Socorro! —exclamó—. ¡Socorro, por favor! ¡Alguien intenta entrar en mi habitación!

No hubo respuesta. La presencia al otro lado de la puerta dio un violento tirón al picaporte, arrancándose casi de los dedos a Teal. Éste, agarrándolo con mayor firmeza, se agachó poco a poco. Procurando no mancharse la cara con aquel engrudo pegajoso, acercó el ojo derecho a la cerradura.

Al principio no vio más que algo blanco, y pensó que aquella sustancia debía de haber taponado el ojo de la cerradura. De pronto lo blanco se desplazó, y Teal alcanzó a vislumbrar carne chamuscada, humedecida por aquella mucosidad viscosa, y unas piernas de color verde grisáceo, salpicadas de podredumbre, y un vientre dilatado, hinchado por el gas. Percibió algo en la forma del cuerpo, en cómo se movía...

Era una mujer, comprendió Teal, o algo parecido a una mujer. De repente, aquel ser que había al otro lado de la puerta cejó en su empeño de acceder a la habitación de Teal. Tras un breve silencio, Teal vio a través de la cerradura algo blanco en movimiento, sustituido luego, durante un instante, por un único ojo negro, ribeteado de rojo, como una brasa reciente en un fuego intenso. El ojo se entornó. Teal oyó un suspiro de frustración y el ojo desapareció. Siguió un sonido húmedo y, a continuación, la puerta que comunicaba las dos habitaciones se cerró y todo quedó en silencio.

Teal expulsó el aire de los pulmones en un único sollozo. Seguía aferrado al picaporte, con los nudillos tensos y blancos. Lentamente, relajó las manos y miró una vez más por el ojo de la cerradura. Tras cerciorarse de que el cuarto de baño estaba vacío, abrió la puerta con sigilo, retiró la llave del interior y echó el cerrojo por su lado. Se apartó de la puerta sintiendo el chapoteo en la moqueta bajo sus pies, húmeda por las secreciones de la mujer.

Ahora la puerta de su habitación estaba entornada. Teal no recordaba si la había cerrado con llave a su regreso de la otra habitación. No descartaba haberla cerrado de un golpe al resbalar, y que el pestillo no hubiera encajado. Desde luego estaba cerrada cuando la mujer del cuarto de baño lo obligó a saltar de la cama, pero quizás a causa de sus esfuerzos se habían sacudido las tablas del suelo y las paredes, y con eso se había abierto. Se acercó, la cerró bien y echó la llave. También allí la moqueta estaba húmeda, aunque no habría sabido decir si era por la anterior visita de Teal a la habitación número tres o por alguna otra razón. Sintió que el pánico crecía dentro de él y procuró combatirlo. Buscó a tientas el interruptor de la luz, pero la única iluminación en la habitación la proporcionaban las dos lámparas de las mesillas de noche, una de las cuales se hallaba ahora en el suelo junto al cuarto de baño mientras que la otra permanecía apagada en su mesilla. Aun así, Teal vio que su habitación

parecía vacía. Estaban sólo la cama, la butaca y las dos mesillas...

Y el gran armario que ahora tenía a sus espaldas.

Teal se apartó de él de un salto y retrocedió lentamente en dirección a la cama. Alargó el brazo hacia la lámpara y pulsó el interruptor, con lo que un tenue resplandor anaranjado alumbró al instante la habitación. El armario quedó parcialmente en la penumbra, pero Teal vio que una de las tres puertas estaba entreabierta. Aunque no salía ningún sonido del interior, Teal, que estaba llegando al límite de su resistencia, empezó a temerse que, en lugar de haber impedido la entrada de la mujer en la habitación, se había encerrado allí con ella.

Teal tropezó con la cama y se golpeó las piernas con el borde. Absorto como estaba en el armario, tardó casi un cuarto de minuto en percibir una sensación de humedad en la parte de atrás de los muslos, y entonces oyó el goteo del fluido en el suelo, que caía desde las sábanas. A sus espaldas, algo se movió húmedamente sobre el colchón. Poco a poco, Teal volvió la cabeza y vio el contorno de una mujer bajo las sábanas. Entre el escaso y lustroso pelo gris se entreveía un cráneo amarillento. Una pátina de líquido viscoso cubría su cuerpo, y a Teal lo asaltó una imagen de grasa derretida en una sartén.

Lentamente, la mujer apartó la sábana y lo invitó a acercarse a ella. Le daba la espalda, y él vio en su carne las heridas abiertas, sin sangre, y manchas de tejidos quemados, de cicatrices. Las manos no estaban tan afectadas, pero tenía las uñas largas y enroscadas como sacacorchos. La mujer volvió la cabeza, y Teal advirtió que los estragos en la cara compensaban de sobra los daños de los que se habían librado las manos. Atisbó hueso, tendones y dientes al descubierto tras unos labios chamuscados. La mujer separó los dientes y se los lamió con los restos de la lengua en actitud provocadora.

Teal gritó. Corrió hacia la puerta de la habitación y manipuló torpemente la llave. Oyó el sonido de las sábanas al ser retiradas de la cama y que unos pies húmedos se posaban en la moqueta. Tal era el temblor en sus dedos que no conseguía accionar la llave, pero al final ésta giró en la cerradura. Teal abrió entonces la puerta bruscamente y huyó al pasillo, abandonando la bolsa de viaje y la ropa. Bajó por la escalera, pasó corriendo ante la chimenea y se adentró en la noche. A sus espaldas le pareció oír el sonido de algo que resbalaba por la escalera, deslizándose sobre el vientre como una gran sanguijuela blanca, pero no volvió la vista atrás. Su coche continuaba en el patio, pero las llaves estaban en la habitación.

Teal corrió y corrió, hasta perderse en el grato abrazo de la oscuridad.

Un granjero lo encontró a primera hora de la mañana siguiente. Teal sollozaba tendido en una cuneta. Avisaron a la policía, y finalmente consiguieron sonsacarle la historia. Localizaron el coche, aparcado donde él lo había dejado junto a los escombros quemados de la posada. La bolsa de viaje estaba en el asiento delantero, y las llaves en el contacto. La conclusión era bastante obvia: el señor Teal había seguido la carretera hasta la posada, se había encontrado con que ya no existía como

tal y había decidido dormir en el asiento trasero de su coche. El hecho de que se hubiese puesto antes el pijama se consideró señal de excentricidad, y poco más.

El señor Teal abandonó el mundo de los seguros poco después. Antes de irse, dio dos consejos a sus jefes: primero, debían considerar el pueblo de Shillingford carente de todo potencial para la venta de pólizas; segundo, debían actualizar las guías entregadas a sus representantes. Anunció entonces que nunca volvería a vender un seguro. Poco después se acogió a la vida monástica, donde permaneció felizmente célibe durante el resto de su vida.

A día de hoy la posada de Shillingford continúa cerrada.

O abierta, quizá, según la mala fortuna de cada cual.

Agradecimientos

Este libro es en gran medida fruto del amor, y mucha gente ha desempeñado un papel en su publicación dándome apoyo, ánimos y consejos durante el largo periodo de gestación.

Es posible que *Nocturnos* no hubiera visto la luz si la delegación de la BBC en Irlanda del Norte no se hubiese dirigido a mí poco después de la publicación de mi primera novela en 1999 y me hubiese preguntado si me interesaba escribir algo para ellos. Desde que era un joven lector me han fascinado los relatos sobrenaturales, y sentía curiosidad por escribir para la radio. Me atraía la idea de que una voz le leyera en voz alta un cuento de fantasmas a un conductor solo en su coche, o a alguien en el momento de hacerse un ovillo en la cama antes de apagar la luz. Al final escribí cinco relatos para la BBC, que emitió Radio 4 en 2000, leídos por el maravilloso actor Tony Doyle, quien, lamentablemente, ya no está entre nosotros. Mientras escribo, ya está programada la emisión de otros cinco relatos en 2004. Nueve de esos cuentos forman parte de este volumen.

Tengo una gran deuda de gratitud con Lawrence Jackson, el productor de las dos series de relatos para la BBC. Lawrence fue el primero en leerlos, el primero en hacerme sugerencias para mejorarlos, y el primero en darme aliento cuando sentí que mi confianza en ellos flaqueaba. Siempre le estaré agradecido por haber usado su persuasión para arrancarme estos relatos. Sin él, y sin la voluntad de la BBC de ofrecerles un espacio, no existirían en su forma actual.

También estoy en deuda con Sue Fletcher, mi extraordinaria y leal editora en Hodder & Stoughton. Las colecciones de cuentos son propuestas difíciles para las editoriales, pero desde el primer momento Sue, así como todos aquellos en Hodder que son amigos en igual medida que editores, fue pródiga en su apoyo a *Nocturnos*. A Sue, Martin Neild, Jamie Hodder-Williams, Kerry Hood, Lucy Hale, Auriol Bishop, Hannah Norman, David Brimble, Swati Gamble y el personal de Hodder en Londres, así como a Breda Purdue, Ruth Shern y Heidi Murphy de Hodder Headline en Irlanda, hago llegar mi gratitud por todo lo que habéis hecho.

Por último, siempre daré gracias por estar bajo la tutela de mi agente Darley Anderson, que a veces debe de preguntarse en qué se ha metido exactamente al aceptarme. Su amistad ha cambiado mi vida literalmente. Sin él y sin su maravilloso equipo estaría perdido. Darley, Lucie, Julia, Emma y Elizabeth, gracias.

Por último, a mi familia, a Jennie, y a Cameron y Alistair, gracias por aguantarme.



JOHN CONNOLLY (Dublín, 1968). Estudió filología inglesa en el *Trinity College* de Dublín y periodismo en la *Dublin City University*. Fue funcionario en la Administración local y trabajó como chico para todo en los almacenes *Harrod's* de Londres, y como camarero, antes de colaborar con *The Irish Times*. Pronto se cansó de la profesión, y decidió pasar a escribir ficción, pese a lo cual todavía sigue publicando artículos periódicamente, entre los que destacan sus entrevistas a otros escritores consagrados.

Vive en Dublín, pero pasa parte del año en Estados Unidos, donde se desarrolla su serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Charlie Parker, alias «*Bird*».